



MANUEL J. OLASCOAGA

# ESTUDIO TOPOGRAFICO DE LA PAMPA Y RIO NEGRO

COMPRENDE EL ITINERARIO DE TODAS LAS COLUMNAS DE  
OPERACIONES QUE OCUPARON EL DESIERTO Y LLEVARON  
LA LINEA DE FRONTERAS SOBRE DICHO RIO, A LAS ORDE-  
NES DEL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE GUERRA Y MARINA

GENERAL D. JULIO A. ROCA

PRECEDIDO DE ANTECEDENTES Y DOCUMENTOS RELATIVOS  
A LA INICIATIVA DE ESA EMPRESA Y BATIDA  
GENERAL DE INDIOS, QUE SE ANTICIPA  
A LA DEFINITIVA OCUPACION

TOMO I



BUENOS AIRES  
1939

Edición de la Comisión Nacional  
Monumento al Tte. General Roca.  
ES PROHIBIDA LA VENTA.

982.043  
OLA  
V.1

LE EVIDENCIA

pinces p 82-83

Los 7 firmes en este mismo

## C A R T A S

Ministerio de la Guerra.

Buenos Aires, octubre 6 de 1875.

*Señor general don Julio A. Roca.*

Estimado general y amigo:

Tengo el gusto de adjuntarle los proyectos sobre telégrafos y construcciones en la nueva línea de fronteras, proyectos que hoy son ya leyes de la Nación.

En los mensajes, que también le adjunto, verá usted cuáles son los propósitos del Gobierno, como también que he consignado en aquellos algunas ideas transmitidas por usted.

Iré por partes.

### COMANDANCIA GENERAL

En la Cámara de Diputados al discutirse el presupuesto, fueron muy atacadas las comandancias generales; se dijo que no prestaban ningún servicio práctico, y se insistió mucho en que la de esas fronteras estaba *de hecho* en Río IV completamente internada.

### LÍNEA ACTUAL

Cada día me convengo más de que debe avanzar la línea actual del Río V, y esto mismo se expresa en una de las leyes que le adjunto, modificación que fué introducida en el proyecto primitivo del Gobierno por la Comisión del Senado, y aceptada por ambas Cámaras.

Si no ocurre algo extraordinario que lo impida, mi pensamiento es, a mediados o a fines de febrero, avanzar las líneas de Buenos Aires, por la extrema sur hasta Carhué, por el centro sur hasta la Laguna del Monte, y por el oeste hasta las Tunas o Trenque Lauquen.

Dentro de pocos días tendrá allí al ingeniero Wysosky, cuyos servicios utilizará llevando a cabo el estudio para avanzar esa línea hasta *El Cuero* cuando menos.

Sobre este punto, deseo conocer su opinión franca y práctica al mismo tiempo, pues he de necesitar de este dato para tenerlo en cuenta en las operaciones que se practiquen en las fronteras de esta provincia.

Por lo que hace al camino directo entre Villa Mercedes y San Rafael, pienso que podría aplazarse su estudio sin inconveniente, en caso de que se resolviese avanzar esa línea de frontera, pues bien podría suceder que entonces partiese el camino no de Villa Mercedes, sino de otro punto adecuado sobre la nueva línea.

#### MULAS

He esperado de día en día que me contestase usted acerca de lo que le dije, antes de su partida, sobre mulas.

Si las que usted tiene exceden por su número a la necesidad de las fuerzas que guarnecen esa frontera, es preciso que las otras fronteras sean auxiliadas. Me refiero especialmente a las del norte, sobre el Chaco, y a las del oeste de esta provincia que las necesitan urgentemente.

#### PARQUE

Deseo me transmita, *privadamente*, un conocimiento exacto sobre los artículos de Parque existentes en las fronteras de su mando.

Ese conocimiento me es indispensable, no sólo para la resolución que convenga adoptar, sino también para cualquier situación extraordinaria que se produzca. Deseo, pues, saber el número y la clase de los elementos con que allí se cuenta para armar o improvisar las fuerzas.

Resistiendo pretensiones ilegítimas y hasta atrayéndome la mala voluntad de algunos gobernadores, estoy llevando a cabo el pensamiento de licenciar las milicias movilizadas.

Fuera de las consideraciones de estricta justicia y de buena administración, esto tiene para mí una gran importancia política, y he de ser tan incansable como inflexible para alcanzar el resultado que busco.

El 9 de Caballería de Línea, que tiene hoy 205 plazas, marcha a ponerse a las órdenes de usted.

Considero, pues, que aplicándose todo el resultado del enganche en esa Intendencia a la Remonta del 3, del 4, del 7 y del 10, podrá usted comunicarme que no existe ya al servicio ordinario de la frontera sur del Interior un guardia nacional movilizado.

Según la revista de septiembre, el Regimiento "Nueva Creación" tiene 244 plazas, de ellas 19 cumplidos; quedan pues 225. De éstos pueden darse al 9,100.

Sobre las plazas restantes no tome usted por ahora resolución alguna, pues mi pensamiento es traerlas a Martín García, a fin de crear dos compañías de artillería de plaza.

#### MARIANO ROSAS

Dejando a usted la elección de la oportunidad para iniciar nuevos arreglos, le llamo la atención sobre las condiciones relativamente onerosas del tratado vigente con aquel cacique.

El racionamiento trimestral cuesta hoy a la Nación \$ 15.000, por cuanto siendo el compromiso en yeguas se les dan vacas, que cuestan el doble.

Sin hacer, por ahora, la modificación del tratado en esta parte, tal vez convendría iniciar algún arreglo a fin de que los *Ranqueles* prestasen algún servicio efectivo, pues hoy lo único que se les compra es la seguridad de que no harán mal.

Creo también, puedo equivocarme, que desde que se hizo el tratado, la tribu de Mariano Rosas, lejos de aumentar se ha debilitado por las desmembraciones que ha sufrido.

#### INVASIONES

Tengo datos para creer que las invasiones que se vienen anunciando a las fronteras de esta provincia por parte de Namuncurá, se encuentran hoy meramente aplazadas por diversas circunstancias.

La Comisión Científica que mandé con el objeto de explorar y estudiar a Carhué, ~~no~~ ha podido seguir adelante por la resistencia de aquel cacique.

El coronel Levalle y el comandante Cerri, jefe de Bahía Blanca, inician hoy algunos arreglos y les recomiendo muy especialmente que ganen tiempo hasta fines de febrero.

Si esto se consigue, puedo asegurarle que la ocupación de la nueva línea se llevará a cabo en muy buenas condiciones.

Hasta este momento sólo falta una cosa para que el plan sea completo, y es que usted me haga saber que acepta, como

parte de aquél, la idea de avanzar la línea del Río V arrancando desde "Gainza" en la dirección que los estudios previos señalen como más ventajosa.

Recomendándole una pronta contestación, se repite,

S. S. y amigo.

ADOLFO ALSINA.

P.S.—A nombre de la Colonia Santa Catalina, me han visto para que se les dé rémingtons a los colonos.

Les he contestado que usted puede hacerlo si lo cree conveniente, y sobre todo si es verdad que hoy ha sido retirada la fuerza que allí estaba.

Vale—ALSINA

Río IV, octubre 19 de 1875.

*Señor ministro de la Guerra, doctor don Adolfo Alsina.*

Señor Ministro y amigo: He tenido el gusto, hace cinco días, de recibir su estimable del 6 del corriente, conducida por el sargento mayor Reynolds, como también los mensajes al Congreso, sobre el telégrafo y muchos pueblos de la frontera.

Voy a contestarle a todos los puntos de su carta en el orden que vienen expuestos; manifestándole con toda franqueza mis opiniones, como V. E. lo desea, y trasmitiéndole los datos que tengo sobre tan importante asunto.

COMANDANCIA GENERAL

Me he detenido en este punto por considerarlo más conveniente para el servicio, siendo no solamente el centro de la segunda línea de la frontera de Córdoba, sino la cabeza de estas fronteras del Interior. Si la Comandancia residiese en Mercedes, todas las comunicaciones con el jefe de éstas, y aun el mismo vestuario, tendrían casi siempre que recorrer doble camino, como sucedía en tiempo de Arredondo. Además, teniendo ferrocarril y telégrafo a aquel punto, es como si se estuviese en él. Por otra parte, creo que los comandantes generales deben recorrer constantemente sus secciones, y su residencia más o

menos prolongada, en tal o cual punto, no afectaría al buen servicio.

Río IV está exactamente a la misma altura de La Carlota, Tunas y Melincué.

AVANCE DE LA LÍNEA

El avance de estas fronteras al Cuero o a un punto más hacia el sur, nos presentará todos los inconvenientes del aislamiento y del desierto, que ya en otra ocasión he hecho presente a V. E. La distancia entre la nueva línea y las poblaciones, será mucho mayor que el radio actual de 30, 40, y hasta 50 leguas, como hay de Fraile Muerto a Gainza, que aún no ha principiado siquiera a poblarse y por lo tanto, a medida que nos alejemos de las poblaciones, menos garantidas quedarán éstas, y las tropas empeorarían las condiciones de vida. Pero estas no son a mi juicio las mayores dificultades a vencer.

Para establecer la línea a la altura del Cuero, debemos dar por rotas las paces con los Ranqueles que, la verdad sea dicha, han cumplido fielmente sus compromisos, a pesar de haber quedado completamente abandonada la frontera, con motivo de la rebelión de septiembre.

Los indios mirarán en el solo hecho de estudiar los puntos que V. E. me indica, un ataque a sus derechos, pues consideraran suyos esos campos, y aun los que actualmente ocupamos, como lo prueban las reclamaciones que en distintas épocas han hecho, y acudido muchas veces a las armas en su defensa. Nos acusarán de ser nosotros los primeros en faltar a la fe de los tratados y, agregando este agravio a los que conservan vivos en sus recuerdos de los tiempos más remotos, contra los cristianos, se prepararán a oponernos la más tenaz resistencia, con el vigor de los que combaten por su propia existencia, ya sean bárbaros o no.

En el Cuero, laguna de escasa importancia, donde hoy se ha establecido el cacique Ramón, con unos pocos indios, empiezan los primeros toldos de los Ranqueles.

Vamos pues a disputarles sus propias guaridas, pretendiendo llevar a ellas nuestras líneas, lo que no conseguiremos sino por medio de la fuerza. Tentar comprarles esa zona de territorio, como se ha hecho con muchas tribus en el Norte de América, no daría resultado. Sin embargo, se podría hacer la experiencia y mandar hacer proposiciones en este sentido a los caciques principales. Pudiera ser que el cebo de una gran recompensa decidiese a algunos a aceptar obligándose a vivir

en espacios más reducidos, y a donde les designase el Gobierno.

A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrollándolos al otro lado del río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas que casi concluyó con ellos.

El viejo coronel Baigorria, que ha vivido 22 años con ellos, entre los que adquirió gran valimiento, cosa sumamente difícil para los cristianos, me decía que sólo él con unos cuantos indios había podido librarse al sometimiento, porque tenía la certidumbre de que él, proscripto por la tiranía, hubiera sido muerto en el acto de presentarse, y esta creencia le daba aliento para vivir errante de bosque en bosque, alimentándose con raíces.

Desde esa época datan las reducciones que en distintos puntos hubo en casi toda la República. En los mismos Santos Lugares, cree que había indios reducidos. El cacique Mariano Rosas, porque fué criado en la estancia del Pino, bajo la protección del tirano, lleva aquel nombre.

El sistema actual de líneas de fuertes, establecido a fines del siglo pasado, por Azara, y mantenerse a la defensiva, avanzando lentamente con la población, ya sabemos cuales son sus resultados y cuales serán más adelante.

Ganar zonas al desierto, alejándose más de las poblaciones, tiene para mí todos los inconvenientes de la guerra defensiva, acrecentados por el enemigo que deja a la espalda el desierto que quedaría entre las nuevas líneas y las poblaciones.

Cuando se pone a prueba este sistema que ha creado la necesidad de las nuevas líneas, aumentando los gastos, es cuando hay invasiones, como sucedió en Santa Fe con el avance al Rey, y en los departamentos del Rosario y Fraile Muerto, con el avance a Gainza y Río V., y eso que la adopción de este río por base no fué verdaderamente un avance, sino una corrección de la línea que de Villa Mercedes a Junín, que están en línea recta de este a oeste, describía antes por el Río IV, Las Tunas, Melincué y Rojas, barrera natural, por sus elevadas barrancas a pique y su lecho cenagoso; estaba cayendo de su peso la designación allí de la frontera.

Los Ranqueles ocupan la única parte habitable, entre las Salinas Grandes, el río Colorado, la línea de estas fronteras y las primeras vertientes de los Andes. A partir del mismo toldo de Mariano Rosas, Leuvucó, empieza al oeste una larga travesía de terrenos guadalosos y sin pastos, hasta llegar al Chalileo o río Salado, formado por los ríos Desaguadero, Diamante y Atuel, y que va a terminar en la laguna Urrelauquen,

últimos toldos de las tribus ranquelinas, de donde arranca otra travesía al Colorado, cuyas márgenes, como las del Chalileo, son completamente inhospitalarias y no hay ejemplo de que hayan sido habitadas por ninguna tribu, si se exceptúan las del primero, desde su origen, hasta el cerro Payen. Del Chalileo en toda la extensión, siguiendo siempre al oeste, continúan las tierras áridas sin agua y sin pastos, hasta que se tocan las costas del río Grande, Malbarco y Chacai, al sur recto de San Rafael, donde habitan indios Puelches y Pechuenches, y otras tribus de origen araucano.

Se ve, pues, que la parte ocupada por los Ranqueles, 40 leguas de sur a norte y otras tantas de naciente a poniente, es reducida en proporción a la superficie comprendida por los puntos y línea indicada. Es como un grande oasis, rodeado de desiertos arenosos que los indios abandonarían el día que no encontrasen en él seguridad, y fueran molestados constantemente por invasiones sucesivas que les causan un terror y un espanto indescriptibles.

La conquista, con fuertes y fortines, de estos territorios, adelantándose a la población, aumentará las inseguridades actuales; alejar las fuerzas de los centros donde un partido vencido, que no se quiere resignar a su suerte, se agita de nuevo y aprovechará todos los momentos para producir, cuando más no sea, alarmas. Agréguese a esto el trastorno general que un cambio así radical en todas las fronteras de la República produciría, a lo que contribuiría la guerra con todas las tribus, que sería inevitable.

Los fuertes fijos en medio de un desierto matan la disciplina, diezman las tropas, y poco o ningún espacio dominan. Para mí, el mayor fuerte, la mejor muralla para guerrear contra los indios de la Pampa y reducirlos de una vez, es un regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, bien montados, que anden constantemente recorriendo las guaridas de los indios y apareciéndoseles por donde menos lo piensen.

La base para adoptar esta táctica la establecería en las líneas actuales, en donde aglomeraría en grandes campamentos todos los elementos de caballos y forrajes necesarios para establecer un año entero la guerra sin tregua.

Sarmiento y Villa Mercedes, en estas fronteras, podían ser los puntos de depósito y residencia de las tropas. Mientras mil hombres anden divididos en fracciones, según el peligro y necesidades de la guerra, recorriendo el territorio ocupado por los indios en todas direcciones, otros mil hombres estarían en sus cuarteles preparados para emprender a su vez la carrera,

cuando los otros volviesen, después de una ausencia de 20 días o un mes, a reponer sus caballadas y descansar de sus fatigas. Creo firmemente, señor ministro, que los Ranqueles, cuya población total apenas alcanzará a nueve mil almas, no resistirán seis meses a esta clase de guerra, que nos permitirá tener caballos en todo tiempo, y emigrarán a las faldas de la Cordillera, hacia el Neuquén o Limay, al otro lado del río Negro, o se nos presentarán sometidos a las condiciones que se les quiera imponer.

Después de esto, doscientos hombres armados, como están nuestras tropas, podrían bastar para hacer la policía del oasis ranquelino, evitando que nuevas emigraciones araucanas vengán a hacer su nido en él, como sucedió después que Rosas lo dejó limpio, por el abandono que nuestras guerras civiles nos han obligado a hacer de las fronteras y por la renovación completa de jefes a la caída de la tiranía, que nada entendían de semejante guerra, como lo prueba el fracaso de varias expediciones que se hicieron con artillería y atenuadas a la brújula, en las que alguien estuvo a punto de perecer de sed; la experiencia la aprovecharemos nosotros si volvemos a la táctica primitiva.

La Nación gasta anualmente más de cien mil pesos fuertes en subsidios a los Ranqueles; gasto inmenso que ocasionan, al que hay que agregar otro tanto, por lo menos, del mantenimiento de las fronteras.

Estas cantidades en un año, empleadas en prepararnos para dicha guerra, haciendo cuarteles y caballerizas en Sarmiento y Villa Mercedes, donde podemos contar con algunas cuadras de alfalfa, y aglomerando en ellas el forraje, para no carecer de él en ningún tiempo, serían suficientes para dar, sobre esta parte, por terminada para siempre la cuestión Indios, quedando los de Salinas Grandes flanqueados y expuestos a perder su comunicación con Chile.

Por la parte de San Rafael, sí se puede avanzar y ganar el desierto por guarniciones fijas, porque allí los obstáculos naturales, los guadales y las montañas y la fecundidad admirable del suelo, regado por una infinidad de canales naturales, se presta fácilmente a cerrar herméticamente la frontera, tomando la línea de río Barrancas a río Grande, afluentes del Colorado.

Marcadas nuestras posiciones así, no quedarían más indios a este lado del río Negro, que los de Salinas Grandes, a los cuales, al mismo tiempo, inmediatamente después o antes, se les puede hacer igual clase de guerra.

Yo me comprometería, señor ministro, ante el Gobierno y ante el país a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años: uno para prepararme y otro para efectuarlo; guardando, mientras, la paz con los indios y la más absoluta reserva sobre las expediciones. Una vez limpio el desierto, el Gobierno Nacional tendría suficiente con cuatro o cinco mil hombres; economizaría anualmente algunos miles, y podría legislar con entera libertad sobre él, hasta las márgenes del río Negro, por donde, estableciendo una guarnición en Choel-Choel, podrían comunicarse el Carmen de Patagones con las fuerzas de la Cordillera.

Las dificultades de la línea del río Negro, de que tanto se ha hablado, no están, a mi juicio, en el hecho de posesionarse de ella, para lo que bastarían mil quinientos o dos mil hombres, sino en arrojar a los indios de los campos que ocupan, y no dejar uno solo a la espalda.

Estas son mis opiniones, señor ministro, en materia de fronteras, las que hasta cierto punto concuerdan con las suyas. V. E. quiere avanzar hasta cierta altura tomando posesiones del suelo, fijándose permanentemente en algunos puntos; yo pienso que se debe avanzar hasta los últimos confines habitados por los indios, en Salinas y territorio ranquelino, no por fuertes fijos, sino por fuertes ambulantes, movibles como los enemigos que se combaten.

Comprendo que en las montañas, en los países escabrosos, con pasos y caminos precisos, se haga la guerra de posiciones; pero no en llanuras sin límites, que no presentan obstáculos, como son nuestras pampas.

#### RACIONAMIENTO A LOS INDIOS

Creo que actualmente se gastan en racionamientos y sueldos a los caciques, nueve mil pesos fuertes y no quince, como dice V. E., en lo que me parece hay algún error; pero este mismo gasto aun se puede reducir, el día que se saque nuevamente a licitación la proceduría de indios, porque estando la República en paz, y mejor asentado el crédito del Gobierno ofrecerán las vacas a menor precio.

Efectivamente, esta clase de hacienda vale el doble de la yeguariza que se estipula en el tratado. Al tomar tal medida la administración pasada, se tuvo en cuenta no ser muy razonable que el Gobierno estuviera, él mismo, proporcionando a sus enemigos los medios de hacerse de elementos de movilidad, único resorte de su poder.

Además, hacía algún tiempo que se les había prometido, por el general Arredondo, jefe de las fronteras entonces, hacerles dicho cambio.

Las fronteras de Córdoba y San Luis precisan mil hombres cada una, que es la fuerza, o más bien, más, que casi siempre han tenido, para estar bien guarnecidas y si V. E. quiere se licencie toda la Guardia Nacional, es necesario remontar a 500 plazas cada uno de los cuerpos de línea que tienen hoy.

En San Rafael creo será suficiente el 7.º de Caballería, remontado también a 50 plazas y 100 infantes. Hacen pues un total de 2.600 hombres los que precisan las fronteras de mi mando, de más de 100 leguas de extensión, ya sea para continuar como estamos, ya para emprender cualquier cambio de operaciones sobre el desierto.

Aplicado el enganche de la 7.ª Sección, a los cuerpos de mis órdenes, creo que podremos remontarlos al número de plazas dichas.

#### SERVICIO DE INDIOS

Los que permanecen de tierra adentro no se han de prestar a hacer ninguna clase de servicio, y temerán sea un lazo que se les tiende, cualquiera proposición que se les haga al respecto.

La tribu de Mariano Rosas disminuye, es cierto, pero muy lentamente. Para hacer por medios pacíficos la conquista se necesita tiempo y paciencia.

#### INVASIONES

Que éstas sólo están aplazadas en esa provincia, parece fuera de duda. Vivos y desconfiados como son los Pampas, que siempre están al corriente de lo que pasa entre nosotros, ya estarán alerta por causa de sus mensajes al Congreso y el estudio intentado en Carhué, y no han de creer ni esperar en la paz de que últimamente se trata.

#### COLONIA RODRÍGUEZ

En este punto se tienen para guardia de los colonos, cincuenta guardias nacionales movilizados que pienso licenciar el día que pueda darles a aquéllos unos 25 fusiles, pues no te-

niendo hacienda que cuidar con dichas armas, podrán ellos mismos defender su seguridad.

Si he sido tal vez demasiado extenso, es porque he creído que así lo requería la importancia del asunto, y porque quería manifestarle, como V. E. lo deseaba, todo mi pensamiento al respecto.

Queda esperando su última determinación su servidor y amigo.

JULIO A. ROCA.

Ministerio de la Guerra.

Buenos Aires, noviembre 18 de 1875.

Señor general don Julio A. Roca.

Estimado general y amigo:

Me encuentro tan ocupado, que dejando para después la contestación de su carta, le consulto sobre lo siguiente:

Hasta este momento mi pensamiento es, en la provincia de Buenos Aires, avanzar por la extrema sur hasta *Carhué*; por el sur hasta la *Laguna del Monte* y por el oeste, hasta *Las Tunas*, punto que se encuentra en un mismo meridiano, y el cual, prolongado, va a tocar la línea del Río V, en *La Ramada*, poco más o menos.

Sobre esta base, pienso que la frontera norte de Buenos Aires podría avanzar y ponerse en línea con las otras, apoyando su izquierda en *Las Tunas* y su derecha en el Río V.

De este modo, quedaría suprimida la frontera sur de Santa Fe, y una parte de la de Córdoba, procedimiento conveniente desde que el resultado inmediato es reducir a 110 leguas una línea que es hoy de 160.

Si me confirmo en la idea de que lo que conviene, por ahora, es avanzar lo que hoy se llama frontera norte de Buenos Aires, de la manera antes manifestada, el estudio previo será encomendado a dos ingenieros: uno de ellos hará el estudio a la derecha del camino que conduce desde el fuerte *General Paz* hasta las tolderías de Pincen, y el otro al frente de la línea norte, estudios que se complementarían partiendo de la *Ramada*, por ejemplo, al suroeste.

De esta manera vendría a quedar convenientemente rectificadas la línea, y el resultado sería completo haciendo desapa-

recer, por una recta, el ángulo entrante en la frontera de San Luis.

Queda de usted su seguro servidor y amigo.

ADOLFO ALSINA.

Río IV, diciembre 1.º de 1875.

*Señor ministro de la Guerra, doctor don Adolfo Alsina.*

Señor Ministro:

He recibido su estimable de 18 del próximo pasado, en que tiene la deferencia de consultarme sobre su pensamiento de avanzar la línea de las fronteras de Buenos Aires hasta Carhué, el Monte y las Tunas, sin abandonar su proyecto de avanzar también la línea del Río V.

Indudablemente, realizados estos proyectos, se habrá ganado al desierto una gran extensión del territorio, y acertado la línea de defensa. Pero ¿se evitarán en adelante las incursiones? Alejando más las fronteras de los centros de recursos ¿será más fácil la remonta y disciplina de las tropas y estarán mejor defendida aquéllas? Y una vez invadidas, no encontrando los indios haciendas, inmediato a las líneas de fuertes ¿se marcharán al desierto o hasta dar con lo que buscan, dejando muy a retaguardia los encargados de detenerlos? Estas son preguntas que me hago y a las que no me atrevo a responderme de una manera decisiva, no conociendo prácticamente esas fronteras y apenas los puntos indicados por las cartas imperfectas que tenemos.

V. E., con mayor número de datos sobre la naturaleza del terreno y las distancias, y por los conocimientos prácticos de los jefes que mandan aquellas fronteras, puede juzgar mejor que yo sobre ellas.

Además, por principio general, soy opuesto a estos movimientos parciales, como habrá podido notarlos V. E. en mi carta anterior, y pienso que de no resolverse a llevar a cabo la frontera al río Negro y concluir con los indios de una vez, haciendo un grande esfuerzo, que siempre sería mejor que el que se ha precisado para sofocar cualquiera de las rebeliones que han tenido lugar en la República, es más conveniente permanecer donde estamos constituyendo las guarniciones en pueblos, remontando el ejército a las plazas que debe tener para las

necesidades del servicio a que está destinado, mejorar las condiciones del soldado y contraerse a resolver este solo problema, sin lo cual nada se puede intentar: el medio de tener en todo tiempo buenos caballos.

Contestando así, con la franqueza que lo he hecho ya otra vez, a su atención de consultar mi opinión, me repito de V. E. affmo. y S. S.

JULIO A. ROCA.

Ministerio de la Guerra.

Buenos Aires, diciembre 4 de 1875.

*Señor general don Julio A. Roca.*

Estimado general y amigo:

Supongo en su poder la que le dirigí por el correo y en la cual le anunciaba una contestación detenida a la de usted.

Como se lo indicaba en mi anterior, aunque sus razones no han modificado mi opinión sobre la conveniencia y oportunidad de avanzar toda la línea de Córdoba y de San Luis, sólo me propongo, por ahora, llevar a cabo el pensamiento que le anunciaba de un movimiento de avance simultáneo en las fronteras de Buenos Aires, que viene a dar por resultado comunicar por una recta a Bahía Blanca con el Río V.

Objetaba usted mi plan diciendo que para ejecutarlo era preciso dar por rotos los tratados, pues los indios considerarían como una declaración de guerra todo movimiento en dirección a aquellas tierras que ellos miran como de su exclusivo dominio.

Entretanto, no ha dejado de llamarme la atención que el plan que usted me propone, y que consiste en operar ofensivamente, y de una manera incesante, por divisiones ligeras, es igualmente objetable, por cuanto no puede llevarse a cabo sin que produzca idénticos resultados, en lo referente a provocación de hostilidades.

No puedo desconocer que tiene inconvenientes el establecimiento de una línea nueva, dejando a la espalda más desierto que el que hoy existe; no desconozco tampoco que la vida del soldado será más azarosa y más difícil también el lleno regular de sus necesidades; pero en la provincia de Buenos Aires principalmente, se siente una exigencia que es superior a to-

dos los inconvenientes y a todos los peligros que usted menciona, y es que la producción necesita desenvolverse y hoy no se cuenta con campos espaciosos para hacerlo.

Es un mal sin compensación dejar a la espalda de una línea una zona dilatada, con moradores hostiles; pero no pasa de un inconveniente generosamente compensado dejar esa misma zona sin enemigos, pudiendo así entregarse tranquilamente a la producción y a la riqueza.

Le hablaré de las fronteras de Buenos Aires que son las que mejor conozco.

Una línea que se prolongue desde Bahía Blanca hasta Carhué, de Carhué a la Laguna del Monte y de ésta a Trenque-Lauquen, dejaría entre ella y la hoy existente, como dos mil leguas superficiales; y mientras tanto, puedo asegurarle que en esa gran extensión no podrían subsistir cien indios juntos; algo más: en caso de que éstos robasen, les sería materialmente imposible escapar, porque estarían tomados los pasos necesarios.

Según se me había informado por personas experimentadas en la cuestión fronteras, avanzando la línea de San Luis y Córdoba a la Laguna del Cuero, se obtendría el mismo resultado, en cuanto a ganar buenos y feraces campos sin dejar a retaguardia mayor número de indios que el que hoy tiene usted a espaldas de su primera línea, en razón de que no lo habría entre la línea del Cuero y la línea del Río V.

Dice usted que el sistema actual de líneas de fortines, manteniéndose a la defensiva, y avanzando lentamente con la población ya sabemos cuáles son los resultados que nos ha dado y nos dará.

Permítame que le observe que usted no puede saber qué resultados ha dado, ni qué resultado dará el sistema que yo voy a emplear.

Ni de los documentos publicados, ni de mi carta, ha podido usted deducir que mi plan sea establecer línea de fortines para mantenerse a la defensiva.

Ocupándose Carhué, Trenque-Lauquen y la Laguna del Cuero, se hace completamente insoportable para los indios su propia permanencia en Salinas, en Choiquelo y en Leuvucú, por la sencilla y conocida razón de que ellos no pueden vivir teniendo cerca al enemigo; y por esta otra consideración, a mi modo de ver muy atendible, y es que Carhué, Trenque-Lauquen y el Cuero son, puede decirse, las avanzadas que hoy tienen, lugares estratégicos que les sirven para sus invernadas.

La dificultad de la línea del Río Negro está, dice usted, en dejar indios a la espalda.

Si ha leído usted mis mensajes al Congreso, habrá visto que esas son también mis ideas; pero ocupándose la línea que yo proyecto, podrá ocuparse después la del Río Negro, sin el peligro que los dos reconocemos, por cuanto entre ambas líneas será imposible la subsistencia de grupos considerables de enemigos.

Respecto del tratado que usted invoca, debo recordarle que ha caducado *de derecho*, en enero próximo pasado.

Y aprovecho este recuerdo para indicarle la conveniencia de que se vaya ocupando de estudiarlo, a fin de reabrir una negociación que nos ofrezca condiciones más ventajosas.

El precio a que se compró la paz con Mariano Rosas es caro, carísimo y, en caso de renovarse la negociación, debe ser alterando dos de las bases existentes: en primer lugar, no puede seguirseles dando todo lo que hoy se les da; y en segundo, debe procurarse alguna otra compensación que no sea la de no invadir las fronteras sur del Interior.

Y digo esto, porque algunas invasiones al norte de esta provincia han partido de los toldos de Mariano Rosas, y como lo es también que de esos mismos toldos salen grupos más o menos considerables para incorporarse a Namuncurá, a fin de invadir al sur de esta provincia.

Menciona usted, entre los inconvenientes del alejamiento de las fuerzas, la posibilidad de nuevas revueltas.

Si hay posibilidad de que el orden se perturbe, será en la provincia de Buenos Aires.

En cuanto a la Capital está bien guardada y por lo que hace a la campaña, esté tranquilo, porque la fuerza pública no está hoy en manos ni de Rivas, ni de Murga, ni de Ocampo, ni de Borges.

He aguardado, por más tiempo del que creía, su contestación sobre las mulas.

Necesito una respuesta definitiva para comprarlas, si el estado o el número de las que usted tiene no le permiten poner una cantidad de ellas a disposición de este Ministerio a fin de emplearlas en el servicio de fronteras.

La razón que se dió en el Congreso para disminuir en 35.000 pesos fuertes la partida para caballos fué precisamente por la gran existencia que debía suponerse de aquéllos, dado lo considerable de las sumas pagadas por mulas y caballos para el ejército del Norte.

Respecto del Parque tengo la idea de decretar el establecimiento de uno en esa Villa Mercedes o Río IV, sobre la base

del existente, y acerca del cual pedí a usted en mi anterior informes exactos, que he recibido.

No habiendo motivo de ningún género para sospechar siquiera que estalle en el Interior un movimiento anárquico y existiendo la posibilidad de que esto se realice únicamente en la provincia de Buenos Aires, pienso que los malos elementos de aquí se sentirían desalentados al considerar que en el Interior, además de los elementos populares de opinión habría también lo necesario para equipar y armar un ejército regular.

Ellos verían entonces que un golpe de mano podría ponerlos en posesión de la ciudad de Buenos Aires; pero que tendrían también que habérselas con trece provincias armadas y unidas en un solo pensamiento.

Pero puedo asegurarle que, bajo cierto punto de vista, todo cuanto le he dicho es secundario con relación al asunto de que voy a ocuparme.

Es indispensable que el 1.º de enero de 1876 esté licenciada toda la Guardia Nacional que hace hoy el servicio ordinario de frontera, contra la ley, y contra las conveniencias reales del país.

Para licenciar la que hoy sirve en las fronteras que usted manda me dice que será necesario remontar hasta 500 plazas cada uno de los cuerpos, por cuanto esa frontera requiere *dos mil quinientos soldados*.

A esto contesto del modo siguiente:

1.º Que no comprendo cómo se necesita tal número para guardar una línea que sólo tiene a su frente una tribu sometida.

2.º Que el presupuesto sancionado para 1846 sólo ha votado 8.000 soldados, en vez de 10.000, de lo que viene a resultar que los regimientos sólo pueden tener 360 soldados, y los batallones 306.

3.º Que las fronteras de Buenos Aires, con más extensión—130 leguas desde Bahía Blanca hasta la extrema derecha de la frontera Norte—, con más riqueza que guardar, y con tres enemigos que la amenazan, Namuncurá, Pincen y Mariano Rosas, sólo cuenta 2.000 soldados.

Usted tiene tres regimientos y dos batallones; dejando el 7.º para guardar la frontera de Mendoza, pienso que quedan perfectamente guarnecidas las de San Luis y Córdoba con un regimiento y un batallón en cada una de ellas.

Bien entendido que hablo en el concepto de que no haya fuerzas concentradas en el Río IV, pues, en este punto, no tienen rol activo ni responden a ninguna necesidad del servicio de fronteras.

Y, si esto no fuera bastante, podría contarse como auxiliar, con una parte de la tribu de Mariano Rosas, lo cual sería materia del nuevo tratado que se hiciese.

Para cierto género de servicio que usted conoce perfectamente, la Guardia Nacional, en caso de ser deficiente la tropa de línea, podría ser sustituida con ventaja por doscientos indios movilizados y que serían relevados por otros, en las épocas convenidas.

De todas maneras, estoy dispuesto a cargar con la responsabilidad de lo que suceda, ordenando el licenciamiento, mucho más cuando el enganche habrá dado, en todo el mes que empieza, lo necesario para completar la remonta de los cuerpos.

En este empeño de licenciar la Guardia Nacional, suprimiendo el servicio *ordinario* que hoy presta en situación también *ordinaria*, debo contar con la cooperación decidida de todos los hombres de principios.

Hace años que la Nación está viviendo con dos presupuestos y con dos ejércitos: es preciso que esto acabe, y que no haya más ejército que el que vote el presupuesto, dejando tranquila a la Guardia Nacional, a fin de que sólo acuda en los grandes momentos y en los grandes peligros.

Considero inútil decir a usted que estas son también las ideas del presidente de la República.

Sin más, por ahora, le saluda su affmo. amigo.

ADOLFO ALSINA.

Río Cuarto, diciembre 17 de 1875.

Señor ministro de la Guerra, doctor don Adolfo Alsina.

Estimado señor:

He recibido la suya del 4 en contestación a la mía del 19 de octubre próximo pasado.

Empezaré por hacerle presente que al decirle que los indios darían por rotas las paces y tomarían cualquier movimiento hacia ellos como un reto a muerte, no ha sido mi mente hacer objeción, y con razón ha causado a V. E. extrañeza, sino meramente expresarle que en mi concepto, realizados sus pro-

pósitos, en guerra abierta con el indio, debía prepararse en este sentido.

Probablemente no me habría explicado bien.

Mal podría objetar el sistema que se propone seguir, puesto que V. E. me asegura que no lo conozeo, ni por lo tanto los resultados que ha dado, ni que dará en adelante. No hacía más que exponer ideas generales, partiendo de suposiciones más o menos verosímiles, y de la seguridad bien claramente expresada por V. E. en sus cartas, de ocupar Carhué, Las Tunas, El Monte y El Cuero.

Por lo que respecta a estas fronteras, nada tengo que agregar a lo expuesto en mis anteriores, insistiendo en creer que para dominar a los indios Ranqueles y enseñorearnos de los territorios que ocupan, no debemos abandonar la línea del Río V que debe ser nuestra base de operaciones.

El Cuero es un lugar horrible, con agua muy escasa, que en verano se seca, y puede hacer experimentar grandes penalidades, en el que será muy difícil contener la deserción.

Es verdad que situados allí no se dejan indios a retaguardia, pues sus toldos recién principian en El Cuero, sino un desierto de sesenta leguas próximamente entre la línea marcada por el Río IV y aquel punto.

Si una partida de indios se interpone en este desierto y nos corta la comunicación con las poblaciones, ¿cómo se defiende éstas, y qué papel haríamos en El Cuero? Retrogradar para perseguirlos sería inútil porque nunca se llegaría a tiempo. En más pequeña escala la práctica se ha encargado de mostrarnos la verdad de este aserto.

Días antes de recibirme del mando de esta frontera, a fines del 72, no había un solo hombre en el Río IV; toda la fuerza estaba en el Río V; una invasión de Calfucurá de 300 a 400 indios, penetró por entre Gainza y la Ramada, alcanzó las costas de Río IV por La Carlota y Reducción a 10 leguas de esta población; tomó enseguida para el Fraile Muerto y torció a sus toldos por cerca de la Guardia de Esquina, pasando por Gainza.

Sabida la noticia en Sarmiento, con el retardo que necesitaba para recorrer veinte leguas, y el tiempo que emplearon los primeros que descubrieron al enemigo, para calcular por las rastrilladas su número —pues es siempre de prima noche que los indios hacen esta cruzada— y por fin, con el que hay que emplear para reunir los diversos destacamentos y comisiones, se perdieron 24 horas por lo menos y no hubo más que

esperar a ver por donde reventaba esta mina, si por Santa Catalina, Río IV, Fraile Muerto o Santa Fe.

Cuando se supo su rumbo, era una locura ponerse en su persecución. Era imposible alcanzarlos de atrás, llevando 30 o 40 leguas de delantera, y las fuerzas, tanto de Gainza como de estas fronteras, se redujeron a esperar a caballo en sus líneas, la vuelta de los invasores cuando se cansaron de sus fechorías y después de sembrar el espanto desde el Río IV al Rosario.

El general Ivanoski se encontraba de paso en ésta, con la banda de música de su batallón y algunos soldados más; auxiliado por los vecinos y con noticias más frescas y positivas que las que tenían en la primera línea, montó a caballo y salió al encuentro del enemigo. Lo alcanzó, lo vió a pocas cuerdas, pero no pudo hacerle nada; su fuerza era desproporcionada a tantos enemigos, los que sin embargo no se atrevieron a batirlo.

Fué por esto que yo trabajé con el entonces jefe de estas fronteras, general Arredondo y con el ministro de la Guerra general Gainza, para establecer fuerzas en este punto, en la Reducción y en La Carlota para que cuando los indios salvaran la primera línea hubiera algo con que contrarrestarlos y proteger estos pueblos, y me fué concedido. Sin esto pueden repetirse las invasiones con idéntico resultado a las del 72.

Si aparece que actualmente hay más fuerzas de las necesarias en Río IV, es porque el 3 se está organizando y dentro de pocos días lo mandaré a Villa Mercedes. Cuando V. E. reciba ésta, ya estará en su puesto.

La mayor parte del 10 permanece aún en ésta, esperando poderse preparar algunos ranchos o en su defecto carpas, para mandarlo a Sarmiento.

La Guardia Nacional quedará licenciada por completo para el 1.º de enero próximo, según V. E. lo ordena; no quedando en este punto más fuerza que una compañía de Caballería de Línea, que revista con el título de "Escuadrón Escolta" que estuvo en la campaña del Ejército del Norte.

Si le he hecho presente que se necesitan mil hombres en cada una de estas fronteras y seiscientos en la de Mendoza, no es por el prurito de tener muchas fuerzas a mis órdenes, sino porque aun lo creo indispensable según mi juicio y la experiencia que tengo en el servicio de estas provincias.

Si V. E. cree que con dos cuerpos dotados ambos de 666 plazas, de las cuales quitando las diversas comisiones y los enfermos, quedarán reducidas a 600 a lo sumo, y eso contando

siempre las plazas designadas de 306 los batallones y 360 los regimientos, basta, es otra cosa; yo, por mi parte, he cumplido y cumplo mi deber al hacerle presente que es poca dicha fuerza para garantizar estas fronteras.

A estos puntos no sólo alcanzan los Ranqueles sino todos los de la Pampa, y más de una vez los indios de Salinas han traído fuertes malones, solos y mezclados con los de Mariano Rosas y Baigorrita.

Las tribus de éstos no puede decir que están sometidas, como las de Coliqueo y Catriel, porque aquéllos se comprometen a no robarnos, mediante subsidios que se les da; es el compromiso, único en el fondo, que tienen por su parte.

En las desconfianzas y recelos que tienen a los cristianos, primero renunciarán a todas las ventajas que les pudiera ofrecer la paz, antes de mandar 200 indios como me dice V. E., en calidad de tropas auxiliares, a servir a la frontera, y aunque Baigorrita y Mariano lo quisieran, no conseguirían ser obedecidos de sus súbditos. Los pocos que se tienen en Villa Mercedes fueron traídos a la fuerza en las expediciones que se llevaron a cabo; después de estar algún tiempo, recién han comprendido las ventajas de vivir entre nosotros y permanecen fieles. A los de Sarmiento les ha traído poco a poco, empleando toda clase de trabajos y seducciones y siempre se aumentan, pero muy lentamente.

He dado cuenta a V. E. de la actitud de Baigorrita, en la invasión que anuncia él mismo, sobre Buenos Aires, por los indios de Namuncurá. Si dicha invasión se ha realizado, lo que no siempre sucede, a pesar de reiterados avisos, se debe dar por terminada la paz con el cacique, y no dársele, en el próximo trimestre, los sueldos y hacienda que le corresponden según el tratado.

Mariano se ha portado bien, y ha cumplido sus compromisos hasta donde se puede exigir a estos bárbaros. No ha aceptado la invitación de los de Salinas Grandes; ha contenido a sus capitanejos de tomar parte, y ha avisado a tiempo con los detalles que transmito a V. E.

El tratado con los indios no ha caducado aún, pues debe durar seis años, y fué celebrada el 72; no me acuerdo el día fijamente, porque el comisario de estas fronteras, que es quien lo tiene, no se halla por ahora presente.

Creo como V. E. que la situación de la República reposa sobre sólidas bases en el Interior y que no se precisan aglomeraciones de fuerzas para mantener la paz y conservar el orden que son el sentimiento interno y la gran aspiración de es-

tos pueblos; si hay algún peligro, ése está en la ciudad de Buenos Aires, y por lo visto, es muy fácil conjurarlo.

Con esta fecha, le comunico al inspector y comandante general de Armas, que tengo quinientas mulas prontas para mandarlas a donde se me ordene.

Efectivamente, se ha abandonado un considerable número de caballos y de mulas para el ejército del Norte; pero aparte de los fraudes y cobros ilegítimos que hay en esto, y que no se pueden evitar cuando se opera tan de prisa y se echa mano de todos los medios, viene el de que todo el mundo se considera dueño de los animales de la Nación, y desde los gobernadores de provincia hasta el último alcalde, desde el rico hacendado hasta el último gaucho, se apoderan de ellos y les dan hasta matarlos, sin piedad ni miramiento alguno.

Ya se ha dado cuenta a V. E. de que el gobernador de... estaba vendiendo animales patrios en remate público, lo que no solamente era una pérdida para el Estado, sino que introducía la confusión, creando derechos a los particulares sobre animales con la oreja cortada, que es la marca que usa el Gobierno.

Si así procede la primera autoridad de una provincia, que tiene a la mano fronteras y jefes nacionales a quienes entregar esas pertenencias, ¿qué harán los subalternos?

V. E. no puede imaginarse el trabajo, los reclamos, comisiones y pedidos que he tenido que hacer para juntar la caballería que actualmente tengo.

Voy a dar de baja de las planas mayores todos los jefes y oficiales, reduciéndolas hasta donde me es posible, no sabiendo sin embargo el número fijo a que debo sujetarme.

La mayor parte de estos jefes y oficiales son de línea y algunos de ellos tienen muchos servicios prestados en el Ejército, habiéndose envejecido otros en el servicio de fronteras.

Con esta misma fecha dirijo una lista de ellos a la Inspección, avisando que serán dados de baja desde el 1.º de enero, para que el Gobierno disponga de lo que se haya de hacer de ellos.

A pesar de mis opiniones particulares, debo hacerle presente que estoy dispuesto a cumplir con todo celo sus disposiciones.

Dejando así contestados los puntos principales de esta carta, me es grato repetirme su afectísimo amigo y S. S.

JULIO A. ROCA.

cuento de cuatro por ciento al año, sobre el monto de las cuotas anticipadas.

Art. 16.—Los títulos expresarán que el portador o persona subscripta, es acreedor por la cantidad que represente su valor escrito, y que el pago se hará por medio de adjudicaciones de lotes de tierras pública, en la forma prescripta por esta ley; y serán firmadas por el Ministro de Hacienda, por el Presidente de la Contaduría o uno de los Contadores mayores, y por el Jefe de la oficina encargada de esta operación por el Poder Ejecutivo.

Art. 17.—Los subscriptores o tenedores de acciones deberán pedir la amortización de sus títulos dentro del término de cinco años contados desde la fecha en que el Poder Ejecutivo ponga los planos de la tierra, en la forma prescripta en esa ley, en la oficina respectiva, para que en su vista puedan pedirse las adjudicaciones.

Art. 18.—Los gastos de la mensura general serán por cuenta del Gobierno, y las ubicaciones serán hechas en el modo y forma que el Poder Ejecutivo determine; pero siempre por medio de un empleado del Departamento de Ingenieros, sujetándose a los datos e instrucciones que al efecto le transmitirá esa oficina.

Art. 19.—El Poder Ejecutivo reservará en las partes que considere más convenientes los terrenos necesarios para la creación de nuevos pueblos y para el establecimiento de los indios que se sometán.

Art. 20.—Queda facultado el Poder Ejecutivo para reglamentar la presente ley y hacer los gastos que demande su ejecución.

Art. 21.—Comuníquese, etc.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a cuatro de octubre de mil ochocientos setenta y ocho.

MARIANO ACOSTA.

Carlos M. Saravia,  
Secretario.

FÉLIX FRÍAS.

J. Alejo Ledesma,  
Secretario.

Por tanto: Cúmplase, comuníquese, publíquese y dese al Registro Nacional.

N. AVELLANEDA  
JULIO A. ROCA.

## BATIDA GENERAL DEL TERRITORIO INDIGENA

La historia de la operación que en ocho meses dió en tierra con el dominio secular de los indios en veinte mil leguas de territorio y precedió a la ocupación definitiva de la línea militar del Río Negro y Neuquén, se halla comprendida en los siguientes telegramas, que he tomado de los diarios y de los archivos del telégrafo, sin ser todos los que se hicieron en esa época con motivo de la campaña preliminar.

Siento no haber podido conseguir todos los dirigidos por el general Roca a los jefes de las fronteras del interior, coronel Racedo, comandante Roca y comandante Tejedor, etc. Me habría sido agradable insertarlos para completar el detalle de las operaciones, así como para honra de su autor y de los jefes a cuyos títulos se dirigieron.

Dejo, pues, al laconismo de los telegramas aquí consignados, el dar una idea de la actividad, inteligencia y pericia desplegadas en esta rápida y memorable campaña por todos los jefes que han tomado parte en ella.

Nunca se habrá hecho en menos palabras la relación de más numerosas hazañas ni más largos itinerarios. Hay allí un mundo de heroicidades que se ocultan como los diferentes sitios en los miles de leguas que fueron su teatro.

Suprimo, por otra parte, algunas de las primeras órdenes e instrucciones del general Roca, porque ellas se deducen claramente de sus efectos y de los propósitos consignados en los documentos que acaban de leerse.

Puan, julio 12 de 1878.

Al señor Inspector General de Armas.

En este momento recibo parte del valiente sargento mayor don Camilo García, comunicándome que en la laguna Mirila-

cagüe, sorprendió una invasión de más de seiscientos indios mandada por hijos de Pinau, Nahuel Pain y otros capitanejos. Estos indios debían invadir por la frontera de Puan, y como descubrieran el poco número de fuerzas que llevaba el mayor García, resolvieron pelearlo trayendo cargas a pie, las que fueron rechazadas valientemente por nuestros soldados que se guarecían en un pequeño monte para impedir que los indios arrebataran los caballos, y desde allí me pidió protección y mandé al capitán Saturnino García con 50 hombres del Batallón 8 de línea y 39 hombres del Regimiento 1.º de Caballería, al mando del ayudante mayor don Juan Méndez. Los indios al ver las fuerzas que marchaban en protección del mayor García, se retiraron precipitadamente.

El resultado de esta operación es: varios muertos, muchos heridos por parte de los indios, cinco prisioneros y una pequeña invernada.

Dios guarde a V. S.

*Comandante Donovan.*

Azul, 12 de julio de 1878.

*Al señor Inspector y Comandante General de Armas.*

Participo a V. S. la importante noticia de ayer a las 4.30 p. m.; los indios que en esa mañana habían invadido por la estancia de Miñana "La Nutria", han sido batidos, arrebatándoles todo el botín, en el paraje denominado Laguna de Alvarez, tres leguas al oeste de la estancia del señor Forest, veintidós leguas al sur de este punto, y rescatado dos cautivos únicos que llevaban.

Los que han alcanzado este brillante triunfo son un número de veinte vecinos que se reunieron en la estancia del señor Forest, encabezados por el teniente coronel Spika, con la cooperación del señor Walker, conocido por *Facón Chico*, don Juan Faría, un marra y otros.

El arreo arrebatado a los indios pasa de dos mil yeguas y caballos; han sido perseguidos hasta el oscurecer. Como los salvajes llevan la dirección del fortín Libertad, las fuerzas de "Lavalle" al mando del mayor Chausiño, tienen que encontrarse con ellos, y alcanzarlos seguramente.

En este mismo momento comunico al comandante Suspisiche esta noticia para las medidas que deban tomar. Muy reco-

mendable ha sido la conducta observada por el comandante Spika y vecinos nombrados, que tan brillante resultado han alcanzado en esta jornada.

Dios guarde a V. S.

*Comandante Apolinario de Ipola.*

Buenos Aires, julio 15 de 1878.

*Comandante Suspisiche.*

Lavalle:

Necesito saber el resultado de la persecución a los indios batidos por el comandante Spika en la laguna Otamendi y que dicen llevaron la dirección del fortín Libertad.

Recomiendo mucho la pesquisa de estos indios, si aun no han salido, porque temo vuelvan sobre algún establecimiento a hacerse de recursos.

JULIO A. ROCA.

Carhué, julio 18 de 1878.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Hey como a las 5 de la mañana, uno de los rondines de esta guarnición encontró en el campo, como a treinta cuerdas de este campamento, un indio a caballo, y como al gritarle no hacía alto para reconocerlo, desobedeció y trató de huir; a poca distancia le dieron alcance, pero como no quiso rendirse fué muerto por el rondín, resultando que era malón: no había podido escaparse en la noche por la obscuridad que por la neblina apareció en la noche pasada. Es cuanto ha ocurrido de ayer a hoy.

Dios guarde a V. S.

*Comandante Paris.*

Buenos Aires, agosto 28 de 1878.

*Al comandante Vintter.*

Fuerte Argentino

Oficial.—Por carta transmito extensamente a usted instrucciones para los tratados con Namuncurá. Desde luego prevengo a usted que la base de éstos debe ser que Namuncurá se venga con su tribu a vivir en un punto inmediato a la frontera militar, ya sea Carhué, Puan o el que él designe, donde se le darán tierras en propiedad permanente para él y su tribu y demás facilidades para trabajar la tierra y subsistencia de las familias. A Namuncurá se le dará un sueldo por la Nación reconociéndole un grado militar, lo que también se hará extensivo a algunos de sus principales capitanejos en proporción, según lo que se convenga y la conducta que cada uno acredite. Sea muy parco en los regalos para que pida autorización.

Si da algo a esas comisiones, que no pase de ser cosa muy insignificante. No hay por qué hacer regalos de ninguna especie a indios que mientras no estén completamente sometidos, bajo las condiciones antedichas y demás que le serán comunicadas, no deben considerarse sino como enemigos y por lo menos desconfiar de ellos hasta que comiencen a dar pruebas evidentes de amistad y sometimiento a las autoridades de la República.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, septiembre 6 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Lo felicito por el éxito de la operación del mayor Alvarez, así como a este jefe por la actividad y celo que ha demostrado.

Con hechos como este, pronto acabaremos con los indios y prepararemos el camino para la gran campaña.

Lo saluda afectuosamente.

JULIO A. ROCA.

Septiembre 7 de 1878.

*Al coronel don Eduardo Racedo.*

Río IV.

Oficial.—En la madrugada de hoy ha penetrado por la derecha de la frontera norte, primera línea entre Fraga y La Madrid, una partida de 30 indios y marcha en este momento un oficial con 25 de tropa a perseguirlos. Llevan los indios dirección a Gainza.

Lo que comunico a V. S. para su conocimiento y efectos.

Luis M. Campos.

Buenos Aires, septiembre 9 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Es necesario hacer un escarmiento con todos los indios prisioneros y no quiero que queden de ellos por allá. Tan luego como desocupe los que tiene, mándemelos para transportarlos lejos de la frontera. Le remitiré pronto algunas altas.

JULIO A. ROCA.

Septiembre 12 de 1878.

*Al coronel Racedo.*

Córdoba.

Oficial.—Una partida de 60 indios ha penetrado hasta la estancia de Olmos. Es necesario disponga se les persiga por el rastro hasta sus toldos, cuando salgan de la línea.

Es necesario saber a qué indios pertenecen. Escríbale a Mariano en términos siempre amistosos reclamándole esto.

Es posible sean unos 30 indios que hace días penetraron por Ita-ló y Trenque-Lauquen. Salud.

JULIO A. ROCA.

Trenque-Lauquen, septiembre 14 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

En este momento regresa el mayor Ruiz, que se mandó con 60 hombres a invadir a Pincen, 10 leguas fuera de la línea. El 11 por la mañana sorprendió una partida de treinta indios, pertenecientes a Pichinpincen y Manuel y Manuel Rayan, los rodeó, mató al capitanejo Carri Loneo que los mandaba y cinco indios y tomó 21 prisioneros y otro capitanejo, 88 caballos gordos y una mula.

Los prisioneros declaran que los indios entraron por la madrugada del 6 e iban a invadir a los lados del Pelado y Fuerte Venado; que son de Namuncurá y Ranqueles; los manda el capitanejo Urriqueo de Namuncurá, llevando de baqueano a Cural de los Ranqueles. Dos indios solos se han salvado encañados, de la sorpresa del mayor Ruiz, el capitanejo Liripin y su hijo.

Pronto pienso hacerles otra visita tomando nuevo rumbo, pues Pincen está muy vigilante.

Saluda a V. E.

Conrado E. Villegas.

*Al coronel Villegas. (1)*

Trenque-Lauquen.

Con verdadera satisfacción he recibido su parte. El mayor Ruiz se ha portado bien y tendremos presente este hecho que lo acredita como un jefe experto y activo. No deje aburrirse en los cuarteles a los oficiales y soldados de su División, y despenda siempre partidas ligeras que vayan hasta los mismos toldos, aunque sean de 20 a 30 hombres.

Mándeme a ésta inmediatamente y bien custodiados, los prisioneros, que no conviene aglomeraciones de indios en las fronteras. A éstos como a los que se tomen en adelante, los hemos de hacer marinos y agricultores en Entre Ríos o Tucumán.

JULIO A. ROCA.

(1) Corresponde al 14 de septiembre de 1878.

Buenos Aires, septiembre 16 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guamini.

Es conveniente me mande cuanto antes esos 19 indios prisioneros que tomó el mayor Alvarez. Los necesito con urgencia para el Batallón de Artillería de Plaza.

Dígame cuando podrá mandar otra expedición de 80 o 100 hombres. El coronel Villegas acaba de dar un buen golpe a los indios de Pincen.

JULIO A. ROCA.

Río IV, septiembre 20 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

El comandante Anaya, que cuando me retiré de Poitahué quedaba en el Salado Atuel buscando la familia del capitanejo Nau-Nau, muerto en un encuentro hace dos meses, me comunica que viene trayendo a éste, y cien indios más de lanza y chusma.

El tal Nau-Nau había hecho las del zorro al substraerse herido en el combate en que fué dado por muerto.

La resurrección de poco le ha servido.

Hemos cumplido nuestra misión no dejando un solo indio en pie en el vasto y rico territorio ranquelino, asiento ayer de dos poderosas tribus y cuya campaña V. E. confió a la 3.ª División de mi mando. Saludo a V. E.

Coronel Eduardo Racedo.

Buenos Aires, septiembre 27 de 1878.

*Comandante París.*

Carhué.

Disponga usted cien hombres, a tres caballos cada uno, para que marchen al punto que el comandante Freire le indicará y allí se pondrán a sus órdenes para expedicionar según autorización que tiene dicho jefe.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, septiembre 27 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Contestando a su carta del 19 del corriente digo a usted que estoy conforme con lo que en ella me propone. Mando telegrama al comandante París para que le mande los cien hombres que se pondrán a sus órdenes en el punto de reunión que indica. Inmediatamente París indicándole el punto a donde deben concurrir los cien hombres.

Que sea feliz en esta empresa.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, septiembre 29 de 1878.

*Comandante París.*

Carhué.

Por su parte al Inspector de Armas no se desprende con claridad cual era el oficial que ha dirigido el combate contra los indios que forzaron la línea en la madrugada del 25. Si el hecho como acto de valor es digno de mención, avísemelo para premiarlo como se debe. Estoy dispuesto a recompensar toda acción contra los indios que revele inteligencia, actividad y coraje por el jefe u oficial que la lleve a cabo. Por eso quiero la verdad y que no se desfiguren los hechos.

Lo saludo.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 3 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Es bueno lleve un plano de la frontera, para que vaya anotando los lugares que recorran en su marcha; conviene también llevar el itinerario de las jornadas, haciendo notar la calidad de los campos y aguadas.

Dígame hasta qué punto piensa alcanzar y qué tiempo creo echará, dado el conocimiento que tiene del terreno.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 5 de 1878.

*Comandante Vintter.*

Puan.

Apruebo sus disposiciones. Avíseme el número de fuerza que deja en la línea, y después de su salida por chasque a Puan o Fuerte Argentino; téngame al corriente de lo que ocurra en la expedición.

El comandante Freire va a situarse también en la Pampa, a su frente y avisará a Puan su salida, para combinar estos movimientos.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 5 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Puede usted salir cuando lo juzgue conveniente.

El comandante Vintter ya está pronto y va a salir también para hacer un reconocimiento en el río Colorado.

Dió orden al comandante García para que haga un movimiento de avance, con objeto de llamar la atención de los indios sobre esa parte, y facilitar, si no ocultar, las dos operaciones de Vintter y de usted.

Trate de explorar el mayor terreno posible según se lo permitan sus medios de movilidad y de subsistencia, buscando alcanzar un resultado que compense el esfuerzo.

Dejo a su criterio la combinación y realización de este movimiento, en todas sus partes, que confío tendrá el éxito que deseo.

Combine su salida con García, y que éste dé aviso a Vintter para que el movimiento sea simultáneo en la línea.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 5 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Los Ranqueles empiezan a repetir sus invasiones sobre la frontera de Córdoba. Acaba de sentirse una partida por la Carlota. Avise al coronel Nelson para que mande con anticipación una partida en dirección al Cuero. Dígame cuándo estará pronto para hacer una entrada hacia los Ranqueles, y puedan hacerse otras iguales de Sarmiento y Villa Mercedes.

Unos boleadores del oeste, que deben llegar a esa dentro de algunos días, llevan el pensamiento de pasar hasta tierra adentro. Puede usted aguardarlos.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 7 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Me dice el coronel Racedo que como 150 indios han aparecido por la Carlota. Estos deben ser de Pincen o Ranqueles. Sería conveniente que usted mandase una expedición de 100 o más hombres.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 8 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Mande invadir a Pincen, sin pérdida de tiempo. Ya tendrá ocasión de ir sobre los Ranqueles, en combinación con Racedo.

Cuando salga la expedición, avíseme su número y quién los manda.

JULIO A. ROCA.

Río IV, octubre 10 de 1878.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Oficial.—Persiguiendo, teniente Alderete con 25 hombres, pequeña invasión que di cuenta a V. E., había penetrado Carlota, se encontró con 150 indios, tres leguas más al sur Toldito; los batió a la defensiva, matándoles dos, y haciendo varios heridos. Tuvo que retirarse en la noche por haber agotado municiones. Los indios han salido de la ronda por dos veces; la primera consiguieron los soldados cortarla y en la segunda mataron uno de los que la traían; mando municiones y orden para que unido el teniente a Guardias Nacionales, busquen nuevamente los indios y los persiga.

*Coronel Racedo.*

Buenos Aires, octubre 11 de 1878.

*Al comandante García.*

Puan.

Mis felicitaciones por el buen éxito de su excursión. Es preciso repetirla a menudo, para quebrar el espíritu del indio y mantener vivo el miedo y el terror, entre ellos. Así, en vez de pensar en invadirnos, sólo pensarán en huir, buscando su salvación en la espesura de los bosques.

Espero por momentos, iguales partes de Freire, Vintter y París.

Mande a ésta todos los prisioneros.

Lo saluda cordialmente.

JULIO A. ROCA.

Puan, 18 de octubre de 1878.

Al señor ministro de la Guerra.

Estoy de regreso.

El resultado: tres muertos y ciento seis prisioneros entre indios de pelea y tribus pertenecientes a Cañumil, encontrándose entre los prisioneros un hijo de este cacique y un sobrino Huenchuiquil.

Puntos donde fueron tomados Frumunel y Ucal y Chitre.

Los campos en estos parajes son guardales intransitables.

Las tribus en completa dispersión, y a largas distancias un toldo de otro, entre los montes.

Se internan cada día más hacia el Colorado y la Cordillera.

Cañumil y familia en Trume-Có Grande a veinte leguas de Chiloe al sur.

Namuncurá en Traco-Lauquen dos días de galope de Trume-Có Grande.

Espantosa miseria en general y sin elementos de movilidad los indios.

El telegrama de V. E. del 5 no me alcanzó.

Me im, ongo de él en este momento.

Saludo al señor ministro.

Teodoro Garcia.

Teniente coronel.

Monte, octubre 16 de 1878.

Señor ministro de la Guerra.

Acabo de llegar a este punto "Utracan", treinta y cinco leguas de Guaminí, donde he estado campado varios días. La segunda noche de marchar fui sentido por indios bomberos: sin embargo, traté de activar la marcha cuando era posible hasta llegar a Utracan donde dispersé la División en distintas direcciones. He tomado al capitanejo Lauquelen, treinta y cinco indios de lanza, 153 de chusma, 3 cautivos y 3 cautivas con hijos; se han muerto a los capitanejos Canolo y Atorey y Calfumor y 23 indios de lanza, tomados ciento veinte y nueve animales vacunos, 900 ovejas y como 100 caballos y yeguas. Regreso despacio porque la caballada está muy trabajada, y no quiero de-

jar ningún animal cansado. Los toldos que estaban adentro de Piehi Carhué, se habían internado, no sólo por el aviso de que iba malór., sino también por orden que recibieron de Namuncurá, quien le mandó avisar que el comandante García había dado golpe en los toldos de Nahuel, saliendo en el Juncal Chico.

De aquí seguiré el mismo camino que he recorrido y al comandante Paris lo mando por la derecha de Masage, por si encuentra alguna de las partidas que han entrado a malón según declaraciones de un indio presentado; el cacique Namuncurá y sus parientes, han abandonado todo, y siguen el camino Chilhue; no les perseguí porque me llevaba tres días adelante y el camino que llevaban era por médanos muy pesados, donde habría tenido que dejar mi caballada. Siento tener que anunciar tan pobre resultado, pero crea V. E. que nada he omitido para responder a la confianza que V. E. se sirvió depositar en mí.

Saluda a V. E.

Marcelino Freire.

Teniente coronel.

Río IV, octubre 17 de 1878.

Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.

Oficial.—Las fuerzas expedicionarias que han obtenido los triunfos que V. E. me comunica, se han portado dignamente. Felicito, pues, a V. E. por el feliz éxito alcanzado, por cuanto esto importa un augurio de las glorias que su plan le promete y la aproximación de su completa realización.

Coronel Racodo.

Buenos Aires, octubre 18 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Carhué.

La expedición de Freire ha dado un buen resultado y probado que no se precisan fuertes columnas para penetrar en el desierto. Se ve que el indio no hace por pelear cuando se ve invadido.

Dentro de diez o doce días, puede usted mandar otra de 100 a 150 hombres; no necesita tampoco gran número de caballos que embarazan las marchas.

Es necesario tener constantemente en alarma a los indios y si no siempre se alcanzan ventajas positivas, la influencia moral sobre ellos tiene que ser grande.

Suyo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, octubre 18 de 1878.

*Comandante Paris.*

Carhué.

Lo felicito por la parte que con su fuerza ha tomado en la operación que se acaba, con tan buen resultado, de llevar a cabo.

JULIO A. ROCA.

Buenos Aires, octubre 18 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Es conveniente que, aunque más no sea por tener en alarma a los indios, usted mande partidas en distintas direcciones y dirijase al jefe de la frontera de Ita-ló, en mi nombre, para que él por su parte haga igual cosa. En Villa Mercedes vamos a hacer una buena cosecha de Ranqueles.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, octubre 24 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Han sido detenidos en Villa Mercedes, ciento cincuenta indios de lanza y treinta de chusma de la tribu ranquelina, que quedan allí presos.

Apróntese para antes que aprieten los calores, pueda hacer una expedición aunque sea despacio.

JULIO A. ROCA.

Villa Mercedes, octubre 25 de 1878.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Oficial.—El coronel Racedo, con doscientos hombres, va en marcha sobre los toldos de Epumer. Allí existen muchos indios gauchos. Esta noche desprenderé dos partidas sobre invernadas y toldos distantes un día de camino de los de Epumer. Cayupan me pide sus raciones y sueldos que le corresponden por este trimestre y, si el señor ministro no tiene inconveniente le haré entregar una y otra cosa; permitiéndome hacer presente a V. E. ser de oportunidad regalar a este cacique algunas vacas y yeguas de las que debían recibir Epumer y Baigorrita.

Rudecindo Roca.

Puan, 26 de octubre de 1878.

*Señor Inspector y Comandante General de Armas.*

Salieron hoy para Bahía ciento noventa indios de tribus, que entregará a V. S. el sargento mayor Nadal.

Dejo familias de los que se han destinado a cuerpos.  
Dios guarde a V. S.

T. García.  
Teniente coronel.

Buenos Aires, octubre 26 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

Creo más conveniente que no haga usted su entrada hasta que no puedan hacerla Freire y Levalle al mismo tiempo, que será para el 15 o 20 del entrante.

Racedo, con 200 hombres, debe estar en estos momentos sobre los toldos de Epumer.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, octubre 26 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

El comandante Roca acaba de dar otro buen golpe a las tribus ranquelinas. Ha muerto 50 indios de lanza de Epumer y tomado prisioneros 45; total, en 8 días, 250 hombres de pelea y 40 de chuzma.

Racedo debe estar a esta hora sobre los toldos de Epumer. Los indios asustados, tienen que recostarse entre Toay y Poitahué.

Me parece conveniente no perder tiempo, y que usted haga su expedición el 2 del entrante como lo pensaba. Pasando de Toay, usted puede hacer una buena cosecha.

Antes que usted vuelva, ya estará en Villa Mercedes otra expedición en marcha.

Diga cuántos hombres puede llevar.

Cuando vuelva, tendrá todos los caballos que quiera.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, octubre 27 de 1878.

*Comandante Vintter.*

Fuerte Argentino.

Dígame cuándo puede usted estar pronto para realizar el reconocimiento sobre el Colorado para mandarle un ingeniero.

JULIO A. ROCA

Villa Mercedes, octubre 27 de 1878.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Oficial.—Ayer llegó la comisión de Epumer: eran cien lanzas; salí dos leguas de aquí a recibirlos, y al intimarle prisión resistieron, dando una carga sobre las fuerzas que había colocado a su retaguardia, llevándose las por delante y huyendo en seguida al desierto. La persecución fué rápida y fuerte. Una hora después todo había concluido: cincuenta indios quedaron muertos en el campo, cuarenta y cinco en nuestro poder y cinco escaparon. Si agregamos a este número de muertos y prisioneros los 150 indios lanzas que tenemos tomados ya, tendremos que Baigorrita y Epumer han perdido, en ocho días, la tercera parte de sus hombres de pelea, más cuarenta de chuzma, trescientos caballos y cincuenta mulas que se encuentran en mi poder. Señor ministro: la operación ha sido difícil pero feliz; no parece sino que la hermosa estrella de V. E. acompaña a sus jefes subalternos en la ejecución de sus difíciles planes. A nombre de esta División a mis órdenes, felicito a V. E.

Rudecindo Roca.

Villa Mercedes, octubre 28 de 1878.

*Señor Inspector y Comandante General de Armas.*

Oficial.—Comunico a V. E. que en vista de las instrucciones recibidas del señor ministro de la Guerra, he apresado a tres comisiones de indios, pertenecientes a las tribus de los caciques Namuncurá, Baigorrita y Epumer Rosas.

Esta operación no ha podido efectuarse sino después de vencer serias dificultades, pues la mayor parte de los indios Ranqueles están vinculados por lazos de amistad y relaciones mercantiles con una mayoría considerable de los vecinos de estos departamentos y de esta villa con particularidad. Las comisiones de los caciques Baigorrita y Namuncurá fueron las que se tomaron primero en esta población, y puede decirse que no hicieron ninguna resistencia; pero con la gente de Epumer tuve

precisión de adoptar otro temperamento; pues habiendo sabido de antemano que venían prevenidos de que se trataba de apresarlos, salí a recibirlos a dos leguas y vanguardia de esta villa. Así que llegaron donde estaba ordené al capitanejo que encabezaba la comisión que se rindiesen él con toda su gente, a cuya intimación respondieron acometiéndonos a mano armada a cuantos nos encontrábamos presentes, por lo que me vi obligado a emplear la fuerza para contenerlos, lo que logré hasta cierto punto. Pero como la mayor parte se hubiese puesto en fuga en dirección a sus tolderías, desprendí algunas partidas para capturarlos, las cuales, como los indios no quisieron detenerse ni entregarse, hicieron uso de sus respectivas armas, dejando tendidos en el trayecto andado 50 muertos.

El total de lo tomado a las tres comisiones asciende en este momento a doscientos indios de lanza, cuarenta de chusma, trescientos caballos y cincuenta mulas en regular estado. Entre los indios tomados se encuentran los caciques Choncaletto, Rancomin, Painé, Sopallo, Juancito Cuilquil y Leficurá y ocho capitanejos, todos ellos de prestigio entre los indios.

Termino recomendando a V. S. la digna conducta asumida en este asunto por los jefes del Regimiento 9 de Caballería de Línea, teniente coronel don Ernesto Rodríguez, su 2.º sargento mayor don Froilán Leiría, el accidental del Batallón 3 de Infantería de Línea, sargento mayor graduado don Pedro C. Falcón, quienes han cooperado al éxito de la empresa con un celo y decisión que merecen no pasen desapercibidos en el concepto de la superioridad.

Saludo al señor Inspector.

Rudecindo Roca.

Villa Mercedes, octubre 28 de 1878.

Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.

Oficial.—Los caciques Chancolito, Painé, Hancamil, Zepaño están en nuestro poder. Los caballos tomados a las dos comisiones son trescientos y cincuenta mulas.

Estoy preparándome para ponerme en marcha cuando venga Racedo, de manera que pueda acampar tranquilamente en Poitahué. Creo que conseguiré grande resultado. Cayupan me acompañará.

Cayupan tiene consigo diez y siete indios de lanza y diez mujeres y niños.

Dígame qué hago de las demás raciones que quedan. Me felicito haya quedado contento.

Rudecindo Roca.

Villa Mercedes, octubre 31 de 1878.

Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.

Oficial.—Comunico a V. E. que hoy se han presentado dos indios de la tribu de Baigorrita, que cuidaban en tierra adentro una caballada del capitanejo Cayupan de quien son sobrinos, y declaran que han tenido que huir por no perecer a manos de sus compañeros quienes les arrebataron los animales que vigilaban en Agustinillo; porque, según dijeron, tienen ya conocimiento de la manera cómo he procedido aquí con las comisiones que vinieron últimamente.

Estos mismos indios traen la noticia que el coronel Racedo les ha causado estragos espantosos en las tolderías de Epumer, pues le ha tomado muchos prisioneros, chusma y no poca hacienda vacuna y caballar.

D.º guarde a V. E.

Rudecindo Roca.

Villa Mercedes, noviembre 4 de 1878.

Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.

Oficial.—En este momento se presenta de regreso de tierra adentro un indio que mandé con hacienda y otros objetos para Epumer dos días antes de apresar la comisión de dicho cacique, y confirma la noticia que le di el 1.º del corriente respecto al coronel Racedo, quien, según asegura este último indio, ha obtenido un triunfo espléndido sobre los salvajes, trayéndoles, aparte otras cosas, como 200 prisioneros entre indios de lanza y chusma. Como le decía en una de mis anteriores, el capita-

nejo Cayupan ha perdido cuanto tenía por allí, por habérselo arrebatado los indios de Epumer.

*Rudecindo Roca.*

Villa Mercedes, noviembre 4 de 1878.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Oficial.—Una de las partidas de indios que penetraron por la frontera de Córdoba ha sido batida por el capitán Vega en el lugar denominado "La Ramada", quien ha quitado el arreo que llevaban y hasta algunos caballos.

El teniente Capdevila hubo de sorprender otra partida de invasores a inmediaciones del paraje indicado; pero fué sentido antes de estar sobre ellos. Sin embargo, ha ido a esperarlos a inmediaciones de Gainza, que es por donde se cree intenten salir, pues llevan más de 300 animales vacunos.

Saludo a V. E.

*Rudecindo Roca.*

Río IV, noviembre 5 de 1878.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Oficial.—Transcribo a V. E. los partes que en este momento me llegan: por ellos se informa a V. E. del resultado de las disposiciones tomadas para repeler la invasión que trajeron los indios a este departamento.

Es recomendable la actividad y comportamiento del teniente Capdevila que, en menos de dos días ha andado 60 leguas sin dejar descansar a los indios, habiendo tenido un temporal muy grande.

Dicen así: "Al comandante Molina, Río IV. Ramada, noviembre 2.—Acabo de llegar; alcancé indios al obscurecer por Artes, pero me descubrieron antes de estar sobre ellos. Se diri-

gen a San Pedro para pasar por Gainza; voy a esperarlos en el mismo punto, donde llegaré cinco horas antes. Llevan como trescientos animales. Ha quedado bastante hacienda en el camino.—*Alberto Capdevila*, teniente del 10. Fuerte Las Artes. Oficial". A continuación transcribo el parte que recibo en esta fecha, a las 6 p. m.: "Señor sargento mayor, don Facundo Lazarte.—Cumpliendo sus órdenes ocupé la Ramada ayer como a las 6 de la tarde. Llegaron los indios a este punto, los peleé, quitándoles todo el arreo y hasta los caballos ensillados, escapándose los indios en pelo, en los caballos de tiro". El teniente Capdevila persigue otro grupo que se dirige a Gainza. Es posible los alcance; yo quedo guardando este punto.—*Facundo Lazarte.*

*Miguel E. Molina.*

Jefe accidental de la frontera.

Villa Mercedes, noviembre 5 de 1878.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Oficial.—El coronel Racado ha tenido un triunfo espléndido sobre los indios. Trae 370 prisioneros. Mañana debe estar en Sarmiento. Sírvase decirme si me pongo en marcha.

*Rudecindo Roca.*

Villa Mercedes, noviembre 5 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

Hago el presente telegrama a V. E. desde El Cuero. Resultado de la expedición espléndido, a pesar de haberme sentido los indios cuatro leguas antes de llegar.

He cautivado tribu Peñaloza y sus hijos Goyco y Papallo y otras tribus más. Si no me siente Epumer Rosas, no se escapa; huyó a Nahuel Macuyo. Número de prisioneros monta a trescientos setenta entre los cuales hay setenta y tantos de lanza.

He montado bien indios amigos con caballos quitados. Tengo reses y ovejas también.

Creo no equivocarme; antes de empezar gran expedición habré vencido Ranqueles.

Oficiales y tropa se han portado perfectamente.

El seis estaré en Sarmiento pasando en seguida a Villa Mercedes.

Felicitó a V. E. y al señor Presidente por este triunfo.

Racedo,  
Coronel

Buenos Aires, noviembre 5 de 1878.

Comandante Vintter.

Fuerte Argentino.

Su reconocimiento hasta una altura que desde tiempo de Rosas no han llegado fuerzas nacionales tiene que ser fecundo para las otras expediciones venideras y ocupación del Río Negro.

Reciba mis felicitaciones por la felicidad con que lo ha llevado a cabo. ¿Cree usted que pueda ser navegable el Colorado? Anticiépeme por el telégrafo algunas ideas de su informe.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 5 de 1878.

Coronel Levalle.

Carhué.

Me ordena el señor Ministro decir a V. S. que acaba de ver su telegrama y que desea saber inmediatamente cuántas leguas habrá al punto donde el Sarmiento dice se halla Namuncurá, fijando lo más aproximadamente dicho lugar.

Saluda a V. S.

M. J. Olascoaga.

Buenos Aires, noviembre 6 de 1878.

Comandante Vintter.

Puan.

Comandante: Queda aprobada su conducta; con 300 hombres escasos se ha internado 60 leguas en pleno desierto y alcanzado hasta donde hace más de cuarenta años apenas habían llegado las expediciones de Rosas, y hasta hace poco tiempo nadie se hubiera aventurado sino con un verdadero ejército.

Por los datos que usted debe traer de la región del Colorado y por la toma de la tribu de Catriel su exploración, como preliminar de la campaña definitiva, es de grande importancia.

El señor Presidente está satisfecho y al mostrarle su parte me ha dicho: "El comandante Vintter es un buen jefe y me complace al ver como asegurará sobre sus hombros las charreteras de coronel que le tengo prometidas".

Saludo a usted y a los demás jefes y oficiales de su División.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 9 de 1878.

Comandante García.

Puan.

Abra usted el mapa general de la frontera y dígame si por los datos que usted tiene, Utracaa y Trarulauquea está bien marcada su situación.

El coronel Levalle me da otros rumbos distintos, al referirme a esas aguadas, y deseo rectificar esto en lo posible.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

Teniente coronel Freire.

Guaminí.

Comandante Vintter comunica que se le presentó Juan José Catriel con ciento cincuenta lanzas y trae a Cuñumil que sabe por los indios que Namuncurá está en Salinas con Epumer y Baigorrita, preparándose a invadir.

Por esto es necesario anticipar nuestra operación y en vez del 2 hacerla el 25 o 26 a más tardar.

Una invasión de los indios hoy sería de muy mal efecto y es de necesidad anticiparse a ellos.  
Si tiene algún inconveniente serio avíselo para resolver.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

Coronel Levalle.

Carhué.

Después que usted, Freire y García reciban caballos, quiero hacer una entrada general con las tres divisiones. Usted irá al centro.

Dígame cuál será su punto objetivo y cuáles son los que deben tener Freire y García, de modo que puedan marchar al mismo tiempo y al habla, en aptitud de protegerse en un momento dado.

Villegas acaba de regresar con Pincen; esta noticia ha causado aquí grande impresión.

JULIO A. ROCA

Trenque-Lauquen, noviembre 11 de 1878.

Señor ministro de la Guerra.

En este momento regreso del Desierto. Resultado de la expedición: seis indios muertos; prisioneros: cacique Pincen, un capitanejo, diez y seis indios de lanza, 60 de chusma y 12 cautivos rescatados.

En la chusma está toda la familia de Pincen. A pedido de éste he despachado un indio viejo, quien lleva encargo del mismo de decirles a los indios que se presenten. Es conveniente dejar a Pincen por unos días en este campamento, pues a su vista se han de presentar algunos. Se han tomado ciento veinte caballos, una punta de vacas y de ovejas, las que han sido consumidas por las fuerzas expedicionarias. Los baqueanos muy bien.

Conrado Villegas.

Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

Coronel Villegas.

Trenque-Lauquen.

Grande impresión ha causado en ésta la toma de Pincen, el cacique más temido de la Pampa. Usted ha sentado bien su reputación y estoy orgulloso por usted.

Pero es necesario que no demore a Pincen y lo mande con todos los tomados. Causará novedad su entrada en esta capital.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

Comandante Freire.

Guamini.

Espero que ustedes reciban caballos para disponer una nueva batida a los indios de Namuncurá antes que aprieten los calores.

Como fuera de la línea, el mapa está muy errado, quisiera que usted me diga por el conocimiento práctico que tiene del terreno, hasta dónde podría alcanzar usted con 300 a 400 hombres, y hasta dónde Levalle y García; de modo que marchando al mismo tiempo pudieran estar siempre en comunicación y en actitud de protegerse recíprocamente.

Quiero que esta expedición, que será la última grande, hasta que pase el verano, alcance lo más lejos posible.

El coronel Villegas, en estos momentos, debe estar en los campos de Baigorrita.

El comandante Roca anda también en campaña y el comandante Tejedor debe llamarles en este instante la atención a los indios a retaguardia, por el camino de Chile. Espero su contestación.

Suyo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

*Coronel Villegas.*

Trenque-Lauquen.

La toma de Pincen no puede ser más elocuente y lo felicito ardientemente por ello.

Al paso que vamos, pronto habremos limpiado la pampa.

Dígame hasta dónde ha alcanzado, y mándeme el itinerario de su marcha.

Conviene que tenga siempre a vanguardia una partida de 30 a 40 hombres.

El comandante Roca en estos momentos debe estar llegando a Leuvucó.

Las divisiones de Levalle, Freire y García sólo esperan recibir caballos para salir a su vez.

Le estrecha afectuosamente la mano su affmo. amigo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 13 de 1878.

*Comandante García.*

Puan.

Usted sabe mejor que yo, que los planos fuera de la línea están muy equivocados.

Quiero, antes que aprieten los calores, hacerles una buena batida a los indios y llevarles el terror lo más lejos posible.

Dígame hasta dónde podría alcanzar usted marchando a su frente y de modo que pueda marchar siempre al habla con el coronel Levalle.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 14 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Me satisfacen completamente sus explicaciones y me servirán de mucho.

Deseo saber a qué rumbo y a qué distancia queda Trarulauquen de Guaminí, que entiendo no está bien situado en el mapa del doctor Alsina.

Vea si averigua de los baqueanos qué es lo que hay delante de Trarulauquen hacia el oeste.

Es conveniente permanecer algunos días en Trarulauquen todas las divisiones reunidas.

Si ha llevado el itinerario de sus marchas, mándeme una copia.

Suyo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 16 de 1878.

*Comandante García.*

Puan.

Conviene que usted, Levalle y Freire tengan una conferencia en Carhué y acuerden un plan de operaciones para caer al mismo tiempo sobre Namuncurá y me lo sometan.

Es necesario darle un buen golpe a este cacique, que hasta ahora no ha visto de cerca nuestras tropas.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 16 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Las tres divisiones deben operar a un tiempo y caer sobre Trarulauquen en un mismo día y hora.

Antes de partir es conveniente que usted, García y Levalle tengan un consejo en Carhué y me comuniquen lo que acuerden y los derroteros que cada uno deban llevar para el mejor éxito.

Hasta ahora Namuncurá no ha sido escarmentado y es necesario hacerle sentir el peso de nuestras armas.

Confío en la buena inteligencia con que se deben llevar estas expediciones por ustedes.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 16 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Me parece bien la idea de caer sobre Trarulauquen con las tres divisiones.

Conviene que la mejor inteligencia que usted, García y Freire tengan una conferencia en Carhué y acuerden un plan y me lo sometan.

Es necesario lleve algunos indios, prometiéndoles el botín que tomen. La atención de Buenos Aires y de toda la República está fija en ustedes.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 17 de 1878.

*Comandante Vintter.*

Fuerte Argentino.

Creo como usted que indios en los cuerpos de la frontera es un poco peligroso. Deje, sin embargo, hacer el ensayo al comandante Donovan con veinte que ha pedido.

Siempre que crea conveniente puede desprender partidas pequeñas hacia el Desierto.

Lo saluda.

JULIO A. ROCA

Ita-16, noviembre 16 de 1878.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Oficial.—Recién recibo parte de Trenel. Toldos allí abandonados. Siguió comandante Ferreira a Leuvucó; allí también toldos algún tiempo abandonados; de allí mandé descubrir de diez a doce leguas, lugar denominado Tateren, a donde descubrieron algunas haciendas, y no teniendo caballada para seguir con la fuerza, mando hoy refuerzo que llegará mañana a donde he retrocedido sin ser sentido. El día 14 a la madrugada llegó la expedición a Trenel habiendo salido de aquí el 10. La falta de buen baqueano ha hecho que marchase de más la fuerza. Yo espero un buen resultado; así lo cree comandante Ferreira. Daré pronto aviso a V. E. de ella.

*Coronel Nelson.*

Buenos Aires, noviembre 20 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Carhué.

Apruebo en todas sus partes lo convenido por ustedes.

Es necesario que avisen cuando todos estén listos. Necesitamos dar una buena lección a Namuncurá y perseguirlo más lejos posible.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 21 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Carhué.

Me parece bien el día elegido para la marcha.

Es necesario guardar reserva, no se vaya a escapar alguno y lleve la alarma a los indios.

Tengo completa fe en que la operación dará buen resultado. Lo saluda.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 21 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

He aprobado lo resuelto por ustedes. Confío en que si no cae Namuncurá, lo que no es difícil, podrán tomar una gran parte de su tribu.

No tengo tiempo de remitirle la aguja que me pide. Ustedes deben salir el 2, según me dice Levalle. Guarden reserva; no se le vaya a escapar algún indio y lleve las noticias.

Grande impresión está causando en ésta y en toda la República las operaciones de las fronteras.

Suyo affmo.

JULIO A. ROCA

## CIRCULAR A LOS JEFES DE CARHUE, GUAMINI Y PUAN

Buenos Aires, noviembre 22 de 1878.

Por el telegrama que se acaba de recibir del comandante Vintter, se sabe que Juan José Catriel con toda su tribu, más de quinientas personas, se vienen a presentar a Fuerte Argentino, siendo hostilizado en su marcha por indios de Namuncurá. El comandante Vintter manda fuerzas en su protección. El mismo Catriel le avisa a Vintter que Namuncurá, Epumer y Baigorrita se encuentran actualmente cerca de Salinas Grandes, con todos sus indios reunidos, pero que no saben adonde será la invasión. El señor ministro de la Guerra me encarga diga a V. S. que en presencia de tales sucesos conviene adelantarse la operación que han arreglado para el dos del mes entrante, pues además de poderlos batir a los indios en parajes conocidos de todos, se gana también esto: que no habrá invasión de los indios a nosotros, sino por el contrario, somos nosotros los que tomaremos la ofensiva contra los indios.

Acuse recibo y su opinión sobre esto.

Luis M. Campos.

Buenos Aires, noviembre 22 de 1878.

Coronel Villegas.

Trenque-Lauquen.

El 2 del entrante deben hacer una entrada general las Divisiones del sur sobre Namuncurá.

Desearía que usted mandase otra aunque sea de 150 hombres al mismo tiempo, que lleve el rumbo de Poitatué y alcance hasta donde puedan.

Después de esto podrá venir a curarse y ver a su familia.

El comandante Ferreira, de Ita-ló, anda con 60 hombres por Trenel; dice que ha encontrado los toldos solos.

Vuelvo a recomendarle mande a Pincen y toda la chusma tomada.

Suyo affmo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 22 de 1878.

Comandante Vintter.

Fuerte Argentino.

La comunicación de hoy es el resultado de su operación.

Lo felicito nuevamente por ello.

En estos días recibirá carta mía.

Es necesario que le dé exacto cumplimiento.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878.

Al coronel Racedo.

Villa Mercedes.

Oficial.—Acabo de recibir su carta del 21. Apruebo la medida de entregar a los perjudicados parte del botín tomado.

No vamos a poder movilizar Guardias Nacionales. Con la fuerza que tenemos me parece suficiente y creo no tendremos necesidad de guarnecer fortines.

Juan José Catriel se presentó a Vintter con 150 lanzas y 400 de chusma. Ya no queda uno solo de los indios de esta tribu que no esté sometido.

El capitanejo Catrenao acaba de presentarse al coronel Villegas con 13 indios de lanza y 13 mujeres de Pincen.

El 27 de éste las divisiones de Levalle, Freire y García caerán sobre Namuncurá. Es una expedición formal que dará buenos resultados.

Ya que tiene bien montados los indios de Sarmiento, no los tenga ociosos y organice otra expedición antes que esperar la llegada del comandante Roca y mándelos con Alvarez acompañado de 50 a 80 veteranos.

Puede darles algunas yeguas para la marcha y encargarles revuelvan las viejas guaridas de Melideo o donde usted crea más conveniente. Este es el momento de la acción.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878.

*Comandante García*

Puan.

Por la Comandancia General de Armas se les ha impartido la orden para salir el 27 en vez del 2 del entrante. Es necesario no apartarse del plan acordado y alcanzar lo más lejos posible.

Namuncurá es buena presa y bien vale un ascenso sobre el campo de batalla a cualquiera que lo tome.

Que tengan buen éxito son mis más ardientes deseos.

Suyo affmo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878.

*Comandante Freire.*

Guaminí.

Es necesario no se aparten de lo convenido y sigan el plan trazado.

Baigorrita y Epumer, si es que están con Namuncurá, lo que no creo, deben estar con muy pocos indios.

Encuentren o no a Namuncurá en Salinas, es conveniente sigan hasta Tunaque-Trarulanquen o más lejos.

Si toma a Namuncurá, no tendrá necesidad de esperar llegar al Río Negro para cambiar sus charreteras por las de Coronel.

Yo tendría un verdadero placer.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 23 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Carhué.

Baigorrita y Epumer, si es que están con Namuncurá, lo que no creo, deben estar con muy pocos indios.

Es necesario no se aparten de lo convenido y sigan dicho plan.

Encuentren o no a Namuncurá en Salinas, es conveniente sigan hasta Tunaque-Trarulanquen o más lejos. Es necesario

haga resonar un poco su nombre, Coronel; aquí tiene una buena ocasión y que no la pierda son los deseos de su affmo. amigo.

JULIO A. ROCA

Villa Mercedes, noviembre 26 de 1878.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Voy en camino para Mercedes de regreso de Poitahué donde llegué el 18, y permanecí acampado hasta el 21. El avance que con una parte de la fuerza a mis órdenes acabo de efectuar sobre las tribus de Epumer y Baigorrita, ha hecho caer en mi poder al cacique Meliqueo, cinco capitanejos, 76 indios de lanza y doscientos treinta de chusma, incluso presentados y prisioneros. Esta expedición no ha dado el éxito que yo me prometía a causa del tiempo lluvioso que continuamente hemos sufrido, del malísimo estado de los caminos que ha sido indispensable transitar, y también de habernos sentido los indios así que nos alejamos algunas leguas de Mercedes, pues estaban muy vigilantes, dispuestos a hostilizarnos; consecuencias ambas del último golpe que les dió Racedo. Felizmente, no obstante todo esto, logré llegar hasta las tolderías de los Ranqueles, desde donde voy regresando, sin tener hasta este momento cosa alguna que lamentar. Como los indios hubiesen apostado partidas de bomberos en todos los caminos y pasos conocidos no me ha sido posible comunicarle nada antes de ahora.

Por Conco mandaré parte detallado. (1)

Creo digna de merecer la consideración de V. S. y de la superioridad, la conducta observada por los señores jefes, oficiales y tropa que han formado parte de esta expedición.

Dios guarde a V. S.

*Rudecindo Roca.*

Villa Mercedes, noviembre 25 de 1878.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Oficial.—Felicitó por el resultado de la expedición comandante Roca. Ella ha sido tan feliz como la mía; poco queda que hacer con los Ranqueles. Telegramas de él para V. E. le da cuenta de los prisioneros que trae.

*Coronel Racedo.*

(1) Se ha respetado el original considerándolo un denominativo, pues podría entenderse también: "Por Correo".

Villa Mercedes, noviembre 25 de 1878.

Al señor ministro de la Guerra.

Oficial.—Recién se me presentaron dos indios de Baigorrita y me dicen que dicho cacique ha recibido algún refuerzo de indios de Namuncurá con los que piensa hostilizarnos en la marcha. Yo creo más posible que lleve alguna invasión a Villa Mercedes, cuyo departamento saben está desguarnecido de fuerzas.

En previsión de esto me apresuraré en mi regreso a dicha villa cuanto me sea posible, pues tengo la seguridad que les será difícil a los vecinos de allí repeler cualquier malón de consideración que intentasen llevar los indios; hasta este momento no he podido averiguar el número de lanzas con que Namuncurá puede haber protegido a los caciques Baigorrita y Epumer.

Saludo a V. E.

Rudecindo Roca.

Villa Mercedes, noviembre 25 de 1878.

Al señor ministro de la Guerra, general Roca:

Oficial.—Acabo de llegar de Poitahué después de diez días de penosa marcha a causa del mal tiempo que continuamente hemos tenido desde nuestra partida. Logré llegar sin tener nada que lamentar al punto que dejo citado, donde permanecí acampado desde el 16 hasta el 20.

Las instrucciones que V. E. me impartió sobre el movimiento ofensivo que con una parte de la división a mis órdenes debía efectuar sobre las tribus de los caciques Epumer y Baigorrita, han sido observadas, y la operación verificada con algún éxito, no obstante habernos sentido y descubierto los indios, cuando apenas nos habíamos distanciado 35 leguas de la guarnición de Villa Mercedes. Sin embargo, tengo aquí en este momento al cacique Melileo, a los capitanejos Manqueo, Pichintrú, Feliciano, Anteleo y Licanqueo, a más de setenta indios de lanza y 230 de chusma incluso prisioneros y presentados.

No me ha sido dado obtener mejores resultados a causa de haber encontrado a los indios prevenidos y preparados para hostilizarnos en revancha del último golpe que les dió el co-

ronel Raecdo. Termino recomendándole la conducta observada por los comandantes Rodríguez, Pabelo, Klein y el sargento mayor don Froilán Leiría, como también el coronel Ayala de la milicia de la provincia de San Luis, y todos los demás oficiales subalternos e individuos de tropa que han formado parte de la expedición.

Dios guarde a V. E.

Rudecindo Roca.

Trenque-Lauquen, noviembre 25 de 1878.

Señor Inspector General de Armas.

En este momento se presenta el cacique Catrenao con trece indios de lanza y trece de chusma. Este indio es hermano del capitanejo que manda mi partida de baqueanos.

Ha sido el brazo derecho de Pincen por su valor y hace tiempo he estado tratando de atraerlo. Sería conveniente dejar estos indios aquí para que sirvan de plantel a los que se seguirán presentando.

Saludo a V. S.

Coronel Villegas.

Fuerte Argentino, noviembre 26 de 1878.

Al señor Inspector y Comandante General de Armas.

Llegó al campamento la tribu de Catriel; se compone de ciento cincuenta y uno de lanza y trescientos setenta de chusma. El cacique Cañumil y Guachiquin que pertenecen a Namuncurá vienen en completa desnudez y nada les basta a satisfacer su apetito: queda cumplido lo que en mi telegrama del 4 dije al señor inspector.

Lorenzo Vintter.

no todos los p. presentados  
fueron  
presentados  
o es  
después

X

X

Señor ministro de la Guerra. (1)

Original no esperando condiciones se presentó a ésta.  
Trae diez lanzas, dos chinas y dos criaturas. Para no recargar al escuadrón Ranqueles, los remitiré juntamente con los prisioneros.

Saludo a V. E.

Coronel Racedo.

Buenos Aires, noviembre 26 de 1878.

Coronel Villegas.

Trenque-Lauquen.

Tengo aviso de que el comandante Roca regresa de su expedición llevada a los últimos confines de las tolderías de Baigorrita.

Ha tomado 78 indios de lanza y 230 de chusma.

Están ya muy prevenidos.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 26 de 1878.

Coronel Nelson.

Ita-ló.

Lo felicito por el éxito de su pequeña expedición.

La táctica contra los indios son las pequeñas expediciones completas de la Pampa.

Puede dejar esos tres indios prisioneros con las familias que tengan; los demás de la chusma remítalos a Mercedes, de donde se mandarán a otra parte, que no tenemos con qué mantener bocas inútiles.

Lo felicito y lo invito a que repita esta expedición.

JULIO A. ROCA

(1) Corresponde al 26 de noviembre de 1878.

Buenos Aires, noviembre 26 de 1878.

Comandante García.

Puan.

Me parece que no debería variarse el plan convenido.

Cualquiera de las tres divisiones tiene fuerza bastante para batir a Namuncurá, si lo encuentran en su marcha, que apenas podrá presentar seiscientos lanzas.

No es creíble la reunión que se dice.

El comandante Roca ha entrado hasta los últimos toldos de Baigorrita, tomando trescientos indios, entre guerreros y chusma.

El coronel Nelson ha entrado por su lado tomándose también chusma.

Aquellos lugares no están, pues, abandonados, como lo estarían a ser cierto las reuniones de Salinas.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 26 de 1878.

Comandante Freire.

Guaminí.

Comunico a usted que el comandante Rudecindo Roca regresa de su expedición a las tolderías de Baigorrita, habiendo tomado algunos prisioneros que, con los presentados, ascienden a 78 indios de lanza y 230 de chusma.

Avisa aquel jefe que los indios están muy prevenidos y que se va haciendo muy difícil darles caza.

El comandante Roca se ha internado en esta expedición más de ochenta leguas de Villa Mercedes.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 26 de 1878.

Coronel Levalle.

Carhué.

El comandante Roca regresa de su expedición a los últimos límites de las tolderías de Baigorrita.

Ha tomado prisioneros 78 indios de lanza y 230 de chusma.

Los indios están muy prevenidos; pero no es creíble que Epumer y Baigorrita se hayan reunido a Namuncurá, porque aquellos caciques van huyendo por los montes.

Le saluda con consideración.

JULIO A. ROCA

Noviembre 27 de 1878.

Al comandante Roca.

Villa Mercedes.

Oficial.—Mande esa partida a sorprender la invernada e indios, con un oficial inteligente y activo.

JULIO A. ROCA

Ministerio de la Guerra.

Buenos Aires, noviembre 27 de 1878.

Al coronel Racodo.

Oficial.—Me parece conveniente que usted en persona dirija la expedición que ha de concluir con los restos de los Ranqueles. Váyase preparando y avíseme qué día piensa salir. Creo que ahora estas marchas deben hacerse despacio para no fatigar los caballos.

No deje perder esta luna.

Le recomiendo que trate bien a Chancalito.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, noviembre 29 de 1878.

Al coronel Racodo.

Villa Mercedes.

Oficial.—Dígame cuando piensa salir para mandar un ingeniero que lo acompañe en la expedición.

Es conveniente también una partida de 20 a 30 hombres con un oficial competente hacia el Chadi-Leuvú por el rumbo Chishaca o Choquingana.

JULIO A. ROCA

Trenque-Lauquen, diciembre 6 de 1878.

Al señor Inspector General de Armas.

Regresa el mayor Sosa, resultando 7 indios muertos, prisioneros dos capitanejos, veintiuno de lanza, ciento catorce de chusma y 120 caballos y yeguas, tomando unas cuantas ovejas.

Así que regresen los carros que fueron a Junín llevando indios, mandaré a éstos; pues les ofrecí nuevo flete.

Coronel Villegas.

Buenos Aires, diciembre 6 de 1878.

Coronel Villegas.

Trenque-Lauquen.

Cuando vuelva Sosa cuya comportamiento es digna de elogio, puede usted hacer uso de la licencia que solicitó, disponiendo que salga otro jefe u oficial activo con 50 o 60 hombres para que recorra los campos y antiguas guaridas de los indios a 40 o 50 leguas de la línea.

Lo mismo hará Nelson. Así podemos estar en actitud de conservar mejor las caballadas y tener más concentradas las fuerzas. Lo espera, pues, su afectísimo.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, diciembre 9 de 1878.

Comandante Vintter.

Fuerte Argentino.

Puede hacer quedar aquellos indios que usted crea indispensables para baqueanos; es cuestión seria y nos vemos en dificultades para la mantención de tantas bocas inútiles.

Saludo a usted.

JULIO A. ROCA

Carhué, diciembre 22 de 1878.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Tengo la satisfacción de comunicar a V. E. que hemos llegado a ese punto y apoderándonos de los restos de la tribu de Namuncurá el siete del corriente, después de haber recorrido la extensa línea de tolderías ocupadas sucesivamente por los indios en su retirada hacia el oeste, visitando todas las aguadas de los flancos del camino, y tomando en ellas los dispersos y familias que no pudieron seguir a este cacique en su precipitada fuga.

Namuncurá tenía conocimiento de nuestra llegada a Chiloé por los bomberos de una invasión que se disponía a traernos, y ha mantenido siempre una distancia de veinte y tantas leguas a lo menos, entre él y nuestras fuerzas, dejando en nuestro poder todo cuanto no podía llevar por falta de caballos y no atreviéndose siquiera a mostrarse.

Su última guarida escogida eran las Sierras de Lihuel-Calef, cinco leguas de la confluencia del río Salado con el gran lago de Urre-Lauquen y a ochenta leguas de Carhué, sur recto de la frontera de San Luis; en este punto tenía entre él y las fuerzas que lo perseguían, veinte y dos leguas de travesía y cuarenta entre él y el Colorado. Esa circunstancia ha impedido que cayese en nuestro poder el mencionado cacique, su familia y las pocas lanzas que lo acompañan.

La persecución ha tenido que cesar a las diez y ocho leguas, por lo escabroso y tupido del monte y debilidad de nuestros caballos, pues hacía dos días estaban ensillados y habían franqueado una travesía de cuarenta leguas, sin contar las correrías del día siete, que duraron desde las 4 de la tarde hasta las once de la noche.

Estas causas han motivado la suspensión, a las diez y ocho leguas, de la columna que le seguía el rastro, y que ha de haber continuado hasta la laguna "Cahasí" rumbo al sur. En dirección al noroeste, se ha desprendido otra columna ligera, que ha ido diez y seis leguas de este punto, remontando la margen derecha del río Salado y aprehendiendo fugitivos a esta distancia, no habiendo continuado más adelante, porque nada había, según datos tomados. Señor ministro: cincuenta y tantos indios de lanza muertos, trescientos prisioneros entre indios de pelea y chusma, y treinta cautivos entre grandes y chicos rescatados, seiscientas ovejas, cien vacas y ochenta caballos, son

los resultados menos importantes de esta expedición hecha al raso desde el primer jefe hasta el último soldado.

Señor ministro: El poder de Namuncurá está destruido; ha huído casi solo en dirección al Colorado, con ánimo, según parece, de alojarse en las faldas de los Andes. En el territorio que formaba lo que él llamaba su patrimonio y que está dominado por las fuerzas nacionales desde Salinas Grandes hasta Chadi-Leuvú, no queda una sola toldería y sólo vagan en él, fugitivos aislados, desligados ya de todo vínculo con su cacique que les ha arrancado los elementos de movilidad para su fuga, así como los animales de abasto que necesitan para sustentarse. Al felicitar a V. E. por este hecho que deja asegurado para siempre el dominio del desierto, cumplo con el deber de recomendar a la consideración de V. E., a todos los jefes, oficiales y tropa de la fuerza expedicionaria y muy particularmente a los jefes de Puan y Guaminí, comandantes don Teodoro García y don Marcelino Freire.

Dios guarde a V. E.

*Coronel Levalle.*

Trenque-Lauquen, diciembre 26 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

En este momento se presentan dos indios enviados en comisión a dar aviso de la próxima llegada de Piehi Pincen, Nahuel Payu y sus tribus, que vienen a presentarse.

Saluda a V. E.

*Comandante Sáez.*

Puan, diciembre 26 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

Llego en estos momentos. No me ha sido posible traer al famoso gobernador de las tribus, pero garanto a V. E. que ni con gobierno ni gobernados, se reunirán más con este personaje; he recorrido al sur en mi regreso sin encontrar un solo indio. Esta ruda campaña sólo me cuesta dos soldados y algunos caballos. Estos últimos, muertos por fatiga.

La División de mi mando no me ha dejado que desear.

A su nombre me complazco en saludar a V. E. felicitándole.

*Comandante T. García*

Trenque-Lauquen, diciembre 28 de 1878.

*Al Comandante General de Armas.*

Trascribo a V. S. copia de la carta que en este momento recibo del mayor Bravo, a quien mandé encontrar a los caciques Nahuel-Payu, Pichi Pincen y es como sigue:

"Médano de la Laguna.—He llegado a este punto y se me han incorporado los caciques Nahuel Payu y Pichi Pincen, como capitanejos, cincuenta y un indios de lanza, cuatro cautivos, y ciento setenta y cuatro familias y chusmas."

Hago marchar diez reses más con cien caballos, pues vienen marchando muchos a pie, para que lleguen a este campamento.

Saludo a V. S.

Comandante Sáez.

Guamini, diciembre 27 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

Me encuentro ya de regreso sin que me haya sido posible cumplir con sus deseos de tomar a Namuncurá, que eran también los míos.

En carta que sale mañana, doy extensas explicaciones.

Por lo que puede importar a V. E. le aviso que, según declaraciones de un indio tomado el 18, el cacique Baigorrita se encontraba en Chohai, el cacique Epumer en Quiñé Huitrá.

El norte queda sin indios: los que no han querido seguir a Namuncurá se han unido al capitanejo Maniyan que está en Putron y al cacique Anher, que se encuentra en Lomotul.

Allipin y otros se han mudado últimamente a Chepucó, último punto para entrar a la travesía que tiene el camino a Chadi-Leuvú.

Tengo la creencia de que se obtendrán resultados inmensos si se invade antes de 15 días, porque los indios no esperan seguramente que salgamos tan pronto, sabiendo el estado en que se encuentran las caballadas.

Los indios están ricos en haciendas y caballos.

Sabandija hay muy poca y se ahuyentará del 15 de enero en adelante; pero para entonces estaré en los montes, donde no se conocen tábanos, que es lo que más molesta y destruye los caballos. Saludo a V. E. afectuosamente.

M. Freire.

Guamini, diciembre 27 de 1878.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Acaban de presentarse cuatro indios de lanza con dos de chusma y 9 criaturas; vienen de inmediaciones de Malal y salieron de allí cuando el coronel Villegas tomó a Pincen.

Dios guarde a V. E.

M. Freire.

*Comandante Freire. (1)*

Guamini.

Lo felicito por el buen éxito de su expedición. Diga el número de caballos que ha perdido para tratar de reponerlos. Aunque pienso que en estos meses descansan un poco las tropas, no hemos de dejar de visitar de cuando en cuando el Desierto.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, diciembre 27 de 1878.

*Comandante García.*

Puan.

Me felicito de que haya hecho expedición sin perder caballos. Aunque directamente no haya tomado usted indios, es evidente que ha contribuido al buen éxito de la entrada de Levalle.

Lo saluda.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, diciembre 27 de 1878.

*Coronel Levalle.*

Esperaba su regreso a los cuarteles de Carhué para felicitar en nombre del señor Presidente de la República y de mi parte, a usted y sus compañeros, por el resultado obtenido.

Es la primera vez que Namuncurá sentí como merecía el peso de nuestras armas.

Ya era tiempo.

(1) Corresponde a diciembre 27 de 1878.

Creo como usted que no se detendrá hasta no salvar la barrera del río Negro; tiene que ir a buscar el valle o laderas de los Andes, de donde su padre, el famoso Calfucurá, con su numerosa tribu, se desprendió hace años para venir a situarse en el territorio que usted acaba de recorrer.

Le faltaba a usted hacer resonar un poco su nombre en esta serie de expediciones que con tan buen éxito han llevado sucesivamente a cabo Villegas, Freire, García y Vintter por las fronteras de Buenos Aires, y Racedo, Roca y Ferreira por las del interior.

Estas sí que son, Coronel, campañas fecundas y nobles entretenimientos para el soldado argentino.

En todo tiempo será un timbre de gloria el haber tomado parte en ellas.

En esta estación es dura la fatiga, pero eso mismo realza el mérito, y el Congreso y el Gobierno de su país sabrán premiar generosamente tantos sacrificios como impone la vida permanente del Desierto.

Ahora dejemos la pampa tranquila y descansen hasta marzo en que levantaremos nuestras tiendas para ir a clavarlas en las pintorescas márgenes del río Negro.

Lo saludo con cariño.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, enero 1.º de 1879.

Comandante Freire.

Guaminí.

Le devuelvo su atento saludo, deseándole igual felicidad en el año que comienza.

Pronto habremos dado cuenta de los últimos restos de las tribus, y dado cima a una de las empresas de más provecho e importancia para la República.

De todos será la gloria.

Después de la campaña pediremos una medalla y tierras al Congreso, para los que han sabido conquistar tanto para su país.

Dígame si siempre está con deseos de hacer otra entrada en este mes, y qué precisa.

JULIO A. ROCA

Al comandante Freire. (1)

Guaminí.

Si sigue enfermo puede mandar otro jefe en su lugar.

Al mismo tiempo que usted salga haré desprender pequeñas partidas de Carhué y Puan, como para llamar la atención, mientras usted da su golpe, que no dudo será bueno.

Su affmo.

JULIO A. ROCA

Guaminí, enero 3 de 1879.

Al señor ministro de la Guerra.

Obra en mi poder el de V. E. fecha de ayer.

Reciba, señor ministro, mi felicitación por la importante captura del bandido Epumer Rosas.

Lo que dije a V. E. en primero de año, se va confirmando. Mañana estarán aquí 73 indios y chusma que me avisan vienen a presentarse.

Son de Malal-Huaca, 10 leguas al noroeste de Naincó.

Estos indios me servirán de mucho en mi próxima salida.

Saluda a V. E.

Comandante Freire.

Guaminí, enero 5 de 1879.

Señor ministro de la Guerra.

Acaban de presentarse dos indios, con cartas de los capitanes Zanqueman y Lanúz, avisando que vienen con 19 indios de lanza y 52 familias y chusma.

Llegarán aquí mañana temprano. En este momento mando una comisión a alcanzarlos.

Dios guarde a V. E.

Comandante Freire.

(1) Corresponde al 2 de enero de 1879.

Al comandante Freire. (1)

Guaminí.

El resultado de su expedición ha sobrepasado a lo que esperábamos, y es uno de los más completos que hemos tenido en esta fecunda campaña. Reciba usted mis más ardientes felicitaciones. Ha ganado en buena ley sus charreteras de coronel, que tendré el gusto de pedir en el Congreso este año.

Mis afectos a Godoy y demás jefes que lo acompañan.

Suyo siempre.

JULIO A. ROCA

Buenos Aires, enero 2 de 1879.

Comandante Vintter.

Fuerte Argentino.

El resultado de la expedición del capitán Lasciar es completo y satisfactorio.

El cacique Cayul le sigue en importancia a Namuncurá, y no puede ser mejor presa para un capitán.

Puede anunciarle que el señor Presidente de la República le acuerda el empleo de sargento mayor por su brillante acción, y así se hará constar en el despacho que lo acredite como tal.

Lo saluda afectuosamente.

JULIO A. ROCA

Córdoba, enero 7 de 1879.

Señor ministro de la Guerra.

La noticia dada por el telégrafo a V. E. sobre la rendición y captura del cacique Epumer Rosas, con todo el resto de su tribu, despierta en esta provincia el mayor interés, y un ardiente voto de felicitaciones irá de todas partes a V. E. El desenlace del grande y pavoroso problema de la frontera toca así a su término. El bien será para la Nación entera y la gloria de tan gran suceso para V. E. y los dignos jefes que, como el coronel Racodo, han sabido realizar las expediciones militares más fecundas para las conveniencias económicas del país.

Saluda a V. E.

ANTONIO DEL VISO  
Gobernador.

(1) Corresponde al 5 de enero de 1879.

Río IV, enero 7 de 1879.

Al señor ministro de la Guerra.

De regreso le hago el presente desde Leuvucó, con fecha 2 de enero.

El cacique Epumer Rosas, prisionero con 300 almas, entre chusma e indios de lanza.

Los mayores Anaya y Alvarez llegaron con sus fuerzas hasta los comienzos de la travesía, en persecución de Baigorrita, quien había sido oficiosamente avisado de mi venida.

Puedo asegurar a V. E. que los indios han abandonado por completo sus antiguas guaridas, retirándose casi todos al Chadi-Leuvú, de donde difícilmente vendrán porque están de a pie, como he quedado yo tras de ellos.

Las fuerzas expedicionarias llegaron más allá de Nahuel-Mapó, donde el ingeniero señor Pico ha ejercido doble rol, como hombre de ciencia y como hombre de armas, tomando un fusil para combatir a los salvajes que atacaron al mayor Anaya en el punto mencionado. Recomiéndoselo, pues.

A consecuencia del aviso dado a Baigorrita, hallábanse dispuestos para el combate, lo que me dió por resultado perder 8 soldados y 5 heridos, sufriendo los indios, como es consiguiente, las consecuencias de su temeridad.

Por los prisioneros, sé que los indios en su mayor parte están dispuestos a irse a los Pehuenches.

Nahuel-Mapó, a los 36° 45 latitud sur y 7° 29 longitud occidental del Meridiano de Buenos Aires, aproximadamente.

Dios guarde a V. E.

Coronel Racodo.

Carhué, enero 8 de 1879.

Al señor Inspector General de Armas.

Tengo la satisfacción de comunicarle, que lo que dije a V. S. en mi telegrama de las Sierras de Lihuel-Calel, respecto a que los indios que quedaban dispersos habían de buscar el sometimiento como único recurso o morir de hambre, empieza a realizarse.

En este momento acaba de llegar a este campamento a quien mandé buscar a Macsayú el capitanejo Blanquillo, de importancia, con nueve indios de lanza y cuarenta y seis de chusma. Vienen del paraje Malal-Huaca: este punto está situado como a veinte leguas al norte de Traru-Lauquen.

Mañana seguirán viaje a Bahía Blanca, para ser embarcados en el vapor "Santa Rosa". Lo felicita y saluda.

*Coronel Levalle.*

Villa Mercedes, enero 13 de 1879. (1)

*Al inspector General de Armas.*

Oficial.—Ayer llegué a esta guarnición "Sarmiento".

Dos horas después de mandado a V. S. el parte anterior de mi expedición, presenté un cautivo. Habíase escapado, diciéndome que los indios agrupados en los parajes "Curu-mahuida" y "Sanu-mahuida" que se hallan en la travesía, esperaban mi regreso para volverse.

Di descanso a la caballada y organicé una partida de 200 hombres, la cual despaché al mando del mayor Anaya. A los dos y medio días de marcha forzada, llegué a los puntos indicados, y los indios, puestos en fuga, fueron perseguidos hasta un tercio de la travesía, tomándoles 83 prisioneros, entre indios de lanza y chusma.

Por los prisioneros sé que no volverán más. Según ellos, los indios estaban dispuestos, si se les perseguía nuevamente, a incorporarse a los chilenos.

Los campos de la travesía son inhabitables, el pasto es amargo y escasísimo: cada vara se encuentra una mata.

En tres días más estaré en Mercedes, pasaré al Río IV a recibir caballos y restablecer mi salud. He venido enfermo.

Con 600 mulas más, mi División estará pronta para la gran expedición.

Dios guarde a V. S.

*Coronel Racedo.*

(1) Debe corresponder a enero 23.

CIRCULAR

*A Bahía Blanca, Fuerte Argentino, Puan, Carhué, Guaminí, Trenque-Lauquen, Ita-ló y Lavalle.*

Para que lo haga saber en la Orden General a la División de su mando y disponga se dé lectura en las compañías de los cuerpos que la componen, después de la lista de tarde, se transcribe a V. S. la Orden General expedida por S. E. el señor Presidente de la República con fecha 11 del corriente.

ORDEN DEL DÍA.

Por orden del Excmo. señor Presidente de la República, se leerán a las fuerzas del Ejército Expedicionario las siguientes palabras:

"Estáis llevando a cabo con vuestros esfuerzos una grande obra de civilización a la que se asignaban todavía largos plazos. La pericia y la abnegación militar se adelantan al tiempo. Cada una de vuestras jornadas marca una conquista para la humanidad y para las armas argentinas.

"El país agradecido os reconoce esta doble gloria.

"Después de muchos años, la guerra contra el indio sale del terreno de las hazañas oscuras, y hay a vuestras espaldas todo un pueblo que vitorea a los vencedores.

"No se perderá la ruta que habéis trazado sobre el desierto desconocido.

Por los rastros de las expediciones, se encaminará en breve el trabajo a recoger el fruto de vuestras victorias, abriendo nuevas fuentes de riqueza nacional al amparo de vuestras armas. Nunca habrá sido más fecunda la misión del ejército argentino.

"Soldados del Ejército Expedicionario: El gobierno está satisfecho de vuestra conducta, y pronto quedará asegurado el éxito final.

"Mientras tanto, os envío mis felicitaciones y os anuncio que en el próximo período legislativo solicitaré del Honorable Congreso una condecoración conmemorable de este grande hecho que se llamará en la historia: *La conquista de la Pampa hasta los Andes.*

"Buenos Aires, enero 11 de 1879".

N. AVELLANEDA.  
LUIS M. CAMPOS.

Puan, enero 20 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Acabo de recibir chasque del capitán Lasciar, que salió el día 9 con cuarenta soldados del 5.º de Caballería.

El resultado es completo: el cacique Cayul, siete capitanes, ciento ocho indios de lanza, ciento treinta y dos de chusma prisioneros y treinta y siete muertos; fué imposible evitarlo, pues hicieron resistencia.

Me permito recomendar a la consideración de V. E. este oficial y tropa que ha operado.

Saluda al señor ministro.

Lorenzo Vintter.

*Al comandante Vintter. (1)*

Fuerte Argentino.

El resultado de la expedición del capitán Lasciar es completo y satisfactorio.

El cacique Cayul sigue en importancia a Namuncurá y no puede ser mejor presa para un capitán.

Puede comunicarle que el señor Presidente le acuerda las charreteras de sargento mayor por su brillante acción, y así se hará constar en el despacho que lo acredite como tal.

Lo saluda afectuosamente.

JULIO A. ROCA

Patagonia, enero 11 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio Argentino Roca.*

Recibí el día 9 del corriente el telegrama de V. E., fecha 27 del próximo pasado, en el cual me ordenaba si era posible detener en su camino al comandante Bernal, aplazando esta operación para cuando el infrascripto estimara conveniente, cuya distinción agradezco a V. E.

Pero éste ya estaba de regreso, desde el día 4 del corriente. Con fecha 11 del corriente me comunicó por medio de un parte

(1) Corresponde al 20 de enero de 1879.

las operaciones, marchas, etc., que han tenido lugar durante el desempeño de su comisión, como los resultados conseguidos, lo que para el mayor conocimiento de V. E. me permito transcribir el expresado parte, que es como sigue:

"Comandancia militar de Patagones, enero 11 de 1879.—  
*Al señor gobernador de Patagonia, coronel don Alvaro Barros.*

"Tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. que en virtud de las órdenes que recibí, me puse en marcha en dirección a Chichinal el día 12 del próximo pasado, costeano el río Negro hasta el paraje Malal-Huacá de donde regresé llegando el 4 del presente al Fortín General Mitre.

"De Malal-Huacá despaché una descubierta hasta Chichinal que dista de ese punto 12 leguas más o menos, por tener conocimiento que los campos estaban quemados, y al mismo tiempo por saber si era exacta la noticia que se me había dado, para en caso contrario continuar la marcha con la fuerza que llevaba. La descubierta regresó al día siguiente, dando cuenta de que están quemados todos los campos y que el fuego seguía adelante.

"Mi intención era seguir hasta los toldos de Queupo, distante de la confluencia del Neuquén y Limay unas veinte o veinticinco leguas más hacia la Cordillera, pero, como digo a V. S., la falta de pastos me obligó a retroceder, pues de lo contrario hubiera perdido inmediatamente la caballada.

"El campo que he recorrido por la margen norte del río Negro, lo calculo en 90 leguas, siendo en general los valles de este río abundantes de pastos, teniendo rincones preciosos donde puede darse de comer con comodidad a dos o tres mil caballos, pudiendo ser cuidados en algunos de ellos con veinte hombres únicamente, porque las entradas son muy angostas. La isla de Choele-Choel es abundante en maderas y pastos, pudiendo allí invernar lo menos diez mil caballos.

"Sé que el río da pasos a la isla en grandes bajantes, pero esto no puedo garantizarlo porque siempre que he ido al río estaba erciedo.

"En el trayecto de Carmen de Patagones hasta Choele-Choel hay retazos de campos algo pedregosos que no dejan de estropear la caballada, siendo los más largos y más malos desde la boca de la travesía hasta la bajada donde estuvo el Fortín Conesa; pero esto puede evitarse bajando la laguna Sarmiento a la costa del río.

"La travesía del Negro Muerto, a más de ser pedregosa, es montuosa y la calculo en ocho leguas de extensión.

"Desde Malal-Huacá hasta Chichinal, según informes que tengo, y de allí para adelante continúa siempre la piedra, con paradas precisas para el pasto y el agua.

"La fuerza de línea que llevé eran cuarenta hombres de infantería y diez de caballería a más la tribu de Catriel. No he perdido un solo caballo; sólo han venido maltratados por la mala clase de monturas. He mandado ponerlos en internada, y curarlos para que estén en buen estado cuando haga la expedición.

"Siento, señor gobernador, no poderle dar cuenta de algún triunfo obtenido por la fuerza a mis órdenes, pero puedo garantizarle que voluntad ha sobrado, tanto en mí como en mis subordinados, para obtenerlo.

"Dios guarde a V. S.

"Firmado.—*Liborio Bernal.*"

Es todo cuanto tengo que comunicar a V. E. al respecto.  
Dios guarde a V. E.

ALVARO BARROS.  
Gobernador de la Patagonia.

Villa Mercedes, enero 23 de 1878.

*Señor ministro de la Guerra.*

Después de haber despachado chasque que condujo parte anterior, se me presentó oportunidad de corretear nuevamente a los indios en la travesía. El mayor Anaya fué el encargado de ello, tomándole 83 prisioneros entre de lanza y chusma.

Los prisioneros dicen que decididamente los indios se van a incorporar a los Pehuenches.

Señores Pico, Alvarez y Ayala le retornan felicitaciones. Yo haciendo otro tanto, lo saludo afectuosamente.

Al Inspector parte más extenso.

Vengo mal de salud. Voy a pasar al Río IV a repararme, sin que por esto abandone mis intenciones.

Conforme con lo que me dice en su telegrama, procederé.

Dios guarde a V. E.

*Coronel Racedo.*

Trenque-Lauquen, enero 27 de 1878

*Señor Inspector General de Armas.*

Oficial.—Recibí parte del mayor Ruiz, dándome cuenta de haber tomado al capitanejo Puchulam, cinco indios de lanza y diez y nueve de chusma.

Estos indios están completamente a pie, pues sólo tenían tres caballos. Ha llegado hasta Colo-Lauquen, paraje donde estaban los indios; por correo parte detallado. Felicito al señor Inspector por el presente éxito.

*Germán Sosa*

Carhué, enero 29 de 1878.

*Coronel don N. Levalle.*

Muy grato me es participar a V. S. que la comisión del mayor Herrera, que dejó ordenada V. S. a su retirada de aquí y que yo despaché el 18 del corriente, ha dado el más espléndido resultado; pues habiendo batido a los salvajes por tres veces consecutivas les ha causado doscientas setenta y dos bajas, de este modo: cuarenta y tres indios muertos, cuarenta y dos de lanza prisioneros, ciento cincuenta y ocho de chusma y finalmente diez y nueve cautivos.

Estos indios fueron batidos en Nacaró y Remecó, distante setenta leguas de aquí y a día y medio de jornada en dirección sur de Trarulauquen. El mérito de esta operación V. S. sabrá justamente apreciarla, pues en los combates reñidos, hasta el piquete de infantes tuvo que contener con su nutrido y certero tiro a los salvajes que con obstinación poco usada hace tiempo traían el ataque a nuestras fuerzas.

Al felicitar a V. S. muy cordialmente por el feliz éxito de la jornada debo recomendar especialmente el valor y excelente disposición que ha demostrado el sargento mayor don Benito Herrera por obtenerlo, como asimismo el mayor graduado don Florencio Monteagudo y demás oficiales y tropa que de ella han participado.

Sólo dos heridos nos cuesta este triunfo: uno del regimiento 6 y otro de los indígenas, lanceados, habiendo tenido que batirse contra cuádruple número de enemigos.

Dios guarde a V. S.

*Clodomiro Villar,*  
Jefe interino de la División Carhué.

Carhué, enero 29 de 1879.

*Al coronel Levalle.*

Por el parte que pasará el comandante Villar al señor Inspector se enterará V. S. del triunfo obtenido por una pequeña fuerza a mis órdenes y como lo creo importante, habré así llenado sus deseos y los del Superior Gobierno.

Con este motivo lo felicita y saluda su subalterno y afectísimo.  
*Benito Herrera.*

Carhué, enero 29 de 1879.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Oficial.—Las fuerzas con que salió el mayor Herrera eran setenta y cinco hombres. Entre los indios muertos está el capitanejo Lemaz y entre los prisioneros el capitanejo Echamer.

El 26 del corriente trajeron los indios un ataque sobre el campamento del mayor Herrera con el objeto de arrebatárle la caballada y rescatar su chusma, pero estando prevenido este jefe, se llevó una carga decisiva a lanza y sable derrotándolos completamente y causándoles grandes estragos.

Esos indios, señor Inspector, eran restos de la tribu de Pin-cen, que se retiraban a Chile, y se han batido con valor, combatiendo hasta pie a tierra, pero todo se ha estrellado ante la decisión y empeño de nuestros soldados.

En primera oportunidad remitiré el parte detallado.

*Clodomiro Villar,*

Jefe interino de la División Carhué.

Carhué, enero 30 de 1879.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Oficial.—Tengo el honor de comunicar a V. S. que he recibido su telegrama fecha de ayer, en el que se digna participarme el justo y oportuno ascenso conferido por el Excmo. señor Presidente de la República al mayor don Benito Herrera, así como las felicitaciones a oficiales y tropa a órdenes de este jefe. Dicho telegrama ha sido comunicado por orden general de esta división que, obrando como estímulo, demuestra a la vez

que el Superior Gobierno premia con la debida equidad actos de esa naturaleza.

He mandado al mayor Herrera veintitantos hombres de refuerzo para que le ayuden a la custodia de los prisioneros.

No ocurre otra cosa hasta este momento.

Dios guarde a V. S.

*Clodomiro Villar,*

Jefe interino de la División Carhué.

Fuerte Argentino, enero 30 de 1879.

*Señor Inspector y Comandante General de Armas.*

El 28 llegó de regreso el mayor Lasciar, conduciendo prisioneros cincuenta y ocho indios de lanza y 200 de chusma; los muchachos grandes quedarán en este punto hasta el regreso del vapor.

Puedo asegurar a V. S. que desde este campamento al oeste hasta la sierra Calenca, Choique Mahuida, por la margen del río Colorado, no hay un solo indio.

Retiro todas las guarniciones de los fortines, y mando a internar las caballadas.

La expedición no ha perdido un solo caballo, y sí aumentado el número que llevó.

*Comandante Lorenzo Vintter.*

Mendoza, enero 31 de 1879.

*Señor ministro de la Guerra.*

Oficial.—Comandante Ortega regresó, hace ya algunos días, al Fuerte San Martín después de batir a los indios de este lado del Neuquén tomándoles numeroso botín de animales. Me dice que por correo fué parte para V. E.; asegura que son serias las dificultades del camino por la cordillera y clima. El camino por la Pampa es muy largo, y los indios siguen el de la cordillera.

Saludo a V. E.

*E. Villanueva*  
Gobernador

Mendoza, febrero 1.º de 1879.

Señor ministro de la Guerra.

No he comunicado el resultado de mi expedición al Neuquén, porque llevé el parte al jefe de la 4.ª División, que lo remite por el correo.

El día dos del corriente salí de este punto con cinco oficiales, ochenta individuos de tropa de este batallón y quince individuos más, entre indios y paisanos. Después de siete días de marcha dificultosa por los pasos de los ríos en el tránsito por cordilleras y caminos quebrados, el día nueve por la mañana llegué a la toldería, que encontré abandonada y en su mayor parte presa de las llamas, habiéndose desaparecido los indios en la cordillera, en dirección a la costa del Neuquén.

En el acto emprendí el ataque, desprendiendo partidas de diez hombres sobre los distintos cerros en que se habían acogido, siendo un terreno tan pedregoso que quedó inutilizada casi toda la caballada.

No puedo saber con precisión el número de indios que habrán resultado muertos sobre el campo, por lo quebrado del terreno, habiéndosele tomado treinta y cinco personas de chusma, en su mayoría chilena, más de doscientos animales vacunos, trescientos entre caballos y yeguas en mal estado, un rebaño de mil quinientas ovejas y cabras de propiedad de los caciques Udalman Tramamar y Mellabaurs, teniendo por nuestra parte que lamentar la pérdida del capitán Jorge Bru y tres soldados.

El mal estado en que quedé y la última jornada de treinta leguas que me fueron obligadas a hacer por error de los baqueanos, que calcularon más próximo el paraje donde estaban los indios, y el haberse descompuesto treinta y un fusiles por la mala calidad de los cartuchos, cuyos cascacos quedan obstruyendo el cañón a causa de desprenderse la base, me impidió permanecer allí más tiempo, el tomarle toda la chusma, perseguirlos en su nueva guarida y, a más, atravesar el Neuquén, como fué mi idea. La expedición llegó hasta el sur del río Cúleleo.

A la mañana siguiente, día diez, emprendí la retirada con el arreo tomado a retaguardia, un oficial y veinte soldados, por si intentaban algún ataque, lo que no efectuaron.

En el día de ayer dejé la fuerza, pasado ya el río Grande, y para darle el parte de lo ocurrido, me he adelantado.

Esta expedición hubiera dado mejor resultado, sorprendiendo los indios en las tolderías, como debía haber sucedido, sin

el error de los baqueanos arriba mencionados, que dió tiempo a que fueran avisados y se previnieran.

Nuestra idea ha sido de gran oportunidad; por los chilenos tomados sé que se preparaban en aquellos momentos para traer una invasión a este fuerte, habiendo pedido al efecto trescientas lanzas al cacique Purran, del sur de Neuquén.

He podido observar que es crecido el número de chilenos existentes entre ellos, que son los principales enemigos con cuyas armas de fuego han hecho por momentos frente al ataque, ocasionando los muertos mencionados. Más de doscientas cuerdas sembradas rodean los toldos abandonados.

El paso del río Grande se ha hecho sin ninguna dificultad habiéndose perdido tan sólo dos fusiles que le fueron arrebatados por la corriente a dos soldados que erraron el paso. De la caballada sólo se han perdido cinco caballos, que murieron de fatiga y los que montaban el capitán Bru y dos soldados, tomando en reemplazo varios que estaban en poder de ellos, pertenecientes al Estado.

Debo recomendar a V. S. el sargento mayor don Saturnino Torres y el teniente de artillería, don Ignacio Obligado, al teniente del mismo cuerpo, don Ricardo Day, al subteniente don Pacífico Rodríguez y a la tropa en general, que nada han dejado que desear en el cumplimiento de sus deberes, habiéndome acompañado voluntariamente los dos primeros, que accidentalmente se hallaban en ésta.

Con esta misma fecha paso este parte al jefe de la 4.ª División, para que se sirva llevarlo a conocimiento de V. E.

Dios guarde a V. E.

Rufino Ortega.

Mendoza, febrero 3 de 1879.

Al señor ministro de la Guerra.

Oficial.—Ayer remití a V. E. copia del parte que pasé al comandante Uriburu, sobre el resultado de mi expedición.

La 4.ª División tendrá que recorrer el mismo camino por donde he ido yo. Los ríos que hemos atravesado han presentado algunas dificultades que para marzo se podrán salvar, por la menor cantidad de agua que traerán.

Los campos son pastosos y no falta agua por ninguna parte. Los caminos son muy pedregosos; cerros sumamente elevados, y que para esa época no será difícil encontrarlos cubiertos de nieve en algunas partes.

Según informes que he obtenido en un sumario levantado a los ehilenos que tomé primero en Mal-Barco (1) existe una estancia de un señor Méndez Urrejola que sostiene ochenta hombres armados y uniformados, y 300 hombres más, con el objeto de hacer la policía.

Existe a más, según declaraciones de estos mismos, al sur del Neuquén, dos subdelegados puestos por el coronel Bulnes, que reciben sus instrucciones cuando invaden indios.

El mal estado de mi caballada por haber cruzado extensos pedregales en la sierra, ha impedido mejor resultado a la expedición.

La chusma tomada se ha distribuído entre las familias pudientes de esta ciudad.

Saludo a V. E.

*Rufino Ortega.*  
Teniente coronel.

Santa Fe, febrero 14 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, Gral. D. Julio A. Roca.*

Oficial. — Tengo el honor de dar cuenta a V. S. que el 28 de enero próximo pasado marché al Limay, al norte; avancé las tolderías de los caciques Dorahe, Juan José, Bartolo y José Domingo, el 2 del actual. El 4 avancé las tolderías de José Miguel, Punta del Palmar.

El resultado que obtuve es el siguiente: tres indios muertos, varios heridos, nueve indios de chusma prisioneros, cuatro cautivos rescatados y cuarenta y ocho caballos tomados.

Las fuerzas que me acompañaban eran: cuatro oficiales y treinta soldados del Batallón Avellaneda.

Por nuestra parte sólo tenemos que lamentar un soldado del batallón, gravemente herido.

Anoche he regresado a esta comandancia, donde espero las órdenes de V. E.

Por correo va el parte detallado al señor Inspector.

Saludo al señor ministro con mi mayor respeto y aprecio.

*José U. Fernández.*

(1) En este lugar existían en la época en que Olascoaga reunió estos antecedentes, las estancias de Linonarca y Méndez Urrejola.

Guaminí, febrero 15 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de Guerra, Gral. D. Julio A. Roca.*

Oficial. — Por el parte que dirijo al señor Inspector se impondrá V. E. del resultado de la expedición que se sirvió confiarme. El ha debido ser mejor, pero me faltó la caballada en el momento debido no tan sólo a las grandes fatigas que ha soportado, como a la carencia casi absoluta de pastos, pues Baigorrita había dado orden de mondar todos los campos, lo que ha hecho de una manera completa.

Los indios han principiado por mandar sus haciendas a Chadi-Leuvú, y aunque ellos parece no están dispuestos a irse, no tengo duda de que lo harán en la primera amenaza que se les haga de Villa Mercedes o Sarmiento.

Hay una gran seca, las lagunas principian a secarse, y a ponerse el agua intomable, hasta para la misma caballada.

De Guaminí escribiré a V. E. por el triunfo obtenido, su afectísimo subalterno.

*Marcelino Freire.*  
Teniente coronel.

Guaminí, febrero 15 de 1879.

*.. Señor Inspector y Comandante General de Armas.*

Me encuentro de regreso en este punto, a 80 leguas de Guaminí, rumbo oeste.

Llevo ciento tres indios de lanza prisioneros, doscientos noventa y siete de chusma, veinte y siete cautivos de ambos sexos, rescatados. Han sido muertos el Cacique Pichun, tío de Baigorrita, los capitanejos Lencué, Lincopal y Chincol y cuarenta y cinco de lanza. Se han tomado doscientos cuarenta y tres animales vacunos, setecientos setenta y siete lanares y 300 caballos más o menos.

Por nuestra parte sólo tenemos que lamentar la muerte de un cabo del Regimiento 2.º, un cabo y un soldado heridos y un trompa extraviado.

De este punto he desprendido al comandante Godoy a dar nueva batida por los valles de Aineo y Malal-Huacá, y al sargento mayor don Dionisio Alvarez sobre los de Piabin Lauquen e Irabahuen. Ambos jefes deben incorporárseme en Pichi Carhué.

El resultado que obtenga lo comunicaré a V. E. desde Guaminí.

Mi regreso será despacio por la conservación de la caballada. Dios guarde a V. S.

Marcelino Freire  
Comandante.

Guaminí, febrero 18 de 1879.

Al señor ministro de la Guerra.

En este momento se incorporan el Comandante Godoy y el mayor Alvarez, el primero conduciendo al capitanejo Huinca doce indios de lanza, dos cautivos y cuarenta y uno de chusma; el segundo al célebre capitanejo Painé, y treinta y uno de lanza, siete cautivos y ochenta y dos de chusma, además ochenta caballos.

Queda terminada la expedición que V. E. tuvo a bien confiarme, arrojando el resultado siguiente:

Cautivos de ambos sexos: treinta y ocho; prisioneros: dos capitanejos, ciento cuarenta indios de lanza y cuatrocientos veinte de chusma.

Muertos un cacique, tres capitanejos y cincuenta y un indios de lanza.

Regresaré al campamento sin que la operación practicada eueste un solo caballo, y con un resultado satisfactorio, pues han desaparecido del Desierto más de doscientos salvajes que eran otros tantos enemigos de la civilización y del progreso.

Saluda a V. E. atentamente.

Marcelino Freire.  
Teniente coronel.

Buenos Aires, febrero 20 de 1879.

Comandante Freire.

Guaminí.

Nuevamente lo felicito por el resultado obtenido, que no ha podido ser más completo y brillante.

Puede venirse: aquí se restablecerá pronto.

Los indios prisioneros deben venir por el fuerte Paz.

Siento sus males.

Lo saluda afectuosamente.

JULIO A. ROCA

Guaminí, marzo 9 de 1879.

Al Excmo. señor Ministro de Guerra, Gral. D. Julio A. Roca.

Son las 11 a. m. hora en que me pongo en marcha a la cabeza de ciento treinta y cinco hombres del 7.º y veinte y un indios amigos.

Siguiendo las instrucciones de V. E., antes del 20 del corriente habré llegado a Ñaico; de allí daré parte a V. E.

Descando para V. E. un éxito feliz, me repito su afectísimo subalterno.

Enrique Godoy  
Teniente coronel.

Salta, marzo 4 de 1879.

Al Excmo. señor ministro de la Guerra, Gral. D. Julio A. Roca.

El comandante Ibazeta, jefe de la frontera del Chaco, comunica que el capitán Puló, en el lugar del Napallar, batió una partida de indios ladrones, habiéndoles cinco muertos y algunos prisioneros, y el teniente Díaz, en el lugar Elenita, alcanzó en sus propias tolderías una indiada como de doscientos hombres, batiéndolos y haciéndoles seis muertos y tomándoles seis carabinas Vincent con sus respectivas bayonetas, seis lanzas, dos mulas patrias de la marca del Regimiento 12 de Línea y cinco caballos.

El ganado vacuno que habían robado estos indios fué encontrado en su mayor parte muerto. El teniente Díaz ha tenido dos bajas: un muerto y un herido a bala.

Felicito a V. E. por estos triunfos.

JUAN SOLÁ  
Gobernador.

Villa Mercedes, marzo 13 de 1879.

Al señor Comandante General de Armas de la Nación.

El capitán Guevara, del cuerpo de mi mando, que el 26 del pasado desprendí con una partida ligera a explorar los campos de Leuvueó y Poitahué, me comunica que viene ya de regreso y a la vez me anticipa la noticia que en el primero de los parajes indicados ha habido una fuerza de ochenta indios que intentaron arrebatarle la caballada, matándoles quince hom-

bres, hiriéndoles muchos otros y tomándoles treinta prisioneros, incluso chusma y cinco cautivos. Los indios se han batido con desesperación, pues echaron pie a tierra y es en el entrevero donde resultaron cuatro heridos y dos contusos por nuestra parte. También han tomado a los salvajes una cantidad de animales vacunos, caballos y yeguas, cuyo número aun no conozco con exactitud.

Creo un acto de justicia, señor Inspector, recomendar a la consideración de la superioridad a la partida exploradora en general, y en particular al capitán Guevara y al alférez en comisión don Francisco Paz, por haberse distinguido ambos personalmente en el hecho de armas cuyo resultado tengo el honor de poner en su conocimiento.

Dios guarde a V. E.

*E. Rodríguez,*  
Teniente coronel.

Mendoza, marzo 17 de 1879.

*Al señor Inspector General de Armas.*

Oficial. — Por cautivos escapados de los últimos restos de los Ranqueles que van en marcha al alto Neuquén con sus familias y ganados, conozco lo siguiente:

Lo indios van profundamente desmoralizados; la anarquía reina en ellos, atribuyéndose unos a otros los desastres que sufren y despavoridos buscan una guarida en lo más recóndito de los Andes, figurándose que allí no los alcanzaremos.

No quedan más que algunas partidas que no llegan a cincuenta indios; diseminados sin rumbo, desde las cercanías de sus antiguos campamentos hasta Nahuel Mapu, sin paradero fijo y sin familia. Están mal montados.

Por un mes han recorrido la costa occidental del Chalileo, sin permanecer tres días en un campamento por temor de que se les diera caza por las fuerzas de la frontera, pero con la caballada destruída hasta ya no tener en qué montar.

El número de indios que hay al mando de los sucesores de Mariano y Epumer Rosas, Guoigioner, hijo del primero, Parciatru del segundo, es el de cien o poco más, pero la chusma pasa de seiscientos. Los animales que conducen son mil, entre caballos, yeguas y vacunos.

El camino que siguen en su fuga es el de la costa suroeste, hasta donde principia el río a formar la Urrelauquen, y desde

allí tomaron al suroeste, se dirigieron al río Colorado, desde donde desertaron los cautivos, tomándoles algunos caballos, los que no le sirvieron para llegar al Atuel, por lo que vivieron a pie.

Los indios son conducidos por un chileno llamado Manuel, sin otro nombre. Los lleva al alto Neuquén, aunque los indios dan la preferencia a Weulen, que estando más al sur, y teniendo más lanzas, les ofrece más garantías para dejar sus familias y poder dar malón a la frontera cuando invernen sus caballos, lo cual no podía ya suceder este año, por lo avanzado de la estación y el mal estado de aquélla, de la que morirá gran parte.

No tenían esos indios noticias de Baigorrita y estaban disgustados con él. Ningún indio de ese cacique se les había incorporado: no creen que busquen la incorporación a Namuncurá y piensan que todos seguirán el camino del río Negro, ya por una u otra margen.

Considero de alguna exactitud estos antecedentes, y por este correo remito a V. S. la información levantada.

*N. Uriburu,*  
Teniente Coronel.

Carhué, marzo 18 de 1879.

*Al señor Inspector General de Armas.*

La descubierta de mi izquierda tomó ayer tarde, fuera de la línea, dos indios y un cautivo, Martín Fernández, que hace seis años fué tomado en Pergamino; se encontraron a pie, y han declarado que venían a presentarse, habiendo logrado escaparse, en el último golpe que les dió el comandante Herrera, y que han estado ocultos en Huaincó, de donde salieron hace seis días.

Quedan presos, y no hay otra novedad hasta este momento. Dios guarde a V. S.

*Clodomiro Villar.*

Puan, marzo 24 de 1879.

*Señor ministro de la Guerra.*

Urgente: Hoy llegará a ésta el capitán Daza; me anticipa estas breves noticias. Reconocimiento hasta paso Mullilin sin grandes dificultades. Del otro lado del río hay rastros frescos

con dirección Choele-Choel. Sólo encontró en Huncal Grande doce indios de lanza y diez familias, de los cuales resultaron seis muertos y los demás prisioneros.

Lo saluda.

T. García,  
Comandante.

Puan, marzo 26 de 1879.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Practicada la exploración de los caminos sur-suroeste hasta la margen del río Negro, paso de Mullilin. Tengo el honor de elevar al conocimiento de V. E. el informe que, de dicha exploración, produce el capitán del Regimiento 1.º de Caballería de línea don José S. Daza, a quien le fué encomendado ese servicio.

Deseando que los datos en él contenidos, sean de utilidad práctica para la próxima campaña, me es satisfactorio reiterar a V. E. mi particular estima.

Dios guarde a V. E.

T. García,  
Comandante.

San Luis, abril 5 de 1879.

*Al señor ministro de la Guerra.*

Oficial. — Anoche a las diez, recibí chasque con parte de la fuerza que mandé de ésta en persecución de los indios y me avisa el comandante Lucero que el capitán Cosme Lucero que mandé el día 3 a las 10 de la mañana, ha dado alcance a los indios, distante al sur de esta ciudad 25 ó 30 leguas, en el lugar Pampa de la Travesía, como a la una de la mañana del día 4. En la sorpresa que les dió hizo seis muertos, varios heridos y les quitó todo el arreo que llevaban. En la obscuridad de la noche huyeron los indios e internáronse en los médanos que están a corta distancia. Felicito a V. E. por este importante triunfo.

Los indios que han invadido no son cuarenta y dos, puedo asegurar a V. E. Tan luego llegue la fuerza expedicionaria daré más detalles a V. E. del suceso.

Saluda a V. E.

J. MENDOZA,  
Gobernador.

ESTUDIO TOPOGRAFICO

DE

LA PAMPA Y RIO NEGRO

LA GRAN CAMPAÑA DE OCUPACION Y ESTABLE-  
CIMIENTO DE LA LINEA MILITAR

cenizas. No pisan tierra más retocada de ruinas y matanzas los pueblos que viven en las pendientes del Vesubio y el Etna.

La Pampa ha sido abismo sin fondo aparente donde se sepultaron pueblos e intereses que nunca nos fueron devueltos. La línea de su aproximación fué guadaña de la muerte: cabecera del lecho de Procusto donde toda expansión de progreso hacia ese lado era destruida o arrebatada por el Ogro insaciable que allí hemos alimentado.

En el resto del país hemos tenido alternativas de todo género. Períodos de adelanto o de paralización, de riqueza o de economías, años de paz y de trabajo fructífero o épocas de guerra y experiencias más o menos crueles. De cualquier modo, marchábamos en todas partes recuperando y progresando. Vivíamos.

Pero en el dintel de la Pampa estaba nuestra lepra eterna. Allí paralizaba nuestro movimiento; allí perdíamos sin recuperar. Aquel contorno de nuestro cuerpo estaba enfermo. Allí moramos en detalle, física y moralmente porque además de nuestras grandes y permanentes pérdidas materiales padecíamos todavía la obcecación y las monomanías de la extenuación de espíritu.

No queríamos ver el mal en su propia esencia y mirábamos sus desastrosos efectos como irremediables y fatales. Adoptábamos medidas para combatirlo parcialmente, y ellas por desgracia servían para perpetuarlo.

Y entretanto, todas las poblaciones trasandinas, vecinas de la Pampa, convertían en riqueza nuestras pérdidas, en adelantos y paz estable nuestra inseguridad; creaban nuevos establecimientos en proporción que los nuestros eran destruidos; edificaban en sus pueblos a medida que ardían las casas de nuestras estancias.

## D I A R I O

## LLEVADO

EN EL CUARTEL GENERAL Y PRIMERA DIVISION  
DE OPERACIONES

EN LA CAMPAÑA DE OCUPACION DE LA PAMPA Y ESTABLE-  
CIMIENTO MILITAR DE LA LINEA DEL RIO NEGRO Y  
NBUQUEN, A LAS INMEDIATAS ORDENES DEL  
EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA,  
GENERAL D. JULIO A. ROCA

POR EL TENIENTE CORONEL DON MANUEL J.  
OLASCOAGA

Jefe de la Secretaría de S. E. en campaña

SALIDA DE BUENOS AIRES.—*Día 16 de abril de 1879.*—  
A las 7 a. m. se emprendió la marcha desde esta capital, en tren extraordinario, habiendo despedido a S. E. una numerosa concurrencia en la estación. A las 2  $\frac{3}{4}$  p. m., pasado el pueblo de Las Flores, se declaró una fuerte tormenta con lluvia abundante y viento del este. A las 5  $\frac{1}{2}$  p. m. llegada al pueblo del Azul donde el Ministro fué recibido con manifestaciones de regocijo y adhesión de parte de la población, la Municipalidad y demás autoridades.

EN EL AZUL.—*17 de abril.*—Amaneció este día claro y sin novedad. S. E. dispone la marcha para el siguiente. Organízase el Cuartel General y séquito que de él hará parte; quedando formado del modo siguiente:

## CUARTEL GENERAL

GENERAL EN JEFE: Excmo. señor ministro de la Guerra, general don Julio A. Roca.

AYUDANTES DE CAMPO: Coronel don Santiago Romero.

Tte. Cnel. Francisco Leyría.

" " Ignacio Fotheringham.

" " Benigno Cárcova.

" " Manuel Campos.

" " Apolinario de Ipola.

" " Artemio Gramajo.

" " Dionisio Alvarez.

Sargento mayor Luis Fábregas.

" " P. González.

" " Lucas Córdova.

Cirujano del Ejército: doctor don Miguel Gallegos.

Cirujano del Cuartel General: Dr. don Apolinario Martini.

Ayudante Mayor: don Pedro Boado.

Alférez: don Pedro Sobre Casas.

Cadete: don Juan Bautista La Cuesta.

20 individuos de tropa.

## SECRETARIA

Secretario Teniente Coronel don Manuel J. Olascoaga.

Ayudantes Teniente 2.º " Marcos Sastre.

" Subteniente " Federico Zeballos.

" " " Clodomiro Urtubey.

" " " Carlos La Fuente.

" " " Carlos T. de Alvear.

4 individuos de tropa.

## COMISARIA

Comisario Teniente Coronel don Eduardo G. Pico.

" Pagador Habilitado " Régulo Martínez.

Ayudantes de id., Sarg. Mayor " Manuel Montenegro.

Teniente 1.º " Leopoldo Cuitiellos.

Ayudante del Comisario Pagador " C. Martínez.

15 individuos de tropa.

## EXPLORADORES CIENTÍFICOS

Doctor don P. G. Lorentz.

" " Adolfo Doering.

" " Gustavo Niederlein.

" " Federico Schulz.

3 sirvientes.

## SACERDOTES MISIONEROS

Doctor Espinosa, Provisor y Vicario General del Arzobispado.

" Costamagna, Presbítero.

" Botta, "

1 sirviente.

## CIUDADANOS

Señor don Miguel Martínez.

" " Antonio Pozzo, fotógrafo.

" " Alfonso Braco, ayudante de id.

" " Remigio Lupo, corresponsal de "La Pampa".

Dos asistentes.

## CONVOY

Jefe: teniente coronel don Gabriel Brihuega.

Ayudante Capitán don Rafael Nis.

10 hombres de tropa y 30 peones de carros y arria.

## ESCOLTA DE S. E.

Jefe: sargento mayor don Ventura Yanzi.

30 individuos de tropa.

## CABALLADAS

Encargados: sargento mayor don Pedro Campos.

Capitán don N. Silva.

**SALIDA DEL AZUL.**—Abril 18.—A las 11.30 a. m. se rompió la marcha; dirección: oeste-suroeste con tiempo claro, efectuándose al trote y galope, con excepción del convoy. parte de la Comisaría, la escolta y algunos ciudadanos de la comisión científica que debían seguir al paso del tren rodante.

Se recorrieron campos llanos y pastosos. A unos 20 kilómetros se hizo un corto alto, frente al potrero de Nievas, depósito de las caballadas. Nace allí inmediato, en unas lomadas del sur, el arroyo del mismo nombre que cruza al norte para unirse al Tapalqué. A la 1 p. m. volvió a continuar la marcha. Después de andar 25 kilómetros más por un terreno ligeramente ondulado y con agua, pasando casi por la falda de Sierra Chica donde se ve alguna población rural, llegamos al pequeño pueblo de Olavarría, situado sobre la margen izquierda del arroyo de este nombre a las 5 p. m.

**SALIDA DE OLAVARRÍA.**—Abril 19.—Se tocó diana a las 6 a. m. A las 7 ½ a. m. se rompió marcha con buen tiempo, y se ejecutó en la misma dirección. Antes de pasar el Arroyo Tapalqué que sirve al pueblo de Olavarría, se levantan a la izquierda del camino Las Dos Hermanas, dos sierritas perfectamente iguales, de forma ovalada, que afectan el contorno vertical de un seno de virgen. Durante hora y media de marcha al andar indicado, se atraviesan campos ondulados y siempre pastosos; restableciéndose en seguida el llano con algunos bajos y aguas hasta el fuerte Lavalle, situado en la 1.ª línea de la anterior frontera, a 64 kilómetros próximamente distante de Olavarría. En la mediación del camino se pasa el Arroyo Corto, estación telegráfica, a la margen izquierda de una larga cañada longitudinal, que mantiene la corriente de agua de este nombre. El nombre indio del punto donde está Lavalle es Sanquileó, corrupción de Ranquileó (Agua de Carrizales) que indica con propiedad la abundancia de esta vegetación en el arroyo que allí se encuentra. Se hizo alto y campamento en Lavalle a las 5 p. m.

**SALIDA DE LAVALLE.**—Abril 20.—Diana a las 7 p. m. Se marchó a las 8. Buen tiempo. La marcha continúa siempre al aire de trote y galope; dirección: oeste-suroeste. A las 10

a. m. se arribó al Salado, haciendo allí parada de una hora. Sigue la marcha a las 11. A las 12 se encuentra a la izquierda del camino una laguna, llamada La Totorá, que forma una prolongada depresión del terreno hacia el sur, cubierta con abundancia de plantas acuáticas. Sigue el mismo rumbo. Hasta la 1 p. m. el terreno recorrido es perfectamente llano. No se divisa ningún accidente al horizonte. A esta hora comienza a verse al suroeste la sierra de Curumalal. A las 3 p. m. llegada al fortín Sauce y arroyo de su nombre. En este punto su excelencia recibe partes telegráficas de Mendoza, avisándole haberse puesto en marcha el 12 del corriente la 4.ª División Expedicionaria sobre el Neuquén. Esto cierra con anticipación conveniente la mejor retirada de los pampas, cuando sientan las demás columnas que entran a operar en el desierto. Se continuó la marcha a las 3 ½ p. m. y a las 6 ½ se acampó en el fortín Rivadavia, con 80 kilómetros de distancia recorrida. En este punto se experimentó gran frío a la media noche, hora en que sopló viento del sur.

**SALIDA DEL FORTÍN RIVADAVIA.**—Abril 21.—Diana a las 5 ½ a. m. Se marchó a las 6 ½ en dirección oeste, ¼ al sur. Campo siempre llano y pastoso. A las 7 ½ a. m. llegada al fortín Pescado, arroyo de bastante agua y mucha pesca. Después de un corto alto, se continuó la marcha a las 8 ½. A una legua de este punto se pronuncia un gran bajo y sigue el terreno, alternando en ondulaciones extensas, el buen pasto en los altos y las plantas acuáticas en los bajos; bastante agua y pantanos. A las 8 ¾ a. m. se pasó contra la laguna de los Patos que se halla a la izquierda del camino; a las 10 ¼ el arroyo Guaminí Chico: haciendo un alto de ½ hora. A las 11 ¼ el arroyo del Venado, llegando a Carhué a las 4 ½ p. m., en cuya planicie anterior se hallaban formadas las fuerzas de la guarnición.

El aspecto general de los campos recorridos desde el Azul a Carhué, es, como habrá podido notarse, una sucesión continua de planicies altas y bajas en que se pronuncian algunas lomadas o colinas y una que otra reventazón granítica que toma el nombre de sierra.

Las depresiones del terreno se prolongan comúnmente de sur a norte y las ondulaciones que forman, más repetidas a la aproximación de Carhué, sugieren la idea de una sábana batida suavemente por brisa del este.

Lo que es de notarse en toda esta región, es que las aguas corren de sur a norte o próximamente, siguiendo este curso cerca de 80 leguas y en toda la extensión que hay desde el Azul hasta Carhué; y sólo toman la dirección de occidente a oriente o de noroeste a sur-oeste que es la que imprime el declive general del continente, cuando llegan a la hoya del río Salado.

Se deduce un hecho que creo nuevo, respecto de la estimación que hasta hoy teníamos del sistema orográfico del sur de esta provincia, a saber: el cordón de sierras en cuyo extremo occidental se halla Carhué, y que es conocido bajo los nombres sucesivos de Curu-Malal, La Ventana y Pilla-Huincó, es la más grande altura en toda esta parte del país, desde Bahía Blanca hasta Buenos Aires, y superior con mucho al sistema del Tandil y del Volcán, tienden al oriente según puede verse por el curso de sus ríos, lo que importa todavía la superioridad del nivel occidental que viene de Curu-Malal.

Luego, es también indudable que las aguas que forman el gran lago de Carhué corren con mucha presión hacia el noreste, hasta la misma hoya del Salado, y la sucesión de grandes y pequeños lagos que se ven en esa dirección muestra palpablemente esa corriente de agua salada, que, unas veces mediterránea, y otras en la superficie, como un inmenso hilván, va inutilizando en su largo trayecto una extensión de tierras que no debe bajar de 1,500 leguas cuadradas, calculando lo menos 70 de Carhué a la hoya principal del Salado y el ancho o extensión que en muchos puntos abarca con sus infiltraciones.

Según estos antecedentes que creo valen la pena de fijar la atención, salta a la vista la conveniencia de una obra que podría producir incalculables beneficios.

Un canal que partiese del lago Epecuén (Carhué), uniendo los del Venado, Monte, Alsina, Chincul y las demás cuencas saladas y tremedales impenetrables que suceden en la dirección dicha, hasta derramar en el gran río Salado, buscando por

ejemplo, a la altura conveniente el curso del Saladillo, establecería la corriente franca de estas aguas perjudiciales; sería una acertada operación de drenaje que desecaría una considerable porción de terreno, habilitándola para la agricultura o pastoreo, y, ¿quién sabe si no podría ser una vía de navegación (cualesquiera que fuesen los vehículos adaptables), entre la Ensenada y Carhué?

No es una obra de gran aliento; pues no creo que hubiese necesidad de abrir más de 25 leguas de canal. No las hay, según se ve, entre los últimos lagos de la prolongación del Epecuén y el cauce, ya hecho, del Saladillo.

Merece estudiarse esto.

## CARHUÉ

Carhué es un hermoso valle de más de diez leguas de superficie, rodeado de colinas que le dan una configuración casi esférica. Su suelo es una planicie perfectamente llana y verde, tapizada de las mejores clases de pastos, como el trébol de carrerilla y de olor, gramilla, alfilerillo, cola de zorro, etc. Su tierra negra se presta admirablemente a toda clase de cultivos, presentando idénticas condiciones en una gran extensión de los campos que rodean el valle hasta seis o siete leguas en todas direcciones, y puede decirse, hasta el Azul por la parte del este y norte, según lo hemos podido patentizar en nuestra cruzada.

Casi en el centro del citado valle, se levanta la población de Carhué, sobre la ribera derecha del arroyo Pigüé, a pocas cuadras de la magnífica laguna de Epecuén, cuya vista se confunde en el horizonte y hace recordar el río de la Plata.

El arroyo Pigüé, que tiene su nacimiento en la sierra de Curu-Malal y que, por lo tanto, es su curso de más de quince leguas, trae un caudal de aguas suficientes para el regadío de una gran población y para mover algunos molinos.

No es este el único caudal de agua que cuenta el valle de Carhué. Hay otros arroyos, como el Pul Chico, que corre a una y media legua al oeste, el Pul Grande, más al oeste aún,

que pasa como a unas dos leguas frente a la población, por el pie occidental de la colina que rodea por ese lado, y otros tres arroyos más pequeños que nacen en las colinas del este.

Todos estos arroyos echan sus aguas en la gran laguna, y para que haya más motivo de deplorar la falta de una población que las aproveche como podrían ser aprovechadas por la agricultura u otras industrias, allí se inutilizan completamente; porque la referida laguna es salada, absorbe y descompone todas las aguas que le entran, sin darles otra salida sino para las otras lagunas que se encadenan al noreste.

Muchas de las aguas que llegan a este lago, son exquisitas antes de entrar en él; podrían alimentar un gran pueblo y asegurar bebida permanente a millones de vacas, pues vienen puras de las cumbres y vertientes que les dan origen, atraviesan inútilmente los riquísimos campos que continúan hacia el noreste, como el del Venado, el Guaminí, Pescado, Sauce, etc., que servirán al desarrollo de las poblaciones que vengan a establecerse en Carhué, cultivando la tierra o explotando la crianza de ganados.

Según apreciación de los sabios, señores Lorentz y Dœring, que acompañan el cuartel general y de otras personas a quienes reputo de conocimientos prácticos, la naturaleza del suelo de Carhué es idéntica a la de Entre Ríos, por sus condiciones exteriores y sus propiedades nutritivas. Entre los pastos naturales de esta región se encuentra también el cardo.

Hemos hallado en Carhué algunas plantaciones que nos han sorprendido, hechas por el jefe principal de la guarnición y por algunos otros que han imitado su buen ejemplo. Quintas con arboledas bien ordenadas y abundantes; lindos jardines, cuya existencia negaría redondamente el viajero en el primer momento de su llegada, a no ser los hermosos ramos de flores que luego se presentan a su vista.

Hay actualmente en Carhué más de cien cuadras alfalfadas con riego.

La población contiene veinte y tantas casas regulares de material y muchas más de construcción ligera.

Al coronel don Nicolás Levalle, cuyo espíritu progresista se

agrega a sus brillantes cualidades militares, se deben estos adelantos que ha impulsado por su mano y por su estímulo. Su quinta y habitación particular en Carhué tiene una hermosa plantación con más de 30.000 árboles, entre los que se ven muchos eucaliptus, y otros modernos y frutales. Su edificio es elegante, entre dos jardines laterales y coronado de un mirador desde donde se domina el pueblo y se goza de un espectáculo tan nuevo como pintoresco: todo el valle de Carhué, y detrás, como un gigantesco espejo, el lago.

A diez y seis leguas al oeste de Carhué hay espesos montes de leña fuerte y maderas de construcción. Se encuentra también en la misma dirección y distancia, el inmenso depósito y criadero de sal de comer, que durante siglos, han explotado sólo los indios, por haber sido hasta hoy sus únicos dueños. Esta es una de las riquezas que van a compensar con usura el sacrificio que hace la Nación en asegurar estos campos; y es con mucha razón que el ministro de Hacienda no ha incluido las Salinas en los territorios nacionales destinados a la venta pública; porque ese es un caudal que sólo el Estado debe explotar para el engrandecimiento común, como el Perú explota sus guaneras.

Salinas Grandes es una verdadera riqueza nacional; más abundante hoy que las guaneras peruanas, y de un valor veinte veces mayor. Allí se encuentra la sal cristalizada, el verdadero y más puro cloruro de sodio, pronto para cargar con él tropas enteras de carretas.

Los indios de todos los extremos del desierto que hasta hoy hemos tenido abandonado, venían a proveerse en Salinas Grandes de este elemento tan indispensable a la nutrición del hombre. ¡Cuántas veces hemos visto en los partes publicados, que nuestras partidas corredoras han sorprendido caravanas compuestas de indios de todas tribus que venían en busca de sal o regresaban cargados de ella! Este era uno de los ramos de más *decente* comercio en que traficaban con nuestros indios las poblaciones del sur de Chile. En todo el sur de ese país no se consume desde tiempo inmemorial otra sal que la de Salinas Grandes, previniendo que ella abastece no sólo el consumo or-

dinario sino el de una multitud de establecimientos de saladería que trabajan constantemente y que producen la gran exportación de charqui y carne salada que Chile hace para el Perú y otros puertos del Pacífico como también para Europa.

No puedo dejar de recordar que esta exportación ha debido ser el privilegio exclusivo de la República Argentina por ser el país productor del artículo exportado; y no se explicaría el hecho de ser Chile el país que lo exporta, teniendo que pagárnoslo a buen precio para su propio consumo, si no fuera la extracción clandestina de cientos de miles de cabezas vacunas que de año en año nos ha estado haciendo por el sur.

¡Cuánta riqueza hemos abandonado en capital y beneficios para crear elementos contra nuestra seguridad interior y dar alas a Chile, hasta que llegase a amenazar nuestra integridad nacional!

Si no aprovechásemos la presente campaña con los conocimientos y posiciones que nos da, seríamos dignos de la explotación de los vecinos y de la burla de las demás naciones.

Carhué no debe, pues, abandonarse un momento una vez desguarnecida de las fuerzas nacionales, que al avanzar sobre el río Negro dejan esta preciosa situación, libre de peligro de indios, en poder de las autoridades de Buenos Aires y bajo la acción de su población emprendedora y progresista. Buenos Aires, dentro de cuya nueva demarcación queda Carhué, debe amparar este punto tan importante por sus cualidades territoriales, así como por su situación relativa a las demás poblaciones del sur, que favorecerá el desarrollo de la riqueza pastoral de todas ellas. La circunstancia de ser la única población que se encuentra intermedia entre el Azul y Bahía Blanca, y la más avanzada con relación al territorio desierto del oeste, la da aún mayor valor, por cuanto está llamada a facilitar el servicio de policía en el sur y ser un punto central de acción de la autoridad para la seguridad rural y el fomento de todas las poblaciones y establecimientos del sur.

Aquí se nos ha incorporado el convoy, y con él los demás compañeros del Cuartel General... menos uno: el simpático

y malogrado joven, cadete don Juan Bautista La Cuesta, abogado en el arroyo Salado.

Los oficiales que con él venían me cuentan este primer episodio triste de nuestra campaña. Quiero consignarlo deseando que sea el último.

El arroyo Salado, que cruzamos en nuestra jornada del día 20, corre, como los demás de esta región, según ya lo he expresado, de sur a norte, y va a formar el río Saladillo. Tiene mucha agua y en algunos sitios es profundo y traidor.

El cadete La Cuesta entró alegremente a bañarse, y, por accidente que no se explica, pues sabía nadar, se sumergió, y sólo después de buscarlo con gran empeño sus compañeros, le encontraron cadáver. El médico no tuvo más función, en aquel caso fatal, que constatarlo.

Una ceremonia tierna y conmovedora tuvo lugar entonces.

Los jefes, oficiales, algunos ciudadanos y tropa que se hallaban en el convoy allí acampado, rodearon al compañero muerto y rezaron arrodillados una larga plegaria bajo la dirección del virtuoso provisor del arzobispado, doctor Espinosa y sus dos dignos religiosos compañeros.

Era ya pasado el crepúsculo y la noche estaba fría. El doctor Espinosa previno que en aquel caso todos podían tener su sombrero puesto. No obstante, todas las cabezas, de paisanos y militares, permanecieron descubiertas.

Era solemne aquel grupo de hombres orando en medio del desierto, a la media luz de las estrellas y alrededor de un cadáver.

Más tarde todos dormían en el mismo sitio, confundidos con el que no debía despertar más. Al día siguiente le enteraron y continuó la marcha.

¡Que Dios haya amparado su alma!

CAMPAMENTO EN CARHUÉ.—En los días 22, 23, 24, 25, 26, 27 y 28 de abril.—Durante la permanencia del señor Ministro en este punto, se ocupó en organizar todos los elementos de movilidad y transporte aquí reunidos con anticipación, y expedir las últimas instrucciones para los jefes de las columnas que tiene dispuesto operen en el centro de la Pampa en

combinación simultánea con las de ocupación sobre el río Negro.

Aquí dictó S. E. las órdenes generales siguientes:

Ministro de la Guerra en campaña.

Campamento en Carhué, abril 22 de 1879.

#### ORDEN GENERAL

Habiendo pasado el coronel don Conrado E. Villegas a formar parte de la 1.ª División Expedicionaria que debe marchar a las inmediatas órdenes del ministro de la Guerra en campaña; en vista de la enfermedad del jefe de las fuerzas de Guaminí, teniente coronel Freire, y produciéndose con tal motivo una alteración en el mando de las divisiones y algunos cuerpos, con referencia a la orden general de 4 de diciembre ppdo., se dispone:

1.º Que el Batallón 5.º de Infantería de Línea, el 6.º Regimiento de Caballería y el Escuadrón de Indios Amigos formen la 2.ª División a las órdenes del Coronel don Nicolás Levalle.

2.º Organízase una 5.ª División compuesta del Batallón 7.º de Infantería de Línea y 3er. Regimiento de Caballería, nombrándose jefe de ella al coronel don Hilario Lagos.

3.º Que el teniente coronel don Manuel Campos tome el mando interino del 1er. Regimiento de Caballería de Línea, a fin de atender al mejor servicio y conveniencia de las operaciones.

4.º Comuníquese a los jefes de las divisiones y cuerpos del Ejército Expedicionario.

ROCA.

Campamento General en Carhué, abril 26 de 1879.

#### ORDEN DEL DÍA

*Soldados del Ejército Expedicionario al Río Negro.*

Al despedirme del señor presidente de la República para venir a ponerme al frente de vosotros, me recomendó saludos en su nombre y deciros que está satisfecho de vuestra conducta.

Con asombro de todos nuestros conciudadanos, en poco tiempo habéis hecho desaparecer las numerosas tribus de la Pampa que se creían invencibles con el pavor que infundía el desierto y que era como un legado fatal que aun tenían que transmitirse las generaciones argentinas por espacio de siglos.

Quando la ola humana invada estos desolados campos que ayer eran el escenario de correrías destructoras y sanguinarias, para convertirlos en emporios de riqueza y en pueblos florecientes en que millones de hombres puedan vivir ricos y felices, recién entonces se estimará en su verdadero valor el mérito de vuestros esfuerzos.—Extinguiendo estos nidos de piratas terrestres y tomando posesión real de la vasta región que los abriga, habéis abierto y dilatado los horizontes de la patria hacia las comarcas del sur, trazando por decirlo así, con vuestras bayonetas, un radio inmenso para su desenvolvimiento y grandeza futura.

Los Estados Unidos del Norte, una de las más poderosas naciones de la tierra, no han podido, hasta ahora, dar solución a la cuestión de indios, ensayando todos los sistemas, gastando anualmente millones de dólares y empleando numerosos ejércitos:—vosotros vais a resolverla en el otro extremo de la América con un pequeño esfuerzo de vuestro valor.

Alejados de los centros de población, careciendo muchas veces de lo indispensable para la vida, soportando con paciente abnegación el rigor de las estaciones y expedicionando sin consultar otra cosa que el rumbo del enemigo, nada ha podido quebrantar vuestro espíritu ni alterar la disciplina.

No tengo necesidad de enumerar la serie de hechos brillantes que habéis llevado a cabo, conducidos por vuestros jefes cuyos nombres han recorrido ya, de boca en boca la República entera, y que figurarán en la posteridad al lado de Lavalle, Brandsen, Olavarría, Lamadrid, Pringles, Necochea y otros valientes de la epopeya de la Independencia.

En esta campaña no se arma vuestro brazo para herir compatriotas y hermanos extraviados por las pasiones políticas o para esclavizar y arruinar pueblos o conquistar territorios de las naciones vecinas. Se arma para algo más grande y noble; para combatir por la seguridad y engrandecimiento de la Patria, por la vida y fortuna de millares de argentinos y aun por la redención de esos mismos salvajes, que, por tantos años librados a sus propios instintos, han pesado como un flagelo en la riqueza y bienestar de la República.

Aun quedan restos de las tribus de Namuncurá, Baigorrita, Pincen y otros caciques que pronto caerán en poder de las divisiones encargadas de hacer la batida general en el circuito de la Pampa, mientras otras toman posesión del Río Negro.

Dentro de tres meses quedará todo concluido. Pero la República no termina en el río Negro: más allá acampan numerosos enjambres de salvajes que son una amenaza para el porvenir y que es necesario someter a las leyes y usos de la nación, refundiéndolos en las poblaciones cristianas que se han de levantar al amparo de vuestra salvaguardia.

Sé que entre ellos hay caudillos valientes y animosos que aprestan sus lanzas prefiriendo sucumbir antes que renunciar a la vida del pillaje. Allí iremos a buscarlos aunque se oculten en los valles más profundos de los Andes o se refugien en los confines de la Patagonia, abriendo así una segunda campaña donde nuevos trabajos y glorias nos esperan.

Formado en el ejército y salido de sus filas, conozco sus virtudes, su fuerza en las fatigas y su valor en los campos de batalla. Me veo con placer entre vosotros y consideraré siempre como el timbre más glorioso de mi vida haber sido vuestro general en jefe en esta gran cruzada inspirada por el más puro patriotismo, contra la barbarie.

Vamos, pues, confiados y resueltos al cumplimiento del deber, en el rol que a cada uno le está marcado en este vastísimo campo estratégico, que la República siempre generosa sabrá premiar vuestros sacrificios.

Soldados del Ejército Expedicionario: Antes de dar el primer paso sobre la ruta del río Negro, os invito a dar un ¡viva! a la República Argentina, al presidente de la República, doctor Avellaneda. ¡Honor eterno a la memoria del doctor Alsina, mi ilustre antecesor!

Abril 26 de 1879.

JULIO A. ROCA.

Ministro de la Guerra en campaña.

Campamento en Carhué, abril 26 de 1879.

#### ORDEN GENERAL

Conviniendo al mejor servicio pasar una visita sanitaria a las fuerzas expedicionarias, se dispone que los señores jefes de los cuerpos de esta guarnición reúnan todas las de su mando el día de mañana, a las 9 a. m. en sus respectivos cuarteles, incluyendo las familias, para que sean sometidas a la inspección facultativa que deben practicar el cirujano mayor del Ejército, doctor don Miguel Gallegos y el del Cuartel General, doctor don Apolinario Martini.

ROCA.

SALIDA DE CARHUÉ.—Abril 29.—Se tocó diana a las 6 a. m. Tiempo excelente. Rompióse la marcha a las 7 a. m., tomando el rumbo sur, y siendo ésta al aire de paso largo y trote. Se ejecutó simultáneamente por el Cuartel General reunido a todos sus acompañantes: comisaría, exploradores científicos, sacerdotes, ciudadanos, fotógrafos y escolta, incluso

los bagajes en carros y arrias y las caballadas. Después de salir del recinto de lomas que rodean a Carhué, se presenta de nuevo el campo llano, sólo interrumpido al este por algunas lomadas, y en el horizonte por las sierras de Curu-Malal que se divisan al frente como a diez leguas de distancia. El piso es blando y pastoso. A las 9  $\frac{1}{2}$  a. m. se hizo un alto en el fortín Vigía. Frente a este fortín, pocas cuadras a la derecha del camino, se encuentra una laguna que presenta una vista agradable, pero que contiene agua salada y fétida. A las 10  $\frac{1}{2}$  a. m. se continuó la marcha, llegando a las 2 p. m. a Puan. A la entrada de esta población y fuerte esperaban formadas en ala las fuerzas de su guarnición, a órdenes del teniente coronel don Teodoro García, que debe formar parte de la 1.ª División, a las inmediatas órdenes del general en jefe. El aspecto de estos soldados es satisfactorio por su buen porte y disciplina. Formaban los Regimientos de Caballería 1.º, II, el Batallón 1.º y un Escuadrón de indios amigos.

PUAN.—Puan ofrece al viajero una agradable sorpresa cuando se aproxima. Está situado, como Córdoba, en un hermosísimo valle que se oculta completamente a las miradas, por la depresión del suelo en que se extiende. Al acercarse a Puan no se sospecha su inmediación por ningún indicio, a no ser una bandera azul y blanca que flamea al frente, en el horizonte, y que parece han dejado sola en aquel terreno desierto. Repentinamente se llega al borde de una bajada y se descubre de un golpe toda la población, tan inmediata y tan detallada hasta sus últimos términos que no se necesita moverse del sitio para darse una idea perfecta de ella. Sus cuarteles, sus plazas de maniobra, sus casas de comercio, los campamentos de tropas, los alojamientos de jefes y oficiales, una hermosa laguna a la derecha y una alta y verde colina al fondo, al pie de la cual se ve brillar el curso de un arroyo que atraviesa y se arroja en la laguna. Es una situación pintoresca y admirablemente elegida para hacer en ella un gran pueblo. Buenos pastos, agua y leña de *alpataco* en abundancia.

Llama la atención el orden que reina en este punto, tanto en la guarnición militar como en el comercio, el cual se halla

enfilado al frente del recinto en una serie de casitas de modesta construcción pero de buen aspecto que forman con aquél una calle ancha y recta. El servicio de Puan es una maquinaria que se mueve con toda regularidad en la ejecución y tiempo.

Hasta las caballadas parecen dominadas del espíritu de orden y subordinación. Daba gusto el verlas entrar al recinto, dentro del cual se recogen a la caída del sol, apartarse por sí solas en grupos a la derecha, al frente e izquierda, según pertenecen a un cuerpo u otro, a la tropa o a los oficiales, sin que les llame la atención los montones de pasto segado preparado para la cena, que encuentran sin defensa de cerco en el mismo punto del aparte.

En todos estos detalles se sienten las bellas cualidades que adornan al jefe principal de la guarnición. El teniente coronel don Teodoro García se impone a la obediencia y al cariño de toda fuerza que manda.

El señor ministro de la Guerra resolvió destacar de este punto al capitán don José S. Daza, con una partida exploradora sobre la costa norte del río Colorado, expidiéndole las instrucciones siguientes:

Cuartel General en Puan, abril 30 de 1878.

INSTRUCCIONES QUE DEBE OBSERVAR EL CAPITAN  
DON JOSE S. DAZA

Artículo 1.º—Se pondrá en marcha con las fuerzas a sus órdenes el dos de mayo próximo, por el camino de Guatraché, dirección al paso de Mullilin, en el Colorado.

Art. 2.º—Llevará víveres suficientes para veinte y cinco días por lo menos y marchará en concepto a garantizar la conservación de sus caballadas.

Art. 3.º—En su camino debe ir explorando el terreno en la mayor extensión que le sea posible, haciendo reconocimiento de las aguadas y calidad de los campos.

Art. 4.º—Al llegar a Mullilin buscará el paraje más adecuado para hacer su campamento provisorio, donde pueda asegurar su fuerza y caballada contra cualquier sorpresa. Allí, si lo cree posible en vista de los estudios y noticias que adquiriera, dejará su fuerza convenientemente instalada y marchará por Choique-Mahuida con diez o más hombres, hasta Choele-Choel, en el río Negro, donde se informará de la llegada del comandante Guerrico y demás circunstancias que estime de interés en aquel lugar, regresando inmediatamente a su campamento de Mullilin.

Art. 5.º—Si calculase puedan faltarle las provisiones, tres o cuatro días antes de su incorporación a este Cuartel General, regresará por la costa del río Colorado en busca de dicha incorporación.

Art. 6.º—Llevará un diario prolijo de sus marchas, novedades y observaciones sobre la calidad y circunstancias de los campos que recorra, para ponerlo en conocimiento del ministro de la Guerra en campaña, directamente.

Poseído el capitán Daza del objeto e importancia de la comisión que se le confía, sabrá suplir con su inteligencia lo que en las presentes instrucciones no quedase expresado.

JULIO A. ROCA.

En el mismo punto se mandó leer a los cuerpos y transmitir a todas las guarniciones la orden que sigue:

Campamento en Puan, abril 30 de 1879.

Ministro de la Guerra en campaña.

#### ORDEN DEL DÍA

Se previene a los jefes que tengan indios a su cargo, ya sea en servicio, en calidad de amigos o prisioneros, tengan el mayor cuidado en que éstos se sujeten a las costumbres que amparan las leyes y usos de la civilización, no consintiéndoles de ninguna manera, se casen con dos o más mujeres, ni las cere-

monias que se aparten de la buena moral y decencia, para cuyo cumplimiento emplearán no sólo la insinuación amigable sino también medidas represivas que fuese necesario.

ROCA.

SALIDA DE PUAN.—Abril 30.—Diana a las 6 a. m., tiempo claro. Marchamos a las 9 a. m., dirección sur, campo llano sin árboles. Seguimos llevando a nuestra izquierda las sierras de Curu-Malal. Piso blando. Oficial de servicio el subteniente don Federico Zeballos. Acampamos en el fortín Sandes, distante 45 kilómetros de Puan.

SALIDA DEL FORTÍN SANDES.—Mayo 1.—Diana a las 6  $\frac{1}{4}$  a. m. Tiempo claro. Marcha a las 7, dirección sureste. Los campos son llanos y sin árboles. Se tienen siempre a la izquierda las sierras de Curu-Malal. El suelo es blando y ligeramente ondulado. Ha entrado de servicio el subteniente don Carlos Lafuente. Se arribó a Fuerte Argentino a las 5  $\frac{1}{2}$  p. m., siendo de 11 leguas la distancia calculada desde el punto anterior. Al entrar a esta población militar se pasa el arroyo Saucedo Chico, de rica y abundante agua.

EN FUERTE ARGENTINO.—Mayo 2.—Este punto, reducido militar y población como Puan, es otra de las bellas y prometedoras situaciones del extremo sur de la provincia de Buenos Aires. El arroyo que pasa a su costado y corre al suroeste haciendo un arco para volver a desembocar en el golfo de Bahía Blanca, tiene agua bastante para regar miles de cuerdas de los buenos terrenos que cruza y que se extienden en suave declive desde las sierras de la Ventana, al suroeste. En Fuerte Argentino hemos encontrado las fuerzas que estacionaban aquí al mando del teniente coronel don Lorenzo Vintter, compuestas del Regimiento 5.º de Caballería, del Batallón 6.º de Línea y escuadrones de indios amigos; las que, del mismo modo que los de Puan deben agregarse a la 1.ª División, al mando inmediato del señor ministro de la Guerra. El orden y excelente disciplina de estas tropas es irreprochable. Se hallan listas para marchar y su buen espíritu se patentiza en los sem-

blantes. Después de revistar las fuerzas de Puan y Fuerte Argentino, conocer sus jefes, oficiales y tropa, ver el arreglo de sus respectivos campamentos y la cumplida educación militar que en todos los actos se revela, no se puede menos de estar muy contento de llevar hasta el Río Negro semejantes compañeros. García y Vintter saben imprimir en las tropas que mandan todo lo que ellos son personalmente. Vintter es el tipo moderno de nuestros oficiales de caballería: culto y bravo.

Hasta hace pocos meses era jefe de este punto el teniente coronel don Antonio Dónovan, al que le debe muchos adelantos materiales y lo hizo respetar de los indios. Este valiente jefe queda de guarnición en Buenos Aires después de haber tomado parte activa y eficaz en las operaciones preliminares de esta campaña.

#### DESPEDIDA DEL TELÉGRAFO MILITAR

Hoy nos separamos del telégrafo.

Aunque hemos llegado aquí ya a una gran distancia de Buenos Aires, no nos hemos acostumbrado todavía a que estemos tan separados de aquel centro; porque a la vista de esos postes y de esos alambres magnetizados, se desvanece realmente toda idea de distancia. Llega uno a imaginarse que esa larga línea de hierro es su propio brazo armado de una pluma, con que escribe lo que quiere en la pizarra de cada uno de los amigos de allá.

Todavía se puede pensar que aquí se está más cerca de ellos; no hay que irlos a buscar a su casa. Basta entrar a la oficina telegráfica y nombrarlos, para que se presenten como espíritus, que un amigo mío cree tener prontos a su llamado en cualquier hora que él se sienta a su trípode. Tengo, a más, la ventaja de que mis amigos me transmiten sus propios conceptos con su propia ortografía, mientras que aquellos espíritus mentales hablan con el estilo y la ortografía de mi amigo (que son especiales).

Al decir adiós al telégrafo me viene a la memoria toda la línea que nos ha acompañado y las oficinas donde nos hemos

puesto al habla con personas de todas partes; y no es posible despedirse de algunas de esas oficinas sin expresar los sentimientos que nos han inspirado.

Es ciertamente conmovedor llegar a las estaciones telegráficas que se encuentran en el espacio desierto que separa a Olavarría de Carhué.

Un pequeño rancho que apenas hace bulto en la inmensidad del espacio solitario, y que sólo se percibe por hallarse ensartado en los hilos metálicos que el viajero no pierde de vista, es lo que se llama una oficina telegráfica en aquellos lugares. Un oficial solo, que ha tomado ya el aspecto agreste del yermo en que vive, es el jefe y operador de la oficina. Se agrega a este personal el guardahilos que generalmente está ausente y que suele encontrarse por ahí debajo de sus hilos como un ahorcado que ha cortado su cuerda.

En algunas de estas oficinas hemos visto el aparato de transmisión casi a la intemperie, delante de una ventana sin reja, postigo ni vidrios. (Se le deja el nombre de *ventana* por no quitarle lo que ya se le ha dado).

En la estación telegráfica de El Sauce se había caído el único rancho que la servía: único indicio humano en diez leguas a la redonda, reemplazado por una carpa donde el oficial telegrafista vivía con su aparato.

¡Una carpa en el desierto, habitada por un hombre solo!... Esto dice mucho, y por supuesto, que no es un hogar para echar raíces. Al lado de la carpa había una zanja que parecía sepultura preparada.

Efectivamente, pocos días después de visitarla, hemos sabido en Carhué que un fuerte viento a la media noche arrancó la carpa, y envolviendo en ella al telegrafista, su aparato y su menaje, lo echó todo a la fosa. "Ligera interrupción de la línea", es la frase que explicaba todo el suceso; porque el joven no quiso permanecer en su sepultura sino aquella noche. Al amanecer del día siguiente, remontaba su aparato a la intemperie y anunciaba sencillamente: "Queda restablecida la comunicación". Si hubiera muerto, el desierto habría guardado el secreto.

Se necesita pensar que son argentinos estos oficiales, jóvenes y bien educados como que han salido del Colegio Militar, para comprender toda la abnegación, coraje y fidelidad que muestran en ese servicio.

Algunos de ellos han permanecido sin ser relevados, cinco y seis años; han concluido toda su ropa, usándola hasta la última cohesión de la tela, hasta el último vestigio del color primitivo. Han repasado veinte veces sus libros y por último se los han fumado. Se han mantenido con la sola ración de carne distribuida cada quince días. . . Se sabía que vivían, porque se les sentían sus pulsaciones por el telégrafo, lo cual era bastante para satisfacer a los señores inspectores del ramo.

Y esto me hace recordar a cierto personaje de Mendoza, en cuya casa quedó sepultado un compadre suyo bajo las ruinas del terremoto. Nada hace por desenterrar a su compadre, que le había tocado aquella suerte por haberse encontrado de visita al tiempo de la catástrofe. Pero de cuando en cuando se acercaba a los escombros de su sala de recibo y preguntaba con mucha solicitud:

—¿Todavía está vivo, compadre?

¡Y a la contestación afirmativa, se retiraba . . . más tranquilo!

También puede decirse que estos estimables oficiales están al lado de su aparato, que los pone en contacto inmediato con todos los centros de población y los liga íntimamente al movimiento social, salvada la distancia, que no existe a lo largo del hilo telegráfico, y que por último, una exclamación suya puede oírse desde Puan a Buenos Aires. Pero también es cierto que este ser tan socorrido y poderoso por la ubicuidad facultativa de su palabra, es al mismo tiempo un militar de facción que no puede quejarse, que está en manos de su inmediato superior, y que, como el centinela que vela por un rey, su omnipotencia se limita sin embargo en una cosa con vara de membrillo que se llama Cabo de Guardia.

Me han referido la manera original como estos jóvenes telegrafistas son transportados generalmente a las mencionadas oficinas, comenzando por demostrarme las razones atendibles

que en ello militan; pero que en nada disminuyen lo grotesco del hecho.

Se dice que, como parten del Azul, donde no hay grandes y cómodos vehículos para que un *alférez* viaje al desierto, teniendo que traer cama, baúl, libros y todo aquello que el pobre oficial sospecha debe acompañarlo hasta el fin de sus días, se le proporciona una pequeña carreta *del país*, montada en dos óvalos de una pieza que fueron ruedas antes de gastarse con el uso y que le imprimen al andar un movimiento tan particular, que el telegrafista que va dentro, no puede menos de recordar en todo el camino el principal de sus deberes, que es: estar siempre despierto y vigilante. De pie sobre su carreta, que apenas levanta media vara del suelo, pero que en cambio se alza de adelante, haciendo ángulo de 45° con el horizonte, para que el pértigo alcance a la cincha del caballo, el *alférez* pasa por las estaciones de tránsito y llega por fin a la propia, como los héroes de la República romana después de la victoria. Ni los vítores le faltan por parte de sus jocosos compañeros.

He oído al general Roca preocuparse con interés sobre mejorar la condición de estos jóvenes que prestan con tanta abnegación servicio tan importante. Y, sin embargo, me consta que ninguno de ellos le ha insinuado la menor queja.

Se limitan a contar estas cosas sólo para reírse; y yo sólo las consigno para que si este diario llega a leerse fuera de nuestro país, se conozca la virtud de estos jóvenes militares argentinos, que nada les arredra, nada les falta ni piden, y viven contentos con la conciencia del señalado servicio que rinden al país economizándole gastos con sus increíbles privaciones.

SALIDA DE FUERTE ARGENTINO.—Mayo 3.—Diana a las 6 a. m. Tiempo claro. Se tocó marcha a las 10 a. m. y se emprendió ésta llevando rumbo suroeste. El campo es llano y verde. No se descubren árboles. A pocas cuádras de la población al sur hemos pasado el arroyo que continuamos costeando. Por la derecha se presentan unas colinas lejanas que tienden a estrechar el valle. A las dos horas de marcha, el terreno se hace ligeramente ondulado y más pastoso; las lomas acomi-

pañan de cerca el arroyo y se muestran en ellas algunos indicios de formaciones calcáreas. A la 1 p. m. se hace un alto y se continúa a la 1  $\frac{1}{4}$ . A las 2 p. m. pasamos frente a una cascada que forma el arroyo, cayendo como dos metros. Es notable el aumento de caudal de este río a medida que se adelanta su curso. Parece que hay muchas vertientes dentro de su cauce: se ven muchas totoras y otras plantas que se alimentan de aguas subterráneas. A las 4 p. m. acampamos en Manuel Leo, a unos 45 kilómetros de Fuerte Argentino. Abundante y buen pasto, agua por consiguiente: leña fuerte, escasa. En las colinas inmediatas que corren a unas 6 cuadras paralelas al Sauce Chico hay unas pircas de piedras blancas. Los exploradores científicos que acompañan al Cuartel General han reconocido ser cal hidráulica, cuyo cimientó parece se encuentra por aquí en abundancia. ¡Qué fácil sería su transporte a Bahía Blanca! De aquí a dicho puerto habrán, a lo más, 10 leguas; el arroyo es encajonado, de corriente tranquila y de mucha hondura. Podría, según su aspecto, ser perfectamente navegado por canoas de más de dos pies de calado. Este día entró de servicio el subteniente don Clodomiro Urtubey.

SALIDA DE MANUEL LEO.—*Mayo 4.*—Diana a las 6  $\frac{1}{4}$  a. m. Tiempo nublado y frío. Marchamos a las 8  $\frac{1}{4}$  a. m. rumbo al sur; el camino continúa encerrado entre el arroyo y las colinas que se prolongan, formando un valle, cuya anchura media será de 10 grados. El piso es duro y pastoso. Corre viento este-sureste y caen algunas gotas de agua. Grandes nubarrones envuelven el horizonte por el sur y se ven fajas obscuras que bajan diagonalmente como gigantescas cortinas: es la lluvia que cae ya sobre la región desconocida a donde vamos. A las 11  $\frac{1}{2}$  a. m. llegamos frente al fortín Nueva Roma, habiendo andado sólo 3 leguas. Apenas hecho el campamento en este lugar, se descargó una fuerte lluvia que, salvo algunas intermitencias, duró todo el día. Se recibió del servicio el subteniente don Carlos T. de Alvear.

EN NUEVA ROMA.—*Mayo 5.*—Diana a las 6 a. m. Sigue el tiempo lluvioso hasta las 11 a. m., hora en que cesa de caer agua gruesa, en cambio de otra muy fina y fría que suele llamarse *de temporal*. Las caballadas comen aquí perfectamente abrigadas contra el cierzo en las faldas de las colinas, donde encuentran excelente forraje. El arroyo les ofrece fáciles bajadas para beber a discreción. Lo que aquí no es abundante es la leña. Cuando la población civilizada venga a establecerse en los valles del Sauce Chico, podrán hacerse plantaciones de arboledas por millares, a riego permanente. Aquí, como en Manuel Leo, y en todo el largo de este precioso valle parece que el suelo está dotado de cualidades privilegiadas de nutrición para toda clase de cultivos. Entra con mucho en la composición de esta tierra el elemento calcáreo. La vegetación es variada y libre de yerbas nocivas. Aquí se ha incorporado al Cuartel General el ingeniero militar A. Ebelot viniendo de Bahía Blanca, de donde distamos 8 leguas, según aseguran los baqueanos. En la ribera izquierda del arroyo, casi frente a nuestro campamento, se encuentra el pequeño pueblo y la antigua posición militar que da el nombre a este lugar.

A la vista de los pocos ranchos que aún existen habitados sobre la falda de la loma que se levanta a poco más de legua de distancia en la parte oriental del arroyo, sobrevino el recuerdo del luctuoso episodio con que terminó la colonia militar agrícola allí promovida en 1858 con tanto empeño y halagüeñas esperanzas.

Se repiten todavía variadas las versiones sobre la manera cómo fué asesinado por sus mismos soldados el coronel Olivieri, conde italiano de nacimiento, jefe militar y director de la expresada fundación, y sobre las causas del alzamiento de aquel cuerpo que el gobierno dotó con mano abierta de cuanto podía necesitar, desde su vestuario, que fué por demás lujoso y pintoresco, hasta los menores detalles de su subsistencia y demás elementos para el progreso de la colonia. Aquí se dice, sin embargo, que sobre el terreno, los soldados sufrieron la escasez de manutención, y que esto, agregado a tratamientos crueles de parte del jefe, determinó la sublevación. Una noche, lla-

maron la atención al coronel con una falsa alarma de indios, y al salir de su casa, un pelotón apostado expresamente le hizo una descarga dejándolo en el sitio.

Es necesario que un jefe no cuente ya con un solo amigo o subordinado entre su gente para que le maten de tal modo. Algunos jefes y oficiales han ido a visitar las ruinas o tapearas que existen de aquel tiempo. Hay un subterráneo que se dice servía de encierro correccional. Uno de nuestros sabios acompañantes, el doctor Døering, se hizo bajar al fondo de una de estas excavaciones, cuya exploración parecía fácil y sin ningún peligro, mas, apenas hubo tocado el fondo, manifestó deseos de que le sacasen inmediatamente, lo que se hizo sin perder instantes. Cuando salió a la superficie estaba lívido y desmayado; pasaron algunos minutos antes que volviera a reanimarse. Es de notarse que el pozo donde este señor había bajado, no tiene más de cinco metros de hondura y no menos de uno y medio de diámetro su boca; de manera que habiendo sobrada ventilación no puede suponerse enrarecido el aire en su fondo, sino que allí se deposita una capa de gas deletéreo como en la célebre Gruta del Perro. Que la procedencia de ese gas sea local por haber allí alguna mina de carbón, o que sea una simple precipitación del mismo en aquella hondura por causa de su mayor peso respecto del aire exterior, son cosas que apreciarán y aprovecharán más tarde los pobladores de este lugar. En la noche la atmósfera se limpió completamente y hubo frío intenso: 6.° bajo cero.

La costa del Sauce Chico está habitada por varias familias de víboras de las cuales algunos individuos vienen a meterse con toda confianza dentro de las carpas y bajo las monturas donde uno duerme. Les atribuíamos en esto muy dañada intención y nos apresurábamos a darles muerte. El doctor Lorentz las defendía asegurando que eran animalitos de muy buena indole; pero este juicio del sabio alemán nos parecía sólo propio de su buen corazón. Sin embargo, una noche se halló uno de estos respetables bichos contra la tienda del General. El soldado que le había puesto el pie encima, dió la voz de alarma y enarbolaba su sable, cuando el General, deseando

complacer al doctor, hizo que le llamaran y recomendó al soldado detuviera la víbora sin maltratarla. Muchos espectadores había cuando el doctor se presentó. Con admiración de todos se inclinó solícito, sacó al repelente animal de bajo la planta del soldado, en cuya pierna se envolvía haciendo espiral, y se puso a acariciarlo como si fuera un perrito faldero.

Algunos, cediendo a sus insinuaciones y a su ejemplo, nos atrevimos a tocar aquel cuerpo frío y resbaladizo, cuyo contacto impresionaba como un choque eléctrico. El doctor acercaba a sus labios la cabeza de la víbora y la besaba. Por último se abrió la pechera de la camisa, se la metió en el seno y se fué con ella.

Verdad es que el día siguiente, habiendo aparecido una de las llamadas *có la Cruz*, bajo la almohada de un oficial, fué presentada medio viva al doctor para que la acaricise; pero éste se guardó bien de cometer semejante imprudencia.

SALIDA DE NUEVA ROMA.—*Mayo 6.*—Amaneció completamente despejado después del gran temporal de lluvia de todo el día 5. Marchamos de nuestro campamento frente a Nueva Roma a las 7 a. m., incorporada la columna al mando del comandante Vintter. Se ha caminado con rumbo al suroeste, dirección a Salinas Chicas, al paso de marcha tendida, acampando a las 11.30 a. m. por no tener seguridad de agua hasta llegar a dicho punto. Todo el camino es una continuación de lomadas bajas, suelo blando algo arenoso; pastos buenos, variados: generalmente gramillas y algún pasto fuerte. Hemos hecho el campamento sobre el declive de las lomadas que forman un valle circular en cuyo centro hay agua. Este lugar se llama Naran Choique (avestruz enterrado).

La distancia andada de Nueva Roma hasta aquí, es de 5 leguas. Es esta la primera jornada que hacemos sobre el desierto desconocido, separándonos de la última línea de frontera militar, trazada por el doctor Alsina. Desde hoy queda establecido el servicio de Jefe de Campo en el Cuartel General. Fué nombrado para desempeñarlo el teniente coronel don Francisco Leyría, y de guardia el alférez La Fuente. A la mi-

tad de esta jornada hemos principiado a encontrar algunos arbustos que proporcionan leña fuerte.

Se refiere un episodio característico que explica el nombre dado a este lugar. Un indio había sido fusilado aquí por orden del coronel Villegas, a consecuencia de cierto amotinamiento en una de las expediciones anteriores de este bravo jefe. Después de la ejecución se había presentado un cacique amigo solicitándole por gracia la cabeza del ejecutado, a lo que se accedió, enterrándose el cadáver sin cabeza. Poco tiempo después, un soldado del mismo jefe llegó por allí extraviado, de noche, conduciendo un indio prisionero, compañero de otros tres a quienes ese día había batido, muerto o dispersado. Reconociendo el lugar, resolvió pasar la noche. Como hacía mucho frío, quemaron cuanta leña hubo a mano para calentarse, y en el empeño de cebar el fogón, el soldado recordó el sitio donde había sido enterrado el indio sin cabeza, mandando a su prisionero lo desenterrase para reforzar la leña, asegurándole que era un avestruz. El indio, en vista de los restos y fragmentos de vestidura que comenzó a sacar, sostenía que aquello no había sido un avestruz sino un hombre: pero como al fin no pareció la cabeza, se dió por vencido. Así me lo cuentan.

SALIDA DE NARAN CHOIQUE.—Mayo 7.—Diana a las 2 ½ a. m. Se marchó a las 4 ½ a. m. continuando por un campo accidentado como el anterior, aunque algo más tendidas sus ondulaciones. A las 6 ¼ a. m., después de una marcha a paso largo y trote, se hizo un corto alto a la vista de una laguna salada de bastante extensión que se muestra al frente e izquierda del camino. De allí, después de ½ hora de descanso se continuó la marcha en dirección suroeste. El terreno se presenta cada vez más blando, arenoso y negro. En partes se ve el pasto verdaderamente acolchonado. Los inteligentes creen esta una tierra privilegiada para siembras de trigo. A poco andar después, el campo comienza a ser más ondulado y el piso aun más blando, hasta que se pronuncian los médanos que se prolongan en una distancia de dos y media leguas, pasados los cuales, se cae en el ancho valle donde está la gran laguna sala-

da de Salinas Chicas. En este valle hay muchas vertientes de agua exquisita. Dicen los indios, que así se prolonga hasta la costa del Atlántico, cortado en algunos puntos por el cordón de médanos muy pastosos que lo forman. Aquí se ha desarrollado ya en abundancia el monte para leña, que hace la delicia de los campamentos. El pasto y agua no faltan; la clase que más se ve del primero es el *alfilerillo*. Las lomas más altas que cierran por el sur este valle, están cubiertas de bosque. El terreno que aquí pisamos es lo que con toda propiedad puede llamarse tierra virgen; es decir: dispuesta a rendir como en ninguna parte los más espléndidos beneficios en toda clase de labranza. Podría hacer competencia a la que fuera más bien abonada por la mano del hombre: es negra y arenosa.

Los carros conductores de los bagajes han trabajado mucho para llegar hasta aquí haciendo el paso de los médanos.

La acampada en este punto ha sido a las 11 a. m. y hemos permanecido todo el resto del día para descansar los animales de tiro y carga y lograr en su provecho el excelente pasto y agua.

A las 4 ½ p. m. se ha incorporado la División del comandante don Teodoro García.

Se recibió del campo el teniente coronel don Ignacio Fotheringham y de guardia el teniente don Marcos Sastre.

SALIDA DE SALINAS CHICAS.—Mayo 8.—Se tocó diana a las 6 a. m. **No ha habido más novedad que el haberse desertado tres soldados indios del 5.º de Caballería.**

S. E. ha dispuesto que se marche en la tarde para caminar toda la noche y salvar la travesía de 16 leguas que hay que atravesar hasta el Médano Colorado.

Pensábamos recoger aquí provisión de sal para todo el viaje, de la laguna que tenemos a la vista, y que la tiene riquísima en cantidad suficiente para hacer cargamentos; pero no es el tiempo de hallarla cristalizada, o tal vez por haber llovido se ha disuelto la que había.

Hemos probado, sin embargo, algunos terroncitos que los soldados han recogido y tiene el gusto de la sal más fina.

deserción  
del  
5º

Hoy se ha recibido del campo el teniente coronel don Apolinario de Ipola y de guardia el alferez don Pedro Sobre Casas.

Marchamos a las 5 de la tarde, dirección al oeste, atravesando varias lomadas de piso medanoso y un pequeño arroyo para salir del valle de Salinas Chicas, dejando la laguna a la derecha. Al ponernos sobre el camino que ha remontado la lomada occidental, la dirección se inclina al sur y se entra en una ancha faja de monte leñoso poco crecido pero muy abundante que hace impracticable el paso de carretas. Por esta razón, el General había dispuesto que todo el tren rodante, debidamente escoltado, tomase un camino que del mismo campamento se aparta a la izquierda y hace un gran rodeo sobre piso más descubierto aunque más pesado. A las 6, ya de noche, hicimos alto en la bifurcación del camino en donde debían alcanzarnos los carros, lo que se efectuó a las 7. A las 7  $\frac{1}{2}$  se continuó la marcha. El camino se presenta más despejado de monte, el que va raleando progresivamente a medida que adelantamos. El piso es arenoso, la tierra blanca y polvorosa como en las travesías. La noche fresca hace sentir poco la falta de agua. El General dispone que la marcha se haga dos horas seguidas a paso largo y trote, y se descanse una hora. A las 10 hicimos alto y continuamos a las 11. A la 1 a. m. descansamos en un campo más pelado donde sólo se veían algunos algarrobos grandes, aislados, muy trabajados por los vientos.

Marchan todos, principalmente los oficiales jóvenes, tan decididos a dormir que apenas suenan los toques de alto y pie a tierra, ya están echados cerca de sus caballos, arrebujados en sus capotes y roncando. Pero nadie les creería dormidos al notar la rapidez con que vuelven a incorporarse al primer toque de atención. Cerca de las tres a. m. llegamos al Algarrobo Clavado donde dormimos hasta las 6. Hay un bajo a la derecha del camino donde se encuentra buena agua. Muy inmediato a la izquierda se levanta una colina en que hay desparramadas algunas matas de monte, y en el centro, sobre la senda, cuatro o seis grandes algarrobos.

Aquí se recibió de servicio de campo el comandante don

Benigno Cárcova y de guardia el alferez don Clodomiro Urtubey.

SALIDA DE ALGARROBO CLAVADO.—*Mayo 9.*—Se tocó diana a las 5 a. m., con tiempo claro y muy frío. Marchamos a las 7 a. m. con dirección oeste-suroeste, entrando a un campo medanoso y muy pesado. A las 10 se hizo un alto de media hora y continuamos, pasando algunos médanos y bajos con agua, sobre un terreno de formación gredosa, hasta llegar al más alto y extenso de aquéllos que es conocido bajo el nombre de Médano Colorado. En su cima se encuentran pozos o vertientes de buena agua, indicados por varias plantas de cortadera. Allí acampamos a mediodía. Se recibió de jefe de campo el teniente coronel don A. Gramajo y de guardia sigue el subteniente Urtubey.

Aquí ha ilegado un oficial desprendido de las fuerzas de Trenque-Lauquen que se hallan ya acampadas sobre la costa del río Colectado, y cuyo jefe, coronel don Contrado Villegas, lo envía con este parte al encuentro del señor Ministro. El oficial asegura que de aquí sólo hay seis leguas de distancia al Colorado. No contábamos con estar tan próximos al río. Esta es una de las adquisiciones importantes que se han hecho sobre el estudio topográfico de la Pampa. Y tengo motivos para creer, según razones que más adelante se me presentará ocasión de apuntar, que el curso del río Colorado se eleva tanto al norte, que si se marchase de Carhué directamente al suroeste se le encontrará tal vez a la mitad de la distancia en que hasta hoy suponemos debe hallarse, según las cartas. Se comprende que, mientras más se aproxime este caudaloso río a las posiciones ya pobladas del extremo sur de Buenos Aires, sería tanto más valiosa y de porvenir la región intermedia y tanto más estrecha la relación de posiciones con el río Negro.

SALIDA DEL MÉDANO COLÓRADO.—*Mayo 10.*—Diana a las 4 a. m. Tiempo claro. Nos pusimos en marcha a las 5. Continúa en una extensión de dos y media leguas el terreno accidentado de médanos. Hemos hecho un descanso a las 7  $\frac{1}{2}$  a. m., siguiendo el camino a las 9. A poco andar hemos llega-

do a un punto en que el terreno cambia repentinamente de nivel, presentándose como unos 12 metros abajo del que llevamos. Al bajar la barranca casi a pique que limita esta notable depresión y que gira de este a oeste, entramos en un campo de piso más duro con monte bajo y ralo, suelo bastante desperejo y cubierto en su mayor parte de pedregullo. Del comienzo de esta depresión al río Colorado hay dos leguas y media: no se divisa el río porque hay todavía unas lomadas lejanas detrás de las cuales corre. A las 11 a. m. se descubrió a nuestra vista el hermoso Covu-Leuvú corriendo en medio de su doble fila de sauces bajos y pajonales. Un cuarto de hora después estábamos acampados, bebíamos agua exquisita, quemábamos leña a discreción. Las caballadas se extendían alegres en el campo acolchonado de pasto.

Mientras se viaja por el desierto, haciendo cada día la jornada en que se llega al valle limitado, al manchón de pasto, al ojo de agua, no se da uno cuenta de haber adelantado camino, de haber llegado a alguna parte; pero cuando se arriba a la ribera de un río como el Colorado, por más que se aperciaba de la enorme distancia que le ha separado de las poblaciones y de la inmensidad del desierto que le rodea, el viajero siente recién el goce de *llegar* y descansa con plena laxitud. Será que a la vista de aquel río que puede ser navegado de un momento a otro, a la vista de este hermoso y rico campo que puede ser el asiento de un pueblo numeroso y floreciente, se hace uno la ilusión de que esta soledad y desierto son momentáneos...

Efectivamente: no se conforma el argentino que ve estos deliciosos lugares, abandonados y sin uso todavía por parte de nuestra actividad nacional.

El punto donde hemos tocado se llama Rincón Grande: el propio lugar de este nombre está en la ribera opuesta.

EN EL RÍO COLORADO.—*Mayo 11.*—Despertamos este día a las 4 a. m., al toque de las dianas de todos los cuerpos. El tiempo claro y templado. El General dispuso se celebrase una misa en acción de gracias por la feliz llegada a las orillas

del famoso Colorado. La misa tuvo lugar a las 10 ½, oficiada por el presbítero, señor Costamagna, oyéndola el Cuartel General y todos los cuerpos de la División. El espectáculo era espléndido, y la actitud de todos sus actores era edificante. Si hay un Dios que ha mirado este acto, le habrá discernido una bendición especial. Pocas veces se habrán encontrado tantos hombres reunidos identificados espontáneamente bajo la influencia de sentimientos más puros, elevados y nobles: la religión, el patriotismo, la esperanza de los grandes destinos prometidos a la Patria en aquel rico escenario que servía de templo.

A las 12 a. m. llovió un poco y siguió nublado el resto del día. Era necesario que aquel acto extraordinario conmoviese hasta la atmósfera.

Entró de servicio de campo el comandante Leyría y de guardia el alférez Alvear.

*Mayo 12.*—Se tocó diana a las 5 a. m. con tiempo claro. Más tarde corrió viento fuerte del oeste. Nos hemos bañado algunos en el río. Aunque el agua es sumamente fría, es muy clara y el piso de pura arena; pero es peligroso apartarse mucho de la orilla. Donde el agua da a la cintura se siente uno arrebatado por la corriente que es poderosa, sin embargo de que en la superficie no parece. En la mayor parte de los sitios desocupados del cauce de este río, llama la atención el color oscuro de la arena, y al primer examen se descubre en ella una mezcla poderosa de fierro titánico. De algunos puñados que llevamos para mostrarle al General, nos propusimos extraer este metal por medio de un imán; y era tan pequeña la cantidad de arena que quedaba después de la operación, que en algunas porciones apenas podría evaluarse en un diez por ciento.

Como el fierro titánico siempre acompaña las arenas que contienen oro, esta observación y deducción que corroboraron los sabios alemanes, despertó en ciertos aficionados mayor entusiasmo por la región del Colorado, y algunas burlas amigables que amenizaban las horas del fogón, contra el primer sugeridor de aquella idea halagüeña, porque, a pesar de todos los indicios, nadie encontró ni la más microscópica chispa del precioso metal. Yo, que confieso fui el desgraciado iniciador de la

cosa, tengo, no obstante, la esperanza de oír un día, que se ha descubierto un rico lavadero o mina de oro en cualquier parte del curso del río Colorado, y más probable entre sus nacimientos y las inmediaciones de Pichí-Mahuida, si es que estas regiones no tardan en ser ocupadas por la población civilizada. No seré yo quien explote esas minas, porque soy más partidario de la alquimia de Quevedo, que es la ciencia que trata de hacer oro con el trabajo, en cualquier industria, antes que buscarlo, laborándolo directamente.

Se ha transmitido hoy la siguiente orden del día y la nota que con ella se relaciona:

Ministro de la Guerra en campaña.

Campamento en Río Colorado, mayo 12 de 1879.

#### ORDEN DEL DÍA

Se previene a los cuerpos que la correspondencia epistolar puede entregarse en la secretaría de S. E. en cualquier momento, para que sea despachada en cada oportunidad que se presente. La llegada de cada correo que conduzca comunicaciones para la División, se anunciará por el toque de orden y diana para que concurran los ayudantes al lugar indicado.

De orden de S. E.

*Manuel J. Olascoaga.*

Secretaría del ministro de la Guerra en campaña.

Campamento en Río Colorado, mayo 12 de 1879.

*Al señor coronel don Rufino Victorica.*

Bahía Blanca.

Recibo orden del Excmo. señor ministro de la Guerra en campaña para decir a V. S. que conviene que a la brevedad posible arregle V. S. un servicio de correo, de ese punto hasta

Patagones, para servir al transporte de la correspondencia del Ejército Expedicionario, que debe dirigirse de Choel-Choel por esa vía, a cuyo efecto queda V. S. autorizado para contratar un hombre de confianza que haga un viaje semanal, a empezar desde el 1.º de junio próximo, poniendo de su cuenta las cabalgaduras que necesite.

Dejando cumplida la orden de S. E., saludo a V. S. con mi mayor consideración

*Manuel J. Olascoaga.*

Mayo 13.—Se tocó diana a las 4 a. m. con tiempo claro. Levantamos el campamento a las 8,15, corriéndonos sobre la costa del río arriba. Haciendo marcha al troté desde dicha hora llegamos a las 10,30 frente al paso que, de orden de S. E., había sido explorado y elegido para atravesar con la División a la banda sur.

Sobre una pequeña eminencia de la barranca, a la derecha del camino por donde se entra al vado sureste, ha hecho parar una vara de sauce con una tablilla en el extremo superior donde se lee: "PASO ALSINA". En el mismo sitio se colocó acompañado de todo su Estado Mayor para ver desfilar la División.

El río tiene aquí unos 400 metros de ancho desde que se entra hasta que se sale del agua; siendo la profundidad de 75 centímetros término medio en los primeros 50 metros; después, en una extensión de 300, el agua da siempre a la falda del recado, habiendo, próximo a la salida, un corto espacio en que los caballos nadan.

En la ribera del sur, el campo se presenta mucho más despejado de accidentes de nivel que en la del norte. Ambas orillas del río se ven vestidas de sauces ralos y de poca talla en general, que sobresalen sin embargo de los espesos y constantes pajonales.

Después de pasar sin novedad, continuamos la marcha río arriba y acampamos a corta distancia a las 11.30 a. m. en un suelo generosamente socorrido de pasto y leña.

Aquí se recibió del campo el sargento mayor Ventura Yanzi y de la guardia el alférez don Pedro Sobre Casas.

El General en Jefe hizo saber a los cuerpos las disposiciones siguientes:

Ministro de la Guerra en campaña.

Campamento al sur del Colorado, Paso Alsina, mayo 16 de 1879.

#### ORDEN DEL DÍA

Queda organizada la primera División del Ejército Expedicionario como sigue:

1.° Las fuerzas de Trenque-Lauquen, Puan y Fuerte Argentino tomarán el nombre de brigadas por su orden numérico, debiendo llamarse la 1.° Brigada las que se hallan a las inmediatas órdenes del coronel don Conrado E. Villegas; 2.° Brigada las que manda el teniente coronel don Teodoro García; 3.° Brigada las que obedecen al teniente coronel don Lorenzo Vintter.

2.° Nómbrase jefe de Estado Mayor de la división al coronel don Conrado E. Villegas sin perjuicio del mando de su brigada.

3.° Reconócese como ayudante de la expresada repartición, al teniente coronel graduado don Dionisio Alvarez y sargentos mayores don Luis Fábregas y don Floro Vega.

Queda asimismo nombrado jefe del detall divisionario el teniente coronel don Daniel Cerri, sirviéndole de ayudantes el sargento mayor don Ramón Sosa y el de igual clase graduado don Modesto Martínez.

ROCA.

Ministro de la Guerra en campaña.

Campamento al sur del Colorado, Paso Alsina, mayo 18 de 1879.

#### ORDEN DEL DÍA

Es absolutamente prohibido andar al galope en las marchas y en los campamentos, bajo seria responsabilidad de los individuos del Ejército de cualquier clase que infrinjan esta disposición.

Exceptúase tan solo a los jefes, ayudantes y demás individuos que vayan en servicio o comisión urgente.

Las guardias, así como los señores jefes y oficiales de la división, son obligados a hacer que esta orden tenga debido cumplimiento.

ROCA.

Mayo 14.—Diana a las 6 p. m. Continúa el tiempo claro. Seguimos acampados en el mismo punto. Hay buen pasto, y leña para quemar a discreción. El campo es hermoso, vestido de mucha vegetación, aunque baja. Al sur se dibujan algunas colinas de poca altura que tal vez no serán sino el efecto óptico del levantamiento gradual del terreno hacia ese lado.

Aquí se han verificado los cálculos referentes a la latitud del Paso Alsina y otras observaciones, a saber: Aquella parece se encuentra a los 39° 17' 29". El termómetro ha dado en la noche 4° bajo 0, lo que representa ya una ración de frío bien respetable y que contribuye no poco a la sociabilidad alrededor de los fogones.

El río corre aquí 2.500 metros por hora.

La declinación observada en la brújula ha sido de 24 y medio grados. Es enorme; pero debe atribuirse a la composición de las arenas del río de que antes hice mención. Casi pudiera decirse que el río corre aquí en un lecho de fierro.

Después de esta razón de influencia magnética que explica ese fenómeno de la brújula en la latitud dada, salta otra razón de aplicación higiénica cuya deducción probable me permito apuntar sin consultar a los señores médicos.

Difícilmente se hallarán aguas más saludables que las del Colorado, atendiendo a las virtudes reconocidas en las de su análoga composición química. Se propinan las aguas ferruginosas a las personas débiles y depurables, y en tal calidad éstas deben ser eficacísimas.

Cuando a estas ricas y vírgenes márgenes vengan las poblaciones no será extraño ver en ellas un gran desarrollo de virilidad e incremento, como efectos naturales de las aguas fortificantes.

Y efectivamente; no sé si será una circunstancia casual sin participación eficiente de las aguas del río, el no haberse recibido un parte de enfermo en los cuatro días que habitamos sus riberas.

Los dos médicos del cuartel general y de la división viven a nuestro lado; constatan el hecho con su palabra y con la holganza en que les veo.

Al hablar de las aguas y lecho del Colorado se me ocurre otra observación que hacer acerca de su nombre español. Nada presenta en su aspecto este río, que justifique dicho nombre. No tiene ni visos de colorado. Sus aguas son cristalinas, sus riberas siempre verdes; y aunque pudiera decirse que sus arenas esencialmente ferruginosas suponen el color del óxido de este metal que es colorado, no es exacto, porque la combinación invariable que se nota es de hierro y titanio, cuyo aspecto es siempre obscuro. Por otra parte, los indios dicen *Covu-Leuva*, lo cual no significa río Colorado, sino *río Caliente*; y me adhiero más a la propiedad calificativa de este nombre, porque este río que corre en un lecho de arenas magnéticas, alargando extensamente su curso a través de la Pampa con sus innumerables vueltas y rodeos y surcando un terreno que, según se patentiza en esta parte de su ribera norte, es de constitución calcárea, debe tener algunas razones físicas para andar *caliente*. Me atengo, sobre todo, a lo que sé respecto de la precisión gráfica con que los indios bautizan todos los accidentes y descripciones de la topografía de su territorio.

Además, este error de nombre ha producido otros errores de más consecuencia. Por causa de llamarse impropriamente *Colorado* a este río, se había dado en suponerle corriendo en una serie de pura greda, turbias sus aguas, y atravesando un territorio infértil y desolado, es decir; un paisaje pintado con puro ocre y rojo, sin pizca de verde. No se podía emplear otro color, porque aquel era el tinte obligado, el pie forzado de esa fantasía topográfica.

M. Martín de Moussy describiendo este río dice: "Parece que las tierras que bordean sus riberas son *muy áridas* (por supuesto, coloradas...) y generalmente salinas (consecuencia ló-

gica). Su nombre, le viene como al Bermejo, *de la arcilla roja que colora sus aguas*." Así se han dicho absurdos acerca de nuestros territorios desconocidos. Los sabios escritores extranjeros que como el aquí citado, han venido a hacernos geografía, se han explayado bondadosamente en transmitirnos sus conocimientos y vistas sobre la Pampa con esa entera confianza y aplomo con que los astrónomos hablan del mundo sideral, cuando sospechan que los oyentes son más dispuestos a admirar que a verificar. De Moussy agrega estas palabras, para darse autoridad en su apreciación sobre los terrenos del Colorado: "... "Así como personalmente hemos podido reconocerlo en la Pampa, *un poco más al norte*". Este *poco más al norte* se entiende la friolera de cien leguas, es decir: el camino de Rosario a Mendoza, que es por donde pasó más cerca del Colorado. Darwin habló de la Pampa, cruzando de Patagones a Bahía Blanca, que es como si se hablase de Buenos Aires sólo por haber atravesado la provincia de Jujuy. El camino de Darwin es un medanal uniforme sin agua ni vegetación, así como el camino de pampa que sirvió de criterio a De Moussy y otros *poetas*, ofrece la vista de un llano inalterable sin un árbol y sin la menor curva en el horizonte. Escribieron, por de contado, tomando de esas únicas fuentes.

Pero ¡cuán distinto de lo que se ve en aquellos alrededores es el gran territorio pampeano que hoy venimos cruzando! Y refiriéndome al río, en cuya verde y pintoresca margen sur estoy ahora trazando estas líneas, ¡qué enorme diferencia entre el turbión gredoso que nos han pintado y este majestuoso caudal que transparenta las aceradas arenas aquí, y más allá refleja invertidos los verdes sauces y el azul del cielo!...

Se ha recibido del servicio de campo el comandante don Francisco Leyría con el subteniente don Carlos Alvear.

Todo marchaba perfectamente hasta aquí, ajustado a la lógica de las disposiciones previsoras del General en jefe; pero hay algo serio con que no contábamos, y que aunque está escrito en la historia de todas las anteriores expediciones al desierto, no debía verse en ésta sino por fatalidad. ¡Nos amenaza el hambre!

Aquí debía habernos alcanzado el proveedor, con reses suficientes para seguir la marcha hasta Choele-Choel según estaba arreglado, y... no ha venido. ¿Por qué no ha venido? nos preguntamos. Para no contestarnos todo lo que se debe decir a fin de dar una respuesta completa, tenemos que limitarnos a una frase estúpida: porque no ha llegado, y... nada más.

Este es un caso práctico y latente en que puede demostrarse que el gobierno no debe librar la manutención de sus tropas a manos de contratistas particulares, cuyos recursos, cuyas responsabilidades de acción pueden sufrir cualquier contraste o no ser eficaces por cualquier motivo y producir una contrariedad de gran consecuencia en operaciones como la presente. Un general, por más previsor que sea, bajo este sistema estará siempre expuesto a verse detenido en medio del campo por la falta de cumplimiento de una repartición que se mueve fuera de la administración inmediata y que está fuera de la disciplina y de la responsabilidad militar.

El general Roca, en esta campaña, ha previsto todo, hasta los detalles más íntimos, tanto en la parte estratégica de las operaciones como en la parte administrativa. Desde que ha principiado a desarrollar su plan contra los indios y sobre la ocupación del Río Negro, hemos visto producirse los hechos militares más felices en grande o pequeña escala, las adquisiciones más convenientes; todo obedeciendo estrictamente, lógicamente, a sus órdenes, a sus instrucciones, a sus propósitos detenidamente estudiados. Llegamos hasta aquí sin ningún contraste sin sufrir siquiera la pérdida de un caballo; ancho el camino y despejado de antemano. Las precauciones relativas a la provisión de alimento para esta fuerza como para las demás columnas que hoy mismo penetran por distintos puntos en la Pampa, han sido tomadas, ampliamente recomendadas y explicadas a los proveedores. ¿No sería una singular y bruta anomalía ver que de esta combinación tan sólida y bien probada, se aparte ahora sin causa racional uno de sus más indispensables elementos, para hacerse contrario y venir a producir una catástrofe? Tan bruta sería, que hasta me permitiría hacer una deducción estupenda, a saber: que si los indios y el desierto

no han tenido el poder de hacer descalabrar por hambre una división, a pesar de precedentes de otro tiempo y de las profecías de varios mariscales, y pues queda establecido que la combinación de los salvajes y el yermo era menos peligrosa para el país que la sociedad de proveedores, la campaña debió empezar por arrastrar a estos últimos, quitarles las haciendas y capturarlos antes que a los Catriel y Pincen, cuyas tolderías pudieron quemarse después de los cargamentos de yerba y tabaco; aunque esta cremación resultase duplicada, por estar ya ardidados dichos artículos.

El general Roca trata de remediar la dificultad y ha resuelto lo que expresa la siguiente nota despachada por un chasque que va a Patagones matando caballos:

Ministro de Guerra en campaña.

Campamento en la Ribera sur del Colorado, mayo 14 de 1879.

*Al señor gobernador de Patagones, coronel don Alvaro Barros.*

Me encuentro en este punto sin reses suficientes para la subsistencia de esta fuerza y tengo que continuar la marcha hasta Choele-Choel a donde llegaré sacrificando los bueyes y demás elementos de locomoción que tengo, y se hace indispensable que V. E., desplegando toda la actividad y energía de que es capaz, haga cuanto es posible por hacerme alcanzar a dicho punto, donde estaré a más tardar el 27 a 28 del corriente, unas doscientas o trescientas reses y otras tantas ovejas, con lo cual podría atenderse la necesidad urgente de manutención en que vamos a encontrarnos; pues al llegar a la isla, calculo habremos agotado los últimos recursos que nos quedan para aquel objeto. Calculo que llegaremos el indicado día a la punta de arriba de la isla.

Espero que V. E., apercibido de la gravedad del caso en que nos encontramos debido a la ineficacia de los medios del proveedor, que ha retardado el envío de hacienda que aquí debía alcanzarnos, ponga en actividad todos los medios para organizar sin pérdida de momentos una tropa de reses y ovejas

que marche a encontrarnos en Choele-Choel, a cuyo efecto autorizo a V. E. para expropiar o tomar al precio que se hallen dichas reses y ovejas, así como los medios de conducir las prontamente.

Secundariamente recomiendo a V. E. se sirva disponer, para transportarlos a Choele-Choel, los vestuarios, maíz y afrecho que conduce el buque "Cabo de Hornos", que en estos días debe llegar a ese puerto; para la cual autorizo a V. E. a contratar la tropa de carros o carretas que debe transportar esos auxilios indispensables con la posible brevedad.

Reiterando a V. E. la recomendación de atender el asunto que es objeto principal de esta nota, saludo a V. E. con distinguida consideración.

Dios guarde a V. E.

JULIO A. ROCA.

Mayo 15.—Dejando una guardia en este punto para amparar las comunicaciones y dispuesta la continuación de la marcha, este día se tocó diana a las 4 a. m. El tiempo estaba claro y frío. Nos pusimos en movimiento a las 7 a. m. en dirección oeste que sigue poco más o menos en línea paralela a la costa del río. Como a una legua del punto de partida, el campo comienza a ponerse pesado por la blandura del piso. Unas lomadas bajas se pronuncian a la izquierda; cambiamos un poco la dirección al sur y entramos en un camino que sigue la paralela anterior y forma un ancho y hermoso valle estriado por innumerables sendas que revelan el mucho tránsito de indios que en ellos ha habido. Se marcha aquí por el centro de dos declives suaves, sobre buen piso, campo pastoso, abundante leña y completamente oculta la columna a las miradas de cualquier observador de la costa norte del río. ¡Cuántas veces habrán desaparecido de este modo los indios a una persecución traída de aquel lado! A las 9 y media hicimos alto, descansando una hora. Continuamos después, y acampamos a las 12, aproximadamente, a la costa del río, en un lugar cubierto de pajonales y a la vista de una grande y preciosa isla que aquél forma.

Desde Paso Alsina hemos andado hasta aquí ocho leguas.

SALIDA DE LA ISLA.—Mayo 16.—Diana a las 5 a. m.; tiempo bueno. Marchamos a las 8 a. m.; dirección oeste; campo casi llano sin árboles, piso blando. Se hizo una parada a las 10 a. m. continuando en seguida la marcha hasta las 12, hora en que se acampó, inmediato a un médano alto, como de 40 metros y de forma circular, al que se dió el nombre de *Médano Redondo*. Desde esta altura se domina un lindo paisaje en que la vista se extiende hasta muy larga distancia en el campo llano y verde que acompaña la costa sur del río. La del norte cubre un tanto el horizonte con lomas o barrancas altas de 50 metros que se vienen perfilando de este a oeste, afectando el corte vertical de una escalera, cuyos tramos se suceden de media en media legua, aproximadamente. El campo se ve sembrado de pequeños arbustos leñosos. No hace falta el pasto para las caballadas.

Se ha recibido del servicio de campo el comandante don Benigno Cárcova, con el teniente don Marcos Sastre.

Hemos hecho hasta aquí cinco leguas.

Hoy ha marchado de este punto el comandante don Francisco Leyría, comisionado por el señor ministro, según lo expresa el documento adjunto, con el objeto de apresurar en cuanto sea posible el envío de reses para la manutención de esta columna.

Campamento en la Ribera sur del río Colorado, mayo 15 de 1879.

El teniente coronel don Francisco Leyría marcha en comisión urgente del Excmo. ministro de la Guerra en campaña hasta Patagones, con el objeto de activar la compra y envío de recursos de manutención para la Primera División de operaciones que marcha a ocupar Choele-Choel. A este efecto va el expresado jefe autorizado por S. E. para adquirir toda clase de hacienda y hacer los gastos que para ello y su transporte necesite, expidiendo recibos y obligaciones por cuenta del Gobierno, que serán atendidos y pagados en tabla y mano propia en

este Cuartel General inmediatamente de presentados. S. E. recomienda que, teniendo en vista la importancia y urgencia de la comisión que ha confiado al comandante Leyría, se le dé entero crédito y se le preste la más decidida protección para su más pronto y eficaz desempeño.

De orden de S. E.  
V.º. B.º.

Manuel J. Olascoaga.  
Secretario.

ROCA.

SALIDA DE MÉDANO REDONDO.—*Mayo 17.*—Diana a las 5 a. m. Tiempo nublado. Marchamos a las 7 en dirección oeste. El piso se hace duro y pedregoso, notándose aumento creciente de arbustos espinosos que comienzan a obstruir el camino. A dos leguas de Médano Redondo hemos encontrado una gran abra de excelente campo con mucho y buen pasto. El terreno se ha ido alzando sobre el nivel del río y a una legua más adelante el monte espinoso es tan tupido y fuerte que apenas da paso. A las 10 y media a. m. nos hallamos detenidos por la espesura del bosque, del lado de la ribera, y altas lomas igualmente montuosas que nos estrechan a la izquierda. Una improvisada compañía de zapadores trabaja activamente abriendo paso en la montaña.

Se ha dado a este lugar el nombre de *La Picada*.

Recibióse del servicio de campo el teniente coronel don Ignacio Fotheringham y de guardia el alférez don Pedro Sobre Casas.

Distancia andada, tres leguas.

SALIDA DE LA PICADA.—*18 de mayo.*—Se tocó diana a las 6 a. m. Amaneció el día nublado amenazando lluvia. Rompióse la marcha a las 7.30 a. m. con dirección noroeste siguiendo siempre aproximadamente el curso del río. Se ha restablecido la llanura con árboles bajos y malos.

Como a dos leguas del punto de partida, hemos pasado al lado de un árbol grande y solitario que se encuentra a la derecha del camino y que, al verlo de cerca, llama la atención y curiosidad del viajero por una apariencia de frutas o botones

de diferentes tamaños y colores que contienen todas sus ramas, en cantidad incontable, lo que a primera vista intriga al más esclarecido fitólogo. Mas, al llegar y palpar se nota con extrañeza que los aparentes frutos son ataditos hechos de trapo de todas calidades y telas, dentro de los cuales hay una o dos pequeñas piedras del tamaño de un garbanzo y aun más chicas.

—¿Qué diablos puede significar esto?—exclama uno de los sabios naturalistas que nos acompaña, viniendo a enseñar una rama que ha cortado y en la que se ven más de cien ataditos.

—Este árbol—contesta un sargento criado en la Pampa—es un *cochim-guelo*.

El sabio estira el pescuezo hacia adelante y abre desmesuradamente la boca como para tragar sin masticación esta respuesta.

Antes que vaya a interpretarla a su modo y nos la espete en alguna edición francesa que venga a servir de texto de historia y geografía en nuestros colegios, voy a explicarla.

Según la creencia india, un árbol como este (era un algarrobo seco) en la situación que se halla, solo y seco, a la orilla del camino, no es cosa natural: tiene misterio. No ha podido venir por sus propios pies o semillas, ni puede dejar de estar acompañado de malos espíritus (*huecúe*) o de algún diablo en persona (*gualicho*).

En la religión pampa o *mapuche* no hay dios o espíritus del bien: todas sus entidades mitológicas son puros diablos, más o menos buenos sujetos, según las circunstancias y según la maña que se dan los clientes para propiciárselos. Es un Olimpo copiado exactamente de los de la tierra.

¿Olimpo? . . . digo mal: no lo tienen las divinidades indias; no se les supone una mansión resplandeciente donde se hallen reunidos y felices y donde esperen a los justos de la tierra. Son nómadas como sus creyentes: dioses del campo o silvestres, que tal vez invaden también las fronteras y estancias del Olimpo cristiano; dioses sin casa propia, que sólo viven en los volcanes, en las grandes arboledas, en las ciénagas, girando en el aire, en las reuniones de gentes, alrededor de los

ranchos, o como en el presente caso, en ciertos árboles viejos, a la orilla de un camino concurrido, siempre con el ánimo de hacer daño al transeunte (como si fueran empleados de policía), jugarle algún chasco pesado, una burla, haciendo que se le pierda una espuela, que deje olvidada la tabaquera o se le canse el caballo. Tal es el sentido de la palabra *cochim-guelo*, es decir: "ahí hay un diablo dispuesto a hacer daño".

Por esta razón el indio no se permite pasar sin hacer una demostración de amistad y respeto al diablo allí estacionado.

Esta consiste en detenerse y dirigirle una súplica mental y dejarle como recuerdo *las piedritas* en la forma que se ha visto. Así el *chamal* o el poncho son en el indio una comprobación palmaria de las veces que ha pasado por el *cochim-guelo*.

A las 4 y media p. m. acampamos en el lugar llamado *Las Barrancas*, siempre sobre la costa del río, con buen pasto y abundante leña.

Se recibió aquí del servicio de campo el teniente coronel don Apolinario de Ipola y de guardia el alférez don Carlos Alvear.

Hemos andado diez leguas.

El General ha dispuesto marche el teniente coronel Fotheringham en servicio de vanguardia, río arriba, a objeto de explorar los mejores puntos para acampar. Le acompaña el teniente don Marcos Sastre y un piquete de soldados.

**SALIDA DE LAS BARRANCAS.**—19 de mayo.—Se tocó diana a las 6 a. m. Tiempo nublado, con viento del oeste. Marchamos a las 12 sobre campo llano, piso blando, algún pasto, árboles bajos y ralos. Acampamos a las 4 y media p. m. sobre la orilla del río. Hemos tenido buen pasto para las cabaladas y leña suficiente. Las lomas o barrancas de la ribera norte afectan más marcada aquí la forma de escalones, según antes he explicado. Ha quedado, pues, a este sitio el nombre de *La Escalera*.

Recibióse del campo el teniente coronel don Artemio Gramajo y de la guardia el subteniente don Clodomiro Urtubey.

Hemos adelantado cinco leguas.

**SALIDA DE LA ESCALERA.**—20 de mayo.—Diana a las 6 a. m. Tiempo nublado. Se batió marcha a las 7 y media y la ejecutamos al paso de costumbre sobre un campo siempre abierto y casi en las mismas condiciones de vegetación que el anterior.

Nos hemos detenido a las 10 a. m. frente a una especie de pirca de piedra que se divisa sobre una de las más altas lomas de la banda norte del río. Allí se llama *Calquin-loo* (medano del águila) donde llega un camino que viene directamente de Nueva Roma y otros que lo tocan viniendo de Salinas Grandes y demás puntos de la Pampa.

La mencionada pirca de piedra fué colocada allí por el comandante Vintter en su anterior expedición sobre la costa norte del río.

Después de una hora de descanso hemos seguido marchando, siempre con mal tiempo, viento fuerte del oeste que nos rechaza, dándonos en la cara. El camino vuelve a obstruirse por montes espinosos y aproximándose a la costa queda definitivamente cortado en una alta barranca. Allí hubo que practicar una bajada de cerca de veinte metros, para caer a la hoya del río que forma un ancho valle, dilatado hacia el norte. En aquella dirección se divisan altas lomadas y arboledas. De allí viene serpenteando el caudaloso Covu-Leuvú, corriendo al sur hasta rozar el acantilado de la barranca que nos detiene y donde retoma su dirección ordinaria hacia el sureste.

El General en persona dirigió los trabajos del peinado de la barranca.

Después de cruzar algunas ondulaciones del terreno, que al parecer ya comienza a accidentarse por causa de la aproximación a la sierra de Pichi-Mahuida, acampamos a la 1 p. m. en un seno que forma el río, girando al norte y volviendo sobre sí mismo allí inmediato. Hemos tenido aquí, como en todos los demás campamentos, desde que pisamos el Colorado, pasto y leña en abundancia, rica en agua a la mano. Este último artículo nos ha sido prodigado con exceso, cayendo torrencialmente en medio de una tormenta que descargó durante toda la noche.

Hemos divisado humaredas en la banda norte del río.

Creo no haber dicho que, por disposición del general en jefe, marcha por aquel lado, siguiéndonos paralelamente, un piquete explorador a órdenes del inteligente y activo oficial indígena Pichi-Huincá (*El Cristianito*). Los humos nos indican, pues, el campamento inmediato de Pichi-Huincá.

El servicio de campo fué aquí confiado al comandante don Benigno Cárcova y el de guardia al alférez Alvear.

La pequeña jornada de hoy, ha sido de dos y media leguas hasta Calquin-loo, y tres leguas más hasta este lugar que denominamos *La Tormenta*.

SALIDA DE LA TORMENTA.—21 de mayo.—Diana a las 6 a. m. Sigue la lluvia. Marchamos a las 8 a. m. hora en que ha cesado de llover, pero persiste el tiempo malo. A las 11 a. m. pasamos tocando a nuestra izquierda las antiguas tolde-rías de Catriel; hicimos allí alto una hora. Es un campo quebrado donde se encuentran grandes cortaderas.

Continuamos la marcha durante otras dos horas y fuimos a plantar carpas a la 1 p. m. en el lugar llamado *Abra de Catriel*, uno de los campos más espléndidos que hemos hallado en esta costa.

Se comprende el poder de movilidad e incremento que debe dar a una tribu de indios invasores el hecho de vivir con sus caballadas y ganados en campos como los que acabo de mencionar. El local de las tolde-rías de Catriel es una cañada que corre perpendicular al río, materialmente acolchonada del pasto llamado gramilla entreverado con manchas de alfalfa y trébol. Sirviendo como de sombra a esta cañada, corre en igual dirección al lado del oeste, una loma de ancha meseta cubierta de arbustos que representa un depósito de leña para mil familias durante otros tantos años. Lo que se llama "El abra de Catriel" es un ancho y explayado espacio que rodean lomas por el sur, y el río Colorado por el norte, donde pueden engor-dar muchos miles de vacas y fortalecer caballadas capaces de llevar invasiones a doscientas leguas.

Hoy el jefe de campo es el mayor don Ventura Yanzi y oficial de guardia el alférez Urtubey. Hemos andado 4 leguas.

SALIDA DEL ABRA DE CATRIEL.—22 de mayo.—Diana a las 6 a. m. Amaneció el día claro. A las 7.50 horas nos pusimos en marcha. El camino va faldeando, o subiendo y bajando lomadas. Todo el campo está interceptado de monte bajo y espinoso. Muchos algarrobos, chañares, jumes y garabatos, donde quedan flameando tiras de pantalones, ponchos y franjas, después que ha pasado la columna.

A las 10 a. m. pasamos sobre la sierra de Pichi-Mahuida (Sierrita). Las pequeñas crestas graníticas que más se alzan en este lugar y toman el expresado nombre, están sobre la banda norte del río; pero la sierra sólo se deprime un tanto para dejarle pasar y se levanta nuevamente en la banda sur, en cuya dirección parece que se prolonga a distancia aun no explorada. Esta sierra presenta un carácter esencialmente mineral. Filones de cuarzo blanco y amarilloso se cruzan en distintas direcciones; reventazones de aspecto ferruginoso. El piso todo sembrado de pedruscos de diferentes colores; guijarros graníticos y filosos que parecen fragmentos de un estallido reciente. En algunas de las estrechas quebradas que hemos pasado me ha parecido ver formaciones calcáreas.

No puedo decir más de esta sierra: no me he bajado una sola vez para recoger una piedra, aunque no dejé de tener tentación de hacerlo. Pero como viene una comisión de sabios, y entre ellos uno especialista en mineralogía, he creído justificada mi flojera para bajar del caballo. En cambio, leeré después con gran interés lo que estos señores escriban sobre Pichi-Mahuida.

Con respecto a la relación topográfica, tengo que decir que esta sierra recorre indudablemente una distancia longitudinal muy larga, por más que aun no haya podido señalarse en nuestras cartas de la Pampa que contienen muchas *suposiciones* menos importantes. Yo creo ver esta sierra prolongarse al norte en la dirección que van marcando muchas otras que ya son conocidas aisladamente y que parecen determinar la línea de su prolongación. Siguiendo al norte de Pichi-Mahuida se encuentra inmediata la sierra de *Lihuel-Calei*; más arriba y poco al oeste se halla otra pequeña sierra que también se llama Pichi-Mahui-

da; después más arriba, Limen-Mahuida. Después, a falta de sierras conocidas, se observa que de esta línea, cuyo extremo norte debe ser Cerro Varela y la sierra de la Punta de San Luis, no han podido pasar al oriente los ríos Desaguadero, Tunuyan, Diamante, Atuel, Chadi-Leuvu. Esta línea, que ataja las aguas de cinco ríos en un mismo meridiano y en una extensión de 150 leguas, no puede ser sino una cordillera continuada desde la sierra de San Luis hasta Pichi-Mahuida y quién sabe cuánto más al sur, del que tan poco se conoce. El primer río que se ve traspasar esta barrera, es el Colorado.

Según esta teoría que indico para la observación de otros exploradores que vengan después, podían hacerse deducciones muy favorables acerca de la calidad y porvenir de las tierras que atraviesa el meridiano 8 al oeste de Buenos Aires.

¡Cuántas novedades importantes se pueden esperar del reconocimiento completo y prolijo de todas estas regiones!

Hemos seguido marchando hasta las 3 y media p. m. sin salir del campo quebrado y montuoso; acampamos a dicha hora y se nombró jefe al teniente coronel don Apolinario de Ipola, teniendo la guardia el alférez Sobre Casas.

Se han andado 7 leguas.

SALIDA DE PICHÍ-MAHUIDA.—23 de mayo.—Diana a las 5 a. m. Tiempo excelente y mucho frío. Marchamos a las 6 y media. El terreno, sin dejar de ser bastante ondulado y montuoso, se siente más blando. En las partes en que hemos llevado a la vista el río, notamos que su lecho es siempre de piedra, su andar es torrencioso en algunos lugares, haciendo remansos en otros, y luego cayendo a dos y tres metros de desnivel en varias partes. Lucha sobre el lomo de cordillera que va atravesando. De algunos puntos del camino en que marchamos apartados, sin poder ver el río, se sienten ruidos de caídas de agua.

Se ha hablado alguna vez de la navegabilidad del río Colorado. Desde su desembocadura en el mar hasta Pichi-Mahuida creo que es posible y aun incuestionable. En todo ese espacio el río se ve manso, profundo y sin escollos. Pero de Pichi-

Mahuida arriba sería absolutamente imposible. Esta gran altura que viene cruzando y cayendo en repetidas cascadas, demuestra la eficacia con que se utilizarían sus aguas para el regadío de miles de leguas al sur y norte de su curso. El Colorado es un gran río; pero está en el caso de esas inmensas fortunas que deben distribuirse entre innumerables acreedores. Tiene agua para que naveguen bergantines; pero también tiene la misión de regar 8.000 leguas que constituirán en el porvenir el centro de la grandeza argentina. Al menos, así lo creo yo.

Un chasque que de la vanguardia llega trayendo una comunicación para el General. Es el parte del capitán Daza, el oficial que se destacó en Puan, según las instrucciones que quedan trascriptas, para venir por camino directo a tomar el paso Mullilin de este río cerca de Choique-Mahuida, y explorar, si fuese posible, el camino de Choele-Choel.

La manera como este digno oficial ha desempeñado su comisión y las novedades que ha tenido, se expresan en el mismo parte que aquí incluyo original.

Río Colorado, Paso de Mullilin, mayo 23 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de Guerra en campaña, general don Julio A. Roca.*

Tengo el honor de elevar a V. E. el itinerario seguido, reconocimientos y novedades ocurridas desde el 1.º del presente hasta la fecha.

El 15 llegué a este punto, no sin dejar de tener algunos contratiempos. La marcha la efectué, aguada por aguada, por la ruta que el señor ministro conoce, desde Puan a Hucal Grande. De allí seguí el camino que corre casi directamente al oeste 265°80', dirección a Reumecó Grande, que dista ocho leguas, a donde llegué después de 4 horas de viaje (a las 11 a. m. del día 6.) Toda esta jornada se hace por camino tranqueado, siguiendo un gran bajo y pasando intermediariamente la aguada conocida con el nombre de Hucal Chico (laguna, jagüel y pasto bueno).

Al momento de llegar mandé una descubierta, la que tomó dos indios que estaban en los sembrados de zapallos y melones, los cuales declararon que de allí, como 10 o 12 leguas al suroeste, en la aguada denominada *Cochea*, permanecían algunos indios con familias.

A cinco leguas de Reumecó, un poco al oeste del camino a *Quenehuin* y aproximándose a *Cochea*, existe la aguada *Tulufche*, adonde me puse en marcha el 7 a las 8 a. m. por camino hecho, y en la mitad del trayecto de estos dos puntos, noté la falta del cadete del Regimiento 1.º, Masson; mandé comisiones hacia los flancos y retaguardia hasta Reumecó, perrotando en ese punto y practicando la misma operación el día 8. No habiendo podido encontrarlo, presumo se haya vuelto a Puan.

En Tulufche acampé. Arreglé quince hombres en la madrugada del 8 y me puse en marcha a los toldos enunciados. Después de tres horas de viaje por monte y sin camino, sorprendí los indios a las 7 a. m. haciéndoles once muertos, un prisionero y veinte y dos de tribu, entre ellos cuatro cautivas; tomándoles a más algunas yeguas y caballos. Fué imposible, señor, evitar la muerte de los indios, porque hicieron armas. A las 4 p. m. del mismo me incorporé al resto de mi fuerza.

Tulufche es una aguada no de importancia; pequeña laguna y jagüel rodeado de montes; pasto no abundante.

Cochea no tiene importancia: campos de montes espesos, de aguada escasa, jagüeles, no mucho pasto.

El indio que nos sirvió de baqueano, así como las cautivas, declaraba, que en Curacó (1) cerca de este paso, habían más de cien indios invernando sus caballos para *malonear*, como también en Chadileuvu estaban reuniéndose los indios Ranqueles.

El 9 emprendí marcha por camino rumbo 105° sudeste a Quenehuin que dista 6 leguas; a la una p. m. acampé en dicha aguada. El 10 a las 6 a. m. partí para Cuchillacó, llegando a las 2 p. m. A la una a. m. del día 11 aprovechando la obscu-

(1) Curacó es afluente del Colorado: hace su derrame en él, cerca de este paso; corre SE. 130°.

ridad y espesura de los montes se dispararon tres de los reclutas, a pie, y llevándose sólo los revólveres.

Al aclarar mandé una comisión con un oficial, que siguió el rastro como 6 leguas en dirección a la travesía; mas perdiendo los rastros en los matorrales, regresó sin conseguir su captura—la cobardía los ha hecho a estos infelices, lanzarse a una segura muerte; perecerán tal vez de hambre o sed.

El 12 acorté la jornada que media entre ésta y el Colorado. El 13 a las 4 de la tarde llegué al paso Mullilin y encontré que el río estaba a nado.

El 14, en circunstancias que estaba haciendo pasar algunos nadadores de la otra ribera, dió aviso el vigia que por la costa y remontando el río se dirigía un grupo de jinetes en dirección a las caballadas: hice montar en pelo parte de la fuerza y mandé a los alféreces Acevedo y Ferreyra salir al encuentro de ellos, hasta tanto yo hacía montar el resto. Los jinetes eran indios malones como en número de 50, los cuales, cargados de firme, quisieron en el primer momento arrebatar nuestros caballos, pero en seguida se pusieron en completa fuga; perseguílos más de 5 leguas en dirección a Cuchillacó y Leucalel, haciéndoles varios heridos y dos muertos y quitándoles 50 caballos, entre ellos varios ensillados.

Señor ministro: Los oficiales mencionados, así como la tropa que comando, cumplieron su obligación con actividad y valor.

Desde el 15 al 22 seguí remontando el río, haciendo cortas jornadas para dar descanso a mi caballada que algo se postró por resultas de la lección dada a los salvajes; ocupándome también en buscar paso, como en hacer las investigaciones acerca del camino que debe ir a Choele-Choel por el otro lado del río.

Así seguí hasta inmediaciones de Choique-Mahuida (1). Pasos encontré varios, con una profundidad de 6 a 9 pies, pero diariamente y paulatinamente va disminuyendo el agua; quedarán buenos todos los pasos después de 10 a 15 días.

Camino a Choele-Choel no ha podido encontrar el ba-

(1) Choique-Mahuida está como a dos leguas al N. del río, es decir el cerrito más pronunciado.

queano; he hecho recorrer prolijamente desde el punto que toca el río el camino que viene de Cuchillacó hasta Choique-Mahuida (habrá diez leguas próximamente). Por ambas márgenes hay caminos que en anteriores tiempos han sido transitados con arreos; pero en partes el camino es muy escabroso y con montes al pasar Choique-Mahuida costeano el río. El indio prisionero baqueano dice que se incorpora al camino que viene de Leucalel, el cual dista 8 a 10 leguas al oeste de Choique-Mahuida; de ahí, corta al río Negro al punto llamado Manzanas, se llega en el día trotando bien, y sigue costeano el río Negro hasta los Andes.

No seguí más adelante por no pasar de los días que tengo designados y a más, porque Choique-Mahuida, con respecto a Choele-Choel, queda casi al norte verdadero  $182^\circ$  suroeste; de aquí a Manzanas  $217^\circ$  suroeste, dando una diferencia el ángulo de  $35^\circ$  aproximadamente, de conformidad con lo que dice el indio, que de Manzanas a Choele-Choel echan 1 y medio a 2 días siguiendo el curso del río marchando al paso y trote. De todos los rumbos y datos que me ha dado, me garante el indio prisionero ser verídicos. A más, agrega que es la parte en que más se acercan ambos ríos, y en toda la parte sureste, mejor dicho desde Choele-Choel hasta la costa, es el camino que saben transitar los indios chilenos.

El monte siempre es general hasta esta altura; pastos en partes muy buenos, costeano siempre el río.

Declara el indio que desde Choele-Choel hasta los Andes hay pedazos de campo de primera clase en pastos y que en pocas partes es pedregoso.

Dios guarde a V. E.

*José S. Daza.*

N. B.—Habiendo pasado el río a nado, sin tiempo para poner esto en limpio, me permito remitirlo a V. E. en borrador por salir en este momento el chasque.

Siguiendo nuestro camino nos aproximamos al río, a la vista de unos humos que se levantaron de su lado. Dejando el terreno quebrado a la izquierda, entramos al bajo valle, que

es extendido llano y lo atraviesan cañadas pastosas. A las 11 a. m. estábamos en el paso de Mullilin (1).

Hallamos allí al capitán Daza. Presenciamos el paso del río de las cautivas y prisioneros. Entre las primeras venía un muchacho de color blanco que hacía pocos días había sido arrebatado cerca de Patagones.

Al romper la marcha de las inmediaciones de Pichi-Mahuida hemos divisado al occidente un caprichoso recorte azulado que cierra el horizonte: son tres cerros bajos separados entre sí a muy corta distancia. El más alto es el del medio, de forma redondeada; teniendo a su derecha el más pequeño y retirado, se une al de su izquierda por suave declive y perfil ligeramente ondeado, cuyo contorno parece un largo pescuezo y cabeza de pájaro. El todo sugiere la idea de un gigantesco avestruz echado en el campo, en la posición en que estos animales acostumbra quedarse cuando descansan después de una larga carrera. No llevábamos en ese punto baqueano que nos diese el nombre de aquella sierra; pero al instante dijimos: ¡allí está Choique-Mahuida! (*sierra del avestruz*).

Llevábamos en la mente un interesante problema a resolver con la llegada a Choique-Mahuida. En este punto debíamos determinar la nueva dirección de nuestra marcha apartándonos del río Colorado para buscar el Negro por el camino más corto. El camino más corto era la incógnita. Sabíamos que de Choique-Mahuida era forzoso tomar el camino del sur y sabíamos también que al hacer esto entrábamos en una verdadera travesía, sin más posibilidad de hallar agua que a la llegada al río Negro. No teníamos baqueano que conociese esta cruzada. Además considerábamos equívocos los datos transmitidos a Daza por el indio prisionero; porque el punto de nombre Manzanas, cuya situación conocemos en el río Negro, se halla a una distancia espantosa de Choique-Mahuida y de Choele-Choel: no podíamos aceptar camino que llevase semejante rumbo. Preguntados otros indios, dijeron que no conocían por aquí ningún camino en dirección a Choele-Choel;

(1) De Amu yulun (voy a nadar). Llamen así los indios a los pasos donde nadan los caballos: lo que nosotros llamamos a bola pie.

*Importancia de indios baqueanos*

sólo tenían noticias de que la atravesada de Choique-Mahuida al río Negro podía hacerse en tres o cuatro días al galope.

¿Qué esperanza nos quedaba de llegar a Choel-Choel?

Tres días al galope, debían traducirse para nosotros en seis al paso que podíamos sostener. Pero, seis días de marcha sobre un terreno como el que nos han pintado —arenales y médanos sin una gota de agua, sin una brizna de vegetación— era una jornada algo superior al sufrimiento probable de nuestros caballos. ¡Se necesitaban camellos!

Del piquete de vanguardia que desde ayer se halla acampado en Choique-Mahuida nos llega un chasque diciendo que no se ha podido encontrar ningún camino que se aparte al sur.

Entretanto, en medio de todas estas dudas y ansiedades traía yo en mi bolsillo y podía consultar a discreción una guía clara y exactísima para llegar a Choel-Choel:—un plano en escala mayor, de la parte alta del Colorado, comprendiendo a Choel-Choel; merecía entera confianza porque era levantado por Chiclana, el ingeniero que acompañó la expedición de Rosas el año 33; pero un inconveniente había para consultar con éxito este documento; en la copia habían olvidado la proyección, los nombres y la escala, y sólo se tenía el dibujo topográfico y una línea que indicaba el Norte verdadero. Se necesitaba, pues, encontrar un punto de terreno, alguna relación de accidentes topográficos que nos permitiera coincidir con nuestro plano y fijar la indispensable clave para usarlo. Esto se consiguió inmediatamente de divisar los tres cerritos de Choique-Mahuida cuya situación en el plano conocí al momento. Fácilmente descubrí en seguida todas las demás relaciones entre la carta y el terreno, y la gran exactitud de dirección y distancia con que estaban marcados en ella, y en consecuencia lo manifesté al General. Me hallaba completamente orientado y cierto acerca del itinerario que teníamos que seguir hasta Choique-Mahuida y de ahí a Choel-Choel. Según el referido plano, la distancia entre estos dos puntos sólo era de 14 leguas: jornada de un día.

A las 2.45 p. m. llegamos a Choique-Mahuida. Es un lugar que no podría confundirse con ningún otro en toda la

costa del río Colorado. La sierra así llamada viene del norte y parece que hace puente sobre el río; mas al acercarse a su extremo sur se ve que el río la ha venido faldeando desde muy lejos por el occidente y aquí la despunta y vuelve rápidamente otra vez al norte, formando un codo agudo donde sus aguas torrenciosas remolinan rechazadas por la alta barranca de lomas transversales que cierran por el sur el hermoso valle, en el cual hicimos nuestro campamento.

Se denominó este punto, Codo de Chiclana, rindiendo honor y justo homenaje al ilustrado ingeniero de este nombre, cuyos levantamientos científicos en esta región hemos tenido ocasión de utilizar, constatando su exactitud.

El Codo de Chiclana según las observaciones que practicó el ingeniero Ebelot se halla a las 38°47' de latitud, y 7°52' de longitud oeste de Buenos Aires.

Se ha recibido aquí de servicio de campo el sargento mayor don Palemón González y de la guardia el subteniente don Carlos La Fuente.

Siete leguas se calculan andadas hasta aquí desde el último campamento. En este intermedio se marcan dos puntos notables del río Colorado: el paso del general Pacheco en la expedición ya nombrada del año 33, y la confluencia de Cura-Có, desagüe de Urre-Lauquen en el Colorado. Ambos puntos se encuentran próximamente a 3 o 4 leguas de aquí, río abajo.

El Cura-Có no ha presentado a nuestra vista sino la apariencia de un arroyo, y en verdad no se comprende como tan miserable caudal puede ser desagüe de aquel lago que recibe un gran río: el Chadi-Leuvú. Quedará para exploraciones posteriores el averiguar el rumbo que toman subterráneamente estas aguas; porque no es posible que se disminuyan así, sólo por evaporación.

Según este antecedente se comprenderá cuán importante papel tendrán que hacer en la región de Urre-Lauquen dentro de algunos años, las obras de drenaje, de que antes he hablado, refiriéndome al lago Carhué. Urre-Lauquen es también como aquél, un lago que mata ríos; que recibe una gran cantidad de agua dulce para devolver un poco de salmuera, inutilizando

con la infiltración del resto una considerable extensión de campos que un día será necesario librar de esas aguas descompuestas, habilitándolos así para la agricultura.

Cinco o seis leguas de canal directo entre el Chadi-Leuvu y el Colorado disecarán ese gran lago inútil y deletéreo que amenaza llenar la Pampa de salitres.

SALIDA DE CHOIQUE-MAHUIDA.—24 de mayo.—A las 5.15 a. m. se tocó diana. El día amaneció claro. Dejando un fuerte destacamento para atender a las comunicaciones y servicios que vengan por las costas del Colorado o por la vía norte, procedentes del interior de la Pampa, y después de los preparativos convenientes para emprender la cruzada de la travesía, rompimos la marcha a las 7 y media separándonos del hermoso río, cuyas riberas hemos recorrido durante once días y de cuyas ricas y saludables aguas tenemos buen cuidado de no apartarnos sin llenar la caramañola para recuerdo.

Marchamos ahora al sur, pasando luego algunas lomas blancas de poca vegetación, rodeando otras y saliendo en seguida al campo llano en que se pronuncia la dirección definitiva hacia Choele-Choel, que es sur con muy poca inclinación al oeste.

El campo que se presenta en toda la extensión que alcanza la vista es muy distinto del que han pintado nuestros maestros de geografía de la Pampa. Pisamos un terreno firme cubierto de pequeños arbustos, algunos verdes, y en general leñosos; una que otra mata de pasto venida espontáneamente con las lluvias, y en lo más lejano de los horizontes, por el oriente y por el occidente, se divisa el tinte oscuro que indica la vegetación viva y sostenida. Nada de *colorado*, que es el tono perspectífico de los arenales y de los terrenos áridos.

Indudable es que no hay aguadas permanentes en esta región tan desacreditada; pero parece también indudable que lluvias muy frecuentes, de todo tiempo, propias de esta latitud, deben suplir aquella falta. De todos modos, esta es una tierra viva y que promete nutrición a cualquier cultivo: no es el cadáver que nos han descripto como una especie de desierto arábico.

Andábamos a marcha muy tendida y avanzábamos lo menos dos leguas por hora. A las 10 a. m. hicimos un alto, dando a las caballadas tres cuartos de hora de *resuello*. Había un poco de pasto y algunos lo aprovecharon. Cerca de las 11 se continuó el movimiento.

Desde que pasamos las lomas inmediatas al Codo de Chiclana, hemos entrado a un camino que presenta señales de tanto y tan continuo tráfico que las sendas que lo forman abarcan a lo menos una extensión de 20 cuadras; el piso todo labrado de rastros de animales vacunos y caballares, sembrado de huesos y carroñas y con repetidos indicios de campamentos o paradas de indios.

Es muy de notarse también en esta travesía el aspecto aluvional que presenta el suelo. Desde una hora antes del primer descanso principiamos a pisar piedra chica notoriamente acarreada por las aguas. A medida que se avanza, esta piedra aumenta en cantidad y llama la atención por sus variados y acentuados colores, por su redondeamiento y por su bruñido que brilla al sol. Se ve a cada paso oficiales y soldados bajarse del caballo y recoger piedras. Domina en ellas el color rojo y ocre. Muchas hay negras retintas y brillantes que se toman por pedazos de carbón mineral. Examinadas indistintamente, se encuentra el más puro granito, feldespatos, pedernales, cuarzo blanco y amarilloso.

Este sembrado de piedras abarca una extensión de 8 a 10 leguas de norte a sur y se comprende que la región que lo contiene ha sido teatro de inmensas y extendidas avenidas de agua, cuya procedencia debe haber sido el mismo río Colorado en su parte más alta, saliéndose de madre y rozando torrencialmente las sierras al este de Auca-Mahuida. Y, ¿quién sabe si ese desbordamiento ha tenido lugar aquí muy inmediato, en el Codo de Chiclana? En este último caso también puede suceder que las avenidas sean de época reciente y aún que tengan lugar todavía; porque es fácil suponer que en las grandes crecientes las aguas rompan al sur en aquel punto, antes de hacer la violenta vuelta que he descripto. De todos modos, la capa de agua que ha recorrido o recorra todavía este campo por don-

de marchamos sería tan delgada y mansa como un simple riogo, pues no hay el menor indicio moderno que revele otra cosa.

A la mitad de la distancia entre Choique-Mahuida y Choele-Choel se encuentra, al lado derecho del camino, el lecho de una laguna que se ve desde muy lejos. Tendrá próximamente una legua de circunferencia. Hoy está seca.

A las 2 p. m. un chasque del comandante Fotheringham que nos había precedido siempre en su servicio de vanguardia, nos da la noticia de que ya se ha divisado el río Negro.

A las 4 y media, los que marchábamos con el Cuartel General somos sorprendidos y detenidos involuntariamente delante de un espectáculo inmenso, espléndido.

Acabábamos de llegar al borde de una barranca y a nuestros pies se precipitaba un declive rápido, casi a pique, descendiendo a cien metros de profundidad en la que se extendía el más grandioso y nuevo panorama que ha podido deleitar la vista de un viajero.

—¡El río Negro!

Fué la exclamación instintiva de todos los que llegamos a aquel punto, antes de preguntar por el nombre de tan hermoso como impensado espectáculo. Tiramos la rienda sin pensar y nos quedamos contemplando un rato.

Es aquella una visión tan nueva, tan arrobadora y que se presenta tan de improviso que realmente ataja como si fuera un lienzo pintado que se levanta al frente del camino.

El primer plano del paisaje principia a cien pies de profundidad. Tiene, pues, por esto, algo del encanto del abismo.

Es el valle del Río Negro que se presenta propiamente a vista de pájaro. Nuestras visuales lo abarcan claramente hasta las barrancas del sur que se hallan a 6 leguas de distancia y en una extensión horizontal que no bajará de quince. Imagínese todo este gran espacio cubierto uniformemente de verde, sin una sola mancha de suelo limpio. En el primer término un arroyo que cruza entre lomadas bajas haciendo brillar de trecho en trecho el espejo de sus aguas; en el segundo término multitud de líneas pareadas de verde denso que representan cuá-

druples filas de sauces, resaltando delante o detrás de ellos una faja plateada que hace caprichosas vueltas y rodeos, que se pierde detrás de las arboledas, que reaparece y se divide tomándolas en medio y se va desvaneciendo en forma de lagos sucesivos a los dos extremos laterales del horizonte. El último plano de este majestuoso panorama son las barrancas australes que se levantan como una cordillera, resaltando sus colores cálidos entre los últimos tintes verdes del paisaje y el azul del cielo.

Por un camino que hace repetidos ángulos para facilitar el descenso violento de la barranca bajamos al valle en una larga y sola fila. Todo este descenso está lleno de matorrales y el suelo en los declives inferiores aparece surcado como si allí hubiera habido caída de agua en tiempos no remotos. Apenas se ha concluido el declive se concluyen también los matorrales y se entra a pisar puro trébol en campo despejado y llano. Pasamos un arroyo de muy poca agua pero que ocupa una extensa depresión de terreno. Se dice que este arroyo o más bien dicho esta depresión es un desahogo del río Negro que sale dos leguas arriba de la punta oeste de la isla de Choele-Choel y vuelve a entrar frente al centro de dicha isla que por sí sola tiene nueve de largo. Este espacio entre el arroyo y el río es lo que se ha llamado isla Pacheco. Atravesamos, pues, esta isla que desde el paso mencionado hasta el primer brazo que rodea Choele-Choel tiene cerca de legua y media de ancho, y llegamos, ya caído el sol, a la orilla del gran río.

Acampamos a lo largo de la ribera delante de un espeso y extenso bosque de cauces que muy pronto se vió poblado de soldados que hacían leña y cortaban maderas a discreción para preparar sus tiendas.

En la noche una larga hilera de fogones clareaba la ribera del majestuoso río Negro. Las quietas y profundas aguas reflejaban las numerosas listas de luz que pasaban entre los troncos de los sauces. Todos los fogones, rodeados de caras iluminadas y alegres, despedían luz y felicitaciones en el campamento.

Había contento general; satisfacción patriótica; tanto más

pura cuanto que no entraba en ella la satisfacción de los estómagos. Ya hacía algunos días que comíamos carne de yegua...

Después de una larga marcha, estas caras alegres al rededor de los fogones, no habiendo en ellos buenos asados de carne vacuna, podían traducirse efectivamente por alegría desinteresada y de puro patriotismo.

Vino a cambiar un tanto la situación a este respecto el incidente que paso a referir.

Alguien gritó de repente:

—¡Hay gente en la isla!

A esta voz salimos todos por un claro del monte hasta la orilla del agua.

La noche estaba obscura. La vista sólo distinguía la superficie tranquila y silenciosa del río que allí tendrá unos trescientos metros de ancho, y se detenía en una masa negra alta como de diez metros que se deprime al oeste y entra en el agua como una gigantesca proa. Allá en un extremo a la derecha se divisó un fuego y se oyó murmullo de voces a pesar de la gran distancia.

Es muy sabido que la tersa superficie del agua es un excelente conductor del sonido.

Sin esforzar mucho la voz llamamos y conversamos con los de la isla. Era el comandante Guerrico quien estaba ahí con algunos marineros. Ellos por su parte supieron que de este lado estaba el general Roca con la primera División del Ejército Expedicionario. Las palabras se deslizaban claras y completas por el agua como un teléfono.

Por último la voz de la isla nos preguntó si teníamos carne fresca; a lo que varias voces de este lado contestaron al unísono: "¡de yegua!"

Un momento después sentimos echar un bote al agua; luego el acompasado golpe de los remos, y media hora después el comandante Guerrico estaba en nuestro fogón, contando las peripecias de su viaje desde Patagones a Choele-Choel.

Se supone que aquella conversación fué muy agradable y amena. Pero lo más interesante del cuento es que en el bote

vino también una media res de buey, de la que al instante se hizo un reparto minucioso por orden del General.

Entonces la alegría de los fogones tuvo nuevo impulso y le himno del contento general subió al cielo con el humo de los *churrascos* bovinos, el que, puedo asegurar, es más fragante que la mirra y que la pastilla de Lima, comparado con las emanaciones de la carne caballar.

CHOELE-CHOEL.—25 de mayo de 1879.—La diana a las 6 a. m. precedió al solemne saludo militar rendido al sol naciente de este día que marca la más gloriosa efemérides de los argentinos.

Las salvas y las melodías agitando hoy el espacio en la orilla de río Negro han sido más que una conmemoración, la continuidad o repercusión de los himnos del gran día de 1810.

Este día de Choele-Choel es digno día siguiente de aquel; porque inaugurar el dominio de la civilización aquí donde la barbarie ha reinado tres siglos, es lo que verdaderamente puede llamarse "continuación de la tarea principiada el 25 de Mayo de 1810". Fuimos entonces libres e independientes; damos ahora el paso más trascendental de nuestra soberanía adquirida.

Transcribo el parte telegráfico que el general Roca dirige hoy al Gobierno.

Ministro de Guerra en campaña.

(Telegrama.)

Excmo. señor ministro de Guerra interino.

Buenos Aires.

Participo a V. E. que desde ayer a las 4.30 p. m. estoy en este punto con una parte de la división a mis órdenes inmediatas, la que ha saludado con entusiasmo esta mañana el gran día de la Patria.

Desde Carhué hasta aquí hemos recorrido una distancia de ciento treinta y nueve leguas, pernctando siempre sobre cam-

pos de buen pasto y agua, sin experimentar tropiezo y sin más pérdida que la de un insignificante número de caballos rezagados que creo no pasa de cincuenta. Nuestra única travesía sin agua ha sido en estas catorce leguas que median entre estos dos grandes ríos: de Choique-Mahuida a Choele-Choel; con sólo el descanso de quince días y buen pasto que aquí tendrán las caballadas, estarán éstas en aptitud de prestar nuevos servicios como el día que se rompió la marcha.

Varias partidas que he destacado en diferentes puntos elegidos del camino que hemos hecho por el desierto, aseguran las comunicaciones por tierra hasta este campamento, y tienen orden de explorar y batir sus alrededores respectivos. Una de estas partidas que desprendí de Puan a órdenes del capitán Daza con instrucciones convenientes para incorporarse en el paso Mullilin del Colorado, ha batido dos grupos de indios, uno de los cuales se preparaba para dar malón, muerto diez y ocho de lanza y tomado prisioneros veinte de chusma, entre ellos cuatro cautivas. Un resultado equivalente espero de la que desprendí del Fuerte Argentino a órdenes del capitán Vidal para recorrer lugares intermedios entre aquella y la región que domina la 2.ª División.

A más del encargo de batir y explorar los campos designados en las bandas norte y sur del Colorado, estas partidas deben facilitar el contacto con las divisiones de Levalle, Racado y Lagos, que operan en la Pampa y transmitir hasta este Cuartel General las comunicaciones que aquellos dirijan. Con este doble objeto he dispuesto quede en Choique-Mahuida una fuerza de setenta hombres al mando del mayor Lucero, que tendrá en este punto preciso para las relaciones de servicio de este Cuartel General y con las otras divisiones, una guardia permanente para garantizar su seguridad y transmitir comunicaciones que vengan del interior de la Pampa o por la costa del río Colorado, mientras que con el resto hará exploraciones de Choique-Mahuida arriba de dicho río y hacia Lihuel-Calel a donde deben aproximarse las partidas de la 2.ª División.

Organizado como está este servicio, en combinación con las instrucciones que se ha impartido a todos los jefes que operan

en la totalidad de los puntos de posible refugio de los salvajes en la Pampa y en las faldas de los Andes, se mantiene una especie de policía que, a la vez que nos asegura el dominio y mejor conocimiento de los campos, hace imposible todo movimiento organizado de parte de aquellos, que sorprendidos y exterminados en todos lados, andan fugitivos en pequeñas partidas, sin otro propósito ya, según declaración de los últimos prisioneros, que el de prepararse al abandono definitivo de sus toldos al norte del río Negro. A más de estos resultados que se refieren a la seguridad del Desierto ocupado, se han obtenido importantes conocimientos para corregir como se verá, de una manera radical, la geografía de estos grandes territorios que espero serán pronto, en toda su extensión, del dominio tranquilo de la industria y la población, rindiendo beneficios que no se han esperado.

Con las medidas que adopto desde este lugar explorando la parte del oeste, se busca el contacto con la 4.ª División.

He dirigido una intimación al cacique Reuque Curá por haber abrigado a Namuncurá, que parece buscar connivencia entre las lanzas de su pariente para mantenerse en hostilidades. Si aquel cacique no procede inmediatamente a responder como es debido, será tratado como los otros rebeldes, a cuyo efecto tomo las precauciones convenientes.

En este punto he encontrado al comandante Guerrico que se ha adelantado en un bote, por no haber podido pasar con el vapor que debía remontar el río, a causa de habérselo estorbado un corto espacio de poco fondo que por el momento es inaccesible. Esta dificultad que ha encontrado como a unas cuarenta leguas de este punto es excepcional en el río Negro, que, según los estudios que hasta aquí ha repetido el comandante Guerrico, tiene en todas partes fondos suficientes para navegar buques de gran calado, a pesar de la excesiva bajante en que hoy se encuentra. Este escollo que ocupa muy corta extensión puede y debe removerse pronto y procuraré hacerlo, aunque cuento con la subida del vapor indicado que sólo espera un poco de creciente. Este majestuoso río quedará plenamente habilitado para la navegación interior y exterior desde el Atlán-

X  
y2 ent  
e p.  
192

tico hasta la proximidad de los Andes, siendo como se patentiza a la simple vista, una poderosa arteria de comunicaciones y comercio que traerá un rápido progreso a los fértiles y ricos territorios que recorra.

Pronto espero el parte de las divisiones escalonadas desde los Andes hasta la frontera de Buenos Aires y el de las demás partidas volantes a que he hecho referencia, y relacionaré a V. E. detalladamente el resultado de las operaciones que he combinado, entrando a organizar el servicio permanente que debe garantizar la tranquilidad de estas hermosas regiones que prometen ser en el porvenir el asiento de poblaciones florecientes.

Saluda a V. E.

JULIO A. ROCA.

Campamento en Choele-Choel, mayo 25 de 1879.

Nos hallamos, pues, instalados en el campamento general definitivo del río Negro, un verdadero paraíso terrenal para la gente y banquete espléndido para las caballadas.

Así queda coronada esta hermosa expedición que completa el más grande y definitivo triunfo que la República Argentina podía esperar, en obsequio de la seguridad interior, porque queda ésta garantizada en toda la extensión de territorio que hasta aquí dominamos; en obsequio de su geografía y topografía desconocidas, porque estas columnas han recorrido el desierto, fijando con inteligencia sus posiciones y distancias y han sorprendido los misterios hasta aquí mantenidos con la sagacidad del indio, dando por resultado una corrección radical en nuestros mapas de la Pampa.

Ha ganado la ciencia en las adquisiciones importantes hechas por la comisión de sabios que nos han acompañado. Ha abierto nuevos horizontes al comercio y a la población presentándoles territorios dotados de todas las propiedades productoras, sacándolos de las mixtificaciones de la ignorancia que los presentaba como yermos inútiles y aun repulsores de toda industria y de toda acción del hombre civilizado.

Ha encontrado la vialidad más práctica y completa donde

se creía que estaba irremediablemente cerrado el paso a todo vehículo que no fuera el incansable *bagual* del salvaje; ha trazado, a no dudarlo, con la línea del majestuoso río Negro el camino fácil y casi expedito de la futura comunicación interoceánica que debe atraer quizás en época no lejana una gran parte del tráfico del estrecho de Magallanes.

Este magnífico río, hoy, en una de las épocas de su mayor bajante, es tan caudaloso y profundo que parece un brazo del Paraná: tan tranquilo y callado por causa de su profundidad, que apenas se advierte su corriente, en los días serenos parece siempre un lago.

A no ser la parte explayada donde se ha detenido el vapor "Triunfo", buque de doble calado, estaría ya navegado todo el río sin tocar ningún otro inconveniente, según lo ha verificado el comandante Guerrico.

Aquel obstáculo, que se halla a unas noventa leguas de la embocadura del río y cuarenta de aquí, consiste en estar dividido el río en cinco brazos muy anchos, donde las aguas no pueden alcanzar la profundidad requerida para que pase un buque; siendo de notar asimismo que la falta de fondo en aquel estuario, donde han pasado ya buques mayores que el "Triunfo", es por causa de la bajante singular que esta vez ha sufrido el río.

Los que han examinado con inteligencia aquel mal paso, creen que lejos de ser una obra de romanos habilitarlo para la navegación permanente, es un trabajo sencillo de allegar piedra y tierra, que cien hombres desempeñarían en ocho o diez días.

El General tiene la resolución de hacer ese trabajo, que debe habilitar la navegación para todo tiempo.

Los informes que se tienen del Limay, que nace del gran lago Nahuel-Huapí, internado en la misma cordillera de los Andes, hacen suponer que muy pronto todos los buques de poco calado que entran en el río Negro irán hasta un paso de la provincia chilena de Llanquihue y sólo los separarán veintidós leguas de tierra del Océano Pacífico, por el golfo de Reloncavi.

La comunicación de mar a mar será, pues, un problema de muy fácil solución para la población que venga al río Ne-

gro y muy principalmente para el comercio exterior que le seguirá muy de cerca y tal vez que le preceda.

Mañana marchamos al Neuquén, donde probablemente tendremos parlamento de indios, y después es casi seguro que bajemos por agua hasta Patagones.

Mayo 26.—Se tocó diana a las 6. a. m. Cielo claro. Gozamos de un tiempo seco y frío.

La ribera de este río es deliciosa. Ambas orillas están cubiertas de sauces mucho más altos y tupidos que los del Colorado. El agua es clarísima y trasluce el fondo de arena, de manera que las sombras que proyectan los árboles y la transparencia de este fondo obscuro explican el nombre aplicado por los indios: *Curi-Leuwú*, río Negro.

Cree el mismo doctor Martini que, acercándose a Patagones, esta aguada pierde la expresada propiedad química, habiéndose agregado en su largo trayecto una cantidad de sales que provienen de las numerosas afluencias que recibe, y a más, contiene sustancias orgánicas en descomposición, de las orillas habitadas. Agrega el expresado doctor, que, no por eso deja de ser saludable y de fácil digestión, y por mucha cantidad que se tome, no produce esa sensación de laxitud y peso de las aguas estancadas, debido indudablemente al mucho aire que contiene y que absorbe en los accidentes del sinnúmero de vueltas que da este majestuoso río.

Hemos cruzado a la banda sur en un bote con el general Roca, para visitar la isla de Choele-Choel.

Forman esta isla los dos brazos principales en que aquí está dividido el río Negro: el del norte, cuya ribera izquierda ocupa nuestro campamento, tendrá unos trescientos metros de ancho y doscientos el del sur, ambos encajonados y profundos con una hondura de 12 a 16 pies. Este río tiene el aspecto de un lago; casi no se percibe la corriente del agua que conserva siempre la superficie tersa y unida. Parece una gran masa de cristal que corre sobre ruedas: es imponente por la inmensidad y por el silencio de su pasaje.

La isla de Choele-Choel tendrá de superficie unas 15 leguas cuadradas, nueve en todo su largo de este a oeste y tres en

su mayor anchura. El terreno que la forma es alto, y creo que en su mayor parte está en superioridad de nivel sobre los campos de las dos extremas riberas del río, a todo lo que alcanza nuestra vista dentro del valle. Todos sus contornos están bordeados de sauces y en su parte interior se divisan asimismo extensas y tupidas arboledas.

Nos hemos internado muchas cuadras, andando a pie, atraídos siempre por los paisajes nuevos que se iban presentando sucesivamente a nuestra vista, y caminando con dificultad sobre el grueso colchón de pasto que cubría completamente el suelo. En algunas partes marchábamos sobre camas de trébol seco y tendido, que no tenían menos de dos cuartas de espesor, debajo de las cuales se descubre el trébol verde que parece nave y crece con mayor fuerza, defendido así contra las heladas, manteniéndose una actividad tal de nutrición en aquella tierra invisible, que se explica por la imposibilidad de que el viento ni el sol lleguen a arrebatarle un átomo de sus elementos fecundantes. En otras partes atravesábamos pastizales que nos llegaban a la cabeza, y caminábamos largos espacios abriendo brecha, como entre paredes.

No puede imaginarse una vegetación más exuberante, una tierra más rica.

El Gobierno no debe enajenar esta isla. Como depósito de vacas y caballadas para surtir al Ejército del Río Negro, sería una despensa inagotable de carne gorda y de caballadas capaces de hacer desaparecer toda idea de distancia en cualquier dirección que se necesitase expedicionar, a partir de este punto.

Mayo 27.—Diana a las 6 a. m. Tiempo hermoso. Ninguna novedad.

En la orilla del río se encuentran en abundancia unos moluscos que hemos comenzado a aprovechar los que no podemos pasar la carne de yegua. Tienen la misma forma y tamaño de las ostras, y aunque el sabor es algo más ordinario, los comíamos crudos y cocidos con muy buen apetito. Pronto los asistentes se hicieron muy baqueanos para descubrirlos y sacarlos. En todo el largo de la playa y sobre la arena más fina, donde el agua del río lame continuamente, se ven unas líneas

entrantes como rastros de víbora; siguiendo esas líneas hasta un pie o dos dentro del agua, se halla el marisco en su término, ligeramente enterrado en la arena. En un rato los soldados sacaban tres o cuatro docenas. Esta comida es algo insípida, pero muy sana y succulenta, según lo afirman algunos de sus habituados. Por mi parte, encontraba deliciosos estos moluscos, comparados con la carne caballar.

Es preciso conocer hasta qué punto se hace repugnante y odiosa la carne de caballo, para quien no consigue acomodarse a comerla, viviendo en un campamento donde todos o la mayor parte la comen. Hasta el humo de los fogones donde se asa es insoportable. El olor particular que despide contamina todo el campo. Mortifica aún, ver la impasibilidad con que los soldados la saborean. El mate, el café, hechos en el fogón donde hay un asado de yegua, viene con el mismo olor y gusto. Después hay el sufrimiento moral de presenciar la carnea de esos animales que no está uno acostumbrado a ver matar y por ser tan inmediatos compañeros del hombre, se los contempla casi como a prójimos.

He observado que los señores de la comisión científica paladeaban con delicia sendas tajadas de yegua. Esos señores proveedores han conseguido que hasta aquí la ciencia hieda a potro.

Creo haberme podido explicar satisfactoriamente el nombre dado por los indios a la célebre isla que tenemos al frente, y con este motivo haré conocer una circunstancia que invita a reflexionar respecto del nivel extraordinario a que tal vez en tiempos remotos han alcanzado las aguas de este río.

Se nota en la mayor parte de los altos sauces de la ribera, así como en los que rodean la isla, grandes aglomeraciones de cortezas de árboles y yerbas acuáticas, enredadas a cuatro y cinco metros de altura, mostrando patentemente la resaca de las aguas de avenida. Estas aglomeraciones de que cuelgan largas cortezas, ramas y yerbas secas, parecen espantajos y dan un aspecto extraño a los árboles que las conservan. Ahora bien: el nombre *Choele-Choel*, no puede ser sino corrupción india

de *Cholov Chel* que significa precisamente *espantajos de cáscaras de árbol*.

He aquí explicado el asunto.

Sólo me queda la duda de si las avenidas que han llevado el nivel de las aguas a tan considerable altura, pertenecen a épocas geológicas o podrán tener lugar todavía.

Abisma considerar la inmensidad de este río en la época de tales crecientes.

Se comprende que abarcaría a lo menos cinco leguas de ancho con una profundidad de 15 brazas en los canales principales. El Paraná y Uruguay serían en su comparación caudales de tercero y cuarto orden.

Espero que semejantes avenidas no se repetirán, y si sobrevienen, deseo francamente nos hallen sobre la barranca que he descrito al entrar a este gran valle. De lo contrario es seguro que si no llegamos al mar para banquete de los tiburones, quedaríamos enredados en los árboles de la isla, para aumento de los espantajos que justifican su nombre.

Mayo 28.—Se tocó diana a las 6 a. m. Tiempo claro. Batiéronse las carpas y marchamos a las 6.30 con el objeto de mudar de campo. Después de andar media hora río arriba, acampamos en un hermoso displayado cerca del río, con abundante y buen pasto para la caballada.

Calculada la situación geográfica de este lugar por el ingeniero Ebelot, dió 38°52 de latitud y 8°15 de longitud al oeste de Buenos Aires.

Mayo 29.—Diana a las 6 a. m. Buen tiempo. Continuamos acampados en el mismo sitio.

Hoy se ha despachado un chasque a Choique-Mahuida con la siguiente nota para el jefe de la fuerza allí estacionada.

Campamento en Choele-Choel, mayo 29 de 1879.

*Al sargento mayor don Diego Lucero.*

En contestación a la nota de usted fecha de ayer, recibo orden de S. E. el señor ministro de Guerra en campaña, para decirle que ha dispuesto se le remitan raciones para treinta

días, y que inmediatamente de recibidas proceda usted a practicar un reconocimiento en el Colorado arriba, por la ribera norte hasta unas treinta leguas o más, procurando encontrar comunicaciones con las partidas o comisiones desprendidas de la 3.ª División de operaciones a órdenes del coronel Racodo, procedentes de la parte norte o de cualesquiera de las otras divisiones que, procedentes de ese lado o del oeste, puedan encontrarse en el campo de su exploración.

S. E. recomienda a usted llevar un diario prolijo de todas sus marchas y de los conocimientos que adquiera del terreno que recorra, así como de las distancias caminadas y que se relacionen con otros puntos próximos, según los mejores datos que obtenga; de todo lo cual dará cuenta en el acto de su regreso, dirigiéndose a este Cuartel General por el conducto del señor jefe de Estado Mayor, coronel don Conrado Villegas.

Dios guarde a usted.

*M. J. Olascoaga.*

*Mayo 30.*—Diana a las 5 a. m. Tiempo muy frío y seco. El General dispuso continuar la marcha río arriba, lo que se efectuó a las 10.45 a. m. Recorrimos campos siempre pastosos, en que domina especialmente el trébol. A las 11.30 hemos hecho una corta parada, siguiendo después el movimiento hasta la 1 p. m., hora en que hicimos alto en un sitio abrigado y pintoresco frente a la punta extrema oeste de Choele-Choel.

Hemos parado las tiendas del Cuartel General a pocos pasos de una barranca de dos metros a pique, al pie de la cual llega el río, entre un magnífico bosque de sauces y un pequeño arroyo con prados verdes, sombreados deliciosamente por el ramaje de las arboledas que lo cercan y ocupado por una bandada de cisnes de un blanco purísimo que se deslizaban suave y gravemente como una procesión de vestales.

La vista del río es aquí espléndida. He medido su anchura por medio de la intersección de dos líneas en un punto de la ribera opuesta, y me ha dado 426 metros.

Varios oficiales y soldados que se han dedicado aquí a la pesca, han obtenido resultados brillantes. Hemos comido grandes y ricas truchas.

Se encargó el servicio de campo al comandante Cárcova y la guardia al alférez Sobre Casas.

*Mayo 31.*—Diana a las 6 y media a. m. Tiempo claro, pero con fuerte viento del noroeste. Sin novedad.

*Junio 1.*—Diana a las 6 a. m. Tiempo nublado. Sigue muy fuerte el viento del oeste. El General dispone marchar al oeste, sólo con su estado mayor, hasta la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. La División quedará acampada en este lugar y únicamente nos acompañará una escolta de cien hombres y la banda del Batallón 6 de línea.

Se ha recibido del campo el comandante Leyría con el alférez don Carlos Alvear.

Se recibieron aquí comunicaciones del Neuquén, cuyo tenor expresa la siguiente transmisión por telégrafo.

Choele-Choel, junio 1 (1) de 1879.

(Telegrama.)

*Señor ministro de Guerra interino.*

Oficial: En los momentos de montar a caballo para marchar al Neuquén, recibo el parte del comandante Uriburu, que ordena sea transmitido íntegro por telégrafo, para su más pronto conocimiento.

*Al Excmo. señor ministro de la Guerra, general en jefe del Ejército Expedicionario, general don Julio A. Roca.*

La 4.ª División Expedicionaria llegó a las juntas del Curileuvú con el Neuquén el día 5 de mayo, habiendo su vanguardia, compuesta de una compañía de infantería del Nueva Creación, una del regimiento 7.ª y la 2.ª de voluntarios, el todo al mando del mayor don Saturnino Torres, avanzado la tol-

(1) Si bien figura en todas las ediciones "mayo 1", corresponde, en realidad, al 1 de junio. El general Roca partió para la confluencia el día 2 de junio.

dería del cacique Peyeinan que se encontraba próxima, haciéndoles 15 muertos inclusive su jefe, 12 de lanza y 72 de chusma prisioneros, cayendo en nuestro poder 100 vacas, 18 caballos y 500 ovejas. La mayor parte de estos indios eran Ranqueles de la tribu desmembrada de los hijos de Mariano y Epumer Rosas, Raniqueo y Yanquetruz, que recién llegaban de la Pampa.

Determinada la situación geográfica de los puntos, dió 37 grados, 17 minutos y 45 segundos latitud sur y 69 grados 23 minutos de longitud oeste de Greenwich y 11 grados, 3 minutos, 15 segundos de Buenos Aires con una altura de 801 metros sobre el nivel del mar. Para reconocer el país demoré hasta el 12, dando al mismo tiempo a la caballada un descanso que reclamaba con urgencia, habiendo mandado río arriba del Neuquén el día 8, a sorprender a los indios de Wadalman, que estaba allí, el que, habiéndonos sentido, quedóse únicamente con una guardia de 25 hombres, que fué batida por el mayor Torres.

Como los anteriores, eran éstos también de los Ranqueles casi todos, ya en comunicación anterior con los pobladores de Malbarco y habiéndoles mandado un individuo en correspondencia a objeto de que bajaran a conferenciar conmigo, llegó el día 8 al campamento don Pedro Herrera, administrador de los intereses del señor don Francisco Méndez Urrejola; fué acompañado con cuatro vecinos más, quienes a su nombre y en el de los demás pobladores de esos puntos se ponen al amparo de las fuerzas que comando.

El 11, mandé con 50 soldados de infantería al teniente coronel don Patrocinio Recabarren, quien, al mismo tiempo que garante estos intereses, organiza la Guardia Nacional del vecindario, que ascenderá a más de 100 hombres: el teniente coronel Recabarren está también investido del carácter de autoridad, la que hasta hoy estaba representada por un subdelegado del gobierno de Chile.

Mandé un expreso exponiendo al cacique Purran la conveniencia que habría de que se presentara a tener una entrevista.

Hácale conocer que no quería avanzarlo, pues lo tenía muy inmediato y sabía donde se encontraba: contestó a mi amistosa

invitación de una manera poco satisfactoria, haciéndome decir con mis enviados: que lo buscara para los objetos de parlamentar, pero eligiendo un sitio mejor; que además de alejarme del punto en que él tiene su toldería, hay malos pastos, y el grave inconveniente de no haber por allí un solo lugar cercano en el que no se desarrolle en los caballos una enfermedad que les produce la muerte rápidamente.

A pesar de la mala fe que manifestó Purran, pasando Neuquén el día 12, pude asaltar una estancia que tiene; pero me abstuve de hacerlo, para así dar debido cumplimiento a lo ordenado por el señor ministro, no agrediendo a ese cacique. En 6 días de marchas cortas, 26 leguas y media, llegué a la costa del río Agrío. Allí vive el cacique Zúñiga que tiene de 700 a 800 lanzas: al avistarnos huyeron. Pude quitarles sus haciendas y matarles indios; pero la unión de éste al cacique Purran me hizo no perseguirlos. Las juntas del río Agrío con el Neuquén se encuentran a los 38 grados 20 minutos y 10 segundos de latitud sur y 69 grados 24 minutos 15 segundos de longitud oeste Greenwich y 10 grados 33 segundos de Buenos Aires, siendo su altura sobre el nivel del mar más de 553 metros.

En ese punto arriba del Agrío son buenos los campos, aunque carecen de extensión los valles que las sierras ciñen en las cortadas, haciendo tortuoso el río que tiene tanta o más agua que el Diamante o el Atuel. En todo el valle del Neuquén hasta este punto —juntas de un arroyo caudaloso, Cuvunco, con aquel río—, sólo se encuentran algunos espacios más abiertos entre las montañas, pero que no hará una legua de campo ninguno de ellos.

Son fáciles de cercar: para hacer potreros de alfalfa quedarían muy bien; mas en la margen norte se estrechan mucho y carecen de pasto.

Al bajar el Agrío en sus juntas con el Neuquén, encontré unos indios de Baigorrita que emigraban huyendo de la fuerza que suponían cayera sobre sus antiguos toldos.

Esos indios, al mando de Pilanan, fueron batidos, y huyeron dejando dos heridos, 10 prisioneros de lanza y 54 de chus-

ma, con 44 caballos, 52 animales vacunos, 180 ovejas y 16 monturas. x

Declaran que ya Baigorrita había salido para estas regiones, y que ellos se separaron de él después que pasó el río Colorado; dando también la noticia de que Namuncurá se encontraba hace más de un mes, al sur del Limay, de brigadier general, por lo que hoy lo suponen en los Pinares con los Manzaneros. Desde Malbarco, extremo derecho ya en la nieve de los Andes, no hay cuidado de que pasen los indios con facilidad; si lo intentan tienen que ser sentidos por el comandante Recabarren.

El teniente coronel Tejedor con 250 hombres, en la fortificación mandada construir en un cerro en las juntas de Curie-Curú con el Neuquén, ataja los caminos que van de la Pampa por Tilhue. El mayor Torres cubre los de las Salinas con 100 hombres, y esta fuerza cierra este punto, el de Patagones y la Pampa, así como el que los indios batidos de Pitiñua han tenido que extraviarse para seguir el río Agrio, pasándolo arriba. La distancia recorrida desde las juntas del Curie-Curú y el Neuquén hasta este punto es de 34 leguas y el país siempre montañoso.

Estoy alejado de los hielos y el frío se siente. Estamos aquí a los 68° 33 minutos y 30 segundos de longitud Greenwich y 10° 25 minutos y 30 segundos de Buenos Aires, y latitud 38° 29' 19". Altura 452 metros sobre el nivel del mar.

Llegué el 21 y aun me conservo en la margen sur del Neuquén; no encuentro un campo capaz en la orilla norte. Hago reconocimientos para conseguirlo. La caballada, a pesar del prolijo cuidado que le dedico, ha sufrido mucho.

Los fríos son considerables: hoy tenemos 9 grados bajo cero.

Establecido en estos puntos, de conformidad a las instrucciones de V. E., encontrando campo bueno y valle más abierto, estableceré el campamento y me permitiré ir a Choele-Choel, llevando tal vez al cacique Purran o sus parlamentarios si los manda, como se lo he indicado en una comunicación. Iré con

un piquete de 25 hombres del 7.º de Caballería, que he dejado en el camino de las juntas de Curie-Curú con el Neuquén.

En el fuerte General San Martín tengo asegurada la comunicación por la vía de Mendoza. Esperando las órdenes de V. E., tengo el honor de saludarlo con mi acostumbrada consideración. Dios guarde a V. E.

*Napoleón Uriburu.*

Campamento en la junta del arroyo Cuvunco con el Neuquén.

MAYO 23 de 1879.

El comandante Uriburu ha cumplido, como verá V. E., con las instrucciones recibidas, dando un resultado satisfactorio que facilitará la más pronta instalación y seguridad en bien del servicio en la falda de los Andes. Después de mi llegada al Neuquén comunicaré las demás medidas que adoptase.

Saludo a V. E. con mi mayor consideración.

JULIO A. RGCA.

Choele-Choel, Junio 2 de 1879.

SALIDA DE CHOELE-CHOEL PARA EL NEUQUÉN.—*Junio 2.*—Diana a las 6 a. m. Buen tiempo. Rompimos la marcha a las 12 a. m. Atravesamos un campo suavemente ondulado y pastoso. Se pasan varios cañadones que corren en sentido perpendicular al río. A las 4 p. m. llegamos a un precioso lugar en que se atraviesa, en el mismo sentido expresado, una larga ceja de sauces entre dos hondonadas que descienden en imperceptible declive hasta el agua. Muy cerca de ésta, a la sombra de los altos sauces, hicimos campamento.

Este sitio se llama *Chimpay*, cuyo nombre indio se traduce *llega a alojar*. Es, pues, antiguo alojamiento de los viajeros indígenas, y aun parece paso frecuentado para la banda sur del río. Al menos ofrece a satisfacción la comodidad de las dos barrancas opuestas, aunque el río esté a nado desde una orilla hasta la otra.

Al frente de Chimpay debe haber una gran isla, porque la anchura medida del río no es sino de 200 metros, y a menos que la profundidad corresponda allí al volumen de agua que el río representa en otros puntos, debe haber un brazo importante de éste, más al sur.

La distancia andada hasta aquí, desde Choele-Choel, se reputa en seis leguas.

Junio 3.—Diana a las 6 a. m. Tiempo claro, con un fuerte viento pampero. Pusímonos en marcha a las 8. En este trayecto se ensancha notablemente el valle del río Negro y el campo presenta casi las mismas condiciones de vegetación y topografía que el anterior entre Choele-Choel y Chimpay. A las 12 a. m. hicimos un ligero descanso y almuerzo en un sitio alto, poblado de pequeños arbustos espinosos, donde se encontraron señales de población indígena, es decir, cercos deshechos de madera y techos de rama caídos. Este había sido el último campamento del cacique Quepu, uno de los más bandidos cabecillas entre los pampas, originario de Chile, adonde se cree ha vuelto hoy, si es que se ha detenido en las faldas orientales de la Cordillera.

Continuando la marcha, comienza a estrecharse el valle, y el campo a hacerse más accidentado. A medida que esto sucede en la parte norte, se ensancha en proporción la parte sur del río. A las 2 ½ p. m. entramos a un gran potrero natural que lo forma un arroyo haciendo un extenso arco cuya cuerda es el río Negro: simplemente un brazo que se aparta de éste y vuelve a entrar encerrando un área de 50 o más cuadras. El arroyo, como todo curso o depósito de agua en esta región, se halla perfectamente marcado por las filas de sauces que siguen sus riberas. El lugar por donde lo pasamos para entrar al potrero, es precedido de una meseta materialmente tapizada de huesos triturados, lo que da mérito al nombre que lleva: Chel-Foró, es decir, huesos de indios. No sé si éstos serán realmente huesos humanos, en cuyo caso puede suponerse un antiguo *eltun* o cementerio, o tal vez una gran hecatombe, de que no he podido descubrir tradición.

Hoy se ha recibido del campo el sargento mayor don Pa-

lemón González y de la guardia el subteniente don Clodomiro Urtubey.

La distancia recorrida hoy se calcula en 7 leguas.

Junio 4.—Diana a las 6 a. m. Tiempo bueno. Marchamos a las 8 a. m.; a las 9 ½ hemos llegado a la gran barranca que limita el valle por el norte, estrechado por el cauce principal del río, que aquí se le acerca, viniendo en dirección nor-este. Desde este instante, el camino sigue por entre altos cortaderas y obstruido a cada paso por los destrozos y acarreos de la poderosa corriente. A las 11 a. m. ya no es posible seguir sino traslomando las altas barrancas y estrujados por las espesas arboledas que las pueblan. La columna se disemina abarcando una larguísima distancia a la deshilada. Se presentan a cada momento bajadas y subidas casi imposibles. A algunos de los compañeros les ha sucedido en las primeras llegar al fondo de las quebradas pasando con la montura por el pescuezo de sus caballos; a otros quedarse atrás en las segundas, por el proceder inverso.

A las 2 ½ p. m. descendimos nuevamente al valle, que vuelve a abrirse entre el río y la barranca, y después de cerca de dos leguas andadas en un terreno lleno de ciénagas y tremadales, donde parece muy peligroso aventurarse sin conocer muy bien los pasos, nos detuvimos a la orilla del río para dar agua a la caballada. Este punto de detención, comprendido el espacio recorrido hasta las lomas inclusive, se designa por los indios con el nombre de *Chichinal*, cuya palabra india, algo corrompida, o más bien dicho, españolizada, significa: lugar del plomo.

No he visto, por más que he puesto atención conociendo este significado, ningún indicio de aquel metal en las lomas que hemos atravesado. Se nota, sí, y muy patente en ellas, mucha materia de origen volcánico. Se ven grandes masas de piedra pómez amontonadas en algunos puntos y desparramadas en larga distancia, como también otras materias eruptivas. Por otra parte la formación que domina en la base de estas lomas es esencialmente calcárea, y en algunos puntos hondos de las quebradas he visto tosca.

Respeto mucho la verdad con que los indios dan nombres a los lugares y circunstancias que los caracterizan y se me antojó creer que una exploración más prolija en el Chichinal puede dar por resultado el hallazgo de alguna cantidad considerable de ese metal que hoy comienza a no ser despreciable, con motivo de los últimos descubrimientos sobre verificación del oro, en que figura como elemento de primera necesidad. Esto es lo que se llama vulgarmente —*un decir*— y lo apunto para que se tenga presente en las exploraciones futuras.

Dos horas de camino más arriba de Chichinal acampamos en un sitio algo distante del río, cerca de un pequeño depósito de agua; como siempre, disponiendo de bastante y buen pasto para las caballadas. Mucho juncal, pero escasa leña fuerte.

Como hasta hoy hemos viajado en el valle del Río Negro disponiendo ampliamente de este último artículo, tan eficaz y valioso en la latitud y el mes que corremos, no me he acordado del termómetro que M. Ebelot sacaba ordinariamente al lado de las grandes fogatas donde se establecía la tertulia nocturna, y en el que con gran contentamiento leíamos temperatura de verano. En esta noche, por efecto de la escasez de leña, el termómetro habló libre de coacción y nos marcó 8° bajo 0, lo que significa tiritar de frío dentro de la carpa y metido en la cama tapado con tres gruesos ponchos más el capote. Significa también sorpresas de los asistentes que, cuando arrojan agua creen haberse equivocado, porque sienten caer en vez del líquido una granizada de terrones de nieve.

Se calcula hoy en once leguas la distancia andada.

Jefe del campo: el comandante don Artemio Gramajo y de guardia el alférez don Carlos Alvear.

Junio 5.—Diana a las 6 a. m. Tiempo bueno; viento del sureste. El termómetro ha bajado un grado más en la madrugada. Marchamos a las 7 y tres cuartos. A las 10 se nubló el cielo. El campo se presenta otra vez llano con muy ligeros accidentes. Las barrancas que lo cierran por el norte aumentan notablemente su altura a medida que se avanza al oeste. En la misma proporción aumenta en intensidad y altura el monte leñoso en todo el terreno. A las 2 y media p. m. hicimos alto

y alojamiento en el lugar llamado *Maugüe* (cóndor), a unas 20 cuadras del río, pero teniendo inmediato una pequeña laguna en cuyos alrededores había buen pasto y abundante leña.

De Chichinal a *Maugüe* hay 6 leguas y media.

Recibióse del campo el comandante don Benigno Cárcova y de la guardia el subteniente Urtubey.

Sigue en el servicio de vanguardia el comandante don Ignacio Fotheringham con el teniente don Marcos Sastre y un piquete de soldados; la vanguardia se halla ya sobre el Neuquén, según noticias que en estos momentos se reciben de su jefe.

Junio 6.—Diana a las 6 a. m. Tiempo claro. Termómetro 4° bajo 0. Marchamos a las 8 a. m. por campos completamente despejados y pastosos. A las 10 a. m. tuvimos nublado lo mismo que el día anterior. Después de andar 2 leguas y media, enfrentamos un sitio muy pintoresco donde hay una gran laguna rodeada de sauces y restos derruidos de población indígena; y aunque pasamos de largo dos leguas más, dispuso el General retroceder y acampar en el mismo punto por no tener la seguridad de mejor pasto y alojamiento más adelante, antes de que cerrase la noche. Precauciones como esta, para asegurar el descanso de las caballadas en horas convenientes y el buen forraje en la noche, explican lo que podemos decir y que parecerá extraño: en cerca de 300 leguas que llevamos andadas hasta aquí, disponiendo escasamente de caballo y medio por hombre, no hemos perdido hasta ahora un solo animal ni por fatiga ni por las demás causas conocidas en las marchas de invierno y lo que es más raro aún, la caballada viene engordando visiblemente.

El rumbo que este día hemos traído ha sido suroeste, por supuesto, paralelo, aunque distante del río.

Junio 7.—Diana a las 6 a. m. Tiempo claro. Continuamos acampados en el mismo sitio. A las 11.30 a. m. se levantó un fuerte viento y volvimos a tener nublado. Hago notar la coincidencia de estos antecedentes meteorológicos en tres días seguidos y a la misma hora.

De las observaciones practicadas aquí resulta que nos hallamos en latitud 38°45'; no se ha verificado la longitud.

Se ha recibido del campo el comandante Gramajo y de la guardia el alférez Alvear.

Junio 8.—Diana a las 6 a. m. Tiempo claro. Trasladamos el campamento 3 ½ leguas más adelante, hallando pastos fuertes y abundantes y vertientes de rica agua, lo que nos excusa alojar cerca del río. Los indios llaman a este lugar, *Tisque Menocó*, cuya traducción es una advertencia que no se puede menos de agradecer; esto es: *agua donde el que entra, se hunde*.

Junio 9.—Diana a las 6 a. m. Tiempo nublado; amenaza lluvia. Marchamos a las 11.20 a. m. El terreno continúa en las mismas condiciones del trayecto anterior. La diferencia que hay es el piso mucho más duro y los pastos dicen los inteligentes, es el pasto genuino de los lugares anegadizos.

A las 11.15 a. m. hemos andado tres leguas y llegamos a un sitio que parece una parada ordinaria de los indios. Hemos tenido el gusto de encontrar aquí tres manzanos que parecen plantados por la mano del hombre, por la alineación y equidistancia en que se hallan. Al mismo tiempo se nota en ellos el abandono de la mano de los indios; pues deben haber perdido totalmente su propiedad de nutrición frutal, por el vicio de ramaje que se les ve, y que revela no haber sido podados en un siglo.

Almorzamos a la sombra de estos manzanos que considerábamos con cierta simpatía como trasuntos de civilización pasada, o como huérfanos en estos agrestes lugares.

Continuamos por campo llano siguiendo el rumbo suroeste siempre paralelo a la dirección que aquí trae el río, y a las 12.30 acampamos cerca de otra laguna de buen agua que rodean algunos sauces. Este sitio se llama *Huaique-Nelo*, cuya traducción es: *Tiene sauces*.

Contamos con agua y leña en abundancia, pasto muy bueno aunque escaso.

A la 1 p. m. principió a llover; acampamos dos horas después. Hemos tenido menos frío que en los días anteriores; en la noche el termómetro bajó a 1° bajo 0.

Recibióse del campo el comandante Leyría y de la guardia el alférez Urtubey.

La distancia recorrida desde Tisque-Menocó, ha sido de 4 leguas y media.

Se han recibido aquí los siguientes telegramas que dan cuenta de las operaciones realizadas por las Divisiones 2.°, 4.° y 5. en el interior de la Pampa, según las instrucciones previas del señor general Roca que más adelante serán insertadas en el orden correspondiente.

(Telegrama.)

*Señor ministro de la Guerra en campaña.*

Oficial.—Las fuerzas de vanguardia de la División a las inmediatas órdenes del mayor Torres, asaltaron con éxito completo en la noche del cuatro al cinco del corriente, en la costa del Chaquilcú, una toldería compuesta de indios de otros lugares y pampas, recientemente llegados de los Ranqueles; a los primeros nos costó rendirlos, pero los pampas se batieron vigorosamente, quedando muertos catorce de ellos y el cacique Pañeringu que los mandaba, y entre unos y otros, ocho de lanza prisioneros, setenta y seis de chusma, inclusive algunos chilenos; cayendo también en nuestro poder cien vacas, quinientas ovejas y diez y ocho caballos, cuyos animales han sido distribuidos entre los cuerpos que componen la división. De la toldería asaltada, sólo dos indios escaparon; ninguna pérdida hemos tenido por nuestra parte.

Saluda a V. E.

*N. Uriburu.*

Jefe de la 4.ª División.

En la confluencia del Neuquén, mayo 6 de 1879.

(Telegrama.)

*Señor ministro de la Guerra en campaña.*

Oficial.—Doce días de marcha, con excepción de cuatro de parada en diferentes campos, han bastado para llegar a este punto el cinco del corriente por la mañana, cuyo punto ha sido

ya determinado geográficamente por el ingeniero de la división, del cual elevo el parte a conocimiento de V. E. como también el del mayor Torres que viniendo de vanguardia tuvo un encuentro con los indios. El Neuquén, en extensión de diez leguas arriba y abajo de este punto, de paso frecuente a una vara de agua.

El único valle que no es estrechado por las montañas, es el de este campamento y no tendrá mil hectáreas de buen terreno; aunque puede regarse, como lo indican las acequias que los indios forman para sus plantaciones de trigo, que ya habían cosechado. Espero aquí al señor Méndez Urrejola, de "Mal Barco", a veinte leguas de acá, Neuquén arriba, al que mandé llamar expresamente, y también al cacique Purran que le pasé una invitación para que se presentase al campamento; vive a distancia de 6 leguas del otro lado del Neuquén. Mañana conoceré el resultado de las comisiones confiadas a gentes seguras y compuestas de dos individuos cada una; la caballería no mejora en estos campos, pero trato de mantenerlos, para lo cual empleo los más prolijos cuidados.

Saluda a V. E.

*N. Uriburu.*

Jefe de la 4.<sup>a</sup> División.

Mayo 7 de 1879.

*Al general Roca.*

En el Río Negro.

Tengo el honor de participar a V. E. que desde el cinco del presente a las 9 a. m. ocupé el punto que se me tenía designado sobre la nueva frontera; no ha sufrido la División de mi mando. Es digno de mención las heladas y una leve nevada en las alturas que se han tenido que atravesar, así como la aspereza de las costas, han estropeado algo los caballos y las mulas. La batería de montaña no fué desmontada en ninguna ocasión y a pesar de lo escabroso, siempre atravesé rodando; los

bagajes intactos. La provisión de víveres bien atendida, y el buen espíritu que anima a esta División es inmejorable; siempre todos cumplidos con nuestro deber.

Saluda a V. E.

*N. Uriburu.*

Jefe de la 4.<sup>a</sup> División.

Campamento juntas del Neuquén y Curri-Leuvú, mayo 6.

*Señor Ministro.*

Tengo la satisfacción de comunicar a V. E. que en el día de ayer a las 3 p. m. he tomado posesión de este punto designado por S. E. el señor ministro de Guerra en campaña, como mi base de operaciones, a donde estableceré mi campamento, no habiendo encontrado en mi marcha ni aquí, rastros de indios. He construído de Carhué a este punto 4 fortines en los parajes llamados Leuvucó, Atrehuecú, Laguna del Sauce y Quetren-Huitpen, quedando así nuestra vía de comunicación segura con la capital. Desde el 15 del corriente estoy en comunicación con el comandante Godoy, que se encuentra en Naincú, y desde el 24 con el coronel Racedo, que se halla en Poitahué a treinta leguas al noroeste de este campamento. De quien me es sensible no poder dar noticias hasta este momento, es del coronel Lagos, pues no sé dónde se encuentra; si bien es de suponerse que a la fecha se halle en Toay o Luan-Lauquen. Me preparo para ir con doscientos hombres a las sierras de Lihuel-Calel para de allí batir el Chadileuvú y las sierras de Pichi-Mahuída, donde, según datos tomados por Godoy, se han reconstado todos los indios dispersos. En mi marcha he venido batiendo los flancos, pudiendo asegurar a V. E. que a nuestra retaguardia y flancos de esta División no quedan ni vestigios de indios.

Dios guarde a V. E.

*Nicolás Levalle.*

Traru-Lauquen, mayo 25 de 1879.

(Telegrama.)

*Al general Roca. (1)*

En el Río Negro.

Arreglado a las instrucciones recibidas, continúo haciendo marchas lentas y practicando fortines de comunicación. A pesar de la inacción consiguiente en marcha de esta naturaleza, la División ha iniciado felizmente su campaña, tomando 300 prisioneros, entre los que hay capitanejos y caciquillos de importancia; debo recomendar a V. E. la pericia y actividad de los mayores Peiteado, Baigorria y Lamela, a quienes se les debe el feliz éxito obtenido hasta hoy, lisonjeándome la esperanza de que muy pronto he de poder comunicar noticias de más interés, una vez que se incorporen distintos destacamentos que baten el campo en otras direcciones. El coronel jefe de esta División, felicita a V. E. y al Gobierno, con anuncio del éxito completo de esta gloriosa campaña en que están el bien general y el honor del país.

Saluda a V. E.

*Coronel Lagos.*

Luan-Lauquen, mayo 26 de 1879.

(Telegrama.)

*Señor ministro de Guerra en campaña.*

Oficial.—Este punto es el señalado por Cruz en su viaje a Tilgué. Dista una legua y media de aquí del paraje mismo en que se juntan los dos ríos. En Tilgué se reúnen tres caminos que vienen de la Pampa, dos de ellos pasan el Neuquén y siguen al oeste hasta Chile; son caminos indispensables para los araucanos, picunches y moluches, que, para invadir las fronteras de Mendoza, San Luis, etc., pasan por ellos.

(1) Ver telegrama del teniente coronel Barros dirigido al coronel Campos (apéndice).

V. E. conocerá esto, pues que se lo anuncié en marzo, cuando los indios ranqueles venían a estos lugares en donde hoy se les ha encontrado.

El hijo de Mariano Rosas y el de Epumer están al sur, trece leguas de aquí, en lo del cacique Zúñiga; han pasado por el mismo camino que hago guardar con fuerzas desde aquí a lo más elevado de los Andes; a la línea divisoria con Chile, se calculan veinte leguas y sesenta leguas del Neuquén en su junta con el Limay. Dejaré fuerzas aquí y veinte leguas arriba del Neuquén y en Mal Barco, y con una expedición ligera marcharé a Neuquén abajo, hasta las puntas del río Agrío que se calcula a veinte leguas de aquí. Desde aquí mandaré comisión a las juntas con el Limay y un exprefeso a Chochechay.

*N. Uriburu.*

Jefe de la 4.ª División.

Mendoza, mayo 23 de 1879.

*Junio 10.*—Diana a las 6 a. m. Continuamos acampados en Huaique-Nelo. Tenemos aquí 38° 58' de latitud.

*Junio 11.*—Diana a las 6 a. m. Buen tiempo. A las 8 y cuarto marchamos con rumbo noreste llegando a nuestro último campamento frente a la confluencia de los ríos Neuquén y Limay.

El campo es muy ondulado y rico de leña y pasto; el valle es ancho entre el río y las barrancas del norte, las que de aquí se divisan lejanas y altas como cordilleras. En esta altura el río está recostado sobre las barrancas del sur. Estas se ven muy cerca, presentando aparentemente una formación muy distinta de las del norte. Se notan en ellas grandes manchas coloradas que abarcan extensiones considerables. Como estamos bastante cerca para apercibir que este tinte no es producido por vegetación, pues se ve bien que no la hay en ellas, sería muy curioso saber lo que representa. Pueden ser simplemente tierras coloradas, ocres, etc., pero también es posible que sean óxidos de hierro o descomposiciones provenientes de formaciones de azogue. Me hallaría dispuesto a creer esto último, pues a más de indí-

carlo en muchos puntos un color rojo muy subido, parecido al que produce aquel metal en su combinación con la creta, he oído decir en el sur de Chile, que en esta parte austral argentina había minas de azogue. Por falta de una embarcación cualquiera, no hemos podido hacer este reconocimiento que tal vez pudiera dar resultados importantes.

A las 11.30 p. m. montamos a caballo acompañando al General, para ir a reconocer el paso del Neuquén que se encuentra como a una legua arriba de su confluencia con el Limay, muy frecuentado por los indios y chilenos que trafican por la costa del río Negro.

Como a 1 legua y media de camino rumbo al noroeste y atravesando un terreno de mucho bosque leñoso, hondonadas y pajonales, llegamos a la orilla del Neuquén, que allí viene corriendo casi en línea recta de norte a sur, en un valle angosto que sus aguas ocupan casi por entero. Por nuestro lado no encontramos barrancas para llegar al río. Sólo hemos atravesado muchas y muy espesas arboledas. Siempre sauces. Contra la ribera opuesta se levanta una sierra de aspecto terroso que viene acompañando al río desde muy lejos, según parece, y se corta repentinamente a nuestro frente, en forma de promontorio.

El agua del río es clarísima y de un gusto exquisito. El lecho de pura piedra chica y rodada. La corriente parece muy violenta y el canal visiblemente recostado al lado del cerro. Muy a nuestra derecha hace el agua un gran displayado que medirá unos 400 metros de orilla a orilla. Se ve que por allí debe ser el paso. El General manifestó deseos de conocerlo, y pronto uno de los soldados se preparó a pasar; pero no quisieron ser menos dos jefes: el comandante Fotheringham y el mayor Fábregas, que juntos con el soldado se lanzaron al vado. El primero se dejó deslizar un poco a la izquierda, por cuya causa lo arrebató la corriente y tuvo que nadar un largo trecho, desmontando al lado de su caballo, y teniendo que salir prendido de la tusa por un acantilado. El segundo sostuvo su dirección por la parte más ancha del río y salió con más facilidad seguido del soldado. Pronto los vimos rodear la sierra

por la izquierda y remontarla hasta su cima. Esta sierra fué bautizada por aclamación con el nombre: Sierra Roca. En cuanto al paso, nadie podría disputarle al comandante Fotheringham el darle su nombre, porque fué el primero en lanzarse al paso desconocido y quien corrió mayor riesgo.

Reconocido perfectamente el paso, la vuelta de los jefes y el soldado tuvo lugar sin ningún accidente.

En la parte más ancha del río, es decir, en el vado, el agua daba un poco arriba de la falda del recado, en un espacio de no menos de 100 metros, y el resto, con excepción de los primeros pasos a la entrada, a la barriga del caballo, lo que sugiere una idea del caudal de este río.

No hemos podido reconocer como hubiéramos deseado, el Limay, pero los baqueanos aseguran que su caudal es dos veces mayor que el de su confluente.

Mucho hay que decir con relación a estos dos ríos, los espléndidos campos que cruzan, y respecto del errado sistema de ocupaciones que hasta hoy habíamos seguido, prescindiendo de esta hermosa región andina, que ofrece positivas seguridades de riqueza a las poblaciones civilizadas, y que desde siglos atrás viene explotándose por los extraños.

Si la hubiéramos favorecido con la mitad de los esfuerzos y gastos que se han empleado para crear en la costa del mar establecimientos y pueblos que aun permanecen estacionarios, tendríamos ya un cordón de pueblos florecientes desde Mendoza hasta Nahuel-Huapi, los que se habrían creado con elementos propios, así como se han formado en la misma extensión longitudinal con los nuestros, los pueblos chilenos que hasta aquí enfrente alcanzan, desarrollados y mantenidos casi exclusivamente con la riqueza del lado argentino. Habríamos evitado el tráfico secular de haciendas robadas; tráfico que ha sacrificado en todos sentidos a nuestras poblaciones y campañas del sur, con detrimento especial de la ventaja que legítimamente podíamos haber hecho valer desde hace siglos, en fuerza de ser los primeros y más opulentos productores de ganado mayor en toda la América del Sur.

Estas poblaciones andinas se habrían extendido hacia el

oriente con las crías de ganado y con la agricultura, llevando sin esfuerzos el riego permanente por la pendiente natural hasta la costa del mar; repartiendo superficialmente en toda la extensión territorial estos inmensos caudales de agua que, o se desperdician desparramándose en gigantescos lagos, en treme-dales y pantanos, o se abren cuencas y canales profundos a cien y doscientos metros debajo del nivel de los terrenos que atraviesan, dejándolos secos y áridos, por ser imposible subir las aguas a su altura para el riego, como sucede en los ríos Colorado y Negro en el último tercio de su curso.

La provincia de Buenos Aires, que es la que más pábula ha dado al robo de los indios del sur, la que más ha sufrido con sus depredaciones, y la que tan inmensos recursos ha empleado en extenderse al sur y en guardarse contra ese elemento salvaje que había atajado a las demás provincias en el paralelo 33°, pudo haber conquistado mucho más territorio en la Pampa y aun en la Patagonia, y ahorrado nueve décimos de los sacrificios sufridos, si una parte siquiera de su gran influencia y riqueza se hubiese puesto al servicio del avance de poblaciones sobre la falda de los Andes. Estas poblaciones adelantando continuamente al sur, al favor de la calidad especial de los campos que habrían encontrado, porque, es indudable, son más ricos mientras más australes, pronto habrían estrechado las poblaciones indígenas de la Pampa; habrían hecho imposible las guaridas de malhechores en ella y mucho más imposibles las guaridas de cordillera, que han sido las más perjudiciales por el estímulo que tenían.

Estando ocupados por poblaciones civilizadas los importantes territorios de la falda andina, o guarnecidos siquiera por destacamentos militares, cualquiera de las grandes y costosas expediciones marciales que en distintas épocas se han hecho sobre la Pampa habría echado los indios al sur del río Negro, único refugio que les quedaba, y así desde hace muchos años estaríamos avanzando la línea general de ocupación al sur, sólidamente afianzada en sus dos adelantados extremos.

Los indios, sin el poderoso recurso de los valles de cordillera para ponerse en salvo y sin los recursos que allí sacaban

por el tráfico chileno, otra índole muy distinta nos habrían presentado y muy inferiores hubieran sido los perjuicios que nos habrían causado. Si fueron irreducibles y tenaces era porque tenían el refugio seguro, pronto y ventajoso de las cordilleras; si robaban en grande escala, era porque no sólo lo hacían para comer, sino para traficar con los negociantes chilenos en esas mismas faldas de cordillera abandonadas por nosotros; si no cumplían ningún tratado si les halagaban las increíbles generosidades que con ellos han usado nuestros gobiernos, era porque las instigaciones y ventajas que encontraban en el tráfico de ultracordillera eran naturalmente más tentadoras.

La prueba de esto está evidente: la primera vez que se han hecho operaciones sobre la Pampa ocupando previamente la región de las cordilleras, el éxito ha sido completo. Tal es la obra del general Roca. Buenos Aires se ha visto libre de indios, y las demás provincias del oeste hasta la Cordillera han asegurado sus territorios del sur merced a esas operaciones debidamente afianzadas, y realizadas por primera vez con verdadero conocimiento de causa. Y si las ocupaciones de la región andina hubieran sido más antiguas y estudiadas y hubieran podido avanzarse más al sur, el resultado hubiera sido aún más completo.

Ocupando solamente hasta la desembocadura del río Neuquén, que era lo indispensable para atender la línea militar sobre el Negro, se ha visto que esto que ha bastado para garantizar el desalojo total de la Pampa por los indios, no es todavía el término definitivo de la cuestión, pues quedan al norte y al sur del Limay, en las mismas faldas de la Cordillera, muchos indios que podían hacer daño por lo menos en las poblaciones de esta línea y en los establecimientos de la Patagonia, hasta que sean desalojados de dichas faldas, únicas posiciones donde pueden cobrar fuerzas suficientes para seguir molestando el resto oriental del continente.

Fuera de las cordilleras, los indios dejan de ser un peligro serio, porque quedan bajo nuestra acción eficaz, y fácilmente serán sometidos. En las cordilleras, a más de vivir en

seguras guaridas, poseen los mejores campos y, lo que es peor, reciben el refuerzo de los mercaderes vecinos que han de seguir a sus marchantes seculares hasta el Cabo de Hornos mientras los tengan a la mano.

Aunque los campos de la falda andina no fueran en el sur los más ricos de nuestro territorio, y aunque no fueran tampoco el punto de partida obligado de las poblaciones que deben extenderse al oriente, según lo voy demostrando, tan sólo la ingrata experiencia que hemos adquirido respecto de las convivencias vecinales que tanto aliento han dado a nuestros indios en la Cordillera y a las que tantos y tan antiguos males debemos allí, debíamos haber acordonado poblaciones y establecimientos cuantos pudiesen vivir, constituyendo una línea sanitaria de que no hemos podido ni podemos prescindir para garantizar nuestra seguridad interior y evitar cuestiones de otro carácter.

Algunas veces se ha comparado nuestra cuestión de indios con la de la misma clase de los Estados Unidos de Norte América, recomendando la facilidad y eficacia con que los americanos del Norte manejaban sus poblaciones indígenas y extendían las de la civilización sobre ellas sin más trabajo que los primeros esfuerzos de ocupación. Otro tanto habríamos realizado nosotros en cuantas campañas hemos hecho sobre los indios y en cuantos arreglos pacíficos les hemos concedido con grandes ventajas, si no se hubiera tratado más que de vencer sus propios elementos de resistencia, o de contentarlos a ellos sólo.

Los americanos del Norte no habrían tampoco afianzado tan pronto sus posiciones conquistadas si sus indios hubieran tenido refugio seguro, estímulo del pillaje y protección decidida en las fronteras del Canadá, como los nuestros en las fronteras de Chile; si sus principales caciques hubiesen sido lores ingleses, como algunos de los nuestros eran personajes de ultracordillera.

Para establecer en su verdadero punto de vista la diferencia entre las condiciones de aquella guerra de indios y ésta no hay sino que cotejar la contestación del Gobierno de Chile al

reclamo de nuestro ministro doctor Goyena en 1876, con la declaración de principios aceptada y puesta en práctica por el Gobierno del Canadá en el mismo año, con motivo del reclamo del Gobierno Americano por el refugio que tomaron dentro de la frontera inglesa las hordas de Sitting Bull, para continuar a mansalva sus pillajes.

El Gobierno chileno se negó a reprimir el comercio de nuestros indios ladrones en los pueblos del sur limítrofes de la Pampa y aun llegó a declarar que esos vándalos que huyendo nuestra persecución llegaban a Chile, cargados de botín, eran personas hábiles para contratar y vender.

El Gobierno inglés del Canadá, aparte de las más activas y enérgicas disposiciones respecto de los intrusos, aceptó y consagró esto, que traduzco de un protocolo oficial: "*Conforme está obligado a proteger el territorio del Estado vecino y amigo contra actos de hostilidad de parte de refugiados que, escapando a la persecución, cruzan la frontera.*"

La diferencia de los vecinos hacia, pues, también la diferencia de sistema de guerra y de éxito entre norteamericanos y argentinos. Y si los norteamericanos hubiesen estado en el caso nuestro, de seguro que hubieran comenzado por conquistar el lado de la frontera del Canadá, o interponer allí sus guardias.

Habiendo sido, pues, el fundamento más indispensable y sólido de la feliz operación que acaba de realizarse la ocupación de los valles de cordillera hasta el bajo Neuquén, y siendo por sí misma esta región tan importante por su situación, tan valiosa por su topografía y calidad de su suelo, es fuerza que en ellas establezcamos el principio de todos los adelantos que deseamos ver en el resto del territorio desierto hasta la costa del mar.

Si procuramos poblar aquí nuestra tierra por los mismos medios que antes hemos usado para defenderla de los indios, pasarán otra vez siglos en que durará, venciendo sobre nuestro anhelo la inercia del desierto.

Aunque seamos muy ricos no haremos poblaciones con sólo amontonar familias en cualquier punto y pagarles la actividad y el sustento.

Una población es un hecho espontáneo que se revela en mayor o menor escala; que muchas veces crece aunque se le ponga obstáculos, y siempre se desarrolla con prodigiosa rapidez cuando se la protege.

En ningún punto de nuestro país hemos visto producirse con más insistencia y continuidad esas acumulaciones espontáneas de individuos y familias que tienden a formar pueblos, como en los valles de toda la cordillera andina. El abrigo que presentan las montañas, los buenos pastos, las aguas cristalinas y permanentes, la abundancia de leña, los encierros o potreros naturales que a cada paso se hallan en el suave declive general que caracteriza la falda oriental andina, y la calidad exquisita de las frutas, hortalizas y cereales que allí se cultivan, atraen y arraigan fuertemente a los pobladores.

Y luego, cuando se trata de avanzar poblaciones sobre una zona desierta, donde se necesita consultar ciertas seguridades permanentes que tienen que ser propias de la topografía del terreno, porque los vecinos que la ocupan son insuficientes para dárselas o el gobierno no siempre puede mantenerlas, no hay sitios más aparentes que éstos en tal concepto; en ellos siempre se encuentran valles que encierran toda clase de recursos, respaldados por la gran cordillera y con determinadas entradas donde cuatro hombres con escopetas pueden impedir el acceso de doscientos indios.

Si a todo trance necesitamos avanzar las poblaciones al sur. (y esto cuanto antes posible), para ligar nuestras comunicaciones terrestres con el Río Negro y a fin de encaminar la ocupación y seguridad total de la Pampa, forzosamente hemos de comenzar por una línea entrante que en todas partes sea sólida contra los peligros del desierto; pues aunque los indios lo hayan hoy desalojado, debemos contar con ellos o con bandidos que se les parezcan, mientras permanezcan desocupadas grandes extensiones territoriales. El desierto hace indios y es indispensable suprimir aquél para que se acaben éstos. La manera más pronta y eficaz para suprimir el desierto es entrar decididamente en él con las poblaciones, así como se ha entrado en las columnas militares; y esa línea entrante no puede ser

otra que la que sigue la falda de los Andes. Tenemos asegurada en toda su prolongación la vida y el progreso de las colonias que se establezcan. Sobre ella se han creado siete provincias argentinas: Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, más los establecimientos y pequeños pueblos de esta última que se han extendido todavía cien leguas al sur: San Vicente, Luján, San Carlos, Aguada, Las Peñas, San Rafael y San Martín.

Después, hay las poblaciones indias y chilenas que a muy cortos espacios se van encadenando y llegan mucho más al sur de Nahuel-Huapí, a saber: Malal-hue, Valle Hermoso, Laguna Blanca, Chacay, Cochicó, tan sólo en el espacio comprendido entre San Martín y Río Barrancas; Tricao-Malal, las tolderías de Tranaman, Curaleuvú, las rancherías de Cheuquel, entre Barrancas y Neuquén; Los Pinares, Mal-Barco, Ranquileuvú, tolderías de Jancaqueo, Campana Mahuida, las poblaciones que gobierna el cacique Reuque-Curá en Pangué-có, donde hoy se asila su pariente Namuncurá; muchas otras tolderías y grupos de ranchos que llegan hasta la proximidad de Nahuel-Huapí; Las Manzanas, Caleuvú y otras rancherías allí inmediatas que forman el titulado *gobierno* de Shayhueque. Todavía al sur de Nahuel-Huapí se sabe que pueblan la falda de la Cordillera muchas otras agrupaciones de viviendas de indios Tehuelches y pampas que se prolongan hasta los nacimientos del río Santa Cruz y que se conocen con el nombre Tavun-Ches, es decir: *indios que tienen casas o ranchos*.

Todas estas últimas poblaciones, aunque sean de indios, indican, sin duda alguna, que los lugares donde se encuentran reúnen excelentes condiciones de topografía y recursos para abrugarlas y especialmente las que se hallan entre los ríos Grande, Barrancas, Neuquén y Limay, que han mantenido cientos de miles de vacas en pastoreo, y donde se han hecho muchas *estancias* chilenas aseguradas contra los malones de la Pampa, garanten la existencia e incremento de las poblaciones o colonias que sobre los mismos sitios instalemos bajo el régimen de la civilización.

Y sobre todo, ya lo he indicado antes, y está demostrado

en los reconocimientos hechos: las faldas andinas son el punto obligado de partida, el impulso inicial que ha de extender las poblaciones permanentes en la Pampa y la Patagonia. Allí debe situarse el verdadero cuartel general de la civilización para extender al oriente hasta la costa del Atlántico sus beneficios, conducidos en alas del progreso material. En el occidente están el capital, la seguridad, las ricas maderas de construcción, la tierra fértil, el riego abundante, infinidad de creadores minerales inexplorados; próximo el mercado del Pacífico las aguas que bajan en torrentes, prontas a tomar la dirección que se les marque.

La población, la agricultura que desde allí avancen al oriente, adelantarán con paso firme y progresivo: nunca serán detenidas o contrariadas por mala calidad de campo, porque llevarán el riego consigo; no serán amenazadas por los indios porque delante de esa avalancha de progreso no habrá agrupación salvaje que pueda merodear impunemente.

Junio 12.—Este día permanecemos acampados en la confluencia del Neuquén y Limay.

Se recibieron comunicaciones de la 4.ª y 5.ª División, las que se insertan en su lugar respectivo con los itinerarios que acompañan.

Transcribo la que de aquí se ha dirigido al jefe de la 4.ª y que revela entre otras cosas, las disposiciones del señor Ministro sobre nuestro regreso.

Campamento en las Juntas del Neuquén y Limay, junio 12 de 1879.

*Al jefe de la 4.ª División de operaciones, teniente coronel don Napoleón Uriburu.*

Acabo de recibir su comunicación fecha de antes de ayer y devuelvo el chasque contestándole inmediatamente.

Deseando conferenciar con usted personalmente, le he esperado algunos días por aquí, no atreviéndome a seguir más adelante por carecer de noticias acerca de la calidad de los campos que tendría que cruzar y no estar mi caballada preparada para pisos pedregosos o escasos de pastos.

De aquí me pondré en marcha mañana, de regreso para Choele-Choel, donde sólo permaneceré cuatro días para tomar algunas medidas y continuar de ahí por Patagones hasta Buenos Aires, donde mi presencia es necesaria a fin de adoptar disposiciones indispensables al éxito general de las operaciones y en vista de los partes que tendré de las demás divisiones en campaña.

El motivo que principalmente me impele a retirarme de este punto es la escasez de recursos de manutención para la fuerza que traigo, por consecuencia del mal cumplimiento de los proveedores; punto sobre el cual debo adoptar medidas que sería peligroso postergar.

Aquí dejaré una fuerte guardia que vigilará este paso y los alrededores, en previsión de lo que pueda ofrecerse.

Si usted viene y le es posible alcanzarme en Choele-Choel será conveniente que deje aquí el exceso de fuerza que traiga, acampándola con la guardia expresada, que dispone de muy buen campo, a la que para su sustento dejaré las yeguas que me quedan; usted puede pasar con sus ayudantes y asistentes para hacer más liviana su marcha y no gastar cabalgaduras innecesariamente.

He visto con satisfacción sus medidas y esfuerzos en el cumplimiento de las instrucciones que tiene recibidas así como los buenos resultados que ellos han producido, y me es grato aprovechar esta vez más la ocasión de manifestarle mi agrado y felicitarlo al mismo tiempo.

En cuanto a su actitud y conducta respecto de Purran como de los demás caciques o indios de esa frontera, quiero confiar a su buen criterio y a las circunstancias sobrevinientes que él sabrá apreciar, el tratarlos por la paz o por la guerra, persuadirlo de que para gente tan incierta no es posible dictar reglas fijas, y de que bastará recomendarle una conducta justa y enérgica a la vez como la mejor norma para tratar y encaminar a esta raza siempre refractaria a los excesos de bondad.

Ayer han sido tomados en este paso dos indios que formaban parte de un grupo mayor, que una partida de vanguardia, destacada por mí, 7 leguas arriba del Neuquén, han sorprendido.

do, tomando algunos más. Venían huyendo de la persecución que traen del lado de Chadi-Leuvu las fuerzas de la 3.ª División, y parece que al bajar más al sur han sido arreados para este lado por alguna de las partidas que desprendí de esta División de mi inmediato mando, las que deben explorar en estos momentos la margen norte del Colorado, río arriba de Lihuel-Calel. Vienen a pie estos indios y sufriendo todas las penalidades de la travesía en que se han visto obligados a lanzarse, por lo cual no será extraño caigan algunos más bajo sus guardias a lo largo del Neuquén. Agregaré a usted la noticia que ahí tenemos de que Lagos ha tomado también unos 300 prisioneros indios y que se ha presentado un número considerable de ellos en Villa Mercedes. Todo, en fin, afirma ya la convicción de que ha llegado el día final de los merodeadores del Desierto y que esta campaña termina premiando con la satisfacción de los más felices y completos resultados el noble esfuerzo de los que en ella han contribuido.

Dios guarde a usted.

JULIO A. ROCA

*Junio 13.*—Diana a las 6 p. m. Este día emprendimos la marcha de regreso para Choele-Choel por el mismo que hemos traído.

De aquí han sido desprendidos en comisión el sargento mayor don Lucas Córdoba, acompañado del profesor de Minerología don Gustavo Niederlein, del ciudadano don Miguel Martínez y algunos soldados.

Deben subir el Neuquén, pasar por las posiciones que ocupa la 4.ª División y continuar por la falda de los Andes hasta San Rafael y Mendoza. La reincorporación de estos compañeros, cuyo itinerario va a trazar una gigantesca circunferencia alrededor de la Pampa, se efectuará en Buenos Aires.

Este día llegamos a la laguna de los Saucés y calculamos la marcha en once leguas.

Desde el punto de partida he notado que la dirección que traemos es sureste.

*Junio 14.*—Diana a las 5.30 a. m. Continuamos en la

misma dirección con buen tiempo y acampamos en Chichinal antes de entrar al escabroso camino que presentan las lomas de este nombre.

El General ordenó al sargento mayor Fábregas reconocer un camino que va por el alto de éstas, investigando la posibilidad de pasaje con carros.

*Junio 15.*—Diana a las 5.30 a. m. Tiempo claro. Marchamos en dirección oeste, empleando todo el día, hasta las 3.50 p. m., en atravesar los desfiladeros y escabrosidades del Chichinal. Hemos acampado donde se nos ha reunido el mayor Fábregas.

Avisa este jefe que el camino que ha recorrido es practicable para rodados livianos y la vuelta que se da evitando las lomas no es tan grande; bien entendido que desde la subida hasta la bajada de Chichinal la falta de agua es absoluta.

*Junio 16.*—Diana a las 5.30 a. m. Tres leguas al este de Chelforó reconocimos un extenso y hermoso valle que será probablemente destinado al destacamento de uno de los cuerpos que han de ocupar la línea del río Negro. A las 1.15 p. m. hemos acampado en Chimpay. La dirección traída hasta aquí ha sido noreste.

Habiendo notado que el río ha crecido notablemente por los terrenos que ocupa de su ribera, una de nuestras primeras precauciones, al acampar en Chimpay, fué poner señales para conocer el grado de ascensión de las aguas. Luego vimos con sorpresa, que éstas subían a razón de dos pulgadas por hora.

El terreno que ocupábamos se hallaba dos metros sobre el nivel del río.

En la noche algunos soldados que dormían en una pequeña depresión del terreno se encontraron rodeados de agua. Reconocimos nuevamente las señales y notamos que las aguas habían subido un metro sobre su primer nivel. De manera que esa noche dormimos a medias, prontos a abandonar el campo al poderoso elemento Felizmente no hubo novedad.

*Junio 17.*—Diana a las 6 a. m. Este día amaneció lluvioso, despejándose a las 10. Después de una marcha de tres horas estábamos en Choele-Choel.

Junio 18.—Diana a las 6.30 a. m. Amaneció nublado.  
Sin novedad.

El señor General en Jefe ha expedido hoy la siguiente

ORDEN GENERAL:

Campamento en Choele-Choel, junio 18 de 1879.

A fin de que esta División y las demás que componen el Ejército Expedicionario, actualmente en el Desierto, conozcan los sentimientos del Excmo señor Presidente de la República acerca de su digna y eficaz comportación en esta campaña, se transcriben las siguientes palabras que S. E. acaba de dirigir por el telégrafo.

*Al señor ministro de Guerra en campaña, general don Julio A. Roca.*

Recibí su telegrama de felicitaciones y amistad. Quedo muy contento por usted, por mí y sobre todo por nuestro país: "al gran señor todo honor." El ministro de la Guerra contesta oficialmente su telegrama. Con mis aplausos por el éxito soberano de la empresa, por la exactitud de las operaciones, por la perfección de todos los servicios militares, por la constancia infatigable de los soldados y por la pericia de sus jefes, jamás demostrada como en esta ocasión, voy a proponer al Congreso un premio para los soldados, oficiales y jefes de la expedición. Mis felicitaciones y las de toda la Nación. Lo saludo en las márgenes del río Negro y del Neuquén donde su presencia realiza los votos de muchas generaciones en las que se presenta la Bandera Argentina, sostenida por brazos gloriosos, haciendo un llamamiento a la civilización, al inmigrante y al genio de la patria, que descendan y derramen sus beneficios desde el río Negro hasta el Estrecho sobre la Patagonia inexplorada, y que dejará de asustar con su extensión cuando haya sido hollada por el pie del trabajador y medida por el paso de nuestros soldados.

Su siempre amigo.

N. AVELLANEDA  
Presidente de la República

*Señor ministro de Guerra en campaña, general don Julio A. Roca.*

Tengo la satisfacción de avisar a V. E. que he recibido su comunicación fechada en Choele-Choel el 25 de mayo, dando cuenta de haber llegado a ese punto el día anterior con la División a sus inmediatas órdenes. El Gobierno se ha impuesto con júbilo de que la 1.ª División del Ejército se halla ya acampada en el punto céntrico de la nueva línea, quedando así cumplida, en su parte más difícil, la ley del Honorable Congreso que dispuso la traslación de las fronteras sobre el río Negro.

A fin de que tan plausible noticia llegue al mismo tiempo a conocimiento de todos los pueblos de la República, he mandado transmitir por el telégrafo a todas las provincias, el parte de V. E. dándolo en la Orden General del Ejército. El aniversario de la libertad argentina ha recibido el mayor y más grato homenaje que el Ejército pudo consagrarle, siendo saludada la bandera nacional el 25 de mayo sobre las márgenes del río Negro, como un signo elocuente de la toma de posesión, que en nombre de la civilización realiza V. E., de los territorios extremos de la Pampa. Esta grande y difícil operación estratégica realizada ya en su mayor parte con verdadera precisión, presentando por primera vez una administración perfecta y todos los servicios militares puntualmente cumplidos, sin que un solo soldado haya desertado de sus filas en la travesía, revela a la par el alto criterio militar del general en jefe que lo concibió, la pericia de los jefes que lo secundaron y la disciplina del Ejército.

Tengo especial encargo del señor Presidente de manifestarlo así a V. E. y que el Gobierno está plenamente satisfecho de esos resultados y aplaude las medidas que V. E. comunica haber tomado para ofrecer la paz a las tribus de la falda oriental de los Andes y exigir la entrega de Namuncurá que ha huido ante las divisiones del Ejército, buscando un abrigo entre las quebradas de la montaña. El señor Presidente me encarga haga anunciar a V. E. que va a pedir al Honorable Congreso un premio para el valiente Ejército que ha realizado la empresa que fué el desideratum de tres siglos y que acaba de doblar el

suelo de la Patria, sometiendo a la acción del Congreso y de la civilización los vastos desiertos que, a su amparo, se convertirán en asientos de poblaciones industriales y cristianas; por mi parte, como miembro del Ejército a que pertenezco, me es muy grato presentar a V. E. mis calurosas felicitaciones, saludándole con mi más distinguido aprecio.

Firmado: *Luis M. Campos.*

Al leer estos conceptos del primer magistrado de la República y los que a su nombre dirige el señor ministro de Guerra interino, he visto con satisfacción el justo título con que el Ejército, que he tenido la honra de conducir, es acreedor a los sentimientos que ellos expresan en su obsequio. El premio que el señor Presidente ha solicitado, tendrá el inapreciable mérito de recordar al soldado esta campaña feliz, aunque laboriosa, en que dejó plantado para siempre el dominio de la civilización sobre una zona inmensa de territorio que durante siglos había dominado la barbarie.

JULIO A. ROCA

Junio 19.—Transcribo las siguientes comunicaciones recibidas hoy.

El jefe de Estado Mayor

Choele-Choel, Junio 19 de 1889.

A S. E. el señor ministro de Guerra y Marina y general en jefe del Ejército Expedicionario al río Negro.

Original.—Tengo el honor de adjuntar a V. E. la nota que recibo del sargento mayor don Diego Lucero, que da cuenta de la operación que le fué confiada, con instrucciones del que firma, de fecha 19 del ppdo. y por orden de V. E.

Como V. E. verá, dicho jefe ha recorrido el río Colorado cuarenta leguas arriba de Choique-Mahuida y un oficial desprendido por él, otras cuarenta, lo que hace un total de 80 leguas lo recorrido sobre la margen de dicho río, habiendo sólo

encontrado un pequeño grupo de indios, el que fué dispersado, matando dos y tomando una china y un cautivo.

Dicho jefe me da cuenta verbalmente de haber recorrido ambas márgenes del Colorado, sin haber tenido más novedad que la que comunica en su nota.

Asimismo participo a V. E. que desde este punto hasta 8 leguas arriba de la confluencia del Neuquén y Limay, se mantiene una activa vigilancia; teniendo situados piquetes al mando de oficiales experimentados y en los puntos por donde es más posible que los indios, que huyen de la persecución que les hacen nuestras divisiones que operan en la Pampa, traten de pasar el Neuquén buscando su salvación, pero que irremediablemente vendrán a caer en poder de dichas guardias, como ya ha sucedido, pues, la que está a ocho leguas arriba de la confluencia, ha tomado seis indios de lanza y seis de chusma pertenecientes a las destruidas tribus de Namuncurá y Pincen.

Estos indios, señor general, han llegado a pie y declaran que en su camino han encontrado algunos muertos, los que creo que hayan perecido de hambre y sed.

Las guardias situadas no sólo tienen la orden de la vigilancia, sino también de mantener la comunicación con la 4.ª División a las órdenes del teniente coronel don Napoleón Uriburu.

V. E. puede descansar, confiado en que el servicio ha de ser bien llenado por todos los subalternos que tienen el honor de pertenecer al Ejército, tan dignamente mandado por V. E., pues a ello los induce el cumplimiento de su deber y el honor militar.

Aprovecho esta oportunidad para saludar a V. E. con toda consideración.

Dios guarde a V. E.

*Conrado E. Villegas.*

Choique-Mahuida, Junio 15 de 1879.

*Al señor jefe del Estado Mayor del Ejército Expedicionario al Río Negro, coronel don Contado Villegas.*

En cumplimiento de las instrucciones que recibí de V. S., de fecha 19 del ppdo., me puse en marcha el 31 del mismo, remontando el río Colorado hasta cuarenta leguas más arriba del paso Choique-Mahuida, sin haber encontrado rastros ni señales frescas de que hubieran transitado indios por allí, sólo muchas tolderías, abandonadas de mucho tiempo ya.

En virtud de esto, desprendí al teniente don Pedro Crœuzelles con cinco hombres bien montados que siguiera remontando el río, hasta dar con las partidas desprendidas de la división del coronel Uriburu, y en caso de no encontrarlas, hasta donde le alcanzaran los caballos, que demorase uno o dos días, quedando yo allí hasta su regreso.

A los dos días de haber marchado dicho oficial, tuvo que regresar porque a veinte leguas de donde lo desprendí, encontró algunos indios que no pudo saber cuantos eran por ser muy tarde y porque se encontraban en un pajonal muy espeso; sin embargo los cargó, consiguiendo matarles dos y tomar un cautivo y una china con algunos caballos, la mayor parte de éstos patrios, de la división de Trenque-Lauquen.

En vista de que no podía marchar más adelante, por encontrarse en pésimo estado los caballos tomados, dispuso regresar a entregarlos.

Al día siguiente marchóse otra vez este oficial, aumentando la partida hasta quince hombres, y con la misma orden remontó el río hasta cuarenta leguas más allá, sin haber podido encontrar nada, donde permaneció dos días acampado por si alcanzaban las partidas que buscaba; pero no habiendo conseguido esto, regresó, llegando con toda la caballada en muy mal estado, por haberla casi inutilizado los montes que desde Choique-Mahuida hasta el punto recorrido son muy espesos y sin camino, cuyo motivo me ha impedido recorrer hasta cien leguas.

No he podido regresar antes por el mal estado en que se me ha puesto la caballada, teniendo que hacer al regreso jornadas muy cortas para que comiesen y se pudiera curar la caballada de las manos, de lo que he podido conseguir mejorarla con la grasa de potro; sin embargo de esto, he perdido once caballos.

He dispuesto permanecer aquí dos días para que descanse la caballada y regresar a ese punto, como V. S. me ordena en su nota.

A mi regreso a este punto he encontrado mucha caballada muerta, de la que se recogió, por el lamentable estado en que había quedado.

Dios guarde a V. S.

*Diego Lucero.*

Se ha recibido también parte que completa el anterior; inserto con fecha 23 de mayo, en este diario.

*Excmo. señor ministro de Guerra en campaña.*

Según las nuevas instrucciones dadas el 24 por V. E., me puse en marcha el 25, remontando el Curacó, y haciéndose difícil el tránsito por esas márgenes, y por carencia de agua potable, desistí y corté directamente a Lihuel-Calel, a donde llegué después de dos días de travesía, a marcha forzada.

Me he pasado hasta Traru-Lauquen, habiendo recorrido una distancia de 145 leguas, repartidas del modo siguiente: de Choique-Mahuida costeano el río, 40. No habiendo encontrado la fuerza que V. E. creía estuviera en Lihuel-Calel, mandé una comisión a Traru-Lauquen con una nota al señor coronel Levalle que decía:

"Me destacó el señor Ministro con el objeto de comunicarme con sus avanzadas, que él supone encontrarse en este punto, y como está deseoso de saber las operaciones de su división y las de su derecha, lo aviso a V. S. El General pasó el 24 a Choele-Choel".

El 29 encontró una partida de mis fuerzas una rastrillada como de cien animales, la que parecía venía en dirección de

Traru-Lauquen: al momento mandé seguirla, y no pude darle alcance porque los salvajes se retiraban hacia el oeste a marcha forzada lanceando sus caballos aplastados.

Desgraciadamente, desde el momento en que me moví de acá me sintieron algunos indios que me andaban espiando.

De regreso, seguí el camino de la sierra hacia el suroeste. Visité las antiguas tolдерías de Bernardo en Curacó y no encontré novedad; de ahí seguí el Curacó por rastrillada que noté, y di con 24 toldos, abandonados al parecer, de 6 a 8 días antes, dividiéndose las rastrilladas en tres fracciones, dos de ellas se dirigen directamente al Chadileuvú y la tercera tomaba el camino que viene de las sierras al paso Mullilin Grande, la cual seguí hasta el mencionado paso y no pude darle alcance, pues me llevaban una jornada adelante y seguían los indios remontando el Colorado, los que creo caerían en manos del mayor Lucero. Desde Traru-Lauquen hasta acá, ni un solo indio podrá pasar al Naciente; he encontrado otras rastrilladas y todas se dirigen al oeste, entre ellas he hallado cerca del paso, a márgenes del río, otras tolдерías abandonadas como de dos a tres meses: también toman el mismo rumbo.

Como V. E. ve, los salvajes huyen con terror pánico, probablemente buscando las entrañas de los Andes para ocultarse.

Me permitiré felicitar al señor Ministro por los brillantes éxitos que están obteniendo las divisiones que hacen la limpieza del desierto, como por las operaciones efectuadas con tanto acierto en el avance a la nueva línea.

Dios guarde a V. E.

*José S. Daza.*

*Junio 20.*—Diana a las 7 a. m. Tiempo bueno aunque ventoso. Seguimos en el mismo punto. Jefe de campo el comandante Gramajo con el alférez Alvear.

Se han dirigido las siguientes notas a los coroneles Levalle y Racedo.

Choele-Choel, junio 20 de 1879.

*Al señor coronel don Nicolás Levalle.*

He recibido su comunicación, fecha 2 del corriente, en que me participa que ha ocupado la laguna de Traru-Lauquen, base de operaciones para las batidas al sur y al oeste entre Traru-Lauquen y Carhué y asegurado sus comunicaciones por la construcción de cuatro fortines intermedios. Veo que se había puesto al habla con la mayor parte de los jefes que operan en la Pampa Central, y se preparaba a completar su operación con la ocupación de Lihuel-Calel y Pichi-Mahuida.

Me he impuesto con satisfacción de su contenido y lo felicito por la manera acertada con que ha cumplido las instrucciones recibidas y establecido sólidamente nuestra dominación sobre una vasta superficie de la Pampa.

Si las fatigas de las marchas y operaciones de guerra a largas distancias contra un enemigo invisible no han sido compensadas esta vez por las emociones del combate y de la victoria, lo han sido por los resultados prácticos de su metódica ocupación de la zona donde ha afianzado para siempre nuestra conquista, coronando sus expediciones anteriores.

La Patria, en esa decisiva cruzada contra la barbarie, no se había confiado en vano a la abnegación y a la pericia de los jefes que han preparado el éxito definitivo de estas operaciones.

Todos se han hecho acreedores a su gratitud, cuya primera expresión me felicito de poder transmitirle, adjuntándole copia de los telegramas que el señor presidente de la República y el señor ministro de la Guerra han dirigido a las fuerzas expedicionarias. (1)

Dios guarde a V. S.

JULIO A. ROCA

(1) Se refiere a los telegramas dados en la Orden General de junio 18.

Ministro de Guerra en campaña.

Choele-Choel, Junio 20 de 1879.

Al señor coronel don Eduardo Racodo.

Pitre-Lauquen.

Con verdadera satisfacción he leído su nota del 19 del pasado, en que me da cuenta de haberse posesionado de los campos que se extienden de las fronteras de Córdoba y de San Luis hasta el río Salado, limpiándolos de cuantos indios contenían.

Recordará que a consecuencia de una feliz excursión contra las tribus ranquelinas le había anunciado que sería V. S. a quien la República tendría algún día que agradecer la destrucción completa de esas tribus. La profecía está cumplida y es un timbre de gloria de que durante varias generaciones los hijos de los pobladores de esas comarcas reportarán el mérito sobre los descendientes y sobre su nombre.

Lo felicito por ese cumplido resultado de las cualidades militares de que las fuerzas a su mando tienen dadas tantas pruebas, y le transmito con satisfacción, para que reciba de ella la merecida parte, los telegramas que S. E. el presidente de la República y el ministro de Guerra han dirigido a las tropas que hoy acaban con las invasiones indias.

Siga haciendo policía de los insignificantes grupos que quedan. Oportunamente le remitiré nuevas órdenes.

Dios guarde a V. S.

JULIO A. ROCA

Junio 21.—Diana a las 7 a. m. Buen tiempo. Jefe de servicio el mayor don Palemón González, con el alférez Sobre Casas.

Junio 22.—Diana a las 7 a. m., fuerte lluvia que dura todo el día y la noche.

Esta noche en lo más recio de la lluvia, han llegado a este campamento, procedentes del Neuquén, el comandante don Rufino Ortega y el joven cirujano de la 4.ª División don Alejandro Marcó, acompañados de una pequeña escolta.

Veo con placer, en el semblante de mi querido amigo, el valiente, el simpático Marcó, una manifestación patente de los aires vivificantes que se disfrutaban en las regiones andinas.

Quiero ocuparme un poco de este joven que ha jugado un rol heroico en la campaña de la División de que forma parte.

Marcó salió de Buenos Aires hace poco, débil, extenuado, condenado a muerte por varios médicos, consumido por una enfermedad traidora. Su hermano Mariano, que lo idolatra, obligado a permanecer en la capital por sus deberes de empleado, le había seguido con sus cartas y consejos, recomendándole prudencia, método, y encargándolo a todos los amigos.

Cuando el coronel Uriburu recibió del general Roca las órdenes e instrucciones para emprender la expedición a las cordilleras, Alejandro se hallaba en Mendoza y resolvió hacer parte de la columna expedicionaria. A este acto de voluntad, propio de su enérgico espíritu, unió inmediatamente el hecho: pocos días después estaba ya en San Rafael. Su hermano, afligido, consiguió que el general Roca dirigiera desde Fuerte Argentino el siguiente telegrama: "Coronel Uriburu: No permita usted que el cirujano Marcó pase de San Rafael".

Cuando el telegrama llegó a su destino, Alejandro estaba en el Neuquén, figuraba en las partidas más avanzadas de la vanguardia y se hacía notable en el combate del río Agrío el 19 de mayo, en el que según dice el parte oficial, entró voluntario y fué distinguido por su valentía y actividad.

Deben escribirse y conservarse indelebles las palabras que dirigió a Méndez Urrejola, rico hacendado chileno de Mal-Barco, cuando la 4.ª División ocupó aquel punto de jurisdicción argentina donde se halla uno de los más valiosos establecimientos que se han formado en la Cordillera con los ganados robados. Urrejola, tratando de merecer la conmiseración del coronel Uriburu a pesar de que ya había transportado la mayor parte de su hacienda a Chile, le ofrecía ganados, gente y toda clase de recursos para cooperar a la expedición contra los indios, y se empeñaba en persuadir de la honorabilidad de su conducta y de la legalidad con que había adquirido su gran fortuna en la Cordillera.

Alejandro Marcó no pudo contenerse y exclamó encarando al opulento chileno:

—“¡Cuántas lágrimas, cuántas víctimas sacrificadas por la lanza y el fuego de sus *comitentes* de la Pampa; cuántas familias y huérfanos reducidos a la mendicidad y desesperación en el sur de Buenos Aires y demás provincias argentinas. costarán estas vacas que usted y sus paisanos adquieren baratas, sin trabajo ni riesgo, lucrando indignamente con la vecindad de la que de estas armas y esta bandera hiciera uso bien distinto en épocas anteriores y legendarias, salvando, para llevarles libertad, cordilleras mucho más altas que las que ustedes atraviesan aquí para arrebatar nuestra fortuna!”

Inútil es comentar tales hechos y tales palabras.

Desde hoy tengo el gusto de alojar en mi tienda a este distinguido joven, que Dios debiera conservar para servicio y lustre de la Patria.

El General ha prohibido que Marcó regrese al Neuquén, atendiendo a su salud delicada y lo avanzado de la estación.

Los vecinos de Patagones han dirigido al general Roca la siguiente nota, que expresa la justa satisfacción de ese pueblo y su entusiasta reconocimiento al recibir la noticia de la ocupación del río Negro:

Patagones, mayo 31 de 1879.

*Al señor ministro de Guerra y Marina, general don Julio Argentino Roca.*

El pueblo del Carmen de Patagones ha sabido con gran regocijo la llegada de V. E. a las márgenes del río Negro con los bravos que le acompañan, y, lleno de halagüeñas esperanzas en su porvenir, no puede pasar en silencio este hecho grandioso para la Nación Argentina, y se permite dirigirse a V. E. felicitando al gran ciudadano y patriota, general Julio A. Roca y, en su persona, al Gobierno de la Nación.

A V. E. señor Ministro, ha tocado la suerte de haber llevado a cabo la obra iniciada por el malogrado doctor Alsina, y el pueblo del Carmen de Patagones no duda que la Nación

y el Gobierno recompensarán como deben vuestra constancia y desvelos.

Estos son los votos, Excmo. señor, de este humilde vecindario que hoy le saluda lleno de gratitud.

*J. R. Savignon, Vicente Dasso, B. L. Ramayón, Domingo Pita, Tadeo Szyrle, Francisco Rocha, P. Nazarre, Manuel A. Crespo, Antonio Bonorino, Antonio Real, Manuel A. Butt, Juan Pablo Córdova, Eusebio Ocampo, B. Casada, Federico Real, Bernardino Zionlla, Clemente. Núñez, Gerardo Ocampo, Juan P. Martini, Enrique Castro, Eusebio Ibáñez, Tomás J. Abbate, Ignacio Abbate, Tomás Deacon, Celedonio E. Crespo, J. O. Crespo, José Atkinst, Ignacio Salinas, Pedro Hansen, M. Crespo, Luis Thompson, Ernesto Brechland, Julio Fiedbe, Francisco Giménez, Dorotheo Galzusta, Daniel Ibáñez, Juan Castro, Tomás Cuetto, Juan Martínez, Antonio Cortés, Francisco J. Baraja, Eduardo J. Abbate, Serapio Miguel, Francisco Baraja, Antonio B. Pita.*

He aquí la contestación del General:

Ministro de Guerra en campaña.

Choele-Choel, junio 22 de 1879.

Señores:

He recibido la nota que, con fecha 31 del pasado, se han servido dirigirme a nombre del vecindario del Carmen de Patagones, y agradeciendo los honrosos conceptos en ella contenidos, me felicito particularmente de ver que el pueblo de Patagones comprende todo el alcance de los nuevos destinos que le marcan la desaparición del salvaje y la ocupación de la nueva línea de frontera militar y que se prepara a mostrarse digno de sus nobles aspiraciones.

El fértil valle de la embocadura del río Negro es llamado por la naturaleza a ser el emporio del sur y del oeste de la República, a poner sus territorios mediterráneos en contacto con

todo el litoral y con la Europa, a volverse, en una palabra, el plantel de una Buenos Aires del sur.

Sin embargo desde los tiempos de su fundación, Patagones ha visto destruidas las ventajas de su situación geográfica, paralizada la actividad y esterilizados los esfuerzos de sus pobladores por el aislamiento en que yacía abandonado. Vivía cortado de lo demás del mundo, luchando obscuramente contra un puñado de salvajes, rodeado de ricas campiñas de que se aleja el industrioso trabajador, a orillas de una mar desierta donde ningún aliciente atraía los buques.

Hace tiempo que los que se preocupaban de la prosperidad nacional habían notado y deplorado el increíble olvido del pueblo de Patagones, perjudicando así los más preciosos intereses de la República. La reacción contra el abandono tradicional de que Patagones había sido víctima principió en el momento mismo en que el Gobierno nacional, libre de luchas internas, pudo consagrar todo su empeño a la seguridad de las fronteras.

Ese movimiento de regeneración no será interrumpido, esperémoslo, ni por las facciones, ni por la guerra extranjera. Cuando se extiende y se radica la prosperidad de la Nación, cuando se vuelven más numerosos los intereses vinculados al mantenimiento de la tranquilidad pública, más horrorosos serían los estragos que resultarían del más leve sacudimiento anárquico.

El día en que se habrá realizado el sueño de tantas generaciones, el día en que la fuerza de expansión de la sociedad argentina habrá cubierto de valiosos establecimientos y de florecientes pueblos por veteranos de la República estos campos hoy baldíos, la misma importancia de los intereses acumulados bajo el amparo de la paz interna será su más sólida garantía.

Confía, para alejar todo temor de verla amenazada, en los progresos de la educación política, en la elevada comprensión de los beneficios del orden a que ha llegado nuestro país, en la estabilidad que le proporciona su desarrollo económico.

Hago, pues, sinceros votos para que Patagones, que está destinado a ser el puerto y la llave del comercio de la vasta re-

gión que se extiende del mar a los Andes y de San Rafael a Nahuel-Huapí, recorra sin tropiezo, al mismo paso o a un paso más rápido que los otros pueblos de la República, el ancho camino que se abre a su justa ambición.

Saludo a ustedes con mi más distinguida consideración.

JULIO A. ROCA

A los señores J. R. Savignon, Vicente Dasso, etc., etc.

Junio 23.—Diana a las 7 a. m. Tiempo claro, viento del sur-oeste. Sin novedad.

Junio 24.—Diana a las 7 a. m. Tiempo claro. Termómetro 5° bajo cero.

Se ha dado la siguiente *Orden del Día* y se ha enviado al coronel Lagos la nota que va a continuación.

Ministro de Guerra en campaña.

Campamento en Choele-Choel, junio 24 de 1879.

#### ORDEN DEL DÍA

Debiendo marchar mañana de regreso a la capital de la República, donde me llaman mis deberes como ministro de la Guerra, y siendo necesario para el mejor servicio de esta línea dar nueva organización a los cuerpos que deben guarnecerla, se dispone lo siguiente:

Artículo 1.º—Dividese las fuerzas de la 1.ª División en 3 brigadas: dos de caballería y una de infantería.

Art. 2.º—La primera Brigada de Caballería se formará de los regimientos 1.º y 3.º, teniendo el mando de ella el coronel don Conrado E. Villegas.

Art. 3.º—El Regimiento 5.º de la misma arma y el 7.º que vendrá de la 4.ª División del Neuquén, formarán la 2.ª brigada, que mandará el teniente coronel don Lorenzo Vintter.

Art. 4.º—Formarase una Brigada de Infantería, con los Batallones 1.º, 2.º y 6.º, a los que se agregará el Escuadrón de Artillería. Dicha Brigada obedecerá las órdenes del teniente coronel don Teodoro García.

Art. 5.º—El Regimiento 11 de Caballería se trasladará a la 4.ª División en reemplazo del 7.º.

Todas estas fuerzas, con las de la 4.ª División, formarán la línea militar que se denominará del Río Negro, nombrándose comandante en jefe de ella al coronel don Conrado E. Villagas, y mientras este jefe desempeña dicho mando se encargará del de la 1.ª Brigada de Caballería el teniente coronel don Manuel Campos.

Al partir y despedirme de los jefes, oficiales y soldados de esta División, aprovecho la oportunidad de manifestarles que me retiro íntimamente satisfecho de la disciplina, de la subordinación y de la noble comportación que todos han observado durante esta campaña, que el Ejército Argentino tendrá que recordar siempre, como la más fecunda de su vida militar.

La misión de los que aquí quedan tiene que ser todavía más fecunda y benéfica para el porvenir de la Patria. No solamente al defender con sus armas la propiedad y la vida de sus conciudadanos, sino que, a su amparo y al favor de los campamentos militares, se levantarán pueblos que, en tiempos no muy lejanos, serán nuevos estados que vengán a aumentar estrellas al escudo de la patria.

Saludo, pues, y deseo completa felicidad en mi ausencia a todos mis camaradas y compañeros de armas.

JULIO A. ROCA

Ministro de Guerra en campaña.

Campamento en Choele-Choel, Junio 24 de 1879.

*Al Jefe de la 5.ª División, coronel don Hilario Laqos.*

Me he impuesto con mucha satisfacción de los brillantes resultados obtenidos por su División en la operación que le había sido encomendada.

En una campaña que abarca una tan dilatada extensión y donde todo depende de la precisión de los movimientos y de

la acertada adaptación de las instrucciones generales a las circunstancias con que cada cuerpo de ejército tiene que luchar, me es grato ver que todos los jefes de División, obrando aisladamente, han sabido contribuir, con una noble emulación de inteligencia y de celo, al éxito final. Eso aboga alto, en favor de su pericia y de las cualidades militares de las tropas que mandan.

Me cabe la agradable misión de transmitirle, y por su conducto a las tropas de su División, las felicitaciones del señor Presidente de la República y del Ministro interino de la Guerra, la expresión oficial de la gratitud de la Nación entera, por las fatigas sufridas y los triunfos alcanzados.

La abnegación y el valor de que el Ejército Argentino acaba de dar tan notables pruebas lo hacen acreedor a esos honorables testimonios, al mismo tiempo que forman una prenda de seguridad y de gloria para el porvenir de la República.

En cuanto al envío de sus prisioneros a Buenos Aires, queda V. S. facultado para contratarlo y organizarlo, consultando las consideraciones de economía, de buena custodia y de buen trato en el camino. Como V. S. lo indica, es conveniente aligerar su columna de esa impedimenta, para las operaciones ulteriores, sobre las cuales recibirá instrucciones.

Las demás disposiciones que ha tomado y que me somete, han sido aprobadas.

Dios guarde a V. S.

JULIO A. ROCA

*Junio 25.*—Este día levantamos las tiendas de Choele-Choel a las 10.30 a. m. y nos pusimos en marcha río abajo, acampando a las 3.30 p. m. en un sitio cubierto de bosque espinoso, donde pasamos la noche alimentando los fuegos para soportar la baja temperatura que allí tuvimos. En las primeras horas después del crepúsculo nos marcó el termómetro 4º bajo cero.

En este campamento encontramos un indio comerciante que venía de Patagones conduciendo dos pequeñas cargas de provisiones para vender en Choele-Choel. Una de las cargas era

de pan, precioso artículo que hacía ya mucho tiempo no comíamos y cuyo consumo a discreción figuraba entre las primeras felicidades que soñábamos experimentar llegando a Buenos Aires.

El General compró toda la factura de pan y la hizo distribuir con profusión a jefes, oficiales y soldados.

Desde Choele-Choel hemos hecho tres jornadas a caballo: la última de las cuales fué en seis horas salvando 16 leguas hasta el fortín Conesa, donde llegamos a las 12 del día 27. Acababa de pasar por allí el vapor "Triunfo" navegando aguas arriba del majestuoso río Negro.

Habiéndose avisado nuestra llegada por chasque, el vapor regresó el mismo día. Entre las cinco y seis de la tarde **llegaban a Conesa los últimos rezagados, y a las ocho de la noche aquella pequeña población, compuesta de unas doscientas familias de indios y colonos de Patagones,** bajo el comando de una guardia militar, experimentaba la sublime sorpresa de oír por la primera vez en su vida, las bellas y marciales armonías de una banda de música, que, como un honor discernido por las ordenanzas a la categoría política y militar, acompañaba al general Roca en su marcha.

Excusado es decir que toda aquella población, que apenas volvía de la sensación de novedad causada por los primeros silbatos del vapor y su presencia en aquellas alturas del río, abandonó sus ranchos de paja para venir a hacer rueda, con viejos y niños, mozos y mocetones y hasta con los animales domésticos, a la encantadora retreta que la banda del 1.º de Línea ejecutaba atronando los aires con todas las baterías de su armónica y ruidosa fanfarria.

En los intervalos que dejaban las piezas de música se podía observar el efecto variado que producía en la concurrencia. Unos quedaban absortos e inmóviles, otros se acercaban a los soldados para mirar y tocar con el dedo los brillantes instrumentos, contemplando hasta con espanto los serpentones que rodeaban de dos vueltas el cuerpo de los ejecutantes y avanzaban grandes bocinas con dientes y ojos esmaltados.

Algunos de esos indios saltaban de gusto, otros daban alaridos a la par de sus perros.

Ese día marcará una época de imperecedero recuerdo en esa población hasta hoy semisalvaje, y a la que hoy se abre un porvenir de riqueza por la situación que ocupa y los campos que la rodean.

Era la guardia más avanzada desde Carmen de Patagones, de donde dista 40 leguas río arriba por la línea de tierra, aunque por el río hay más del doble de esta distancia.

Resuelta allí la continuación de la marcha por agua, se empaquetaron las monturas y demás avios de cabalgar, que no habíamos dejado en dos meses de continuas marchas.

A las 9.30 minutos de la mañana zarpó el "Triunfo" llevando en su cámara y cubierta al Ministro y su comitiva y alejándose bajo las aclamaciones entusiastas y los más cariñosos saludos de aquellas sencillas gentes.

Durante un largo espacio de la marcha vimos todavía algunos jinetes que, como demostración de simpatía, galopaban por tierra igualando el rápido andar del vapor y aprovechando para esto las menores distancias en que le aventajaban por causa de las grandes vueltas que da el río, se acercaban de cuando en cuando a la ribera para saludar a los navegantes.

Es necesario encontrarse embarcado, navegando este hermoso río para poder apreciar toda su importancia como caudal para la navegación y como arteria conductora de grandes riquezas por los espléndidos campos que se encuentran en su curso.

Los espaciosos potreros naturales que hace con sus vueltas caprichosas y las arboledas abundantísimas en maderas de construcción que ofrece en ambas riberas, son hoy, que puede contrastarse con plenas seguridades de tranquilidad respecto de malos salvajes, tan positivos alicientes para la industria ganadera o agrícola, que uno mira sorprendido el que no estén ya amontonadas las poblaciones en semejantes lugares.

Y, sin embargo, algunos establecimientos aislados que por ahí se hallan, sólo han podido conservarse en fuerza de la poderosa ley natural que hace que el hombre se arraigue irrisiblemente a la tierra en que ha derramado el sudor de su fren-

te y donde ha formado su hogar. Cada uno de esos pobladores tiene una historia, terrible a la vez que gloriosa, de los sacrificios que han experimentado en sus personas o intereses por causa de los malones pampas y de las resistencias heroicas que han hecho sin más auxilio que el de sus propias fuerzas, sin más aliento que el de su propio valor.

¡Con qué transporte de gozo y gratitud veían estos pobladores pasar el "Triunfo" que les traía la más palpable prueba de un cambio feliz de situación, oyendo el silbato que regenera los desiertos donde suena, y las armonías musicales que son el accesorio más característico de la civilización, venir de allí, de aquellos lados por donde hasta ahora no habían llegado sino chusmas famélicas de pillerías y los alaridos discordantes que estimulaban el robo y la matanza!

Tres días duró esta navegación encantadora por el río Negro, marchando sólo desde las 7 de la mañana hasta las 2 o 3 de la tarde a fin de dar tiempo al acopio de la leña necesaria al alimento de las calderas del vapor en cada jornada, y también para visitar algunos de los establecimientos a que he hecho referencia. A más de que la navegación por la noche se hace difícil no estando el río bien conocido; no por falta de agua, pues su profundidad podía, a la sazón, dar paso a una fragata, sino por cualquier escollo.

El pueblo de Patagones vió al fin llegar el vapor "Triunfo" a su puerto el día 30 a las 12.30 p. m. y a su bordo el general Roca que, desde el arribo de la expedición a Choelechoel, era objeto de las más adhesivas manifestaciones.

Es preciso ser habitante, hacendado o propietario de pueblo fronterizo con los indios, para comprender toda la expansión a que pueden ir los sentimientos del amor patrio cuando vibran en la cuerda más sensible que posee el diapasón de la humanidad, aquella en que hacen unísono del interés general y el interés privado protegido o atacado de inmediato.

Habrán propietarios en la capital que, con la seguridad que acaba de darse a los campos y fronteras interiores en el sur, habrán recibido de una manera más o menos directa un beneficio veinte veces más valioso que el que ha reportado a un mo-

desto ciudadano de Patagones; pero existe entre ambos la notable diferencia de que el primero dispone siempre de su tranquilidad, mientras que el segundo tiene, en esa cuestión, empuñada con la piel de sus vacas, su propia piel y cuando los indios entran a su rodeo pisan también el umbral de su hogar.

Así, pues, una operación feliz que ha puesto en salvo para siempre los intereses y las familias de aquellos compatriotas que han estado en las primeras filas de nuestra antigua y desastrosa lucha con los bárbaros, produce necesariamente movimientos de un entusiasmo tal, que apenas podemos comprender nosotros, pero que debiéramos tener muy presente, pues ahí está la verdadera medida de los sentimientos de adhesión y confianza que debe hoy la República al iniciador y ejecutor de la gran obra que acaba de realizarse.

Efectivamente, al hallarnos frente al puerto de Patagones, se produjo el espectáculo más conmovedor y satisfactorio.

Todos los habitantes de aquel pueblo, que está edificado en anfiteatro, con frente al río, se hallaba en movimiento o de pie en la ribera, en las azoteas, en los buques, sobre las lomas: todos viviendo, agitando sombreros y pañuelos; todas las casas embanderadas, y hablando al general Roca y al Ejército por los letreros de grandes caracteres trazados en las murallas y sobre los balcones, con frases de encomio o de gratitud.

Un mundo de gente se agolpó a bordo del vapor, de donde puede decirse que el vitoriado general no bajó por sus pies.

Lo llevaron casi en palmas.

La calle que debía cruzar hasta su domicilio estaba adornada de arcos triunfales.

"¡Salud al ilustre Roca!"

"¡Honor al Ejército expedicionario y a su digno jefe!"

"¡Al presidente de la República!"

"¡La gratitud de las señoras de Patagones al digno e ilustre general Roca!"

Estas y otras mil frases análogas se leían por todos lados, ya en los arcos, en las banderas, en los balcones, en las murallas o en las cintas que amarraban ramos de flores.

Una distinguida comitiva de propietarios, seguidos de la

comisión enviada por la colonia española, detuvo al General en plena calle, adelantándose una de aquellas personas y pronunciando un bello discurso a nombre de todos los presentes, que representaban lo más selecto de la sociedad patagonesa.

El pensamiento de aquel discurso, bien preparado por cierto, fué elevado y noble al manifestar los sentimientos de ardiente adhesión y gratitud hacia la persona del general Roca.

Aquel golpe de oratoria fué una verdadera sorpresa para el General, por el compromiso en que se vió de contestar sobre la marcha; pero salió de él airosamente improvisando una bella y oportuna contestación llena de frases elegantes y conceptos felices.

Dijo entre muchas otras cosas que aceptaba regocijado aquella honrosa como simpática manifestación de la sociedad de Patagones por el sentimiento patriótico que la motivaba, por el Ejército que se honraba en representar, por el Gobierno que había resuelto la obra que acababa de realizarse. Continuó demostrando que el más feliz e indispensable complemento de esa obra, y la condición precisa de su estabilidad y perfección tenía que ser la paz, la paz firme, durable, sostenida como el primero y más ardiente anhelo de todos los argentinos que debían dedicar constantes todos sus esfuerzos para que nunca pudiera alterarse, y la Nación pudiera reportar por completo los beneficios a que era acreedora, dotada como lo está por la mano de la Providencia. Concluyó pidiendo un viva al presidente de la República y a la memoria imperecedera del doctor Alsina.

De más es agregar que esto fué recibido con transportes de satisfacción por el pueblo.

Transcribo los siguientes documentos, que corresponden a noticias recibidas y disposiciones adoptadas por el señor Ministro en Patagones.

(Telegrama).

*A S. E. el señor ministro de Guerra en campaña.*

Tengo el honor de comunicar a V. E. que ayer he llegado a este punto de regreso de mi expedición a la sierra de Lihuel-Calel donde he permanecido diez y seis días; mandé una par-

tida a batir el Chadi-Leuvú, la que lo remontó cuarenta y tantas leguas, por su margen izquierda, desde su desembocadura, de Urre-Lauquen, tocando, en una sierra llamada Choique-Mahuida, sobre la margen derecha de este río —el que se pasó a nado— treinta y siete familias prisioneras pertenecientes a un capitanejo Hunchal de la tribu ranquelina. Entre estas indias se encuentran siete cautivas, tomadas por los indios en distintas épocas.

Esta partida ha recorrido un trayecto de 98 leguas, hasta llegar a este punto; no habiendo encontrado en su camino de regreso, más indios. Otra partida desprendí a batir el desierto entre el Chadi-Leuvú y el río Colorado; esta partida dió por resultado la muerte, en el paso del Salado, inmediato al lago de Urre-Lauquen, de los caciques Ourenal y Hanheguer, pertenecientes a Namuncurá y que seguían a éste en prestigio y poderío. Eran los únicos que no querían abandonar sus dominios, y que últimamente habían declarado guerra a muerte a todos aquellos que se iban a Chile, matándolos y apoderándose de sus caballos, hacienda y familia. Según declaración de un indio y una cautiva, dicen que los indios de esos caciques eran los únicos que quedaban de Namuncurá; que todos con anticipación habían pasado el río Negro. Se han mandado otras partidas a aquellos puntos en que se creía posible hubiese indios, y nada han encontrado.

Aquí se han presentado algunos indios. Ahora, señor ministro, puedo asegurarle que en la parte sur de Buenos Aires y puntos recorridos por la División de mi mando, no existen indios, la Pampa está limpia; sólo queda uno que otro que anda vagando en el último estado de miseria, y que tendrá que presentarse o sucumbir de necesidad.

Hoy han marchado tres partidas a batir la zona comprendida entre este punto, Toay y Poytahué, único punto que queda por recorrer prolijamente, como va a efectuarse.

Oportunamente remitiré a V. E. el parte detallado de las operaciones efectuadas, con el diario de la marcha que cada jefe de las partidas ha llevado, prolijamente.

Antes de cerrar éste, sólo me resta decir a V. E. que los je-

fes, oficiales y tropa de esta División han cumplido dignamente con su deber y felicito a V. E. por el brillante resultado de la ocupación del río Negro; obra grandiosa que viene a resolver para siempre la cuestión fronteras, debatida durante tres siglos.

*Nicolás Levalle.*

25 de Junio, Traru-Lauquen.

Carmen de Patagones, Junio 29 de 1879.

*Al Excmo. señor ministro de Guerra y Marina de la República Argentina, general don Julio A. Roca.*

Excmo. señor:

Los infrascritos, por sí y en representación de los sentimientos de este pueblo, aprovechando el fausto acontecimiento de la visita con que ha querido honrarnos, ante V. E. con el debido respeto, tenemos el honor de ocurrir y exponer:

El templo primitivo de esta parroquia estuvo en el fuerte como hasta ahora lo demuestra la torre de piedra, que es el monumento más antiguo, recuerdo de nuestros mayores, testigo de nuestras glorias y del desarrollo de la población que empezó a crecer a su sombra hasta conseguir las proporciones que hoy tiene.

Más tarde, por hallarse en ruinas la torre del fuerte, única que existía y ser ya pequeña para el vecindario, uno de nuestros piadosos antepasados donó el terreno en que se construyó la iglesia actual. Esta ya no corresponde al incremento que felizmente ha tomado nuestra población, y a su estrechez y desadorno se une la circunstancia de no ocupar un paraje central, que facilite la asistencia de nuestras familias.

El referido fuerte, situado en el centro del pueblo, ya no puede, en la situación en que se encuentra, servir para tal objeto, ni es más necesario, una vez asegurada, como queda la línea de fronteras, con la expedición que V. E. acaba de realizar y que formará siempre la más grande de sus merecidas glorias militares.

El templo es, como V. E. no ignora, el primer monumento de un pueblo católico, de un pueblo de campaña. El pueblo del Carmen de Patagones es sinceramente católico y, como tal, quiere que el templo corresponda a su fe; es verdaderamente progresista y ahora, que gracias a la grandiosa obra que ha practicado V. E. espera ver afluir los extranjeros a sus playas, se avergonzaría de que hallasen en un estado indecoroso el primero de sus monumentos; tiene una veneración profunda por sus mayores y así anhela orar donde también oraron sus padres.

Además, este municipio carece de un edificio propio para asiento de su autoridad y representación local.

El edificio de escuelas públicas se halla ubicado en un extremo de la población; es inadecuado por la irregularidad de su construcción y, como V. E. comprende, éste es un obstáculo para la asistencia de la juventud.

Por tanto:

Suplicamos a V. E. encarecidamente se digne concedernos el fuerte actual con todo el material que le pertenezca, para erigir en este punto céntrico los edificios mencionados.

Concediéndonos V. E. esta gracia, como su reconocida bondad nos da derecho a esperar, el nombre de V. E. quedará siempre unido a esta obra imperecedera y su memoria será siempre bendecida por nosotros, por nuestros descendientes y por todo el pueblo, que eternamente agradecido recordará a las generaciones venideras la magnánima liberalidad de V. E.

Es gracia que esperamos obtener de V. E.

Excmo. señor.

*Capitán Juan Martínez, alférez Antonio Martini, Antonio Real, Eusebio Ocampo, Antonio Espiño, J. R. Savignon, B. L. Ramayón, Manuel Buttz, Tomás Cuetó, Emilio Galván, Gerardo Ocampo, Celedonio E. Crespo, Miguel Casalla, A. E. Pérez, R. Gazada, Pablo P. Bravo, Federico Ríos, B. Bartorello y Ca., Marcelino Gunadez, Marcelino Crespo, Z. Meyer, Fermín Ruiz, José Arpillaga, Antonio Cortéz, Mariano Abad, Domingo Martuialch, C. Núñez, a ruego de Leoncio Núñez, Juan P. Martini, Z. Martini, En-*

*rique Castro, Tomás I. Ableare, por Serapio Miguel, Tomás I. Ableare, Vicente Hener, Ignacio Salinas Alkins, José Alkins, Pablo Mases, Francisco Giménez, Francisco Abel, Donato Galsasta, Vicente Dasso, P. Nazarre, Antonio Bonorino, Sebastián Olivera, Francisco Roche, Juan Castro, R. Martínez, Bernabé A. García, Vicente S. Dasso, Manuel Crespo, Félix Capenechipi, Francisco Baraya, Pedro Guerrero, Felipe Crespo, Antonio Hauis, Jorge Donis, Luis Crespo, Gervasio Olivera, Agustín Der.*

Ministro de Guerra en campaña.

Campamento en Patagones, Julio 3 de 1879.

Señores:

Respondiendo a la solicitud que con fecha 22 del próximo pasado me han dirigido ustedes colectivamente y considerando que los objetos de culto, instrucción popular y oficinas públicas, a que este vecindario desea aplicar el local y edificio nacional a que se refieren, son laudables como las razones que exponen, y teniendo en vista que la seguridad de estos lugares se halla definitivamente garantida, haciéndose ya innecesaria la guarnición de fuerza nacional que existía, tengo el gusto de participar a ustedes que, con esta fecha me dirijo al señor gobernador de Patagones para que ponga a disposición de este municipio el local y edificio solicitado, para que sea destinado a los fines que ustedes indican y no vacilo en creer que esta medida será de la aprobación del señor Presidente de la República.

Deseando que el beneficio que la referida concesión pueda reportar a este pueblo, sirva en parte al desenvolvimiento y progreso que la nueva situación le prometen y agradeciendo íntimamente las benévolas expresiones que ustedes me dedican, me es grato ofrecerles mi mayor aprecio y consideración.

Dios guarde a ustedes.

JULIO A. ROCA

Patagones, Julio 4 de 1879.

*Señor ministro de Guerra, general don Julio A. Roca.*

Los abajo firmados, vecinos de la Patagonia, tenemos el alto honor de dirigirnos a V. E. para hacerle presente el recuerdo eterno, la gratitud ferviente que experimentamos en estos momentos trascendentales de regocijo y contento, al ver asegurados después de tantos años de espera, desvelos y sacrificios, nuestros intereses, nuestros hogares y nuestras vidas, juntos hasta hoy de la voluntad y arbitrio del salvaje.

Muchos gobiernos se han sucedido desde muchos años atrás, y todos, al ser presentados como candidatos para la primera magistratura del país, han sido precedidos por vastos programas, con ardientes promesas, lucidísimas frases y mejores recursos, prometiendo siempre como garantías y esperanzas, la resolución de grandes problemas, que conocían eran las grandes necesidades del país, cuestión fronteras, cuestión capital, etc., etc. Pero la experiencia nos demostró que eran falsas promesas, palabras huecas, hábiles ardidés; hoy, por fin, en el gobierno del doctor Avellaneda, ha concluido la farsa pomposa de las palabras, realizando la más importante obra, la que hace cientos de años se creía impracticable, la que turbó tanto tiempo nuestro sueño: "la seguridad de las fronteras".

A V. E. tocó ser el predestinado para la realización de esta gran conquista, que asegura el porvenir y riqueza de la Patria, la desaparición completa del dominio del salvaje en los fértiles campos de nuestro suelo, en la Pampa.

Grata la historia argentina abrirá sus páginas gloriosas para imprimir en ellas dos nombres: Adolfo Alsina y Julio A. Roca, para recordar a nuevas y nuevas generaciones que se sucedan, que fuisteis el exterminio del salvaje, la primera piedra fundamental de civilización en la Pampa.

¡Sombra venerada de Adolfo Alsina! ¡General Roca!: Nosotros, habitantes de este querido suelo argentino, la Patagonia, impregnamos en nuestros corazones el sentimiento sagrado del recuerdo y la gratitud, y en nombre de nuestros hijos, os saludamos.

¡Que el cielo, propicio a las altas cualidades, nos permita saludar en la persona de V. E. al Presidente de la República Argentina!

Deseando al señor Ministro un viaje feliz, lo saludan con todo respeto.

*José M. Riel, Guillermo Iribarne, Agustín C. Ackerley, Juan Libarne, Fabián Migouf, Agustín Balda, Nazario Coutín, Joaquín Balda, Alejandrino Crespo, Félix Ocampo, Pedro Martínez, Juan A. Iribarne, Amancio Barne, Celedonio P. Iribarne, Zoilo García, Alejo García, Benito Vázquez.*

Patagones, julio 3 de 1879.

*Al señor gobernador de Patagones, coronel don Alvaro Barros.*

No siendo ya necesaria aquí la guarnición de fuerza de línea, por la seguridad en que quedan estos lugares con el establecimiento de la nueva línea de ocupación militar en el Río Negro, se ha dispuesto que todos los soldados cumplidos, aquí existentes, sean dados de baja y puesto el resto de la fuerza mencionada a disposición del jefe de la línea del Río Negro, coronel don Conrado E. Villegas.

Asimismo y mediando las consideraciones apuntadas se ha resuelto el licenciamiento de todos los indios de Linares, dejándolos en completa libertad para dedicarse a sus trabajos particulares de labranza, etc., en cuya virtud puede V. E. tomar las medidas convenientes para que una y otra disposición tengan debido cumplimiento.

Dios guarde a V. E.

JULIO A. ROCA

Patagones, julio 3 de 1879.

*Al señor jefe de la línea militar del Río Negro, coronel don Conrado E. Villegas.*

Con esta fecha se ha dispuesto que la fuerza de línea que existía en esta guarnición sea puesta a disposición de V. E. dándose previamente de baja todos los cumplidos que forman parte de ella.

Con este motivo, se avisa también a V. S. que los indios Guardias Nacionales de Linares han sido licenciados definitivamente y que el cumplimiento de ambas disposiciones, queda encargado el señor gobernador de Patagones, coronel don Alvaro Barros, quien dispondrá oportunamente del envío de las fuerzas antes mencionadas a ese campamento.

Dios guarde a V. S.

JULIO A. ROCA

Ministerio de Guerra y Marina.

Buenos Aires, junio 27 de 1879.

*A S. E. el señor ministro de Guerra y Marina en campaña, general don Julio A. Roca.*

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que en la fecha se despacha con destino a Patagones la cañonera "Paraná" a efecto de que V. E. tenga buque cómodo en qué regresar a esta capital, en el caso de que tuviese a bien querer hacerlo por el mar.

El jefe de la Escuadra tiene al respecto las órdenes convenientes, y si V. E. no lo aceptase, la de hacer regresar la cañonera inmediatamente.

Aprovecho la oportunidad para saludar a V. E. con mi consideración más distinguida.

*Luis M. Campos.*

P A R T E

DE LA EXPLORACIÓN MANDADA POR EL EXCMO. SEÑOR MI-  
NISTRO DE GUERRA EN CAMPAÑA, SOBRE LA COSTA AL  
SUR DE PATAGONES HASTA EL PUERTO DE SAN AN-  
TONIO Y EJECUTADA POR EL SARGENTO MAYOR  
DON JORDÁN WYSOSKI

Patagones, julio 3 de 1875.

*Excmo. señor ministro de Guerra y Marina, general don Julio  
A. Roca.*

Tengo el honor de elevar al conocimiento de V. E. el in-  
forme del mayor Wysoski, al regreso de la exploración de los  
terrenos de San Antonio.

Aunque el resultado de esta expedición pueda parecer des-  
consolador a primera vista, por no haber encontrado agua en  
las inmediaciones del puerto, no lo es, sin embargo, puesto que,  
aplicando la perforadora puede, a muy poco costo, obtenerse el  
agua necesaria, no sólo para poder practicarse una exploración  
más detenida y encontrar tal vez vertientes naturales, sino tam-  
bién para abastecer una población supliendo por aquel medio  
esta falta.

Como los campos comprendidos entre San Antonio y Río  
Negro serán destinados a la ganadería y no a la agricultura, no  
es necesario allí, por ahora, ni oportuno, tratar de establecer  
centros de población, bastando los que se establezcan sobre el  
río Negro y San Antonio; y por tanto, para las necesidades del  
tránsito será suficiente establecer sólo dos pozos en la extensión  
de 100 kilómetros que media entre estos dos puertos, en vez de  
cada 10 kilómetros como el mayor Wysoski propuso.

Si la ocupación del puerto San Antonio en épocas normales tendría una importancia positiva, por las condiciones de aquel puerto y la excelente calidad de los campos adyacentes, esa importancia es mucho mayor hoy, dado que la despoblación de la Patagonia constituye el fundamento de las pretensiones del extranjero.

El desarrollo de la población sobre aquel puerto, hará posible y aun fácil la ocupación de otros puntos más al sur, sobre la costa, y realizado esto, la ganadería se extenderá ventajosamente hacia el interior del país.

La importancia, pues, que desde el punto de vista económico y político, tiene la idea de establecer una colonia en San Antonio, me hace esperar que V. E. le preste su apoyo, poniendo a mi disposición los medios de llevarla a efecto.

Dios guarde a V. E.

*Alvaro Barros.*

Mercedes de Patagones, junio 20 de 1879.

*Al señor gobernador de Patagones, coronel don Alvaro Barros.*

Tengo el placer de llevar a manos de V. E. el plano e itinerario del territorio recorrido en mi viaje hasta el puerto de San Antonio, cumpliendo al mismo tiempo con el deber de darle cuenta de los resultados de dicho viaje, el que ejecuté según sus instrucciones.

La premura del tiempo no permite extender mi informe como deseaba y como tuve el honor de manifestar a V. E. verbalmente; sólo me limitaré, por ahora, a hacer una descripción general, dejando para más tarde el comunicarle una relación completa.

Con fecha 8 del corriente partí de este punto, acompañado de un ayudante, el teniente don Félix Romero, tres asistentes y un carro que debía servir para el transporte de instrumentos y víveres, con dos traqueómetros en la rueda a fin de medir las distancias recorridas; el mismo día, con un tiempo bueno, llegué a San Javier, estableciéndome en el local que ocupa la Escuela Nacional, con el objeto de determinar en la costa del río

algunos datos que me faciliten más tarde el trabajo de señalar el 5.º de longitud oeste de Buenos Aires, lo que me fué recomendado por el Excmo. señor ministro de Guerra y Marina; ejecutándolo el día siguiente, determiné igualmente la posición geográfica de dicha escuela.

El día 10 salimos de San Javier, arrancando desde este punto la medición exacta de distancias y visuales, cuya serie debía servirme como guía y comprobación de la demarcación del 5.º de longitud. En ese mismo día llegamos a la estancia de don Ildefonso Linares donde debía incorporárase un oficial y 18 indios como escolta; para el mantenimiento de esta pequeña columna, me vi precisado, en este punto, a tomar 10 yeguas a más de los 10 caballos para la marcha que, según su orden, debía entregáraseme.

El día 12 por la mañana, una vez incorporado el baqueano, nos pusimos en marcha, siguiendo la serie de lagunas de agua llovida que existen en el camino que seguíamos al puerto de San Antonio, hasta llegar el día 15 a la laguna de Monte donde acampamos; el baqueano me manifestó que más adelante las lagunas no tenían agua, lo que confirmaron unos cazadores que en número de 11 llegaron esta tarde a nuestro campamento.

Según sus cálculos habíamos recorrido desde el punto de partida 112 kilómetros, faltábanos, por consiguiente, unas 12 leguas para llegar a nuestro destino; la caballada venía bien todavía y podía aún reponerse más, pues en dicha laguna había agua, si no en abundancia, por lo menos la necesaria; por esta razón me decidí a proseguir la expedición.

Confieso ingenuamente, señor Coronel, que la empresa me parecía temeraria, pues conocía la naturaleza permeable del terreno; por consiguiente sabía que no podía contar con sacar agua por medio de excavaciones de poca profundidad, a causa de la altura del terreno sobre el nivel del mar (40 metros); mas por esta misma razón, tenía la convicción de que, una vez llegado a San Antonio, encontraría terrenos bajos, donde la excavación de un pozo daría poco trabajo.

Al día siguiente marchamos adelante, acampando el 17 en

la laguna Esperanza, donde encontramos un poco de barro líquido, que nos sirvió para apagar la sed. La caballada quedó del todo sin agua a pesar de esto, con el pasto húmedo de la noche, se pudo hacer suplir en parte la falta de dicho elemento.

El 18 seguimos nuestra marcha; atravesando la laguna del Barro, completamente seca, nos dirigimos a una laguna que, según la opinión del baqueano, debía contener un poco de barro; al no encontrarla, me vi obligado a acampar a la 1 p. m.; según mis cálculos, en ese momento me encontraba sólo a unas diez leguas del puerto de San Antonio.

A las 3 p. m. de ese mismo día, despaché al baqueano acompañado de dos indios con el objeto de que buscara un camino fácil entre los médanos, recorriese las riberas del puerto deteniéndose en los raigones, para ver si en el lecho de algunos de ellos había plantas, como junco, cortadera u otros vegetales que vienen en los terrenos humedecidos por el agua dulce; al día siguiente regresaron los dos indios, los que me dieron cuenta de su llegada al puerto de San Antonio, y al mismo tiempo que el baqueano había quedado en el camino a causa de haberse cansado el caballo.

Levantamos el campamento a las 9.30 a. m. de ese mismo día y proseguimos la marcha, guiados por los indios antedichos, por el camino que habían recorrido con el baqueano el día anterior; a poco andar se descubrió el mar, acampando a las 11 a. m. en su orilla, dando principio inmediatamente a la excavación de un pozo.

Una vez comenzada la obra, empecé a examinar el paraje; mas, con sentimiento, así puede decirse, vi que no estábamos en el puerto de San Antonio, sino a inmediaciones del "Banco de Lobos"; mandé inmediatamente dos indios para que por la costa diesen vuelta a la Punta Villarino, y recorriesen las riberas del puerto con la misma instrucción que había dado al baqueano, el que desertó sin dar cumplimiento a su deber; dichos indios regresaron a la noche, dándome cuenta de que era positivo que existían raigones, de que yo les había hablado anteriormente, mas que éstos contenían un agua tan salada como la del mar.

Al obscurecer, el pozo tenía 4 metros 80 centímetros de

profundidad dando con la tosca dura, que ni el pico ni la baretta pueden atacarla eficazmente; esta tosca empapada de agua dulce es la prueba irrecusable de la proximidad del agua potable, y aunque no pudimos obtenerla, sin embargo, tengo la plena convicción de que se puede sacar por medio de herramientas y aparatos adecuados, no sólo a inmediaciones del puerto, sino también en toda la zona recorrida.

Además de la razón antedicha, la falta absoluta de agua (desde 3 días) me puso en la imprescindible necesidad de regresar lo más pronto posible, lo que ejecuté inmediatamente al día siguiente, poniéndome en marcha en dirección a la laguna Esperanza donde acampé aprovechándome del poco barro que aun había quedado.

CUADRO DEMOSTRATIVO DE RUMBOS Y DISTANCIAS EN EL CAMINO RECORRIDO DE MERCEDES A SAN ANTONIO

FECHA	PUNTOS DE PARTIDA Y LLEGADA	RUMBO MAGNÉT.	DISTANCIA EN KMS.	
			PARCIAL	PARTIDA PUNTO DE DESDE. EL
Junio 8	Mercedes a San Javier ...	277°	26 k. 716	26.716
.. 10	San Javier a casa M. Linares .....	207°30'	2.839	29.555
.. 10	M. Linares a estación de J. Linares .....	222°30'	8.245	37.800
.. 12	J. Linares a Mesetas ...	221°	10.641	48.441
.. 12	Mesetas a Laguna de Gutiérrez .....	261°30'	9.626	58.067
.. 13	Laguna de Gutiérrez a la de Mesetas .....	265°	10.784	68.951
.. 13	Laguna de Mesetas a Paso de Bagual .....	243°	5.689	74.540
.. 14	Paso de Bagual a Médano Paraguayo .....	268°	11.693	86.213
.. 14	Médano Paraguayo a Laguna de los Colorados ..	289°	13.126	99.339
.. 15	Laguna de los Colorados a laguna del Monte .....	198°	2.850	102.189
.. 16	Laguna del Monte a laguna Sarampión .....	260°	9.757	111.946
.. 17	Laguna Sarampión a laguna Esperanza .....	205°	9.402	121.348
.. 18	Laguna Esperanza a laguna del Barro .....	241°	18.406	139.754
.. 18	Laguna del Barro a Campamento 18 de Junio ...	239°	14.060	153.874
.. 19	Campamento al Pozo ...	225°	6.563	160.377
.. 19	Campamento al Pozo ...	200°	11.285	171.602
	Total			171.602

Al amanecer del otro día continuamos la marcha en dirección a la laguna del Cuero, donde dimos con el camino de los Tehuelches, el que pasando por una serie de lagunas de agua llovida (todas secas) termina en la costa del río Negro, en el paraje denominado potrero del Sauce Blanco, en cuyo punto acampamos el día 21 a la noche.

El 22 acampamos en el Rincón del Monte Bagual; el 23 y 24 se hicieron las observaciones correspondientes en la margen del río, para determinar el límite este de los territorios nacionales. Con este objeto, en la margen sur del río, en el terreno perteneciente a don Alejo García, se colocó un palo de seis metros de alto, con una bandera punzó y blanca cuya posición geográfica resultó ser:

Latitud sur: 40°40' 38".

Longitud oeste: N. B. A. 4° 59' 46".

Por consiguiente aun faltan 14" para completar el 5° de longitud oeste N. de B. A. y por esta razón debía haber avanzado la señal 328 metros lineales al oeste verdadero, lo que no pudo efectuarse a causa del desborde del río.

El término medio de la velocidad de la marcha resultó ser por 1 hora 5 kilómetros 166 metros, comprendiendo en este tiempo las paradas ocasionadas por descanso, acomodados de cinchas, etc., etc.

CUADRO DEMOSTRATIVO DE DISTANCIAS EN LA MARCHA DE REGRESO DE SAN ANTONIO A MERCEDES

FECHA	PUNTOS DE PARTIDA Y LLEGADA	DISTANCIA EN KMS.	
		PARCIAL	TOTAL
Junio 20	Del Pozo a laguna Esperanza	30,208	30,208
" 21	Laguna Esperanza a laguna del Cuero	11,860	42,068
" 21	Laguna del Cuero a laguna Chata	21,424	63,492
" 21	Laguna Chata a Sauce Blanco	36,271	99,763
" 22	Sauce Blanco a Monte Bagual	26,164	125,927
" 23	Monte Bagual a Límite Nación	31,209	157,196
" 24	Límite a San Javier	15,850	172,986
" 25	San Javier a Mercedes	25,192	198,178
	Total		198,178

Velocidad de la marcha, 6 kilómetros con 342 metros por hora.

El valle del río Negro, encerrado entre dos mesetas que corren casi paralelamente y elevadas a unos 40 metros sobre el nivel del mar, presenta una superficie ligeramente ondulada en sentido paralelo al río, y cortado por raigones que en tiempo de los desbordes se transforman en arroyos correntosos inundando una gran extensión de éste.

Mis observaciones al respecto corroboran plenamente la opinión de V. E. en su informe del 1.º de enero, descripto con lucidez y pleno conocimiento; sólo agregaré que estos desbordes de agua arrastran del lecho del río la resaca y aluvión existentes y depositándolos en el valle, levantan lentamente su nivel; este hecho y la extraordinaria fertilidad de sus tierras, permiten compararla con exactitud al valle del Nilo; es deplorable por consiguiente la imprevisión de la ley anterior, por la cual estas tierras fueron repartidas por lo general en suertes de estancias, cuando su rol de importancia consiste en la agricultura industrial.

Las mesetas que limitan el valle en la parte sur, forman una planicie elevada de cerca de 40 metros sobre el nivel del valle; su superficie poco ondulada tiene un declive general en la dirección sureste y se halla entrecortada por valles de unos 20 metros de hondo, a los cuales los baqueanos designan con el nombre de cañadones.

La superficie del suelo está formada por una pequeña cantidad de piedra china o pedregullo, arena amarilla, y por una porción insignificante de arcilla fina, color café con leche, la que desaparece gradualmente al aproximarse a la costa del mar.

La vegetación de las mesetas está representada en toda su extensión por montes de jarilla, chañar, piquillín, rana negra, algarrobo, matorro, etc.; éstos no llegan nunca a formarse completamente a causa de las continuas quemazones que practican los cazadores, las que debían prohibirse severamente.

En todo el trayecto encontré multitud de avestruces y liebres.

Toda la superficie de las mesetas está cubierta con abun-

tañtes pastos fuertes, siendo tan conocidas sus buenas cualidades que los hacendados establecidos en el valle envían sus haciendas a invernar en las mesetas cuando las lluvias llenan las lagunas allí existentes.

Por ahora, todo el territorio comprendido entre el valle del río Negro y el Atlántico es propio sólo para la ganadería, hasta que la permanencia de animales no lo transforme en terreno propio para el cultivo.

Aguadas naturales permanentes no existen, y las lagunas que encontré con frecuencia en mi marcha se forman de las lluvias de primavera y otoño mas no duran sino dos o tres meses; dichas lagunas están situadas en los bajos y la capa impermeable de arcilla que detiene sus aguas no es más que de 10 centímetros de espesor.

Por lo general, el terreno es muy permeable y absorbe las aguas llovidas por más abundantes que sean; para explicarse el fenómeno de que los pastos son muy abundantes y fuertes, basta saber que en primer lugar están guarnecidos contra el viento por el monte que crece en todas partes, y en segundo lugar de que, a causa de echar el pasto brotes nuevos en tiempo de sequía, es natural que sea alimentado por humedad subterránea, lo que hace suponer que el subsuelo de estos terrenos se compone de arenas flúidas, alimentadas, sea por el río Negro o por otro poderoso depósito, y que con la misma facilidad con que el suelo absorbe las aguas llovidas, por el mismo motivo sube la humedad a la superficie en cantidad suficiente para alimentar la vegetación; por las razones antedichas se puede contar de antemano con conseguir agua; la sola dificultad que existe en que, siendo el terreno muy suelto, se hace indispensable el construir los pozos calzados, para cuyo objeto no se hallan los materiales necesarios.

El sistema de pozos conocido en Buenos Aires con el nombre de pozos inagotables, daría resultados prácticos inmejorables, sin ocasionar gastos muy crecidos; mas es necesario que su construcción sea iniciada por el Superior Gobierno, el que teniendo brazos casi de balde (indios) puede luchar con las dificultades y entorpecimientos que son inherentes en esta clase

de obras, cuando se trata de subsuelos enteramente desconocidos.

Respecto al puerto de San Antonio, nada tengo que decir y me atengo por completo a la autoridad de Fitz Roy y a la opinión del director de la Escuela Naval, teniente coronel don Martín Guerrico, que hace dos años lo visitó; en cuanto a parajes que puedan servir para poblaciones, existen algunos muy buenos, resguardados de los vientos por los médanos situados en cercanía del puerto. El camino de comunicación del puerto San Antonio a Choele-Choel es de suma importancia y necesidad; mi opinión al respecto y que me permito emitir, es la siguiente: construir en Buenos Aires todos los instrumentos y materiales para pozos inagotables, proveyéndose además del material necesario para construir casas de madera; llevar obreiros, víveres, agua y tres caballos y marchar por agua hasta el puerto de San Antonio.

Una vez desembarcado, elegir un paraje adecuado y construir una casa y un pozo; obtenida el agua, enviar un chasque al Sauce Blanco, para que se manden los caballos necesarios para transportar el material; seguir adelante estableciendo el camino carretero y a cada 20 kilómetros construir una casa, pozo y corral, guarneciéndolos con los hombres necesarios, hasta llegar a la costa del río Negro en el paraje más conveniente.

Establecida de esta manera la comunicación, las postas militares serán el plantel de futuras poblaciones, sea de colonias pastoriles, sea de militares.

Al mismo tiempo debe ordenarse el sondaje y balizamiento del puerto de San Antonio, especialmente en la entrada.

Creyendo haber cumplido con mi cometido tengo el honor de reiterar a V. E. las seguridades de mi mayor consideración y respeto.

*Jordán Wysocki.*

## DIARIO

*De la partida recorredora del campo de la margen sur del río Colorado desde Choique-Mahuida hasta Auca-Mahuida.*

*Lunes 14 de julio.*—Abandonamos nuevamente el paso Choique-Mahuida para volver a recorrer las costas del Colorado. Nuestra marcha hoy ha sido próximamente de ocho a nueve leguas.

Hasta el punto en que hemos acampado, el terreno está cubierto de monte, abundando el chañar, jarilla, mata-ojos y otros arbustos de los que, el de mayor elevación alcanza sólo a dos metros; los sauces son escasos.

Como a tres leguas del paso, altas sierras bañan sus faldas en las aguas del río y cubren el cauce de éste de peñascos que sobresalen de la superficie del agua, hasta una y media vara próximamente; estas sierras son de igual altura y de la misma piedra en ambas orillas y en este punto creo es muy fácil pasar el río aun a pie.

El camino pasa por la cumbre de las sierras, y por la cantidad y profundidad de las huellas que se encuentran, parece que ha sido muy transitado.

Nuestro campamento está situado a orillas del río, en un abra, aproximadamente de veinte cuadras; se encuentra en ella gramilla y trébol.

En distintas apreciaciones que se han hecho al rumbo seguido resultaron 1.° suroeste, 2.° oeste noroeste.

*Martes 15 de julio.*—Acampados.

*Miércoles 16 de julio.*—La marcha, hoy, ha sido aproximadamente de cinco leguas. El terreno recorrido es muy variado: ora cañadones, actualmente secos y en la mayor parte de los que se encuentra buen pasto, ora el monte extendiéndose desde la orilla del río hasta las barrancas que limitan el valle.

Las barrancas se separan de la costa aproximadamente una legua, y en su margen hay partes que están cubiertas por una capa de pequeñas piedras tan variadas en sus matices como en sus clases.

Rumbo: 1.° O. N. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 3.° O. S. O.

*Jueves 17 de julio.*—La marcha, hoy, ha sido de unas nueve leguas. El aspecto del terreno recorrido hoy, es muy semejante al de la jornada anterior, el monte es mucho más espeso, en algunos cañadones se encuentra agua y hay como a la mitad del camino, una laguna de agua salobre.

Las barrancas se separan tanto de la costa, que poco antes del punto en que acampamos se pierden de vista, y ese vasto valle que media entre ellas y la costa, está cubierto de arbustos, la mayor parte espinosos, y abunda también la cortadera.

En el río hay varias isletas a poca distancia unas de otras; la más extensa de éstas podrá tener cuatro o cinco cuadras de circunferencia; hay también varios bancos compuestos de arena y piedras, que, a causa de lo bajo que está actualmente el río, sobresalen del nivel de las aguas.

Frente a nuestro campamento, las barrancas vuelven nuevamente a aproximarse al río, hasta distar de éste 1637 pasos de la costa y su elevación media entre ocho y once metros; son accidentadas y en todo semejantes a las de la anterior jornada.

Desde la costa, hasta donde principia el monte, media un espacio de 625 pasos, espacio cruzado por dos cañadones de unos dos metros de profundidad; en éstos se encuentra bastante gramilla; en el resto del terreno libre de monte se encuentra gramilla mezclada con pasto fuerte. El primer cañadón queda a 183 pasos de la costa, el segundo a 365 pasos.

Rumbo: 1.° O. S. O. 2.° S. O. 3.° O. S. O.

*Viernes 18 de julio.*—La marcha, hoy, ha sido de once leguas.

El terreno en el punto que hemos acampado es de los mejores que desde el paso se han encontrado, tanto en la calidad de la tierra, como por la vegetación que lo cubre. Durante el trayecto los cañadones u hondonadas que a menudo se encuentran, están cubiertos de altos y tupidos carrizales; el pasto que en ellos se encuentra es poco abundante.

El valle se debe extender mucho hacia el sur, pues a unas cuatro leguas de nuestro anterior campamento, las barrancas

que lo limitan vuelven a separarse de la costa hasta perderse completamente de vista.

Aproximadamente a unas dos leguas y media de donde marchamos se encuentran vestigios de toldos que podrán tener cuatro meses de abandono.

Nuestro campamento está situado al norte y a setenta y seis pasos de una laguna de cuatrocientos sesenta y tres pasos de circunferencia al suroeste, de la cual y a 194 pasos, existe otra de casi igual extensión: ambas son de agua dulce. Como a diez cuabras de ellas hay un arroyo que debe ser brazo del río, pero sólo cuando éste está crecido podrá recibir de él agua; su profundidad pasa de cinco metros y debe tener vertientes propias; sus aguas son cristalinas y abunda allí un pez muy semejante al pejerrey.

Rumbo: 1.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 2.° S. S. O. 3.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O.

Sábado 19 de julio.—Acampados.

Domingo 20 de julio.—La marcha ha sido de diez a once leguas.

A unas dos leguas del campamento, el jume, jarilla, chañares y otros arbustos espinosos cubren el terreno desde la orilla del río hasta las barrancas. El camino ora va por el monte, ora por cañadones secos y cubiertos por cortaderas. Durante el trayecto muy poco pasto se ha encontrado. Aproximadamente a unas tres leguas del punto de que partimos han existido toldos y no debe hacer mucho tiempo que han sido abandonados. por el estado en que se encuentra el cadáver de una china, que en un montecillo, a flor de tierra, estaba enterrada.

Nuestro campamento es otra toldería; en ésta se encuentran aún toldos en pie. El pasto no es muy abundante, pero es bueno.

Rumbo: 1.° S. S. O. 2.° O. N. O. 3.° O.  $\frac{1}{4}$  N. O.

Lunes 21 de julio.—La marcha, hoy, ha sido de unas diez leguas. En las primeras cuatro leguas el aspecto del terreno es muy semejante al de las jornadas anteriores, mas luego aparecen las barrancas tan próximas al río, que en algunas puntas no distan las faldas de éstas tres varas de la costa, habiéndonos

visto en partes, obligados a subir a la cima de ellas para continuar la marcha.

Sobre la costa y en un campo cubierto de gramilla y trébol, rodeado de sauces, encontramos una toldería que parece ha sido abandonada a toda prisa, por existir allí muchos utensilios necesarios a los indios: al lado de un toldo, estaba el cadáver de un indio, el cual a lo más harán 20 días que ha fallecido.

Rumbo: 1.° O.  $\frac{1}{4}$  N. O. 2.° O. 3.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O.

Martes 22 de julio.—La marcha, hoy, ha sido de siete leguas.

El aspecto del terreno es muy variado en las partes que hay montes; el terreno está cubierto de una capa de piedrecillas; a la conclusión de éste, se extiende una pradera que aproximadamente tendrá tres leguas de extensión y en su parte más ancha veinte cuabras de la costa al pie de las barrancas; en partes del suelo de este llano, desprovisto de vegetación, es arcilloso y el pasto que en otras partes lo cubre está completamente seco; los únicos arbustos que en él se encuentran son jumes y cachiuyos y sobre la costa, sauces.

Rumbo: 1.° O. N. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  N. O. 3.° N. N. O.

Miércoles 23 de julio.—Acampados.

Jueves 24 de julio.—La marcha ha sido de ocho leguas.

La angosta faja de terreno llano, que media entre las sierras y el río, está a menudo cruzada por cañadones, en los que casi todos se encuentra agua; pasto hay en los cañadones secos, y en las depresiones del terreno; el monte cubre una parte del terreno llano, extendiéndose hasta la cima de las barrancas; a unas diez cuabras de nuestro campamento, se eleva una alta sierra: es escarpada, rocallosa y desprovista de vegetación, su elevación media entre veinte y cinco y treinta metros en las partes recorridas, mas hay partes en que debe de tener más; se encuentra en ella en abundancia una piedra negra, muy quebradiza. El camino muy a menudo va por las sierras.

Rumbo: 1.° O. S. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 3.° S. O.

Viernes 25 de julio.—La marcha, hoy, ha sido de seis leguas.

En el trayecto recorrido el río forma un gran recodo, separándose mucho del camino en una extensión como de tres leguas; éste sigue un gran trecho por entre un monte de jarilla; a derecha e izquierda de él se elevan altas sierras que parecen formar un solo sistema aunque sus ramificaciones son muchas; a la mitad aproximadamente del camino se encuentra una aguada. Hemos acampado a orillas de una laguna de agua dulce a algunos pasos de la que se elevan las sierras.

Rumbo: 1.° O.  $\frac{1}{4}$  N. O. 2.° O. 3.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O.

Sábado 26 de julio.—La marcha hoy ha sido de ocho leguas.

Altas sierras se encuentran durante el trayecto recorrido hoy; el camino muy a menudo las cruza; hemos acampado al pie de una que tendrá aproximadamente veinte metros de elevación y por la que tuvimos que cruzar por su cima por correr el río al mismo pie de ella.

El río en este punto forma varias curvas muy pronunciadas; el pasto, aunque no muy abundante, es bueno. A la mitad del camino se encuentra un arroyo seco actualmente; desciende de las sierras y desemboca en el río; tiene como dos o tres metros de profundidad, y unos seis de anchura por el punto en que pasa el camino.

Una de las sierras que hemos cruzado está formada por una piedra blanca, de bastante consistencia, ligeramente vetada, muy semejante a la piedra mármol.

Rumbo: 1.° O. S. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  N. O. 3.° O. N. O.

Domingo 27 de julio.—La marcha hoy ha sido de siete leguas.

En el trayecto hemos encontrado llanos de alguna extensión; el camino se separa del río, haciendo una cortada como de dos leguas y durante este trayecto son de poca elevación las lomas por que cruza; mas, en la orilla del río pasa por sierras de veinte metros aproximadamente de elevación.

A una o una y media legua del camino (en la cortada) se elevan altas sierras formando ramales separados. Hemos acampado en un abra de alguna extensión y donde se encuentra re-

gular pasto; a nuestro frente se encuentra una sierra de mucha elevación; corre de sureste a noroeste y su cima está cubierta de nieve, y en la parte más próxima a nuestro campamento forma un gran cerro.

Rumbo: 1.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 3.° O. S. O.

Lunes 28 de julio.—La marcha hoy ha sido de cinco leguas.

El terreno recorrido forma un gran valle limitado por altas sierras; se encuentran cuatro lagunas de agua dulce y en algunas depresiones del terreno hay agua dulce, de lluvia, tal vez. Caminos hay varios: dos de ellos se internan entre las sierras del lado de la travesía y deben ser los que van al río Negro. Matorrales y retazos de monte es lo único que se encuentra; pasto hay en las puntas próximas a la laguna.

De donde hemos acampado, debe quedar la sierra Auca-Mahuida, 15 o 20 leguas, y como el río, desde este punto, sigue su curso al norte, es difícil llegar a ella, ignorando si se encontrará agua y pasto.

Esta sierra es de mucha elevación, corre de sureste a noroeste y su cima está cubierta de nieve y en la parte más próxima a nuestro campamento forma un gran cerro, que al parecer está completamente desprovisto de vegetación; tiene ramificaciones al oeste; la extensión de esta cadena es difícil calcularse, por la distancia a que nos encontramos y lo accidentado del terreno.

Rumbo: 1.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 2.° O.  $\frac{1}{4}$  S. O. 3.° O. S. O.

Martes 29 de julio.—Nos encontrábamos acampados a orilla de una de las lagunas anteriormente dichas y listos para continuar la marcha, cuando a poca distancia se elevó una columna de humo; inmediatamente avanzamos hacia ella y como a la media hora encontramos una partida de indios; batidos éstos, se emprendió la marcha hacia Choique-Mahuida.

## OBSERVACIONES

La parte sur del valle del Colorado que se extiende del paso de Choique-Mahuida a la sierra Auca-Mahuida presenta varios aspectos, tanto por la naturaleza del terreno, como por su topografía, vegetación, etc.

Se encuentran allí, en partes, terrenos arenosos, gredosos, etcétera; en otras, tierras que con muy poco trabajo serían excelentes para la agricultura; aquí tupidos montes de arbustos cubren el suelo; más allá sólo se encuentra cubierto por pastizales, ora cruzando por cañadones, ora sierras que llegan hasta bañar sus faldas en las aguas del río. En la mayor parte de las sierras se encuentra gran cantidad de talco.

Se encuentran en abundancia avestruces, liebres, gamas, zorros, tortugas, varias clases de patos, cisnes, gansos, makaes, flamencos, palomas torcaces, calandrias y varias otras clases de aves.

El río corre perfectamente encajonado y sólo una gran creciente podrá hacer que sus aguas se extiendan por el valle; de quince a veinte, varía el número de isletas que en él se encuentran: la más grande de estas podrá tener seis cuabras de circunferencia; en algunas de ellas abundan los sauces.

Los vientos predominantes son el sur y oeste.

La dirección general del río es oeste  $\frac{1}{4}$  noroeste.

Choele-Choel, agosto 17 de 1879.

Nota.—La distancia recorrida desde Choique-Mahuida hasta la altura de Auca-Mahuida, es de 95 leguas.

En próximas excursiones se verá si la sierra antedicha está sobre el río, pues a la altura que llegó la partida ella se veía a 15 ó 20 leguas al oeste del rumbo que se llevaba. Creo que dicha sierra está lejos del río, pues no puede éste dar una vuelta tan brusca; sin embargo, trataré de averiguarlo.

Coronel Villegas.

## ITINERARIO

ARREGLADO PARA LAS TROPAS DE HACIENDA QUE SALGAN DE FUERTE ARGENTINO CON DESTINO A CHOELE-CHOEL

	Leguas
1.ª jornada. — A Nueva Roma, buenos pastos, población y aguadas riquísimas. Distancia . . . . .	9
2.ª jornada. — A una intermedia entre Nueva Roma y Salinas Chicas, siguiendo la rastrillada y huellas del camino, con buenos campos en el campamento que ocupó el ejército. Distancia . . . . .	5
3.ª jornada. — De esta aguada a Salinas Chicas donde se encuentra la guardia que existe en dicho punto; campo de primer orden y aguada abundante. Distancia . . . . .	7
4.ª jornada. — De este punto al Algarrobo Clavado, donde hay aguada; se distingue este punto por señales del campamento y por haber un algarrobo clavado, quemado al pie por fogones, cinco varas a la derecha del camino. Distancia . . . . .	8
5.ª jornada. — De este paraje, a donde empiezan los médanos colorados, donde hay buena agua; campos medianos. Distancia . . . . .	6
6.ª jornada. — De aquí pasamos médanos que tienen dos leguas; se sigue dos leguas más adelante, donde hay unos jagüelitos y poca aguada; campos medianos (jornada pesada). Distancia . . . . .	4
7.ª jornada. — De aquí a la costa del Colorado; campamento general de esta banda norte; campo flor, agua del Colorado. Distancia . . . . .	6
8.ª jornada. — Se sigue por la costa del Colorado arriba, hasta enfrentar al Paso Alsina donde hay una tablilla con este nombre y el camino del ejército; se pasa el Colorado por ese paso, que es magnífico, y llega el agua al encuentro del caballo en lo más hondo; piso muy firme, buen campo. Aquí hay una guardia. Distancia . . . . .	3
9.ª jornada. — De aquí siguiendo la costa del Colorado al 2.º campamento de las divisiones, marcado por los fogones. Distancia . . . . .	8
10.ª jornada. — De este paraje pasamos por el Médano Redondo, que queda a la izquierda del camino; se siguen dos leguas más y se hace alto en una gran abra de buenos pastos. Distancia . . . . .	7

Leguas

11.ª jornada. — Síguese por la costa, se pasa por una angostura quebrada que se llama La Picada, y que está a una legua delante; se marchan cinco leguas, donde hay magníficos campos de trébol, alfilerillo y gramilla en un abra. Distancia .....	6
12.ª jornada. — De aquí a 5 leguas está el campamento del ejército; siguiendo el camino una legua más adelante donde está una guardia "Fortín Felicitaciones". Distancia .....	6
13.ª jornada. — Del fortín antedicho se marchan de 7 a 8 leguas, calculando donde el pasto sea mejor y el abra más grande; los soldados de la guardia indicarán el punto aparente para parada. Distancia .....	8
14.ª jornada. — De aquí hasta la guardia "24 de Mayo". Distancia .....	7
15.ª jornada. — De esta guardia a las dos leguas se pasa por Pichí-Mahuida, que queda en la banda norte, que se distingue por dos sierras de pequeña elevación cerca una de otra; se sigue adelante según las instrucciones del oficial del fortín, calculando de hacer una jornada. Distancia .....	7
16.ª jornada. — Se sigue, calculando marchar siete leguas y se hace alto: dos leguas más adelante se encuentra el codo de Chiclana, donde dobla el camino a la izquierda sur para Choele-Choel. Las sierras de Choique-Mahuida quedan en la banda norte a la misma altura del codo Chiclana. Distancia .....	9
17.ª jornada. — De aquí se sigue dos leguas adelante donde se tora el camino de Choele-Choel, ancho de más de una cuadra, con sendas, huellas y rastrellada, calculando hacer una jornada de nueve leguas. (No hay agua y se lleva para los peones.) Distancia .....	9
18.ª jornada. — De aquí se marchan 6 leguas y se baja una gran altura para caer del valle al campamento general, que está una legua más adelante, sobre la costa del río Negro. Distancia .....	8
Total de leguas .....	121

INDICE

## INDICE DEL TOMO I

---

CARTA del autor al brigadier general Roca, presidente de la República .....	5
CARTA del autor al señor ministro de Guerra, doctor Victorica .....	6
ANTECEDENTES .....	7
CARTAS del general Roca al ministro de Guerra, doctor Alsina, dando sus vistas sobre el mejor servicio contra los indios e inculcando la idea de llevar la frontera militar al Río Negro .....	21
CARTA del general Roca al redactor de <i>La República</i> ..	40
MENSAJE al Congreso Nacional, presentado por el general Roca como ministro de Guerra, proyectando la ocupación militar de Río Negro y Neuquén .....	46
SANCIÓN del Honorable Congreso de la ley autorizando al Poder Ejecutivo para establecer las fronteras militares sobre dichos ríos; determinando los territorios nacionales y disponiendo la venta de tierras .....	55
BATIDA GENERAL DEL TERRITORIO INDÍGENA. — Colección completa de los partes telegráficos que dan cuenta de las operaciones con que el general Roca preparó la gran campaña del Río Negro .....	59
ESTUDIO TOPÓGRÁFICO DE LA PAMPA Y RÍO NEGRO. La gran campaña de ocupación y establecimiento de la línea militar .....	123
CARTA del autor al ministro de Guerra, doctor Pellegrini .....	125
INTRODUCCIÓN .....	127
DIARIO DE LA 1. <sup>a</sup> DIVISIÓN DE OPERACIONES, llevado por el teniente coronel don M. J. Olascoaga, jefe de la Secretaría del Excmo. señor ministro de Guerra y comandante en jefe del Ejército .....	141

Salida de Buenos Aires. — En el Azul .....	141
Composición del Cuartel General y Comandancia de la 1.ª División .....	142
Salida del Azul .....	144
Salida de Olavarría .....	144
Salida de Lavalle .....	144
Salida de Fortín Rivadavia. — Observaciones sobre la ley de declives en la región del sur de Buenos Aires. — Elevación de las sierras de Curu-Malal, La Ventana y Pilla-Huincó. — Descomposición de las aguas en la hoya de Carhué. — Conveniencia y facilidad de un canal de drenaje y navegación por el Salado .....	145
Descripción de Carhué .....	147
Muerte y entierro patético del cadete don Juan Bautista La Cuesta .....	151
Campamento en Carhué. — Orden general organizando la 5.ª División de operaciones .....	152
Orden del día. — Proclama del general Roca al Ejército Expedicionario .....	153
Orden general. — Disponiendo la visita sanitaria a los cuerpos .....	155
Salida de Carhué .....	155
Descripción de Puan .....	156
Instrucciones impartidas al capitán José S. Daza para explorar un camino directo hasta el paso Mullilín en el río Colorado .....	157
Orden del día. — Mandando se sujeten los indios reducidos a las costumbres de la civilización .....	158
Puan. — Fortín Sandes. — Fuerte Argentino .....	159
Despedida del telégrafo militar. — Reflexiones sobre el trato de los telegrafistas .....	160
Salida de Fuerte Argentino .....	163
Salida de Manuel Leo .....	164
En Nueva Roma. — Incidentes. — Recuerdos de la localidad. — Las víboras .....	165
Salida de Nueva Roma y campamento en Naran Choique. — Crónica del avestruz enterrado .....	167
Salida de Naran Choique y campamento en Salinas Chicas .....	168
Salida de Salinas Chicas. — Marcha de noche .....	169

Salida de Algarrobo Clavado. — Inesperada aproximación del río Colorado .....	171
Salida de Médano Colorado. — Depresión repentina del terreno. — Impresiones de la llegada al gran río. En el río Colorado. — Misa solemne .....	172
Mayo 12. — Agua y arena del Colorado. — Indicios de oro .....	173
Orden del día. — Sobre recibo y entrega de la correspondencia .....	174
Orden sobre creación de servicio de correos para Bahía Blanca .....	174
Mayo 13. — Paso del río Colorado. — El general Roca le denomina "Paso Alsina" .....	175
Orden del día. — Organizando la 1.ª División .....	176
Orden del día .....	176
Mayo 14. — Apreciaciones sobre el río Colorado. — Cualidad ferruginosa de sus aguas. — Cesan las enfermedades en sus riberas. — Errores antiguos respecto de este río y la región que atraviesa. — Nos amenaza el hambre. Inconveniencia de las proveedurías fuera de la administración militar .....	177
Nota al gobernador de Patagones para que mande provisiones a Choele-Choel .....	181
Mayo 15. — Continúa la marcha por la costa sur del Colorado .....	182
Salida la Isla .....	183
Salida de Médano Redondo .....	184
Salida de la Picada. — El árbol del gualicho. — El Olimpo indio .....	184
Salida de las Barrancas .....	186
Salida de la Escalera. — Trabajos en la montaña para abrir camino .....	187
Salida de la Tormenta. — Espléndidos campos donde residía Catriel .....	188
Salida del abra de Catriel. — Reflexiones sobre el sistema de Pichi-Mahuida .....	189
Salida de Pichi-Mahuida. — Hasta allí sólo puede ser navegado el Colorado .....	190
Parte del capitán Daza. — Dudas sobre el camino más corto a Río Negro. — El plano mudo de Chiclana .....	191

Choique-Mahuida. — Descripción. — Aspecto aluvional del terreno entre el río Negro y Colorado .....	195
Salida de Choique-Mahuida .....	198
Vista sorprendente del valle del río Negro. — Llegada a Choele-Choel. — Contenido general. — Una ración de carne vacuna .....	200
Choele-Choel. — Las dianas del 25 de Mayo .....	203
Telegrama participando el arribo a Choele-Choel .....	203
Algunas apreciaciones sobre la ocupación del río Negro, su navegabilidad y porvenir .....	206
Mayo 26. — Una visita a la isla de Choele-Choel .....	208
Mayo 27. — Las almejas en el río Negro. — Recurso contra la carne de yegua .....	209
Explicación del nombre Choele-Choel. — Conjeturas sobre el increíble nivel que alcanzan las aguas del río Negro en sus avenidas .....	210
Mayo 28. — Mudanza de campo .....	211
Mayo 29. — Comisión dada al mayor Lucero .....	211
Mayo 30. — Nuevo campamento frente a la punta de Choele-Choel .....	212
Parte recibido del Neuquén y transmitido al Gobierno. ....	213
Salida de Choele-Choel para el Neuquén .....	217
Junio 3. — Salida de Chimpay y campamento en Chel-foró. — Los huesos de gente .....	218
Junio 4. — Salida de Chel-foró. — Paso del Chichinal. — Manifestaciones eruptivas .....	219
Junio 9. — Los Tres Manzanos .....	222
Noticias del coronel Uriburu .....	223
Junio 11. — El Neuquén. — Aspecto de las barrancas del río Negro. — Exploración del paso del Neuquén por el comandante Fotheringham y mayor Fábregas. — Sierra Roca. — Conveniencia de proteger las poblaciones en la región andina .....	227
Junio 12. — Nota al comandante Uriburu .....	236
Junio 13. — Regreso a Choele-Choel .....	238
Orden general. — Comunicando al Ejército los telegramas de felicitación del Presidente de la República por la ocupación del Río Negro .....	240
Partes del mayor Lucero y capitán Daza .....	244
Nota a los coroneles Levalle y Racedo .....	247

Junio 22. — Comisión mandada de la 4. <sup>a</sup> División. — El cirujano Alejandro Marcó .....	248
Gratitud de los vecinos de Patagones. — Notas cambiadas con el general Roca .....	250
Orden del día. — Organizando el servicio de la línea del río Negro y Neuquén y nombrando jefe de ella al coronel Villegas .....	253
Nota al coronel Lagos .....	254
Partida del General Roca para Patagones. — Viaje por agua. — Grandes ovaciones. — Documentos .....	255
Exploración del mayor Wysoski al puerto San Antonio. ....	269